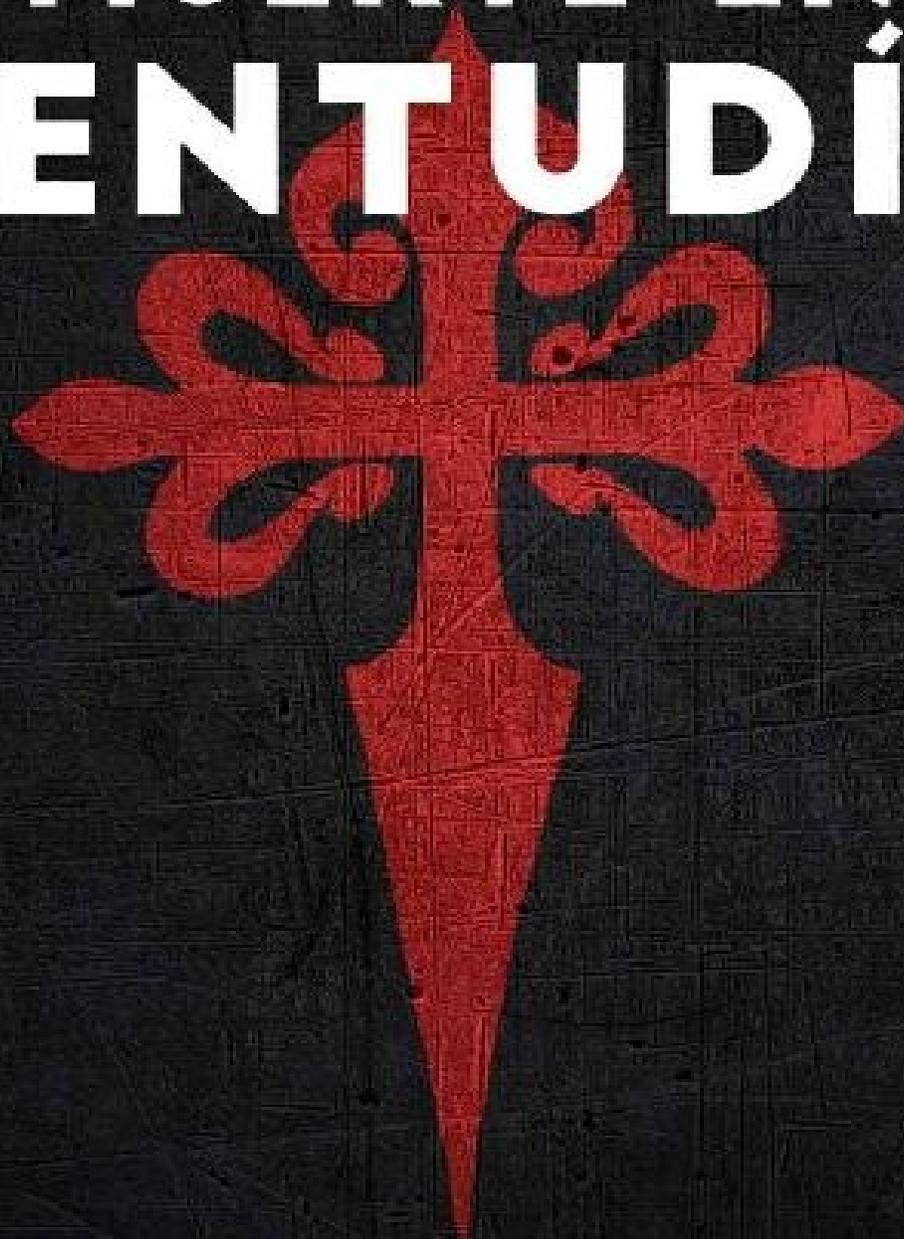


# MUERTE EN TENTUDÍA



RAFAEL SALCEDO

# **MUERTE EN TENTUDÍA**

Una obra original de

**Rafael Salcedo Ramírez**

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. 2017. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

*“Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien”.*

**Víctor Hugo**

# PRÓLOGO

José Pedro Cacenave, quien pasaba justo del metro y setenta centímetros y sobrepasaba con creces los setenta kilos de peso, cejijunto, cabello encanecido, sonrisa franca perenne y carácter benigno donde el rasgo preponderante era la misma bondad como sello indeleble en su trayectoria vital, rezaba en voz alta una sentida jaculatoria al tiempo que sus pies a buen ritmo le llevaban raudos ascendiendo los metros finales de la carretera que concluía en el Cerro de Tentudía, cuyos mil ciento doce metros de altura sobre el nivel del mar conocía al dedillo desde que, siendo infante, Don Crispulo Bermúdez, su recordado maestro en el colegio de Cabeza La Vaca -a la sazón entrañable patria chica de José Pedro- se preocupara de que no sólo conociera sino que además se enorgulleciese en todo momento fuera el punto más alto de Badajoz.

José Pedro frenó la retahíla de rezos, encadenados sin desmayo desde que muchas horas atrás en la jornada iniciara su periplo peregrinante desde la Iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles en su localidad natal hasta aquel paraje, cuando cayó en la cuenta de que ese justo día de la primavera de mil novecientos setenta y cinco era su sesenta cumpleaños.

Y no era baladí aquella desmemoria de día tan señalado, tal como él mismo reconoció para sí, haciendo recuento de las jornadas vividas al borde de la locura, rozando esa línea roja de la pérdida del sentido de la vida, cuando el caprichoso e imprevisible destino decidió cruzar en ésta un obstáculo percibido como insalvable y el mundo para José Pedro se convirtió de repente en lugar de pesadilla, lóbrego y dominado por fuerzas oscuras confabuladas contra él; cuando su esperanza feneció exhausta en un mar proceloso de infortunio y la voluntad de hierro que le caracterizaba desde que tenía uso de razón fue derrumbada por fuerzas surgidas del mismísimo averno, aplastada aquélla de manera implacable por un tan poderoso como ruin magma de negatividad.

José Pedro, empecinado en su ascenso, casi ausente de su propio cuerpo, echó la vista atrás y recordó una aciaga noche de hacía meses cuando su esposa, Daniela Milanés, presa de un dolor insoportable en el vientre abrió una etapa de su vida presidida por la angustia y la zozobra, contemplando cómo las vidas de ambos pasaban en un instante de la plena felicidad a la más opresiva congoja.

El mundo de José Pedro se hizo añicos, cuarteado por la aflicción desde el amanecer hasta el anochecer, de orto a ocaso sujeto a una suerte de dolor profundo, tal si cientos de dagas atravesasen su pecho al observar cómo Daniela llevaba escrita la muerte en su mirada, su cuerpo se convertía de manera paulatina en un cadáver andante y su ánimo se deshacía como un azucarillo.

Comenzó entonces un rosario de visitas a médicos de un lado a otro sin que encontrasen remedio al mal de Daniela, el cual indesmayable no dejaba un instante de atacarle furibundo sus entrañas ya prestas para la claudicación ante el avance de aquella enfermedad tan irreconocible como invencible, haciendo inútiles las decenas de fármacos dispensados a instancia de los médicos, quienes

se habían mostrado ceñudos y hasta arrogantes frente a las súplicas de José Pedro para que hicieran lo posible por aliviar a su esposa, pero sólo hasta el momento de tener en sus bolsillos el vil metal -que aquél llenó malvendiendo enseres y retirando los ahorros de toda una vida de sacrificios y estrecheces- momento en el que aparecieron en los galenos sonrisas tan falsas como rastreras.

Todo fue estéril; esfuerzos vanos cuando carcomía aquella enfermedad a Daniela quien aparecía como un guiñapo de sí misma, donde ni siquiera la voz acudía a su garganta de la debilidad que los propios fármacos -solapándose unos a otros y actuando cuasi como letales venenos- provocaban en ella.

José Pedro, acelerando el paso mientras sus cuádriceps comenzaban a enviar claras señales de queja al cerebro y éste las desechaba de inmediato, acometió frenético los últimos tramos restantes hasta la cima y su destino, el cual no era otro que postrarse a los pies de Santa María de Tentudía cumpliendo así su promesa de caminar hasta Ella desde su morada en Cabeza La Vaca.

Y es que Ella, sólo Ella, con la dulzura de su rostro bendito había logrado lo imposible en el amanecer del día anterior, cuando Daniela le despertó al alba venturosa para decirle entre lágrimas, agarrada a la estampa que José Pedro le había puesto aquella noche en sus manos contraídas, cómo el dolor había desaparecido y regresaba el vigor a sus brazos, a sus piernas, a su voz atenazada por la enfermedad, ya batida ésta en retirada y famélica expulsada de su cuerpo lacerado por el poder de una fe inconmensurable, nacida de la certeza en el auxilio de ese Cielo desde donde aquella Virgen había extendido su manto sobre ella.

La imagen del bienaventurado instante -de la curación repentina por la arrolladora fuerza de la esperanza, de la aurora sonriente, de la primavera triunfante tras la noche funesta del invierno amenazante- vino al frente de los pensamientos de José Pedro mientras el aire denso le llevaba aromas de romero, de orégano, de salvia, también de hierbabuena, de caléndula, de santolina, compitiendo con los de tomillo, del cantueso y la jara; perfumes que le transportaron a su infancia, recorriendo sus pies de nuevo aquel rincón evocador a modo de paraíso de soledad e introspección, aislado de un mundo tan equidistante en la forma como en el fondo, y hasta fantaseó con la idea de que no había sido hollado desde que las huestes de Pelayo Pérez Correa lucharon cara a cara contra los rabiosos sarracenos por cada centímetro de sus vírgenes laderas repletas -cuando el sol ya dominaba la bóveda celeste inflamando los colores- de madroños, durillos, majuelos, lentiscos, retamas, escobas, jaguarzos y brezos.

En su hégira penitencial, como mudos testigos de su trasiego por la sinuosa senda ascendente, empinada alfombra de alquitrán hendiendo la más pura de las tierras del sur de Extremadura -antaño refugio y veneración de altivos caballeros de Santiago a lomos de corceles blandiendo aceros en pos de su emblema cruzado- un ejército enhiesto parecía cobijarle desde ambos lados del sendero desde que cruzara la población de Calera de León, formado por inmensos encinares sólo interrumpido su dominio arbóreo por una cohorte de fornidos alcornoques, humildes quejigales y orgullosos robledales apenas dejando sitio a los castaños empeñados en hurtar algo de serranía.

José Pedro, tras cubrir una cuesta interminable acabando en una cerrada curva que precedía a la última rampa hasta la cima, detuvo de repente la marcha al contemplar la majestuosidad de un Águila Imperial posada a pocos metros sobre el borde sobresaliente de uno de los cercados pétreos que jalonaban el camino.

No tardó aquélla en observarle y luego desplegar las colosales alas para dejarlas al criterio del viento brusco, el cual logró elevarla grácil por encima de la selva verde adyacente hasta desaparecer rumbo a sus zonas de caza donde ejercía su señorío.

Retomado el camino y, después de la visión cautivadora de aquel soberbio ejemplar, no menos lo fue para José Pedro admirar un Elanio Azul sobre su cabeza advirtiendo su tan elegante como ágil vuelo, cruzándose mientras viraba a poniente con una temerosa Abubilla cambiando de rumbo ésta al topársele cercano, así como un Rabilargo que, además de acelerar el batido de sus alas, también soltó uno de sus graznidos de advertencia.

Minutos después, cubierta la distancia hasta la explanada del monasterio y no sin que sus pulmones le advirtieran del esfuerzo, jadeando mientras observaba era a esa hora temprana el único visitante del lugar, José Pedro decidió tomarse un respiro antes de cumplir la promesa dada de arrodillarse ante la Reina de Tentudía, y para ello recorrió ya relajado la distancia hasta el mirador del cerro desde donde contempló el espectáculo armonioso de un infinito mar de verdes y azules entremezclados con suaves tonos pastel en los que aparecían las cumbres en la lejanía, algunas envueltas en blanquecinas brumas matutinas aún ensortijadas entre sus contornos, y estando salpicado el horizonte por bucólicas vistas de pequeños pueblos con un idílico halo pareciendo suspendidos en sedosas lomas, donde compartían sus formas el verdor de los vergeles aledaños y el dorado de los prados reverberando la luz del sol de mediodía.

La poética visión dio paso a la contemplación de lugares conocidos y rememorados de inmediato. Así, José Pedro y gracias a la claridad del día fue de un lado al otro del borde del cerro identificando puntos tanto cercanos como

lejanos, en especial hacia oriente donde vislumbró con nitidez pese a la seria distancia tanto la Sierra de Aracena como los Picos de Aroche, además de observar esta vez más cerca hitos como los Altos del Castillo, de Machado, de Catalina, de Jabata y el de Caramillos. No dejó de fijar algo más allá la vista en la Sierra del Castil de las Monjas, también el Cortijo de la Víbora, el Cerro de las Lagunillas, igualmente el de Las Conejeras y del Tumbón y, flanqueados por sus propias sierras escarpadas, aparecían como diminutas islas de blancura los pueblos de Cala y Zufre.

No obstante aquella visión, José Pedro llevó sus pasos hasta el lugar desde donde divisó con claridad el Cerro Bonales, punto más alto de Huelva con mil cincuenta y cuatro metros, estando a escasos treinta kilómetros desde donde se encontraba. Justo en su dirección y unos metros más abajo, descendiendo por la ladera hacia un robledal, la brisa le trajo un perfume peculiar preñado de esencias avainilladas, lo que le sugirió la presencia sin dudar de una esquivia “Centaura Tentudaica”, endémica de la zona y que hacía años que no disfrutaba de su fragancia y, mucho menos, de su visión en plena naturaleza dado que sólo era posible encontrarla por encima de los mil metros y cobijada entre aquellos robles centenarios empeñados en su protección.

De esta forma, saliéndose del guion preestablecido en su peregrinación, atraído por tan singular encuentro en las alturas, José Pedro se acercó para contemplar arrodillado a la pequeña Centaura, a la que vio acompañada en sus inmediaciones por el trasiego despreocupado tanto de un Arrendajo como de un simpático Colirrojo haciendo piruetas en torno a ella, quien se ofreció firme en su tallo dejándose mecer de manera suave por la brisa ascendiendo la montaña y abriendo sus pétalos de exclusivo color púrpura; despreocupada, sabiéndose única y mimada por aquel entorno de poderosos árboles de umbrías que

alcanzaban el límite del horizonte.

Aquella minúscula pero sublime flor fue para José Pedro el culmen de los buenos presagios, haciendo de ese encuentro con tan escasa especie una señal de bienandanza; incrementando el estado de gracia en el cual se sentía -de igual forma que Daniela- cobijado por el manto de la Diosa de Tentudía.

Sin embargo, aquella sensación de bienestar, de armonía consigo mismo y con el entorno que le rodeaba, tornó de un momento a otro en una caída de su mente hacia un vórtice de colosales dimensiones, casi infinito en su negrura, arrastrado por su poderoso influjo sin posibilidad de asirse a nada tangible con lo que evitarlo.

Esa transmutación de la Luz hacia la oscuridad, del mundo hacia el inframundo, fue causada por una visión de pesadilla que observó José Pedro a pocos metros de donde se encontraba y que, al alzarse tras deleitarse con la pequeña Centaura, alcanzó a distinguir en su crudeza cuando el cuerpo inerte de una joven asomaba tras la oquedad formada por la conjunción de dos enormes peñascos.

José Pedro, tembloroso, lívido, con las piernas a punto de abandonarle a su suerte, consiguió a duras penas dar esos pasos que le dejaron a sólo centímetros y lo presumido en su mente se hizo realidad cuando contempló horrorizado el rostro de aquella joven sin vida, cuyos ojos abiertos parecieron por un momento le pedían ayuda. Aturdido por la visión, hasta intentó reanimarle tocando su cuerpo en un vano esfuerzo por encontrar algún síntoma que diese pie a la esperanza.

Inútil de todo punto fue su maniobra desesperada y más cuando volvió hacia sí sus manos y comprobó cómo la sangre empapaba éstas y luego goteaba hasta sus mismos pies. José Pedro apenas tuvo tiempo de reaccionar e impedir que su propia mente decidiera desconectar de todo y, en especial, de aquella visión horripilante. Ni siquiera el dolor producido por el golpeo de su nariz contra el peñasco, parando así su cuerpo la caída tras el desmayo que le produjo, consiguió devolverle del abismo de negrura en el que se sumió dejándose llevar al albur de alguna deidad surgida de los infiernos.

# CAPÍTULO I

-¿Estás seguro, Manolo?- preguntó el inspector de policía Paco Prendes a su inseparable amigo y colega también inspector Manuel Gabardino, además de frenar su vertiginoso paso por la sevillana Plaza de La Campana, después de tomar ambos un café -recién alcanzado el mediodía la jornada- en la confitería que llevaba a gala tal nombre desde hacía noventa años, cuando en mil ochocientos ochenta y cinco abrió sus puertas en la esquina de la calle Sierpes.

-Siento decirte que sí. Bueno, me explico- respondió Gabardino con esa cara que ponía cuando las nuevas que llevaba tenían un aspecto comprometedor –Quiero decir, Paco, que...-

-Que te dije preguntaras y no lo hiciste. Está claro, Manolo- le interrumpió Prendes, añadiendo al mismo tiempo una mueca de reprobación a su compañero.

-Espera, hombre. Deja que te explique lo ocurrido. El caso es que yo creía que...bueno, o sea, que al final resulta que...ya te harás cargo que...-

*-¡Deja ya de dar vueltas, Manolo! A cualquiera le puede pasar y te digo cómo hasta yo mismo he caído más de una vez. Olvídalo y veamos la parte positiva a todo esto-*

*-Oye, Paco, gracias. No esperaba menos de ti. Verás, confieso que se me pasó indagar más en el asunto, pero te digo que por una cuestión de confianza o, mejor dicho, de excesiva seguridad en los indicios que encontré ¡Además que el jefe me apremió, joder! ¡No lo voy a negar!-*

*-Que sí, que sí, Manolo, que ya le conocemos-* respondió Prendes invitando a seguir la marcha a su colega, dirigiendo ambos sus pasos hacia la cercana Plaza del Duque de la Victoria para encaminarse a continuación a la de la Gavidia, donde se encontraba la sede policial en el centro de la capital hispalense. Vista a cierta distancia resultaba una pareja de lo más grotesca, teniendo en cuenta cómo Prendes, treinta y dos años, metro noventa y seis centímetros de estatura y aun así delgado, desgarbado, peinado con gomina hacia atrás, calzado del cuarenta y nueve y medio y unas gafas de color negro que le conferían un aspecto de médico de cabecera, hablar pausado y mirada lánguida, resultaba físicamente todo lo opuesto a Gabardino, quien llegaba justo al metro setenta y cuatro, pero ayudado de alzas que ocultaban sus zapatos, año y poco menor que su compañero, rubio, ojos azules, pelo cortado al cepillo que le daba un aire marcial, espaldas anchas, brazos y piernas dotados de bíceps y cuádriceps de atleta y unos andares nerviosos tanto como su forma de hablar aturrullada, por lo cual había que hacer en determinados momentos esfuerzos por entenderle. Si en lo físico eran la noche y el día, en el ámbito profesional esas diferencias se diluían y su forma de acometer las investigaciones convergía tarde o temprano para rematar los casos en los que eran responsables con tanto éxito como rapidez en sus resoluciones.

Esos mismos logros habían propiciado que, de manera paulatina y obviando la juventud de ambos, sus superiores les confiaran cada vez asuntos más complejos que, ni mucho menos, arredraban a ninguno de los dos. Por el contrario, les motivaba más si cabe para expresarse las neuronas y echar el lazo a los facinerosos que pululaban por la capital andaluza.

-*¡El jefe ha preguntado por vosotros!*- les soltó el agente de guardia nada más verles cruzar la puerta principal del edificio que albergaba la central policial.

-*Gracias, Joaquín, para allá vamos*- sin detener el paso le respondió Prendes – *Oye, por cierto, si asoma la gaita el forense nos lo mandas para la Criminal-*

-*Sin problemas*- contestó el agente –*¡Gabardino! Te han llamado de tu pueblo-* añadió llamando la atención de éste.

-*¿De Los Santos?*- preguntó Gabardino, dejando ver en su cara la sorpresa.

-*Sí, hombre. De tu casa. Bueno, dijeron que te llamarían más tarde*- aclaró el agente.

-*¡Anda, Manolo, vamos para arriba! Luego devuelves la llamada*- le apremió Prendes a su compañero casi empujándole dentro del ascensor.

-*¡Qué raro! Pero si estuve hablando ayer...*- pensó en voz alta Gabardino

mientras ascendían hasta su destino en la planta cuarta, donde tenía su guarida el jefazo.

*-Bueno, hombre, algo que se les olvidaría comentarte. Luego, en cuanto terminemos de resolver este asunto, les telefoneas y sales de dudas. Además, no será nada y no pongas esa cara-*

*-Sí, claro, Paco. Dentro de un rato llamo. Venga, vamos al lío porque el que tenemos encima es bueno de cojones, macho-* respondió Gabardino rascándose la coronilla dejando ver su preocupación por el desliz sufrido en la investigación que tenían ambos entre manos, en tanto abandonaban el ascensor, enfilaban el pasillo y se topaban con el despacho de su superior, cuya secretaria les señaló con el dedo la puerta para que entraran y, de paso, añadiendo una mueca de burla juntando los labios para también mover la mano de arriba hacia abajo dándoles a entender se avecinaba borrasca.

*-¡Prendes! ¡Gabardino!*- no les dejó el comisario Antonio Cubillana ni siquiera pedirles permiso para que pasaran al interior del despacho *-¡Sentaos que vamos a echar una buena plática ustedes dos y yo!*- les soltó con un tono sarcástico, lo cual no extrañó a ninguno de los dos conociéndole por sus reacciones y, mucho más, cuando ya colegían había tenido conocimiento del asunto que les preocupaba.

*-De manera que los señoritos llegan con su cachaza habitual de disfrutar de un paseo por la calle Sierpes, su cafelito en La Campana que no falte, mirar las niñas guapas por la Plaza del Duque y...-* habló con ironía no contenida el jefazo, quien mediaba la cincuentena, bigotudo, barrigudo, gafas de extremada

miopía y un chequeo que delataba su nacimiento en el Aljarafe sevillano.

*-Jefe, no hemos parado en toda la mañana-* le interrumpió Gabardino, como era costumbre en él sin poder aguantarse los nervios *-Mire la hora que es. No habíamos probado bocado y sólo ha sido un café de pie y a la carrera-*

*-¡Ya, ya! ¡A la carrera os voy a poner a los dos!-* contestó con retintín el comisario, acompañando sus palabras de un gesto con el brazo en dirección a la ventana hacia su izquierda-

*-Jefe, su secretaria le habrá dicho que hace rato le pedimos audiencia y...-*

*-¡Ni secretaria, ni leches, Prendes!-* el comisario le interrumpió subiendo el tono de su voz, dejando a los dos achantados ante aquella reacción extemporánea que, si bien conocían su carácter, no era lo acostumbrado en él. Ambos le apreciaban, incluso con su carácter agrio, y no era la primera vez que les cantaba a los dos las cuarenta ni tampoco el bautismo de un buen rapapolvo con un soberano tirón de orejas. Reconocían cómo se merecían muchas veces aquellas reprimendas, y algo más, por sus resbalones. Pero como estaba en esta ocasión era algo inusual y hasta les alarmó un tanto sin comprender la indignación mostrada.

*-Comisario, entiendo que nuestra decisión de reabrir el caso de la Marquesa de Arenales, una vez cerrado como suicidio la pasada semana, le cause...-*

*-¿Cómo que me cause?-* interrumpió Cubillana en esta ocasión al inspector Prendes *-Joven, que sepas cómo a mí no me causa nada, sino que me jode lisa y*

*llanamente. ¡Pero, vamos a ver! ¿Qué mosca os ha picado para armar este revuelo con un caso que era de libro? ¿O no recordáis vuestra propia conclusión?-*

*-Así es. Y eso mismo queríamos aclararle-* respondió de nuevo Prendes, procurando no imitar en el tono de voz la agresividad así como la ira de su superior.

*-¡Aclarar! ¡Aclarar! ¡Meteos los aclaramientos por donde os quepan! ¡Seréis...!-*

*-Un momento, comisario, por favor escuche lo que tenemos que decirle y luego...-*

*-Gabardino, hay que ver la costumbre tan fea que tienes de interrumpirme cada vez que abro la boca...-*

*-Lo siento, comisario, sólo quería pedirle...-*

*-¿Lo ves? ¡Sólo digo mú y ya estás cortándome! Bueno ¡Venga! A ver eso que tenéis que aclarar-* pareció algo más desahogado el comisario y su tono se hizo más llevadero para los dos jóvenes investigadores, una vez que les había dado vía libre para su defensa *-Y quiero algo convincente, porque si no...-*

*-Comisario, la culpa de este follón es mía...-*

*-Pero ¿Qué estás diciendo, Manolo?- interrumpió Prendes la confesión de Gabardino, cuyas palabras habían puesto en guardia al jefe.*

*-Pero, bueno ¿A qué viene esto ahora?- saltó Cubillana.*

*-Espera, Paco- insistió Gabardino en su maniobra con el jefe y también su impaciencia –Tengo que asumir se me escapó un detalle crucial en este caso y lo mejor es que el comisario lo sepa-*

*-Gabardino, que te conozco ¿Qué barrabasada has hecho esta vez?-*

*-Hombre, comisario, no es para tanto. Sólo se trató de un descuido y, si me apura, porque usted mismo me empujó para que cerrásemos la investigación-*

*-¿Cómo? ¿Qué? ¡Pero serás...!-*

*-Comisario, con todos mis respetos- intervino Prendes en ayuda de su compañero –Si no recuerdo mal, fue usted en persona quien se presentó en casa de la marquesa y recomendó a Gabardino que diese por terminadas las pesquisas cuando fue por tercera vez y el marido se quejó-*

*-Lo cual era lógico, muchacho. Eran ya muchas las veces que acudía tu compañero, y amiguete por cierto, a dar por culo al marido de la marquesa con preguntas insidiosas de todo punto, joven, y además hurgando en la*

*servidumbre-*

*-No eran insidiosas, eran sólo preguntas de rutina para confrontar su declaración. Ya sabe, los protocolos, jefe-*

*-¡Al carajo los protocolos!-*

*-Pero si usted es quien nos insiste...-*

*-¡Anda, hombre! Eso es cuando hay evidencias, indicios, sospechas- respondió el comisario continuando con sus malas formas –Pero en este caso, donde está tan claro que se trata de un vulgar suicidio, no había lugar para tanta pesquisa y, de paso, tanto incomodar a una persona inocente-*

*-A simple vista así era, comisario- habló de nuevo Prendes –Sin embargo, tendrá usted que reconocer cómo influyó tanto en Gabardino, como en mí mismo y lo confieso, el hecho de que el marido de la marquesa fuera su amigo, que comparta tertulia en el Círculo de Labradores, que vea la Semana Santa en su palco de la Plaza de San Francisco, que se haya pasado toda la Feria de Abril en su caseta, que vaya a cazar con él a su finca, que sea su invitado en la casa que tiene en el Rocío y hasta hoy mismo tiene encima de la mesa una entrada de barrera que le ha mandado para ver juntos torear a Curro Romero en “La Maestranza” esta misma tarde-*

*-Prendes, hijo, eres un poco picajoso ¿No es verdad, querido?- comenzó la respuesta del comisario utilizando un tono casi sumiso, rozando lo cómico, al*

que añadió un meneo de cabeza y una mueca en la boca donde el labio superior llegó hasta casi la base de la nariz al levantarlo –*O sea que, según tú, y sencillamente porque vuestro de repente sospechoso es mi mejor amigo desde que compartíamos pupitre en la Facultad de Derecho, soy el causante de este desaguisado-*

*-No quise decir eso. Ni mucho menos. Sólo que esa afinidad con el marido de la marquesa y su insistencia por cerrar el caso hizo que Gabardino relajara su investigación y hasta yo mismo no supervisase un detalle que le encargué indagara. Por lo tanto, el único culpable de esta situación tan desagradable soy yo, comisario. Le pido perdón tanto a usted como a mi compañero por no haber tenido el necesario rigor en la investigación-*

*-¡Nada de eso, Paco, coño...!-* le respondió Gabardino moviendo la mano derecha con el dedo índice negando con insistencia.

*-¡Silencio! ¡Me cago en...!-* bramó el comisario y hasta los papeles de su mesa levitaron durante unas milésimas de segundo tras su vozarrón, el cual hizo callar a los dos jóvenes –*¡Vamos a dejarnos de responsabilidades, de culpas y demás zarandajas. Si la hemos cagado, todos la hemos cagado ¿Entendido? Ahora, de una vez por todas, soltad lo que habéis descubierto y como se trate de alguna gilipollez os voy a poner a los dos a patear calles!-*

*-De acuerdo, jefe. Vamos allá-* se arrancó Prendes relajando su pose y mirando de manera cómplice a Gabardino, quien había conocido el auténtico sentido de la amistad cuando aquél había salido en su defensa asumiendo algo que, a pies juntillas, creía era un error propio aunque se lo recriminaba a sí mismo con cierta

clemencia, dada la insistente presión a la que le había sometido el comisario por salvaguardar a su también compañero de francachelas y saraos e, igualmente, juergas hasta el amanecer donde no faltaba el buen cante y, en especial, las mujeres.

Aunque ese era un tema tabú, prefiriendo dejarlo en el anonimato, aparte también había averiguado de qué forma su superior participaba de manera muy activa en esas habituales correrías nocturnas, y de qué forma tan hábil en contraposición ofrecían –por supuesto tanto él como todos sus correligionarios juerguistas, crápulas y adúlteros empedernidos- una imagen impoluta a la sociedad así como una faz de inquebrantable moralidad a prueba de tentaciones mundanas; sirviendo así de ejemplo a cuantos contemplaban sólo la fina superficie de sus vidas disolutas.

*-¡Espera, Paco!- le frenó en seco Gabardino –Antes quiero dejar claro al comisario que no tenemos nada en contra de su amigo. Y, además, debo también confesar cómo sólo una simple casualidad ha hecho que ahora estemos aquí y dándole un buen disgusto, si me permite la expresión-*

*-¿Qué si te la permito, Gabardino? ¡Como para no hacerlo! Y claro está que me incomoda, muchacho. Pero habrá que joderse, porque es mi obligación escucharos. Bueno, a ver esa casualidad que dices-*

*-Pues el caso es que Prendes me comentó no dejara de indagar sobre los posibles seguros contratados por la marquesa y su marido...-*

*-Bueno ¿Y qué?- interrumpió el jefeazo gesticulando con los brazos abiertos –Era una marquesa, multimillonaria, y lo normal es que se pudiera permitir la contratación de un seguro-*

*-Correcto, jefe- Prendes habló.*

*-Pues ¿Entonces? Además, y si no me corregís, el suicidio exime de responsabilidad a la compañía aseguradora. Por lo tanto ¿Qué interés podría tener su marido? No ha lugar a indemnización-*

*-Pues le corrijo, comisario- Gabardino le ofreció una sonrisa beatífica aunque sólo en la apariencia con los labios estirados, puesto que mostraba los demás músculos faciales sostenidos en un rictus extraño.*

*-¿Cómo?-*

*-Pues muy sencillo- el joven inspector se acomodó algo mejor en el sillón de confidente y gracias a la seguridad con que afrontó la pregunta del superior – Porque esa cláusula de salvaguarda de las compañías queda sin efecto a partir del primer año. De tal modo que sólo no hay derecho a indemnización si el suicidio se produce en ese plazo. Desde el día trescientos sesenta y seis ya entra en vigor en su totalidad y los causahabientes tienen derecho a reclamar el importe contratado-*

*-Ya le dije, comisario, que no veníamos sin nada entre las manos-*

*-Prendes, estamos hablando en simple hipótesis y, tal vez, ni siquiera tendría contratado con la compañía ese seguro que decís, luego no hay indicio alguno y además...-*

*-Comisario, disculpe que le interrumpa- le volvió a pegar un buen corte que puso de los nervios al superior –Pero le digo que sí lo hay, y no el único, que apuntan a que no fue un suicidio. Pero, si le parece, voy con el del seguro. O mejor, que se lo relate Prendes-*

*-De acuerdo, Manolo- se lanzó en tromba el inspector para detallar el primero de los hallazgos de éste –Como ya le ha comentado mi compañero, pasó por alto lo que le pedí hiciese en su día; y no era otra cosa que comprobar, aparte de las posibles pólizas de seguro, si éstas tenían previsto el tema del suicidio. Precisamente, y usted lo recordará, en el ABC de ayer apareció la noticia de un caso similar donde una compañía de seguros se salió con la suya al haber conseguido demostrar cómo el suicidio de su asegurado se produjo tres días antes de cumplirse el ciclo del primer año. Eso hizo que Gabardino se pusiera de inmediato manos a la obra y concluyera que la marquesa, a instancia de su marido tal como le refirió en persona el delegado en Sevilla de la aseguradora, tenía una póliza de esas características desde hacía año y medio, la cual preveía indemnización por suicidio y que el beneficiario era aquél. Y la pasta no es moco de pavo, puesto que son quinientos millones del ala que se ha embolsado su amigo-*

*-¿Quinientos millones de pesetas? ¿Tanto? El recibo anual de la prima de seguro sería descomunal-*

*-Bueno, jefe, usted mismo ha dicho que se lo podía permitir. Era toda una aristócrata con fincas donde caben tres ciudades como Sevilla-*

*-Cierto, cierto, muchacho. Bueno, pero ella se suicidó. Eso está claro. Y su marido tiene derecho, si como decís ella suscribió la póliza, a disfrutar del dinero-*

*-Pues no tenemos tan claro que se suicidara-*

*-Vamos a ver ¡Prendes de los cojones! Tú mismo has firmado...-*

*-Sí, sí, ya lo creo que firmé el informe- interrumpió el joven policía -Y dejé claro cómo había sido suicidio...-*

*-Vaya, hijo, menos mal que por lo menos en eso coincidimos. Además, si es que no tienen ni pies ni cabeza esas sospechas que se os han subido a la cabeza a los dos con eso de la noticia del ABC...-*

*-Hay más, jefe. Gabardino puede ponerle al día-*

*-¿Cómo? ¿Más casualidades? ¡La madre que me parió...!- se llevó el comisario las manos a la cabeza.*

*-Mejor que casualidad, sería decir causalidad- Gabardino habló para luego observar la cara de extrañeza de su superior, quien se rascó con insistencia la barbilla.*

*-Explícate, chico, que ya me tienes sobre ascuas-*

*-Aclaro ipso facto, jefe- atacó Gabardino, decidido a embaular a Cubillana con sus averiguaciones –El caso es que, a primera vista, y tal como me indicó Prendes al conocer la póliza de seguro, no encontré más coincidencias en sucesos similares en el pasado-*

*-O sea que habéis estado hurgando por ahí en los avatares de mi amigo y también marido de la marquesa. No os entiendo, porque podíais haber venido y preguntado. Ya sabéis que nos conocemos desde que éramos imberbes y somos de la misma promoción de la Facultad. Bueno, aunque aclaro que él no llegó a terminar la licenciatura ya que se marchó a Brasil a no sé qué negocio-*

*-El negocio se lo voy yo a decir, jefe-*

*-¿A qué viene eso, Prendes?-*

*-Bueno, Gabardino tenía la palabra y prefiero devolvérsela para que le dé esos detalles-*

*-Cojo esa palabra otra vez, Paco. Pues, jefe, ya le decía que escarbé con ganas*

*¿Sabe? Y por supuesto obvié, y Prendes más que yo, molestarle con algo así. Y no es gratuito y tampoco tiene que ver con que no fuese a decirnos lo que buscábamos. Es que, en confianza, queríamos dar los pasos, averiguar, y luego ponérselos en claro-*

*-Bueno, no te enrolles y escupe lo que sea-*

*-Voy con ello, comisario. El caso es que, como sabe bien, esas pesquisas las hice con el nombre que está claro conocemos de su amigo. O sea, Francisco de Paula Martínez-Ríos y de la Rosa-*

*-Correcto- relajó su pose el comisario al responderle -No tiene otro, al menos que yo sepa porque conocí a sus padres y mucho. Su madre era toda una señora, muy elegante, muy culta, hermana del Gran Poder y benefactora de su Bolsa de Caridad. Por su parte, qué decir de su padre, quien era un eminente jurista y que llegó a Magistrado del Supremo. Ya os digo, jovencitos, un caballero con todas las letras. Que Dios tenga ambos en su Gloria-*

*-Ya lo creo, jefe- retomó de nuevo la palabra Gabardino, mientras veía la expectación en el rostro del comisario y eso le provocó cosquillas en la barriga, por supuesto placenteras -Sólo que, en realidad, ese nombre y apellidos en Brasil él mismo los modificó en cuantas transacciones hacía y, en particular, una vez se casó con una rica heredera de la ciudad de Salvador de Bahía-*

*-Bueno y ¿Cómo sabéis...?-*

*-Prendes, jefe-*

*-¿Cómo? ¿Qué quieres decir con Prendes?-*

*-No hay misterio- aclaró el joven inspector gesticulando con la cabeza –Verá, tengo un compañero de promoción en el departamento de Informática, en Madrid, y acudo a él cuando necesito una ayuda urgente en los casos. Es un fuera de serie con las máquinas y nos puso en la pista de su amigo. El susodicho marido de la marquesa, también de la rica heredera brasileña hasta hace siete años, es el mismo sólo que rastreando aparecía como Francisco Martínez Rosa. Por este motivo, por mucha búsqueda que hacíamos no había ningún dato negativo en su currículum ni en territorio patrio ni en cualquier otra parte-*

*-Bueno, yo sabía que había estado en Brasil y se casó con esa ricachona, de quien me comentó tuvo un accidente terrible y murió. Punto final-*

*-Es punto y seguido- dijo Gabardino –Sobre todo porque su amigo también cobró una sustanciosa póliza de seguros-*

*-De acuerdo, chico, reconozco es una coincidencia sospechosa. No obstante, ya te digo que fue un accidente y no suicidio-*

*-Un accidente no aclarado, archivado por la policía brasileña y del que la aseguradora, a regañadientes, aceptó pagar la indemnización a la vista del criterio de las autoridades. No obstante, dejó constancia el investigador contratado por la compañía de los indicios claros, si bien no demostrables y*

*circunstanciales, los cuales apuntaban a que el accidente había sido provocado. De igual forma, señaló a su amigo como ejecutor o inductor, dado que también sospechó de terceros contratados para llevar a cabo el supuesto crimen-*

*-Bien, ya dices tú mismo que era todo circunstancial. No por ello podemos estar seguros de que él fuese el culpable y hay que otorgarle el beneficio de la duda, muchacho-*

*-Se lo dimos cuando empezó este embrollo del suicidio- sentenció Prendes muy serio –E insisto que movidos por su amistad. No queremos engañarle, comisario. Hasta le vemos con él salir muchas mañanas a tomar café y, no pocas veces, acercarse los dos a la Plaza de San Lorenzo para tomar el aperitivo-*

*-No tengo nada que decir, chico. Es mi amigo. Vosotros lo haríais de la misma forma. Además, tengo fe ciega en él y que todo se trata de una casualidad y no causalidad como decís. Él no es un criminal y os aseguro que dudo cobrase ese seguro que apuntáis, porque volvió hace unos años con los bolsillos con telarañas. Hasta yo mismo le eché una mano-*

*-Pues sí cobró el seguro y me temo que se lo ventiló en esos años de margen hasta regresar a Sevilla y, en cuestión de meses, llevar al altar a la marquesa; quien por cierto le sacaba sus diez años largos-*

*-¡Ahí no parto peras, muchachos!- Cubillana no daba su brazo a torcer y hasta se le fue el tono de voz más de lo debido -Ella se enamoró perdidamente de él. Fui testigo y en eso os equivocáis puesto que fue un matrimonio asentado en un*

*cariño mutuo-*

*-La verdad, jefe, que yo opinaría igual en su pellejo- Prendes tomó la palabra en ese momento con decisión y seguridad en sus argumentos -Sin embargo, tras esos antecedentes de los que ya tiene noticia, nos pusimos manos a la obra con las fotografías obtenidas del cadáver de la marquesa-*

*-¡Pero, hombre, si estuvisteis presentes los dos en el levantamiento del cadáver y también observasteis toda la habitación el tiempo necesario en estos casos!-*

*-Tiene toda la razón, comisario. Y me va a permitir que le diga cómo usted, el forense, el médico de la familia, el juez y hasta el “sursum corda” eran amigos del matrimonio, o sea que le aseguro cómo, de no ser así, el rigor que hubiésemos puesto en observar los detalles habría sido mayor. Y le confieso que esa atmósfera de amigos íntimos compungidos y fieles compañeros de caseta, palcos, cacerías, Rocío, finca, veraneo, peregrinaciones a Fátima, Lourdes y hasta el Vaticano, sumando al Capellán del Gran Poder rezando Padrenuestros encadenados de acá para allá en esa misma habitación, nos nubló el entendimiento tanto a Gabardino como a mí mismo-*

*-¡Chico, un momento! Vamos a ver si nos aclaramos porque yo mismo contemplé aquel triste espectáculo y saltaba a la vista cómo la marquesa se había disparado en la cabeza y yacía en la cama-*

*-No hay réplica posible para eso, jefe- Prendes tomó aire para continuar con sus argumentos, aunque esperanzado puesto que la actitud del jefe se había*

relajado y observó cómo de manera paulatina entraba al trazo de los hallazgos y nuevas teorías sobre el caso –*No obstante, sí la hay para la posición del cadáver y la distribución del entorno-*

*-¿Entorno?-*

*-Quiero decir que, sin un análisis concienzudo, impedido por las circunstancias que antes le he comentado y de las cuales no hace falta insistir cómo influyeron en nosotros, todo parecía encajar en el suicidio. Es lógico cuando en la cama estaba el cadáver, cerca una pistola propiedad de la marquesa, un frasco de pastillas y sangre por doquier. En una primera impresión, no había duda se trataba de alguien quien había decidido cortar por lo sano y bajarse en marcha del tren de la vida-*

*-Entiendo lo que dices, Prendes-* respondió el comisario, aunque bien era cierto ya con mucho menos ímpetu en su tono –*Sin embargo, muchacho, no puedes negar cómo los antecedentes de la marquesa también tuvieron su peso a la hora de determinar el cierre del caso-*

*-Disculpe, jefe, pero eso no fue clave en el hecho de que suavizáramos nuestro protocolo de trabajo-*

*-¡Vamos, Prendes, no me digas eso!-* el comisario pareció de nuevo irritado –*Tú, Gabardino y yo mismo sabíamos cómo la marquesa llevaba un año en tratamiento psiquiátrico, lo cual corroboró in situ su médico personal. Acordaos, si no, que nos hizo una detallada secuencia de cómo había entrado en*

*una dinámica de episodios depresivos agudos y, como consecuencia de ello, le había confesado cómo pretendía quitarse la vida-*

*-Nada que objetar, jefe, pero también reconozca cómo el mismo médico, y con mucha discreción, nos apuntó la infidelidad de su marido como la causa de aquel estado de la marquesa-*

*-Comisario- saltó Gabardino para añadir sus propios argumentos -recuerde cómo el matasanos incluso llegó a referirnos el último episodio sufrido en la Feria de Abril por la marquesa cuando el marido, delante de sus narices, apareció en la caseta familiar con una fulana con quien le había sorprendido el verano pasado en plena faena y en su propio dormitorio de la casa que poseen en la finca cerca de Lebrija-*

*-Bien, de acuerdo, pero ten en cuenta son cosas del matrimonio y ellos tenían un comportamiento, digamos, liberal. Son gente de posibles, de alcurnia, de una vida que para nosotros es impensable por el patrimonio que les ampara y quiero decir cómo se pueden permitir todo lo que deseen hacer realidad-*

*-Jefe, imagino querrá referirse a la marquesa-*

*-Claro, Gabardino, también ella tenía sus devaneos con otros hombres-*

*-Por supuesto que conocemos ese detalle, pero también cómo ella guardaba discreción y no se le ocurría aparecer en sitios concurridos con sus amantes circunstanciales-*

*-Ni mú sobre eso, chico. De todas formas, no veo dónde queréis los dos ir a parar. Fue un suicidio en toda regla, con su pistola, sus pastillas tranquilizantes, su disparo en la cabeza, su sangre por todos lados y una infeliz desesperada quien no logró hallar la salida a sus depresiones. Ya os digo cómo es una enfermedad terrible, silenciosa, insistente, recurrente, inasequible al desaliento que va carcomiendo a quien la padece lenta pero segura hasta hacerle vivir un infierno del cual prefieren salir de manera drástica como habéis visto en este caso. Sin duda, esa actitud del marido tan descarada en la Feria pudo ser la espoleta-*

*-Respondo entonces, llegados a este punto comisario, a su pregunta de dónde queremos ir a parar. Por tanto, sepa que a la casa de...- Prendes paró en seco su preparada parrafada, la cual preveía derrumbase por fin la resistencia del comisario para admitir la muy probable posibilidad de que su amigo fuese el culpable de “suicidar” a su esposa, en el momento que el médico forense, y de la misma forma amigo del jefazo, hizo su entrada en el despacho como si fuese el propio salón de su casa.*

*-¡Antonio, hombre!- se dirigió al comisario, ya levantado éste y acercándose a darle un abrazo -¿A qué viene este follón de sacarme del hospital a estas horas? Además ¡Qué jodido eres! ¡Que hoy torea Curro en La Maestranza!-*

*-Anda, toma asiento, Pepe- le pidió el comisario tras el recibimiento efusivo -Y te digo que no ha sido idea mía, como comprenderás en un día como este, sino de estos dos lechuguinos que tienes a tu lado-*

*-Bien, bien, Antonio, ya veo que son tus niños bonitos. Me extrañaba que no se les ocurriese algo para jodernos la faena de Curro-*

*-Don José María, un momento. Que nosotros no teníamos intención de...-*

*-¡Nada, hombre, tranquilo!- respondió el médico a Prendes dándole una palmada cariñosa –Era un poco de guasa. Bueno, venga, decidme qué se os ofrece-*

*-Pues que tanto usted como el comisario nos acompañen a la casa de la marquesa, que en paz descanse-*

*-¿Cómo?- saltó como un felino el jefazo –Pero ¿Qué dices? ¡Una cosa, niño bonito! ¡Sin que pongáis sobre la mesa un indicio más serio de los que habéis soltado, ni hablar de eso!-*

*-Jefe, pero...-*

*-Nada, Gabardino, son sólo conjeturas y en manos de cualquier leguleyo pruebas circunstanciales-*

*-No estoy de acuerdo, comisario- Prendes atacó esta vez con más firmeza –Y le ruego nos permita un careo con el marido en la escena del crimen-*

*-¿Sin nada más que esas endebles sospechas? ¡Ni hablar!-*

*-Jefe, confíe en nosotros. Tenemos las fotos, contamos con el forense para que nos asesore y disponemos de una teoría que rebate por completo el suicidio-*

*-¡Me cago en...si es que estáis dispuestos a dejarnos sin corrida!- Cubillana, alterado de nuevo, parecía echar humo imaginando comenzaba la tarde en La Maestranza sin que ocupara su barrera en el tendido, puro en ristre -¡Venga, anda! Pide un coche y nos vamos para allá, aunque sabe Dios si el marido ha salido y...-*

*-Ya está preparado el coche abajo y esperándonos con el motor en marcha, comisario- Gabardino, como siempre interrumpiendo al jefazo, le soltó aquello con toda la tranquilidad del mundo y además sin dejar de sonreír un instante -En cuanto al marido de la marquesa está advertido de que los tres íbamos para su domicilio. Y disculpe nuestro atrevimiento, pero teníamos la seguridad de que le convenceríamos. Si les parece tanto a usted como al doctor, durante el trayecto les pondremos al tanto de nuestra hipótesis y podrán ver en las fotografías los detalles en los que se asienta-*

*-Pero, pero ¿Seréis jodidos? ¡Anda, vamos que no tenéis remedio! ¡Y tú, Pepe, ya has visto qué par de caraduras están hechos estos dos!-*

*-Bueno, tal vez los chicos se merezcan una oportunidad- respondió el forense al comisario señalando a los dos jóvenes policías.*

*-¿Tú también, Bruto?-*

*-¡Hombre, Antonio, tú eras más testarudo que ellos hace unos añitos!-*

*-Bueno, de acuerdo, salgamos cagando leches a ver si terminamos rapidito ¡Que el paseíllo de Curro no me lo quiero perder!-*

## CAPÍTULO II

Abril se enseñoreaba con Sevilla, dejando caer su manto primaveral con la cadencia necesaria para el deleite de los sentidos, logrando de nuevo sumirla en un sueño idílico; arrastrándola socarrón hacia ese duermevela que dotaba a su apariencia de una absorta personalidad, abjurando de lo terreno.

El aire tibio, humedecido en la lámina verde olivácea del Betis, fluía grácil entre avenidas, calles, callejuelas y plazas, llevando consigo una tan sugerente como embriagadora mezcla de aromas de flores recién nacidas; estirados los pétalos y ofrecidos al sol como tributo que su influjo de fuego les proporciona en una ancestral ceremonia cíclica en las feraces tierras del bajo Guadalquivir, ungidas por dioses antiguos jugando a imitar en la vasta llanura, otrora marina, el mismísimo Edén.

Recién finiquitadas las dos grandes fiestas de la ciudad, las cuales abrían en canal su ensimismada naturaleza empujando al borde del paroxismo a sus habitantes, incluso acostumbrados al derroche de sensualidad que su celebración derramaba cada año, el pulso de aquélla regresaba a lo considerado dentro de la

normalidad, enrocándose en sí misma, contemplándose perezosa en ese río mil veces traicionero pretendiendo anegar sus calles, tomándolas como trofeo de guerra haciendo inútiles las añagazas para evitar su impulso conquistador allende sus orillas, y esperando temerosa el fatigoso e inacabable estío extendiéndose casi a los albores del invierno, haciendo del otoño un cómplice de aquél dispuesto a permitir que las huestes de los vientos solanos permanecieran insumisos haciendo irrespirable el ambiente en las pastosas noches septembreras.

En esa suerte de pensamientos, atribulado reinando en las jornadas que se avecinaban una vez rebasado el mayo florido, Paco Prendes, asturiano de nacimiento, madrileño de educación y sevillano por oposición como él mismo reconocía, salió del vehículo policial en último lugar, tras dejar paso a Manolo Gabardino, para quien sabía que aquel temor a las jornadas estivales no era obstáculo ni le arredraba tanto como a él gracias a que Extremadura era su cuna, y sus estíos nada tenían que envidiar a los de la tierra en la que ambos moraban como invitados de excepción en su carrera como servidores públicos.

Habían cruzado la ciudad dirigiéndose por el Paseo de Colón y la Avenida de la Palmera, dejando atrás la inmensidad arbórea del Parque de María Luisa de Orleans como ínsula de sosiego, umbría y belleza romántica imperturbable para acceder a la formidable casa aledaña al estadio “Benito Villamarín”, coso legendario del Real Betis Balompié, la cual había poseído la marquesa finada y, en esos momentos por herencia, propiedad de Francisco de Paula, quien fuera su marido y ya su apenado, al menos cara a la galería, viudo.

El mayordomo, vestido como Dios manda según fijan las leyes no escritas de la aristocracia y tras recibirles con escueta cortesía y sabedor de su llegada, condujo al grupo hacia el dormitorio que fuera de la marquesa y les dejó solos

unos instantes con la promesa de dar cuenta a Don Francisco, tal como se refirió al nuevo dueño de la cuasi mansión, que contaba con el jardín más señorial, elegante y mejor cuidado que ninguno del peculiar cortejo policial había contemplado jamás.

Ni que decir tiene que el interior era el culmen del buen gusto y, desde las tapicerías, pasando por óleos, lámparas, apliques y estatuillas varias que jalonaban las amplias estancias hasta los muebles originales de época, todo gozaba de un equilibrio no sólo estético sino también cromático concordado a conciencia por la que fuera hasta hacía poco su señora; cuyo sofisticado perfume aún parecía resistirse a abandonar cada rincón de aquel castillo en medio de una selva plena de armonía que emanaba aromas silvestres, enclaustrada entre rododendros y enredaderas como lapas sujetas a las altas tapias que lo custodiaban.

*-¡Antonio! ¡José María! ¡Dichosos los ojos! Y ustedes, señores, un placer recibirles de nuevo-* habló de esta forma el nuevo dueño de la casa, ataviado de manera impecable, lo que delataba estaba recién llegado de algún acto social en uno de esos sitios exclusivos de la ciudad donde los simples mortales tenían vedada la entrada, y en cuyo atuendo no faltaban esos complementos masculinos que un caballero no podía dejar de mostrar y, tal como pensaron, en ese momento más que nunca se los podía permitir sin recato ni preguntar a su administrador qué tal iban las finanzas del marquesado. Tanto era así que Prendes no quitaba ojo de los zapatos “Lottusse”, de un genuino color burdeos con la “L” dorada rematando el empeine en su parte derecha sobre metal en fondo negro, los cuales recordaba haber visto en una zapatería de la calle Tetuán y también haberse parado ante el escaparate para admirarlos sólo, dado que su precio ascendía a un importe que para un funcionario policial era prohibitivo.

Por su parte, Gabardino hizo lo propio con una corbata de Hermés, la cual lucía Francisco de Paula sobre una camisa de seda color rosa palo elegantísima, quedando perfecta anudada al cuello. De manera instintiva, el joven inspector se llevó la mano a su cuello y rozó su corbata, pareciéndole algo rústica y hasta de mal gusto. De cualquier forma, lo que sí había descifrado, nada más pasar a su lado aquel sujeto, era la estela preñada de esencias orientales y amaderadas inconfundibles, máxime teniendo en cuenta que no dejaba ningún sábado por la tarde de pasar por El Corte Inglés y, con generosidad del probador, distribuir una buena ración de perfume sobre su chaqueta adquirida en las últimas rebajas invernales. Y ese aroma, con el cual soñaba disponer para sí en cualquier ocasión y que impedía un precio desorbitado para su economía, no era otro que “Habit Rouge” de Guerlain, toda una gran elección de su sospechoso con buen gusto sin duda.

*-¡Anselmo!-* llamó Francisco de Paula con autoridad al mayordomo, un hombre tan alto como delgado, de pelo negro, de espalda recta y mirada acuosa, quien se acercó de inmediato aunque sin desmadejarse y manteniendo el tipo tan enhiesto como si nada ocurriese y ni siquiera su amo le reclamara *-Sírvenos un refrigerio-*

*-¿Aquí, señor?-* preguntó un tanto extrañado el sirviente, y mucho más al ver las caras de perplejidad tanto de los policías como del forense, quienes no salían de su asombro por la actitud de falta de respeto al tratarse de la escena del crimen; incluso siendo un suicidio certificado por ellos mismos hacía pocos días.

*-¿Dónde, si no? Hay espacio suficiente y podemos acomodarnos sin problema.*

*Por favor, caballeros, tomen asiento-* indicó señalando el lateral del dormitorio, el cual podría pasar como un amplio salón, donde no faltaba una zona decorada a modo de biblioteca, con un enorme sofá y dos sillones de orejera a juego en piel de color verde.

*-Enseguida, señor-* se rindió el mayordomo ante la suficiencia de la pregunta, realizada con un punto de acidez en el tono muy desagradable, desapareciendo sin hacer el más mínimo ruido sobre la enorme alfombra persa que cubría toda la estancia hasta el mismo corredor.

*-Bien, amigos, la exigua conversación con el inspector no me aclaró el motivo de esta visita tan extemporánea, pero no por ello incómoda ni mucho menos, sino todo lo contrario-* siguió en la palabra Francisco de Paula, con un tono tan festivo como intrascendente y eso que los rostros de quienes formaban la comitiva aparecida de repente no eran precisamente de jarana.

*-Francisco, antes de nada, discúlpanos por presentarnos así y más cuando todavía está tan cercana la tragedia que tuvo lugar justo aquí y la cual tanta tristeza te causaría-* abrió la boca por fin el comisario Cubillana, dejando también que sus músculos faciales se relajaran y ofrecieran algo menos de seriedad-

*-Perdonados todos-* respondió de buen grado Francisco de Paula *-Y sí es muy cierto lo que dices, Antonio. Fíjate que me parece cómo todo fue un sueño o, mejor dicho, una pesadilla de la que no consigo despertar. Pero así es la vida de dura. Hoy aquí y mañana...y es que me parece mentira haber perdido a Isabel de esa manera ¿Quién iba a suponer que sus desvaríos por la depresión le*

*llevarían a tomar una decisión sin vuelta atrás? Ya sabes lo que nos dijo Eduardo, su médico de toda la vida y a quien le había confiado el estado de ansiedad permanente que sufría, aunque ya sabes que a mí no quiso preocuparme con sus problemas mentales. No obstante, sí notaba yo esas rachas de melancolía que, de forma recurrente, le atacaban de manera cíclica. Justo en la Semana Santa noté que le vino una fortísima, y ya conoces cómo la luna de Parasceve castiga a las personas con desórdenes mentales. Pero en la Feria me di cuenta cómo era serio ese ataque cuando decidió no acudir a la caseta, con lo que ya sabes le gustaba el ambiente del Real. Una pena enorme, Antonio, inmensa, ya lo sabes-*

*-Y tanto que lo sé, Francisco. Por eso te reitero las disculpas puesto que necesitamos confrontar una serie de detalles que han surgido...-*

*-¿Confrontar? ¿Detalles?- con perplejidad acogió aquel comentario el anfitrión, a quien se le transformaron de repente tanto el rostro como el tono de voz - Antonio, creo me hablaste cómo enseguida se había cerrado el caso y determinado con total seguridad que mi esposa se había suicidado-*

*-Bueno, Francisco, sí, claro está- respondió dubitativo el comisario, aunque las miradas de Prendes y Gabardino le devolvieron esa pizca de seguridad para afrontar el duro trago de decir el motivo real de la visita; por supuesto sin dejar de pensar para sí mismo cómo les patearía el culo a sus dos chicos si su teoría resultaba al final agua de borrajas –Sin embargo, una serie de evidencias apuntan a que podría haberse tratado de un homicidio-*

*-¿Homicidio? ¿Cómo? ¡Antonio, recuerda, estaba ahí mismo!- señaló enojado el*

marido de la marquesa hacia la cama –*Se había disparado, a su lado tenía la pistola y una caja de tranquilizantes ¿Es obvio no? Y no hace falta repetir lo que su propio médico nos reveló-*

*-No pongo en duda lo que dices, Francisco, pero tampoco las nuevas líneas de investigación que han aparecido y, en concreto, las que los inspectores Prendes y Gabardino me han puesto de manifiesto y...-* cortó de inmediato las explicaciones el comisario, en cuanto entró en la estancia el mayordomo empujando un elegante carrito de servicio repleto de exquisiteces culinarias junto a sendos botellines de refrescos, una botella de Manzanilla Pasada de “La Barbiana” incrustada en el interior de una cubitera atestada de gruesos trozos de hielo y, junto a un plato de jamón de bellota recién cortado, otra de Marqués de Riscal a temperatura ambiente; lo cual hizo pensar a todos en la inoportunidad de aquellas viandas y caldos sublimes para un momento de tanta tensión como el que acababa de iniciarse.

*-Pero ¡Vamos a ver, caballeros!-* retomó la palabra y el gesto contrariado el marqués consorte, una vez se había retirado Anselmo –*¡No pueden negar la evidencia! Les recuerdo más que probada ésta y de cómo fue un suicidio. Por lo tanto ¿A qué viene esta repentina decisión de hurgar donde sólo hay una mujer presa de la angustia?-*

*-Francisco, aguarda que te explico-* Cubillana le contestó, habiéndole dejado desahogarse lo suficiente *-Prendes y Gabardino han encontrado una petición de antecedentes tuyos realizados hace unos años por la policía de Brasil. Rastreando ésta, encontraron cómo te viste envuelto en un suceso similar con la que fuera allí tu esposa...-*

*-¡Santo Dios! ¿Hasta eso? ¡No tiene nada que ver lo que le ocurrió a mi esposa brasileña! ¡Fue un simple accidente y...!-*

*-Me temo, señor- tomó la palabra Prendes, mirando primero a su superior y viendo cómo su gesto le animaba para contrarrestar las acometidas de aquél –que la policía brasileña, aún hoy, sigue sin estar de acuerdo con usted-*

*-Pues, inspector, fíjese dónde estoy ahora mismo. Sólo eran sospechas infundadas y lanzadas a diestro y siniestro por parte interesada, o sea sus hermanos, quienes pretendían acusarme y, lo que era su intención, quedarse con la parte del león de la herencia de mi esposa. No hagan caso a esas habladurías que, estando clara mi inocencia, ni un minuto consiguieron que la justicia observase conducta delictiva por mi parte. Sólo fui una víctima de esa familia y su poder entre la policía corrupta. Gracias a Dios que, disponiendo del dinero heredado, pude contratar abogados e investigadores imparciales que pusieron en su sitio a esos desalmados y sus argucias, bien compinchados con policías por ellos mismos untados...-*

*-No es sólo eso, señor- se lanzó Gabardino, sin dejar que pronunciase aquel sujeto la última palabra –Y es que en ambos casos mediaban indemnizaciones, sustanciosas por cierto, previstas en pólizas de seguro que, conforme me indicaron ayer y en especial referida a la marquesa, ha hecho efectiva-*

*-¡Faltaría más! ¡Pues, como debe ser!- contestó Francisco intentando serenarse, aunque sin conseguirlo -¡Para eso era el seguro! Además, le habrán dicho que era mutuo. O sea que si llego a ser el finado, ella hubiese recibido idéntica*

*cantidad-*

*-No hay nada que objetar, señor, pero sí cómo la escena del crimen habla de que hubo manipulación de evidencias-* deslizó por fin Gabardino con frialdad, esperando ojo avizor la reacción del sujeto.

*-¡Antonio! ¿Vas a permitir esto? ¿Tendré que descolgar el teléfono y hablar con el Gobernador Civil?-* pareció perder el individuo los papeles, la educación y la compostura lanzando una velada amenaza de recurrir a resortes políticos.

*-Tranquilo, Francisco ¡Joder, no te pongas así, hombre!-* el comisario tomó cartas en el asunto, calmando su exasperación al ver cómo se le torcían las cosas *-Los inspectores sólo quieren contrastar sus pesquisas y aún no han dicho que tengas algo que ver en esa, como dice Gabardino, manipulación. Ya te digo que hay indicios de que el cadáver fue, para que nos entendamos, colocado-*

*-¿Cambió usted de posición el cadáver?-* se lanzó Prendes al cuello del marqués consorte, casi sin dejarle margen para digerir lo que escuchaba.

*-¿Qué dice? ¡Claro que no! ¿Me creen capaz de hacer algo así? ¡Soy un caballero, señor!-*

*-Pues, entonces, alguien tuvo que hacerlo-* contestó el joven inspector con el poder de la convicción en su mirada, lo cual no se le escapó al comisario y decidiendo éste sobre la marcha darle carrete con tal de que siguiese arrinconando a Francisco de Paula junto a Gabardino, quien permanecía con las

facciones afiladas deseoso de caer sobre él de un momento a otro.

*-Sólo el mayordomo y yo...-*

*-Observe estas fotografías ampliadas, señor-* interrumpió Prendes a Francisco, quien se colocó de inmediato gafas de presbicia al recibirlas en sus manos.

*-Bien, es el cadáver y nada más-* respondió con mejor tono Francisco, nada más comprobar cómo la instantánea contenía sólo el cadáver de su esposa, sin más evidencias que le pusieran en el foco de aquellos dos perros de presa con placa de metal en los bolsillos.

*-Ese “nada más” es incorrecto, y debo reconocer que nosotros pasamos por alto aquel día ciertos detalles-* le respondió Prendes a colación tocando con el dedo la fotografía, observando cada movimiento y expresión de Francisco de Paula.

*-Como que la pistola asomaba por debajo de la almohada-* Gabardino habló señalando lo indicado mientras sostenía otra ampliación duplicada en sus manos, facilitando tanto al comisario como al médico forense nuevas copias que llamaron su atención.

*-Bueno, se disparó y luego al expirar se desprendió de su mano y allí quedó-* aclaró Francisco de Paula, casi sonriendo ante la obviedad que entendía constituía la fotografía.

*-No le replico demasiado a eso y, en particular, porque todos pensamos ese día de idéntica forma-* dijo Prendes señalando la fotografía con el dedo índice y la posición que ocupaba el arma asomando debajo de la almohada *-Sin embargo, una vez levantada la liebre de sus, digamos, problemas en Brasil y alguna que otra confidencia del abogado de su esposa, quien nos indicó cómo le había avisado de una muy pronta modificación del testamento dejándole con una asignación testimonial, nos pusieron las orejas tiesas y el olfato pareció despertarse y, en ese momento, las fotografías que usted contempla nos desvelaron extremos que nos hacen pensar, señor, que usted asesinó de manera fría y calculada a su esposa-*

*-¡No le permito...! ¡Antonio! ¡Mete en vereda a este pollo ahora mismo o llamo a...!-*

*-Francisco, por favor, una vez más te pido no te alteres. El inspector sólo ha expuesto su teoría. Ha dicho con claridad que tanto él como su compañero piensan en esa posibilidad de que seas el asesino. Pero no que lo seas. Ten paciencia y escucha sus argumentos-* le calmó Cubillana y luego se dirigió a Prendes *-Vamos, muchacho, continua-*

*-¡Esperaba le hicieras callar, Antonio!-*

*-Pero, hombre ¿Otra vez? Sólo son teorías. Vamos, Francisco, serénate y veamos qué tienen más estos chicos. Adelante, entonces-* apremió el comisario tanto a Prendes como a Gabardino, una vez contenida la iracundia de aquel hombre a quien se le había borrado de manera definitiva esa expresión de cortesía, tal vez poco sincera, que había exhibido desde la llegada del grupo-

-Y digo más, Antonio ¿Cómo estas fotografías pueden...?- insistió el sujeto en su ataque a las tesis de los dos jóvenes investigadores.

-¡Don José María!- le interrumpió Prendes dirigiéndose al médico forense, quien asistía mudo al cruce de dardos esperando su turno –Tenga la bondad de observar la foto y díganos si le llama la atención algún detalle-

-Bien, Prendes, no hace falta más teatro- respondió el médico con esa natural ironía de la que tiraba en cuanto tenía oportunidad, combinada con un aire intrascendente muy meridional y acompañando sus palabras de una media sonrisa que exasperó a Francisco de Paula –Es evidente que ustedes los inspectores, el comisario Cubillana por supuesto, y yo mismo, que hago de acólito turiferario en todo esto, cometimos un error grave, aunque sólo en apariencia, puesto que, movidos por las circunstancias de encontrar a una amiga en su lecho de muerte, atribulados por ello como es natural y deseando consolar a otro amigo y compañero, todo ello nos hizo relajarnos en nuestras respectivas labores y dar por hecho algo que, a bote pronto, era el final clásico de una tragedia doméstica donde una mujer corta con sus propias manos el frágil hilo de la vida la cual, digo sin pontificar y mucho menos juzgar, abandonó así como consecuencia de un comportamiento de Francisco en los días previos de la Feria que traspasaba los límites soportables para ella. No obstante, el tiempo transcurrido y diversas evidencias han propiciado que, una vez recapacitado sobre el tema, hayamos vislumbrado un escenario muy diferente y las conclusiones de las primeras horas se han desvanecido como cendal de bruma acosado por los primeros rayos matutinos-

*-¡José María, no te entiendo!- volvió la alteración de Francisco de Paula al escuchar al forense -Eres mi amigo y por ello te pido creas en mí ¡Soy inocente! Aunque no de esa forma en la que me comporté de manera inconsciente, movido por el alcohol, y no guardé la debida discreción que habíamos acordado mi esposa y yo; cosa que ella cumplió a rajatabla. No hace falta decir, porque ya lo conoces, teníamos una relación abierta dada nuestra edad y manteníamos lazos con otras personas. Reconozco fue un error grave que llevó a su ánimo un calvario que prefirió no sufrir por más tiempo. De cualquier forma, te reitero mi inocencia-*

*-Francisco, compañero- algo apesadumbrado le respondió el médico -Tengo que rendirme ante estos dos jovencitos, tanto por su perspicacia como su tesón. Debo decirte que, de todas formas, sigo creyendo en tu palabra de caballero, pero también en que estos bravos servidores públicos han hecho una extraordinaria labor levantando ese velo que nos impedía a todos ver lo que, de verdad, ocurrió en este mismo lugar, casi a la misma hora-*

*-Por favor, Don José María- insistió Prendes al médico forense -Aparte de agradecerle sus palabras, estoy con usted en restar drama al asunto y, sin medias tintas, le pregunto por las contrariedades de las que hemos hablado con anterioridad respecto a las fotografías que tiene en sus manos-*

*-Antes de cualquier dictamen- el galeno contestó, siguiendo con un tono relajado su exposición -quiero dejar claro que en mi condición de científico sólo puedo certificar lo que veo. Con esto, joven, quiero decir que en ningún momento he dicho, o diré a posteriori, que el motivo de esas divergencias que he encontrado fueron ex profeso realizadas por mi amigo, Don Francisco de Paula, aquí presente-*

*-Estoy conforme y, aceptado su deseo, desliguemos su criterio científico de nuestra teoría sobre el caso-* Prendes imitó el tono académico del médico y éste se lo agradeció con una sonrisa tan sincera como merecida, dado que había respetado la amistad inquebrantable, al menos de momento, que mantenía con el marqués consorte.

*-Pues, entonces, vamos allá-* se incorporó un poco en su sillón el médico y colocó la ampliación fotográfica sobre la mesa a la vista de todos señalando el arma *-Caballeros, si observan ustedes dónde se encuentra situada la pistola convendrán conmigo cómo es improbable que la marquesa la empuñase, disparara dos veces y luego la colocase en dicha posición. Por lo tanto, no se trata de un suicidio sino de que la “suicidaron”-*

*-¡Eso es una barbaridad, José María! Tuvo tiempo de colocar así el arma-*

*-Te equivocas, Francisco, y siento llevarte la contraria. Pero será mejor que te aclara el motivo. Verás, al hacer la autopsia determiné cómo se habían producido, según parecía hasta entonces, dos disparos. El primero, hecho a unos centímetros del pecho, el proyectil le había perforado el pulmón, traspasado de manera íntegra el tronco y frenado por la columna vertebral donde quedó alojado. Como imaginaréis, no fue letal. Con esto quiero decir en el instante del disparo que es lo que, supuestamente, ella buscaba. Era una herida muy grave pero que le dejó consciente. El segundo disparo, realizado a más corta distancia lo llevó a cabo apuntando a la frente y la bala cruzó el cerebro dividiéndolo por la mitad-*

*-Luego incompatible con esa maniobra de colocar la pistola debajo de la almohada-*

*-Absolutamente, joven- respondió el médico forense a Prendes –Fue fulminante ese disparo y no podría haber realizado desde su ejecución movimiento alguno.*

*-De acuerdo. Vayamos ahora con la posición del cadáver y demás contradicciones encontradas tanto por usted como por nosotros- entró en juego Gabardino.*

*-Basta repetir aquí lo que juntos encontramos. En concreto, y también lo más sobresaliente que a ninguno en aquellos momentos se nos pasó, que el cadáver de la marquesa había sido movido tras los disparos-*

*-¡Imposible, José María!- se resistía Francisco de Paula como podía -Los criados, quienes se encontraban en la casa, lo declararon con certeza. En la habitación no entró absolutamente nadie. Ni siquiera el mayordomo cuando llegó la hora de despertarle, tal como ella había pedido-*

*-Es curioso, señor, ese detalle de una persona que piensa quitarse la vida de manera inminente y ruega al servicio le despierte a una hora ya prefijada; seguro para otros quehaceres menos luctuosos, si me permite la maldad- soltó Gabardino como una bala cualquiera, sólo que con un efecto no tan sangriento y sí de provocación estudiada.*

*-El suicidio es imprevisible, señor mío- respondió Francisco de Paula intentando*

conservar la calma.

*-En eso le doy la razón, caballeros-* le tiró un capote, bien grande, su amigo el médico forense, quien parecía cambiar de bando a cada pregunta y respuesta, mientras el comisario se mantenía en silencio sin perder puntada del trabajo de intimidación verbal de sus dos chicos.

*-Avancemos, Don José María-* insistió Gabardino, cada vez más ansioso por llegar al punto donde quería.

*-De acuerdo. Vayamos ahora a un detalle, el cual la verdad parece intrascendente y más cuando todos estuvimos observando el cadáver un buen rato y pasamos por alto, con una torpeza que sólo la perplejidad de encontrar a la marquesa en ese estado lo explica. El caso es que, tal como podéis observar en las fotografías, ella permanece tumbada y la sangre que sale de su nariz no está orientada hacia el lado izquierdo del rostro-*

*-No veo nada raro, José María. Se acababa de disparar y...-*

*-Seguro no te has fijado bien, Francisco-* insistió en su dictamen el médico, señalando con vehemencia la fotografía y justo el sitio donde manaba la sangre de su esposa *-Verás, no hay duda en lo que apunto y con una simple llamada al sentido común y las leyes que nos gobiernan te darás cuenta puesto que, una vez realizada cualquier herida en el cuerpo, la sangre que mana y de forma invariable fluirá en concordancia con la gravedad-*

*-Sigo sin entender cómo veis tres pies al gato- se agarraba con fuerza el marqués consorte a su antítesis a la del galeno.*

*-Pues es fácil colegir, Francisco, cómo tu esposa estaba sentada dado que el reguero de sangre se dirige desde la nariz hacia los labios y, por supuesto, nunca acostada cuando se produjeron los disparos y, muy concretamente, en el instante en el que la bala le penetró de lado a lado la cabeza. Si observas bien, existen pequeños regueros, incluso superpuestos a los primeros, que sí se dirigen hacia la izquierda, los cuales corresponden a momentos posteriores a la colocación del cadáver tumbada en la posición que vemos en las fotografías-*

*-Por lo tanto, señor- Prendes tomó el relevo del médico –su esposa fue movida tras los disparos y colocada en esa posición que vemos en las fotografías, lo cual no deja duda hubo una intencionada manipulación del escenario del crimen; y digo crimen con todas las letras-*

*-¡Conjeturas!- se alteró el sujeto en esta ocasión más de lo ya mostrado.*

*-Pues, me temo que no, Francisco- el comisario pareció decantarse al fin e interrumpió a su amigo con voz muy grave –El argumento que ha expuesto José María es incontestable. Yo mismo, ahora que he dedicado el tiempo suficiente a ver las fotografías, reconozco cómo ese día descartamos la hipótesis del homicidio de una manera acelerada. Incluso te digo, amigo mío, que me siento mal al haber entorpecido la labor de mis muchachos insistiéndoles en dar carpetazo al asunto. Hasta recuerdo le pedí a José María presionase al juez para que cerrásemos cuanto antes el levantamiento del cadáver. Por lo cual, me uno al criterio tanto de éste, tras su análisis pormenorizado, y a la tesis de*

*Prendes y Gabardino de que tu esposa fue objeto de un homicidio en toda regla, el cual se intentó disimular como un suicidio más-*

*-Pues yo me temo que eso está cogido con alfileres- contestó, extrañamente relajado esta vez, Francisco de Paula –En esta habitación, y lo saben bien puesto que el servicio permaneció en la casa aquel día, no entró nadie. Yo me marché para almorzar en la Feria y, gracias a Dios, compartí mesa tanto contigo, Antonio, como contigo, José María. No tengo que esforzarme para quedar fuera de toda sospecha puesto que vosotros sois mi mejor coartada en todo este embrollo y, abundando más en ello, os recuerdo que estuvimos juntos en la caseta del Labradores hasta las seis de la mañana y, como ustedes mismos propusisteis, terminamos saboreando unos buñuelos donde los gitanos al lado de la portada. Así que apuntad hacia otro sitio-*

*-Nada que objetar a lo dicho, señor- contestó Prendes, de igual forma de manera relajada y en atención a la mirada de su jefe en ese sentido, la cual tradujo con la suficiente agudeza para maniobrar con temple.*

*-Cuanto dice Francisco es cierto, Prendes. Es de justicia reconocerlo- añadió el médico.*

*-Claro, Francisco, sigo en mis trece de cómo no tienes nada que ver en esta nueva teoría del homicidio. La cuestión es determinar quién lo hizo- dejó caer el comisario lanzando una nueva mirada a Prendes y Gabardino, provocando que ambos leyeran entre líneas.*

*-Si me permite, comisario, vamos a exponer nuestra hipótesis que, y siento no estar de acuerdo con usted, pone de manifiesto que el culpable del asesinato de la marquesa fue su marido-*

*-¡No aguanto más, Antonio!-* se levantó con la furia dibujada en sus facciones Francisco de Paula, recorrió a grandes zancadas la estancia y descolgó el teléfono que había sobre la mesita de noche al lado de la cama donde su esposa se encontró cadáver *-¡Ahora mismo hablo con el gobernador civil y...!-*

*-¡Vamos, cuelga, hombre!-* el comisario le paró los pies mostrándose en esa oportunidad más autoritario con su amigo *-Prendes ha dicho con claridad que era una hipótesis, una propuesta, una conclusión a la que él y Gabardino han llegado. No obstante, tendrán que demostrarlo. Así que deja en su sitio ese teléfono, vuelve a sentarte, escucha lo que tengan que decir y, seguro, tendrás tus argumentos para rebatirles. Te prometo, amigo, que una vez lo hagas, saldremos los cuatro por esa puerta y te dejaremos en paz. Por cierto, habrá que darse prisa que Curro ya se estará vistiendo para la faena de hoy-*

*-Antonio, te hago caso por la amistad que tenemos y sé que el gobernador te daría un buen tirón de orejas. De acuerdo, vamos a ver esa teoría-* respondió Francisco regresando a su asiento y, de paso, dedicando una intencionada mirada harto despreciativa a los dos investigadores.

*-Le agradezco que haya recuperado la sensatez-* Prendes le dejó claras sus tozudas intenciones *-Sepa tiene una oportunidad para confesar en este momento y evitar males mayores. Si colabora, estoy seguro que el comisario hará cuanto esté en su mano ante el Fiscal para que apliquen atenuantes y...-*

*-Pero ¿Qué dice? ¡Jamás me voy a declarar culpable de algo que no he hecho! Tal vez sean ustedes quienes salgan escaldados de este tema cuando termine el acoso al que me someten de manera impune y ponga en conocimiento de sus superiores los métodos que utilizan con gente inocente-* amenazó Francisco de Paula sin que se inmutasen los cuatro.

*-No entiendo su actitud y veo prefiere exponerse a una condena severa, para cuyo crimen sabe cuál puede ser su final-* apretó con fuerza Gabardino, saliendo a la arena junto a su compañero con el estoque de verdad.

*-¡En cuanto levante ese teléfono...!-*

*-Antes de que lo haga, señor, voy a recordarle cómo asesinó con frialdad a su esposa-* Prendes no esperó más para asestarle el golpe de gracia *-Por ello, volvamos al jueves de la Feria de Abril pasada, cuando ese mediodía permanecían ambos en este mismo lugar. Tal vez ella se preparaba para acompañarle a la caseta, donde habían quedado para almorzar con amigos, entre ellos Don Antonio, Don José María y sus respectivas esposas. Imagino que el ambiente, incluso preparando esa jornada festiva en el Real, estaba bien cargado y, en particular, por sus andanzas aquellos días previos en los que tuvo la desfachatez de presentarse en la caseta con una mujer a quien su esposa despreciaba puesto que sabía era su amante desde hacía más de un año. No es ajeno para nosotros cómo ella contaba con otro amante, pero con la salvedad que no se dedicaba a exhibirse en público con él. Usted, señor, lo hizo a propósito y como avanzadilla del plan ulterior que llevaría a cabo para acabar con su vida. Los problemas psiquiátricos que su mujer arrastraba desde su*

*juventud le sirvieron como envoltura en su maquiavélico plan, puesto en marcha con premeditación al tener constancia de que ella había estado preguntando a su administrador, y confidente suyo, cómo desheredarle en concreto y, sobre todo, apartarle como beneficiario de la jugosa póliza de seguro de vida por un montante de quinientos millones de pesetas que le había hecho contratar. Eso, sin duda, desencadenó sus movimientos para acabar con ella, aunque tanto Gabardino como yo estimamos sólo hizo acelerar lo que pensaba hacer desde que consiguió casarse con ella, tal como había llevado a cabo con su anterior esposa en Brasil. Los acontecimientos le empujaron al adelanto y tenía en la celebración de la Feria de Abril el momento idóneo, toda vez que sus parapetos contra las posibles acusaciones, como ésta misma, serían nada más y nada menos que el comisario jefe de la ciudad y el médico forense que determinaría lo que en esta habitación ocurriese-*

*-Y qué mejor para llevarlo a cabo que una simulación de suicidio, con sus pastillas tranquilizantes, su pistola propiedad de la suicida, su camión manchado de sangre y dos balas disparadas de manera consecutiva- Gabardino tomó el testigo aunque con un tono más severo y atosigante para el acusado, quien parecía empequeñecer por momentos en el sofá donde se encontraba paralizado ante lo que escuchaba –Pero será más clarificador explique de qué manera llevó a efecto aquel calculado crimen, del cual es obligado reconocer cómo fue ejecutado con una precisión formidable y con un dominio de la situación propia de un maestro, evidenciando así la suficiente experiencia como para mantenerse en calma durante todo el tiempo necesario. Para ello, mientras su esposa aún tendría el camión puesto y, quizás, sentada en estos mismos sillones, usted se le acercó portando su pistola y realizó un primer disparo a muy pocos centímetros del pecho, interesándole la bala en su trayectoria rectilínea el pulmón, el cual traspasó, quedando alojada en la columna vertebral que la frenó-*

*-No obstante, aquel disparo sabía no era letal y a continuación realizó el que acabaría con la vida de su esposa- Prendes continuó el alegato a dos bandas sin dejarle siquiera respirar -A bocajarro, haciendo que el cerebro, tal como el médico nos ha revelado, se partiera en dos. Usted, señor, sabía que eran proyectiles de pequeño calibre y no traspasarían el cuerpo en ningún momento, por lo que estimó sería mejor para sorprender a su esposa sentada que acostada. No contó, por supuesto, cómo a posteriori y una vez removido el cuerpo y colocado echado en la cama, la gravedad haría su trabajo al producirse las lógicas hemorragias y manar en el sentido que aquella ordenaba, delatando así la manipulación del cadáver. En ese traslado del cuerpo, tal vez buscando la posición idónea donde encontrarlo después tanto la servidumbre como las autoridades, perdió la pista al arma quedando ésta bajo la almohada, lo que delata un fallo severo en su plan y ha resultado ser el hilo del que hemos tirado hasta encontrar el ovillo que ocultaba. Sin percatarse de ese descuido, abandonó esta habitación para ordenar al mayordomo despertara a su esposa a la ocho ya que prefería descansar e ir a la Feria más tarde. Ya sabemos que usted advirtió a su sirviente que, si no respondía la señora, le dejase dormir puesto que no se encontraba del todo bien e iba a ingerir pastillas de las que habitualmente tomaba para vencer el insomnio. Ni que decir tiene cómo, llegada esa hora que usted mismo le indicó, y al no recibir respuesta de la marquesa, el mayordomo hizo caso a lo que le ordenó y no insistió creyendo permanecía dormida-*

*-Sólo había en su plan una variable difícil de salvar, aunque ni mucho menos imposible- Gabardino tomó de nuevo la palabra, mientras todos observaban cómo Francisco comenzaba a sudar perlándose cada centímetro de su rostro ya contraído -Y no era otro que la hora del crimen. Su plan pasaba por asesinarle en torno al mediodía y regresar a la casa cuanto más tarde mejor en la*

*madrugada del día siguiente. Ese desfase horario era importante achicarlo de alguna forma, con tal de que le diese el suficiente margen para su coartada. Por lo tanto, cuando el forense examinase el cuerpo, debía determinar que el suicidio habría tenido lugar en el lapso de tiempo que usted estaba ausente-*

*-Imagino le daría vueltas al asunto hasta que encontró una solución imaginativa, si me permite el término- Prendes siguió con la hipótesis, cada vez más certera a tenor del color del rostro del viudo de la marquesa –Y es que echó mano de la improvisación, ya que la temperatura de esos días en Sevilla, que esa justa jornada rozó los treinta y cuatro grados a la sombra, acudió en su ayuda para ingeniar la coartada perfecta. De tal forma que, una vez colocado el cadáver, encendió la consola del aire acondicionado llevándola hasta su máximo y cerró todas las ventanas, dejando destapada aquélla con tal de que el frío hiciese su trabajo y desvirtuara el momento en el que su esposa expiró. Ya sólo era cuestión de acudir a la Feria con sus amigos, dos aquí presentes, permanecer junto a ellos toda la jornada y relatarles cómo su esposa había recaído de sus males psiquiátricos, sumiéndole una vez más en una profunda depresión, aunque asegurando cómo ella misma le había rogado se divirtiese y no faltase a la cita con el grupo de amigos, quienes daban su versión sobre ella como cierta por cuanto usted había tenido un comportamiento con su amante tan descarado que no les extrañó cómo la marquesa estuviese más abochornada que deprimida y, por lo tanto, prefiriese ausentarse; algo muy lógico y comprensible que usted mismo maquinó con gran éxito. Lo demás, con aún más de éste, ya que al alba llegó a esta habitación, se mostró desolado al encontrarle muerta tanto con la servidumbre como más tarde con nosotros mismos, incluyendo a sus dos amigos; a quienes hacía poco rato había dejado camino de sus domicilios respectivos tras la noche de Feria. Al conocer ellos la triste noticia de sus labios y acudir juntos, aparte de sus lógicas labores profesionales, para de igual manera confortarle en momento tan trágico, resulta lógico el*

*impacto que les causó y, como usted mismo calculó, en combinación con la propia amistad desde la juventud de los tres, logró que ambos relajaran su rigor acostumbrado y, de paso, también el que tanto yo mismo como mi compañero solemos aplicar a las investigaciones. Por lo tanto, señor, crimen perfecto. Aunque, me temo, no tan perfecto ya que se le escaparon diversos detalles, tal vez pequeños, pero claves para desenmascararle como un criminal sin escrúpulos capaz de quitar la vida a su esposa sin despeinarse y luego correrse una buena juerga de las que ella abominaba, sobre las que le habría advertido con su actitud de desafío paseándose por toda Sevilla con las furcias que reclutaba en antros que solía frecuentar y donde le conocen bien; en especial su billetera bien nutrida con el dinero de ella-*

*-¡Palabras! ¡Palabras! ¡Sólo es verborrea y ninguna prueba que demuestre lo que dicen!-* pareció reaccionar Francisco de Paula, retomando la viveza en su propia defensa.

*-Bien, señor, aún no hemos llegado a ese punto-* Gabardino habló para enmudecer de nuevo al sujeto, quien se frotaba de manera compulsiva las manos, limpiándose las de sudor cada momento con el pañuelo exclusivo que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta *-Pero, déjeme decirle el motivo de que usted decidiera escenificar dos disparos-*

*-¡Jamás hice eso, señor!-*

*-Lo pensó y lo ejecutó, puesto que su intención era dar credibilidad a la hipótesis de que la impericia de su esposa provocaría un primer disparo realizado con torpeza y, aún con vida, el segundo en la cabeza que sí lograría su*

*propósito. Al menos es eso lo que debíamos pensar tanto los forenses como los investigadores. Y así fue tal cual. No nos cabe duda y más cuando, observando de nuevo las fotografías, comprobamos de qué manera colocó el arma cerca de la mano derecha-*

*-¿Y qué tiene que ver eso? Ella sólo disparó y...-*

*-Nada de dispararse ella, señor- Prendes tomó su turno en el vapuleo verbal – Usted le disparó las dos veces y fue quien colocó la pistola cercana a la mano derecha-*

*-Le recuerdo que ustedes determinaron con la prueba de la pólvora que tenía restos en la mano y...-*

*-Sin duda, señor. Sólo que fue usted quien, tras el primer disparo y ella sin poder hacerle frente con un balazo en todo el pecho, tomó su mano y disparó sobre su frente para rematarle con el segundo disparo. No nos cabe duda, en este caso, cómo utilizó usted unos guantes y superó así la prueba que, de la misma forma, le hicimos y descartamos como manipulador del arma-*

*-Oiga, si había habido disparos y su mano tenía evidencias de pólvora adherida, está claro que fue ella-*

*-Nada de eso, señor. Le voy a rogar a Don José María tenga la bondad de explicarle el motivo-*

*-Por supuesto, Prendes, un placer- acogió con sumo agrado el forense la petición recibida, la cual esperaba tras escuchar el alegato del joven inspector bien argamasado con argumentos de peso -Bien, Francisco, no tengo más remedio que cruzar la raya del campo y poner los pies en el de estos chicos, quienes han hecho un trabajo encomiable con apenas tres o cuatro fotografías, aunque debo reconocer espléndidas, las cuales nos han ayudado a determinar cómo se trata de un crimen execrable cuya consecución provoca escalofríos. Pero, pidiéndote disculpas porque aunque te considere ya culpable también eres amigo, te diré cómo eso que apuntas de que la pólvora en las manos de tu esposa demuestra su acción de disparar no se sostiene, al menos para mí como científico. Para ti, e incluyo a Prendes, Gabardino y Antonio, es transparente tanto la posición como cuanto veis en las fotos. No obstante, para mí, quien he tenido la triste obligación por deber profesional de abrir en canal a tu pobre esposa, está claro cómo ella no apretó el gatillo por el motivo de que la primera bala, la cual creo disparaste tú, quedó alojada en la columna vertebral pero seccionándola en su exiguo camino. Por todo lo cual, Francisco, la marquesa quedó paralizada en ese instante mismo e impidiéndole realizar incluso el movimiento de una pestaña, sólo que de manera exclusiva el lado derecho. Por lo tanto, Francisco, que colocases el arma tal si hubiese hecho los disparos con la mano derecha entra en colisión con lo que acabo de referir, y sólo con la mano izquierda habría tenido una remota posibilidad de llevarlos a cabo. Lo más cruel en todo eso es que fue consciente de cuanto ocurría, observando tu cobarde acto, pero sin poder reaccionar aun cuando su cerebro todavía vivo lo ordenase. De esta forma tan vil por tu parte, asistió a su propio final observando la bocacha de su propia pistola apuntándole y luego siendo su última visión en este mundo la bala saliendo rumbo a su cabeza-*

*-¡Ni una sola prueba contra mí podéis aportar. Sólo son palabras! ¿Cómo iba yo*

*a dispararle si no estaba aquí? ¡Es para volverse loco!-*

*-Bien, señor, ya que insiste en el tema de las pruebas vamos a darle alguna. Por favor, Manolo, acércate y llama al mayordomo-* pidió Prendes a su amigo y éste de inmediato salió disparado hacia el pasillo.

*-¿A qué viene esto? Es mi servidumbre y sólo yo...-*

*-Francisco, por favor, somos la policía, hombre-* el comisario salió de su mutismo de nuevo *-Tranquilo que sólo será alguna comprobación y nada más, o bien alguna pregunta sobre tu estancia o tu llegada el día de autos-*

*-¡Antonio, haz algo! ¡Pon orden! Ya ves que no han aportado más que supuestos y por unas fotos. Y en cuanto a ti, José María, no me esperaba tu comportamiento después de más de veinte años de amistad. Ayer en el Labradores almorzando y hoy me acusas...-*

*-Lo siento amigo. Es mi obligación como forense determinar las causas de la muerte. La de tu esposa es un asesinato, digas lo que digas y, me duele repetirlo, ejecutado por ti-* respondió el médico, en tanto entraban en la estancia tanto Gabardino como el mayordomo.

*-Gracias por acudir a nuestra llamada, Anselmo-* Prendes habló.

*-Mande, señor-*

-¡Anselmo! ¡Mucho cuidado con lo que dices! ¿Entendido?- Francisco de Paula parecía no estar dispuesto a que soltara prenda su criado.

-Señor, claro que sí. Pero, verá, sólo ellos me preguntan y yo respondo. De todas formas, dígame usted qué quiere que les diga- contestó el sirviente, mientras dejaba ver cómo le atacaba el tembleque en las manos y la frente se hacía agua por momentos en mayor medida que su señor.

-Anselmo, tranquilícese. Usted debe responder con la verdad y no atenerse a lo que le diga Don Francisco- terció el comisario Cubillana.

-Anselmo- abrió el fuego Prendes -Díganos a qué hora llegó el señor la noche de la muerte de la marquesa-

-Serían las siete menos cuarto de la mañana-

-Oiga ¿Cómo es que lo dice así? ¿No tiene dudas?- inquirió Gabardino, aunque con segundas sabiendo la respuesta.

-Es que es la hora de levantarme cada día. Ya sabe lo que pasa con las rutinas. No hay forma de que me despierte antes o después. Llevo así toda la vida y en punto a esa hora justa abro los ojos. Por eso no tengo dudas de cuándo llegó el señor-

*-Díganos, Anselmo ¿Sabe si subió a la habitación de la señora?- continuó Prendes sin dejarle margen de respiro.*

*-Nada más llegar-*

*-¿Seguro?-*

*-Pues claro. Le digo que estaba despierto y le vi subir-*

*-O sea, Anselmo, que el señor a esa hora entraría y vería el cadáver de la marquesa-*

*-Me imagino que no-*

*-¿No? A ver, aclárese. Nos ha dicho una cosa y ahora otra. O sea que llegó, subió, pero que no tiene claro que viese el cadáver de su esposa-*

*-Pues que calculo que haría otra cosa, porque hasta las siete en punto no le escuchamos y justo a esa hora nos pidió que llamásemos a urgencias, policía, ya sabe-*

*-Ya lo oye, señor- Prendes se dirigió a Francisco de Paula con una media sonrisa*

*-¿Quería una prueba? Ahí la tiene-*

*-¿Cómo? ¿Qué prueba? Sólo fui al baño y luego a mi dormitorio para cambiarme y...-*

*-Sí, seguro. Tal vez para cambiarse de cara. Le voy a decir lo que hizo. En primer lugar subió las escaleras, se dirigió como una exhalación a esta alcoba de su esposa. Nada más entrar aquí cerró con llave la puerta a prueba de sobresaltos, por si alguien de la servidumbre se le ocurría subir también, y al instante comenzó a abrir todas las ventanas que, como ya hemos comprobado, son cuatro, así como la del balcón que da al jardín posterior-*

*-Oiga, señor ¿Para qué iba yo a hacer eso? ¿Abrir ventanas? Antonio, este hombre está...-*

*-Frío, señor. Mucho frío-* Gabardino atacó, añadiendo comicidad a sus gestos.

*-¿A qué viene eso?-*

*-Se trataba de nivelar la temperatura de la habitación hasta hacerla compatible con la normalidad para, una vez avisados los criados y llegados nosotros, apenas se notase que el aire acondicionado llevaba funcionando de manera ininterrumpida desde que asesinó a su esposa- Prendes se unió al ataque furibundo de su compañero -Está claro que debía modificar la temperatura, como antes se apuntó, y así el forense emitiría un dictamen señalando la hora del óbito entre tres a cuatro horas más tarde de cuando se produjo, con lo que le daba una de las coartadas más consistentes que imaginarse pueda uno. Vuelvo a decirle que era un crimen perfecto. E, insisto, en que “era” puesto que ya no lo*

es, señor-

-No podrá demostrar que yo...-

-Anselmo- interrumpió Gabardino llamando la atención del mayordomo de nuevo, quien al escuchar su nombre se llevó un buen susto que casi le levantó del suelo *-Díganos si al entrar en la habitación notó que había estado encendida la consola del aire acondicionado-*

-Pues, señor, la verdad es que no-

-¿Lo ven ustedes?- saltó Francisco de Paula alborozado haciendo gestos con las manos y luego acercándose al sirviente para darle una palmada cariñosa en la espalda, la cual les pareció casi grotesca a todos y aquél recibió con evidente sorpresa *-¡Nada de aire acondicionado! Además, Anselmo, dícales a estos señores cómo las ventanas estaban bien cerradas-*

-Sí, señor, sin duda estaban completamente cerradas- respondió el mayordomo con la voz temblorosa y el sudor ya saliéndole a borbotones.

-¡No sé cómo agradecerle, Anselmo, que seas tan decente!- dijo casi con lágrimas en los ojos Francisco de Paula mientras abrazaba a su criado, quien se mantenía rígido sin saber cómo reaccionar ante aquella muestra tan extraña de su señor *-¡Todo lo contrario a estos Judas que hoy han venido a traicionarme con sus lacayos y...!-*

*-Pero, Don Francisco-* dijo Anselmo mirando a éste y hablándole con una voz tan atiplada que parecía más infantil que de adulto, para luego dirigirse a los cuatro investigadores, quienes contuvieron el aliento *–Perdóneme, señor, pero me han dicho estos señores que debo decir la verdad y es que es cierto que el aire acondicionado si había funcionado toda la noche-*

*-¡Anselmo! ¿Qué estás diciendo?-* esta vez sí perdió la compostura del todo el acusado y preguntó lanzando un grito a su criado en tanto zarandeaba sin miramientos al pobre hombre.

*-Verá, señor, y ustedes señores, ese día desde abajo ni la camarera, ni la cocinera ni yo mismo advertimos que estuviese encendida la consola del aire acondicionado de la alcoba de la señora. Quiero decir que podría haber estado una semana y no se oye para nada el compresor, además porque está en un mueble de madera que la marquesa mandó hacer a un carpintero porque le incomodaba algo tan fuera de lugar en la habitación y así embutido no sólo evitaba las vibraciones sino también el diseño tan inapropiado para un lugar como éste, el cual están viendo con tanto clasicismo. El caso es que se preguntarán por qué y con tanta seguridad les digo que supe cómo había estado en marcha el aire acondicionado desde el día anterior, y es que al ser un modelo de los primeros que llegaron al mercado en Sevilla, carísimo por supuesto, funciona por gasoil. Y no se pueden hacer una idea del gasto tan enorme que sólo un bolsillo como el de la marquesa se podía permitir. El caso es que el aparato está situado en el sótano y desde allí se distribuye a través de tuberías y para conseguir la temperatura idónea consume una barbaridad de combustible. Y el caso es que a eso de las dos de la mañana, y no se me puede olvidar, comenzó a sonar el chivato, o sea la alarma quiero decir, la cual avisa de que el*

*depósito de gasoil está bajo mínimos y requiere se reponga éste. Así que bajé, paré la maquinaria, vertí dos garrafas de veinticinco litros que el camión de reparto nos deja siempre para imprevistos hasta que hace la ronda, y la volví a encender. Miré las indicaciones y comprobé que estaba claro cómo la máquina llevaba al menos dieciocho horas sin interrupción en marcha. Lo siento, señor, era mi deber decirlo-*

*-Gracias, Anselmo-* dijo el comisario levantándose y dando un par de pasos hasta donde se encontraba su amigo, quien aparecía con la cabeza gacha y ya desarmado de su altivez.

*-Francisco-* se dirigió a su amigo con gesto grave *–Incluso presintiendo tu culpabilidad, en especial por la forma desdeñosa que hablabas de la enfermedad de tu esposa, la cual intentabas incrementar como coartada para tus proyectos criminales, en atención a nuestra amistad te he dado la oportunidad de aclarar la sospecha que mis chicos tenían y compruebo ahora no era infundada dejando claro cómo fuiste tú, y sólo tú, el responsable de un acto de tanta inhumanidad, tan despiadado como atroz con tu propia compañera. Desconozco el veredicto del tribunal terreno que pronto te juzgará, pero sí del otro que te espera más arriba. Me temo que no será tan benevolente y un infierno eterno te espere-*

*-¡Antonio! ¡Déjame explicarte! ¡Te lo ruego! ¡No fue premeditado! Me imagino que no pensarás detenerme así ¿Verdad?-*

*-Imaginas muy mal, Francisco-* le respondió el comisario Cubillana un tanto apesadumbrado, aunque sin dejar de mostrar firmeza en sus palabras.

*-¡Escúchame, Antonio! ¡Te mandé por la mañana la entrada de barrera para ver a Curro esta tarde! Verás, me acompañas a La Maestranza y luego, si tú quieres, me detienes...pero, por favor ¡No me dejes sin corrida...!*

## CAPÍTULO III

Paco Prendes apenas daba crédito a lo que aquel día le había deparado, y no sólo a él, sino también tanto al comisario Cubillana como a su amigo e inspector Manolo Gabardino. Pensó para sí, en tanto permanecía sentado en el asiento del copiloto del coche de aquél, cómo se habían trastocado las previsiones de la jornada y, en una suerte de tobogán de situaciones encadenadas, los acontecimientos se habían precipitado de tal manera que hacía apenas unas horas se encontraban ambos deteniendo a un criminal, ya confeso al fin, y en ese justo momento marchaban rumbo al pueblo natal de su amigo.

Prendes, callado y pensativo, observó a su compañero conducir concentrado en la carretera que, superada la Cuesta de la Media Fanega y su tan intrincado como peligroso trazado, les llevaba hacia Extremadura la cual, y no sin cierto riesgo por su estrechez y sinuosidad, habían tomado desde la ciudad del Betis. Tanto era así que aquélla se enroscaba de tal manera que las curvas podían contarse a cientos -y bien serpenteante a tenor de los chirridos que las ruedas hacían quejumbrosas sobre el asfalto decenas de veces parcheado- lo cual daba una idea del abandono ancestral de aquella vía milenaria que, sin sonrojo, animaban a cruzar en sitios enmoquetados y hasta figuraba en lugar preferente de los folletos

de las agencias de viajes denominada tal cual los romanos la bautizaron como “Ruta de la Plata” y que, de levantar éstos la cabeza, se asustarían al comprobar cómo ellos mismos mantenían mucho mejor en sus gloriosos días de conquista la calzada que los actuales poderes del antiguo Reino de Sevilla; denominado así hasta el año 1833, comprendiendo desde aquellos lares serranos hasta la mismas tierras portuguesas, muchos kilómetros al noroeste, traspasando esa barrera administrativa ilógica impuesta por gobernantes torpes, recelosos y ambiciosos entre pueblos de sangre común aunque de temperamento diferente, pero hermanos al fin y al cabo separados de manera tan injusta como incomprensible merced a las insidiosas maquinaciones subrepticias de Francia, Holanda y -en mayor medida como enemigo atávico de España- de Inglaterra, quienes de manera coordinada, a lo que sumaron la compra de voluntades, consiguieron culminar el plan de mermar el vasto imperio Hispánico; consumado todo un triste día de 1668.

Prendes tuvo tentación de abrir la boca y comentar algo insustancial, tal vez algún chascarrillo de los que oía cada mañana en el Bar “El Comercio”, en la calle Puente y Pellón de Sevilla, cuando desayunaban ambos cogiéndole las vueltas al jefazo siempre pendiente de sus correrías por las callejuelas del centro de la ciudad, atajando por Cuna o Acetres donde paraban muchos mediodías en “El Caserío”, o tal vez en “La Alicantina”, en la Plaza del Salvador, mientras saboreaban una tapa de su inimitable “Ensaladilla rusa” con una Cruzcampo bien fría los sábados nada más salir del trabajo, incluso en “El Rinconcillo”, la taberna más antigua de la ciudad donde tanto él como Gabardino eran fieles clientes de su colosal tapeo, donde no faltaban las espinacas con garbanzos y las pavías de bacalao para rezarles un padrenuestro y dos avemarías tal como el mismo jefazo, también asiduo, definía sus manjares que consumía a pares para llenar la colosal panza que sobresalía de su, cada vez más, oronda humanidad.

Precisamente esa humanidad, en el otro sentido referido a su carácter, había quedado de manifiesto hacía un rato cuando, tras finiquitar el asunto de Francisco de Paula con una detención sorpresiva, tanto a ellos como a su amigo el médico forense les había invitado a almorzar en “La Isla”, justo al lado del Arco del Postigo, donde degustaron una carta de exquisiteces; lo que hablaba a las claras de una generosidad disfrazada tras una fachada impostada de rigor y severidad que resultaba ser tan sólo una apariencia engañosa. Aparte de este gesto, a los dos jóvenes les había concedido unos días de permiso, en atención a las jornadas extenuantes en las que se habían visto en la obligación de cubrir las guardias tanto en Semana Santa como en la Feria de Abril.

Y Prendes se contuvo la chanza y dejó sumido en sus cuitas a Gabardino por el hecho de que, tras el opíparo almuerzo y al devolver la llamada a su casa, su hermano le había revelado cómo su padre se encontraba hospitalizado al sufrir, lo que parecía a simple vista, un ataque cardíaco. Por ello, ambos se lanzaron en el coche a la carretera, y Prendes acompañando a su atribulado amigo con quien pretendía consumir esos días en su pueblo, al que le había prometido hacer una visita y comprobar cuanto le contaba de manera insistente de aquél.

La avanzada primavera en la que se encontraban jugaba a favor de ambos al permitirles la luz diurna hasta altas horas de la jornada, haciendo más llevadero el carrusel de curvas, subidas pronunciadas y bajadas con final en imprevisibles giros a izquierda y derecha que se sucedían a cada instante.

-¡Santa Olalla!- abrió por fin la boca Gabardino, metido en un infranqueable caparazón de pensamientos, de todo punto preocupantes a tenor de las graves noticias recibidas, pareciendo que su rostro tornaba a una cierta normalidad, saliendo de esas líneas que lo habían ocupado desde que recibiera de sopetón la

fatal información.

-¿Extremadura?- preguntó Prendes nada más ver con alegría cómo su compañero regresaba de su absorta actitud, cual vigilia de malos augurios.

-¡No, hombre! De Geografía andamos regular ¿No, Paco?-

-Nunca fue mi fuerte, chico. Ya lo sabes. A veces no distingo el este del oeste y sólo el norte del sur por el calor que hace en éste último-

-Bueno, pues Santa Olalla sigue siendo Andalucía-

-Sevilla, claro está-

-Peor todavía, Paco. Estás pez y a ver si nos documentamos, tío. Cualquiera que te oiga de por aquí te pone un rosco, y que además te lo mereces-

-Pero, macho ¿No me acabas de corregir sobre que era Andalucía?-

-Pues como debe ser. Porque es así, aunque no Sevilla. Te explico y apréndetelo para la próxima. Santa Olalla, del Cala que así es su nombre completo, pertenece a la provincia de Huelva y no a la de Sevilla-

-¿Hasta aquí llega la provincia de Huelva?-

*-Pues claro. Ya ves lo extensa que es y cómo abarca desde la orilla del Atlántico hasta esta Sierra Morena, por cuyas estribaciones vamos casi dando saltos con este trasto que tengo de coche-*

*-El cual no sé cómo no le das pasaporte de una vez, Manolo-*

*-Mientras arranque y me lleve de un sitio a otro no pienso rascarme el bolsillo, Paco-*

*-Ya, pero tiene menos fuerza que un mosquito-*

*-Bueno, sólo son las subidas. Pero mira cómo baja de bien. Nada, Paco, no me convences. Se tiene que estropear para que me compre otro-*

*-Oye, Manolo, y ese castillo que veo...-*

*-Pues, el de Santa Olalla precisamente. Además no está mal conservado si te fijas-*

*-Por eso te lo digo-*

*-Siempre que paso por aquí camino de mi pueblo me fijo en él ¿Sabes? Es que me apasiona la historia de esas moles medievales que servían para mucho más*

*que defensa. Eran pequeñas ciudades y sus murallas acogían una vida intensa de los habitantes a los que, supuestamente, protegían. Este es uno más de los de esta zona, hermano de otro que está muy cercano en El Real de La Jara, y que eran fortalezas contra el enemigo sarraceno en aquellos tiempos de lo cual se lo debemos al bueno de Sancho IV, quien era un obseso de la seguridad y también de las invasiones que amenazaban el reino-*

*-Joder, Manolo, desconocía esa pasión tuya por los castillos-*

*-Dices bien, porque es apasionante verlos aún tal cual se idearon y también construyeron hace ocho siglos. Este de Santa Olalla es cojonudo. Fíjate lo alargado que es y cómo está orientado de norte a sur-*

*-Bueno, alargado lo veo, Manolo, pero en eso de la orientación me pierdo-*

*-De todas formas lo que tienes que mirar y dedicarle unos momentos, porque yo no puedo que si no vamos a pegarnos un buen trompazo con el coche, son las almenas. No me digas que no son un hallazgo-*

*-Pues ¿Qué quieres que te diga? Las veo, las observo, las miro, pero sólo son almenas y punto. Nada extraordinario a simple vista-*

*-Son encapuchadas, aunque algunos indocumentados les dicen capuchinas, y son magníficas. De paso, Paco, observa las torres que, si mal no recuerdo, son diez, aunque unas son en semicírculo y otras rectangulares. Anda, cuéntalas-*

*-Pues, tío, yo no distingo más que torres y punto. Como no le eche imaginación...-*

*-Bueno, hombre, un día de éstos te llevo, lo visitamos y así te enseño a distinguir unas de otras-*

*-Si luego hay Cruzcampo, hecho-*

*-Eso no puede faltar, Paco, y hasta te invito-*

*-¡Coño, Manolo! ¡Una raya en el agua!-*

*-Serás...-*

*-Oye, por cierto, macho, te veo emocionado con un simple castillo y te pregunto como tantas veces desde que nos conocemos ¿Qué hace un profesor de Historia metido a policía?-*

*-¿Qué dices? No soy profesor de Historia, Paco. Soy “Licenciado en”, pero no “Profesor de”. Además, lo que me gusta es ser policía, lo cual no quita que me disguste la Historia. Ya te he dicho que mi padre se puso pesado y tuve que acabar los estudios y, la verdad, no me dejó vía libre para este oficio que tenemos hasta que le llevé el título y la orla. Fue condición “sine qua non”-*

*-Vamos, que se puso farruco-*

*-Hombre, Paco, pareces más sevillano que asturiano. No fue para tanto, y además lo hizo porque creía era un capricho adolescente eso de querer dedicarme a meter entre rejas a delincuentes. Y, por cierto, siempre habla un cojo-*

*-Bueno, ya estamos ¿A qué viene eso ahora?-*

*-Pues que mira quién fue a hablar de estudios, vocaciones y demás-*

*-¿Cómo, Manolo?-*

*-Chico, vamos a ver ¿Qué hace un abogado metido a inspector de policía?-*

*-No soy abogado, tío. Te lo he explicado ya unas cuantas veces. Soy Licenciado en Derecho. Pero no abogado-*

*-Donde las dan, las toman-*

*-Bueno, reconozco que también a mí esto de ser policía me tiró tanto que aprobé a la carrera con tal de presentarme a las pruebas para inspector. Pero, reconócelo, lo mío está más relacionado ¿O no? Y te recuerdo cómo te ayudé en las pruebas de Derecho en la academia-*

*-Nada, nada, quieres escurrirte y aún no me has respondido a la pregunta ¿Qué hace un abogado metido a policía?-*

*-¡Y dale con lo de abogado!-*

*-Pero ¿Qué más da, cojones? Para el caso es lo mismo, o sea un picapleitos-*

*-Por eso mismo salí huyendo de ese gremio-*

*-Bueno, bueno, tío, reconoce eres un policía de vocación como yo y punto. Además cómo te repelen tanto las togas como las salas de cualquier tribunal, lo mismo que a mí el estrado de una Facultad desde donde largar una clase que no interesa a ninguno de los barbilampiños deseando termine la disertación. Te va, como a mí, la acción y, sobre todas las cosas, ese momento sublime de atrapar a un tramposo que intenta zafarse de la Ley-*

*-Ya lo creo, Manolo. Y que lo digas. Me gusta hacer cumplir la Ley pero desde este lado. Ese otro de vistas, tribunales, requisitorias, papeles, juzgados, recursos, fiscales y demás parafernalia es algo que me da urticaria sólo de imaginarlo-*

*-No más que a mí pensar en una vida gris de casa a una Facultad, sin más propósito que empeñar todo mi tiempo en repetir hasta la saciedad idéntica retahíla de hechos históricos que, con sinceridad, interesan bien poco y menos a*

*los mismos estudiantes para los que sólo son datos a memorizar y luego vomitar en los exámenes para salvar la asignatura-*

*-Manolo ¿Te has dado cuenta?- Prendes cambió de tercio con aquella pregunta sorpresiva y que hizo con gesto de extrañeza-*

*-¿A qué te refieres?-*

*-Pues, chico, hace un rato no dudaba por donde viajábamos, pero ahora mismo te diría que estoy hasta desorientado si estoy en el sur o en el norte. Y no es cuestión de esa torpeza mía que bien sabes-*

*-Entiendo, Paco. Y no me extraña, porque es tu primer viaje por esta vía hacia el norte-*

*-Ya sabes que cuando voy a ver a la familia a Madrid, o bien Asturias, hecho mano del tren. El coche lo dejo en Sevilla y nunca me he planteado conducir por aquí o por Córdoba y Despeñaperros-*

*-Bueno, ya sabes que yo no tengo más opción que ésta y por eso conozco bien la ruta. Y sí es verdad lo que dices. Verás, una vez pasas Santa Olalla del Cala, llegando al Culebrín...-*

*-¿Culebrín?-*

*-Sí, hombre, si te fijas dentro de unos minutos la verás a la derecha y, tranquilo, se trata de una venta llamada así donde por cierto hay exquisitas viandas para hacer más llevadero el camino tan tortuoso por estas sierras, y no digamos el vino, macho-*

*-Otro día, con la tripa más ligera, sería cuestión de pararnos y comprobar eso que dices. Hoy, y con lo que hemos tragado en “La Isla”, no podríamos ni con los entrantes-*

*-No faltaran días, Paco, y en cualquier oportunidad te invito-*

*-¡Joder, Manolo, qué rumboso estás últimamente! Aunque eso hay que demostrarlo y no de boquilla, tío, que te conozco-*

*-Lo prometido es deuda y te digo que para la feria de mi pueblo no puedes faltar. Así que repetimos la ruta y cumplo lo dicho-*

*-Te tomo la palabra. Oye, bueno y termina de contarme esto del paisaje-*

*-Me iba del coro al caño, Paco, tienes razón. El caso es que estamos a noventa kilómetros de Sevilla y parece que hubiésemos llegado a cualquier población del norte-*

*-Eso te iba a decir, Manolo. Salvando las distancias, me recuerdan estas umbrías tan densas a mi tierra asturiana-*

-No creo que exageres porque estamos a siete u ocho kilómetros del Puerto de La Cruz, que se encuentra a más de setecientos metros sobre el nivel del mar y esa es la causa de este choque de paisajes más propios de tierras norteañas y...-

-Manolo ¿Qué es ese ruido?- interrumpió Prendes la perorata de su amigo incorporándose de su asiento y mirando por el parabrisas hacia el capó del coche.

-Sí, hombre ¿No lo oyes? Un sonido metálico- insistió Prendes.

-¿Ruido? ¡Coño, es verdad!-

-¿Eso es humo, Manolo?- preguntó algo alarmado Prendes hasta deshaciéndose del cinturón de seguridad con tal de acercarse más al parabrisas y observar así más de cerca la parte delantera del vehículo, el cual comenzó a perder fuerza de repente y, por mucho que Gabardino aceleraba y luego reducía las marchas, apenas podía avanzar algunos metros y máxime en una subida muy pronunciada donde no faltaban las curvas que hacían trabajar a destajo las entrañas metálicas del vehículo-

-¡La madre que me parió!- exclamó Gabardino más contrariado que alarmado y dirigió el volante hacia la derecha para luego frenar y dejar el vehículo por precaución fuera de la carretera; aunque en un exiguo arcén donde apenas cabía. Ya detenido, ambos lo abandonaron y se dirigieron a la parte frontal por donde se apreciaba cada vez salía más humo-

*-¡Ten cuidado al abrir el capó, Manolo!-*

*-Nada, Paco, ya estoy acostumbrado. El puñetero coche siempre con lo mismo, o sea el radiador, pero esta vez me parece que es más grave el tema y lo extraño es que el testigo de la temperatura no se me ha encendido-*

*-Pues estará también jodido-*

*-Lo que faltaba, tío. Bueno, a ver qué pasa-* dijo Garbardino a su amigo mientras le empujaba hacia atrás por si las moscas. A continuación abrió el capó y, confirmando lo supuesto, el radiador parecía una caldera a punto de estallar-

*-Me parece que está frito esta vez-* comentó Prendes.

*-Si te digo que no, es que miento, Paco. Tienes toda la razón y esta vez no es cuestión de esperar y echarle agua-*

*-Habrá que intentarlo de cualquier forma, Manolo. Aún tenemos luz y es cuestión de unos minutos que pierda temperatura. Hacemos el intento y a ver si podemos seguir el viaje-*

*-Conforme, además no hay otra opción-* respondió Gabardino desanimado y también contrariado puesto que echaba cuentas de llegar a su pueblo lo antes posible para acudir sin demora a ver a su padre. Como consecuencia de ello, se

sumió de nuevo en sus pensamientos y ni siquiera la chacota reiterada de Prendes, referida a su contumacia para no comprar otro coche con más garantías y menos achaques así como lo que le costaba rascarse el bolsillo, lograron que su ánimo recobrase el ímpetu que siempre le caracterizaba en cualquier ocasión que se presentase; las que siempre solía afrontar con optimismo y jamás arredrado, incluso por muy calamitosas que fueran esas circunstancias sobrevenidas de manera repentina.

Sin embargo, en esos instantes todo había cambiado y apenas podía apartar de sus pensamientos la imagen de su padre, alguien del que había heredado el vigor y también la testarudez como él mismo reconocía, vencido por ese corazón tan grande que apenas cabía en su tórax y le producía un intenso dolor en lo más profundo de su ser el pensar le hallaría tal vez postrado en la cama de una fría habitación del hospital, quizás entubado, solo y abandonado en aquella selva blanca; una jungla de asepsia y olor penetrante, enfrentándose sin que él mismo pudiese prestarle su ayuda contra un enemigo certero, silencioso, ensortijado entre sus vísceras, emboscado para saltar sobre él en ese momento tan inoportuno y, en cualquier caso, inesperado.

Volcado en su interior, Gabardino especuló -sintiéndose presa de una incipiente desesperación momentánea, la cual inoportuna fue desencadenada por la acumulación de un hecho trivial como resultaba ser una vulgar avería en el coche- con que le perdiera sin que pudiese decirle cuanto pensaba; sin confesarle el cariño que nunca le había demostrado, frenado por la cotidianidad, por el ir y venir del día a día, mimetizado entre la hojarasca de lo perdurable de la vida, entre esos momentos anodinos, sin envidia, apenas basura irreconocible que media entre los hitos que jalonan aquélla; sin reconocer el esfuerzo por procurarle una vida mejor que aquella que su progenitor había tenido desde que

había contado con uso de razón, soportando dócil jornadas de sol a sol apenas siendo un mozalbete y ya segando, talando, pastoreando, cargando de un lado a otro pesos incompatibles con su complexión aún de niño a expensas de su cuerpo fornido a base de esfuerzos ajenos al mismo dolor, aguantado éste sin queja ni mohínos propios de la edad por un jornal que llevaba íntegro y como oro en paño a su pobre madre, viuda, destrozada, abierta en canal su juventud por el infortunio y, sobre todo, la pobreza, atareada sin desmayo para sacar adelante a sus tres hermanos pequeños.

Gabardino, de igual manera desde que tenía uso de razón, no recordaba que su padre hubiese dejado de acudir a por ese mismo jornal pasado el tiempo y muchos avatares en su trasiego por la austera, y a veces tan injusta como cruel vida que le tocó, una vez compartiéndola feliz cada hora del día con esposa e hijos, ni que en ocasión alguna abjurase de su empeño porque un futuro sin penalidades como las sufridas por él mismo les aguardara a ellos, escondida tras el cruce de la pubertad y les arrastrase inmisericorde hacia idéntico y rastrero destino.

Por ello, le había observado un día tras otro, jornada tras jornada, sin descanso, sin otra meta que alcanzar, impertérrito, inasequible al desaliento, en tanto él mismo callado, sentado en una humilde silla de enea, con los libros de texto y memorizándolos con sus brazos juveniles sobre una temblorosa mesa que había tenido mejores días, se guardaba para sí la admiración por aquel hombre, cuya figura se agigantaba a cada beso que le daba en la mejilla como despedida vespertina y señal de que regresaba al tajo, que le había dado la vida y que cien veces más se la quitaría porque tanto él como sus hermanos disfrutaran de las suyas sin tener que soportar ni frías madrugadas esquivando carámbanos apenas calzado con frágiles alpargatas, ni mañanas de aguaceros a la intemperie

empapado con el estómago vacío, ni noches heladas enfrentadas con frágiles ropas que poco abrigo le procuraban, ni sudores en el duro y largo estío laborando agachado en los campos desde el mismo amanecer, mientras el viento inflamado de fuego arreciaba y el sol curtía la piel abrasándola sin piedad.

*-¡Vamos, Manolo! ¡Despierta, joder!*- interrumpió Prendes las cavilaciones de su compañero, aunque se dio perfecta cuenta de su desasosiego tan sólo con observarle al levantar la cabeza cómo tenía los ojos tan enrojecidos como húmedos.

*-Ya apenas sale humo del radiador-* le insistió Prendes para sacarle de su ensoñación *-Así que ponemos agua y crucemos los dedos porque arranque el motor-*

*-Sí, Paco, perdona es que...-*

*-Nada, hombre, tranquilo que todo va a ir bien-* se esforzó Prendes en su intención de quitar hierro al asunto familiar de su amigo y, con tal de que se aislase de ese bucle melancólico en el que había penetrado, echó mano de la otra preocupación, más liviana y doméstica, del Seat 127 empeñado en dejarles tirados en medio de la carretera, hasta ese momento solitaria.

*-Manolo ¿Cómo se te ocurrió comprarte este Seat? ¡Joder, no los hay peores!-*

*-Pues a mí me ha salido...-*

*-Manolo, no sigas que ahora eres tú el exagerado, macho. Pero, vamos a ver, si te oigo todas las semanas decir que lo has tenido que llevar al taller por esto, por aquello o por lo otro. Cuando no es el bombín, es la bomba de gasolina, cuando no son los frenos, es el acelerador, cuando no es la batería, es el alternador...-*

*-Bueno, bueno, frena, hombre, No es para tanto. Además ¿Qué pretendes? ¿Que me compre un Mercedes? Con lo que gano no me llega. Así que a este alcanzo, macho ¿Y tú? ¿Tienes algo mejor?-*

*-Hombre, por lo menos es un Renault-*

*-Bueno, el tuyo está hecho en Valladolid y el mío en Barcelona-*

*-No compares, hombre. El mío tiene siete años e impecable. Desde que me lo entregaron no lo he llevado al taller nada más que para cambiar el aceite. Y el tuyo...-*

*-Cuatro tonterías, hombre. Nada de importancia. Es delicado el jodido Seat, pero tira-*

*-Sí, sí, ya veo que tira. Sobre todo a nosotros en la carretera. Bueno, venga, arranca y veamos- concluyó Prendes el cruce de preguntas y respuestas, cuando se dispuso Gabardino a girar la llave del contacto tras reponer suficiente agua en*

el radiador y cerrar éste una vez enfriado en la medida de lo posible. De esta forma, hizo un primer intento que resultó infructuoso y, después de éste, un puñado más cada vez con más nerviosismo hasta que prefirió no insistir dado que el coche se negaba a arrancar.

*-¡Me cago en...!-* comenzó a decir Gabardino pegando al mismo tiempo un buen porrazo en el frágil volante del 127, el cual no se hizo trizas de milagro.

*-Manolo, como le pegues otro igual al volante...-*

*-Paco ¡Déjame ahora que hecho humo!-*

*-¡Un coche!-* exclamó Prendes, no queriendo alterar más a su compañero, señalando hacia unos metros más allá, llegando en la misma dirección que ellos un destartalado Citroën Dos Caballos de color gris, cuyo motor revolucionado, hasta un límite que creyó iba a reventar, le parecía aguantaba con más gallardía el tramo de carretera empinado donde había quedado finiquitado el 127 de su amigo.

*-¡Hazle señas, Paco!-* respondió Gabardino, cosa que Prendes hizo de inmediato y lo cual el conductor del Citroën se tomó en serio ya que, tras superar donde permanecían ambos en el arcén, se echó a éste y con la mano fuera de la ventanilla les hizo señas para que se acercaran.

*-Buenas tardes, disculpen ¿Podrían avisar a una grúa en el pueblo siguiente?-* habló Prendes tanto al conductor como una señora en el asiento del copiloto que

le acompañaba sin esperar a que Gabardino se incorporase, quien andaba cerrando su coche con cuidado, ya sabedor de que nada había que hacer con él, al menos por el momento.

*-Buenas tardes-* respondió el conductor, quien se trataba de un hombre de mediana edad cuyo primer gesto de cortesía y sincera hospitalidad fue ofrecerle una sonrisa tal si abriese de par en par su propia casa que, en esos momentos de tribulación para los dos amigos, era aquel coche nacido en tierras francesas hacía muchos años pero aún con las fuerzas intactas para coronar puertos como el que Manolo Gabardino había pronosticado encontrarían a más de setecientos metros sobre el nivel del mar. Precisamente éste se unió a Prendes y ambos observaron aquel hombre aparecido como ángel de cabello azabache, aunque ya las canas ganaban terreno, de complexión fuerte, piel tostada que delataba su trabajo al aire libre y manos encallecidas que hablaban de que éste sería realizado en algunas de las innumerables dehesas circundantes *-Pues, si ustedes quieren, aviso a la grúa. Pero, también les ofrezco que se vengán con nosotros a Monesterio, que es nuestro pueblo y está a muy pocos kilómetros. Luego, una vez allí les acerco al taller-* les ofreció de buen grado sin perder aquella sonrisa como heraldo de su bondad.

*-Sería incluso mejor ¿No, Manolo? Así puedes llamar por teléfono...-*

*-Por supuesto, Paco-* respondió Gabardino a la pregunta obvia de su amigo, toda vez que éste sabía de su estado anímico y que el coche, por muchos puñetazos que le diese, le importaba una higa y lo que realmente le tenía preocupado era su padre del que esperaba recibir noticias descolgando el primer auricular que se le pusiera a su alcance-

*-Es que tiene a su padre en el hospital y tiene que llamar...-*

*-¿En el hospital? ¿Su padre? Entonces, hijo, eso es lo primero. Y el coche ya habrá tiempo de mandar alguien-* le interrumpió con buen criterio y mejor talante la señora, a la que de inmediato el conductor les presentó como su esposa, una mujer de pelo trigueño, ojos muy claros y piel anacarada que saltaba a la vista cómo cuidaría de exponerla al sol más que su marido, evidenciando en su rostro algo menos edad que aquél, y de quien les llamó la atención a ambos una solidaridad desacostumbrada que les dejó patente la fortuna de su encuentro.

*-¡Venga, Marcelo, acelera que este muchacho tiene prisa!*- se dirigió a su marido y éste puso rumbo hacia Monesterio, cubriendo los pocos kilómetros que les separaban sin pasar de la segunda marcha, y ésta bien apurada, ya que la carretera se hacía más tortuosa y ascendente en sus tramos finales.

*-¿Vienen ustedes de Sevilla?*- preguntó el conductor, de quien ya conocían ambos su nombre.

*-Así es. Pensábamos llegar dentro de un rato a Los Santos de Maimona y luego al hospital donde está su padre-* contestó Prendes *-De allí es mi compañero-*

*-¡De Los Santos. Extremeño también!*- respondió el conductor.

*-Disculpen ustedes-* habló Gabardino *-Ni siquiera nos hemos presentado ni les*

*hemos dado las gracias por recogerlos y...-*

*-No hay que darlas, hijo. Seguro que vosotros hubieseis hecho lo mismo ¿Para qué estamos, si no es para ayudarnos unos a otros?-* respondió la esposa del conductor sobreponiendo su voz al ruido del Dos Caballos, encabritado subiendo cuestas jaleado por el pie del conductor en el acelerador que ya no daba más de sí.

*-En nuestro caso, señora, déjenos que sí se lo agradezcamos de manera expresa, y aún nos faltaría hacer algo más si le soy sincero. Y por supuesto que habríamos actuado de la misma forma, en especial porque somos los dos servidores públicos-* tomó la palabra Prendes *-Somos inspectores de policía, aunque hoy fuera de servicio. Él es Manuel Gabardino y quien les habla Francisco Prendes. Pertenece a la central policial de Sevilla, en concreto prestando servicio en la Brigada Criminal, y ya saben que mi amigo es paisano suyo. En mi caso nací en un pueblo de Asturias, Candás se llama y que está a orillas del Cantábrico, pero desde pequeño he vivido en Madrid por cuestión de que mi padre fue destinado allí, aunque ahora resido en Sevilla-*

*-¿Madrid? ¿Por dónde vivía?-* le preguntó la esposa del conductor, cosa que a Prendes le sorprendió.

*-Pues muy cerquita del estadio del equipo de mis amores, el Santiago Bernabéu, en la calle Juan de Olías-*

*-¡No me diga! ¡Entonces tiene que conocer a mi hermana Fermina!-*

-¿Cómo?- preguntó Prendes guardándose para sí un comentario que le pareció inoportuno y hasta cruel para él mismo –*¡Imposible, señora! Madrid es demasiado grande como para conocer gentes, atosigante si me permite que lo exprese así, y los que residimos entre sus calles, si le digo la verdad, muy mal avenidos. Este detalle suyo y de su marido es algo impensable en aquel infierno de cemento, semáforos y coches a la carrera conducidos por gente siempre con prisa. Siento defraudarle, pero me temo no conozca ni a su hermana ni a cualquier otro paisano mío en muchos kilómetros a la redonda de donde vivía-*

-*Pero, hijo, si es que no tienes más remedio que haber ido a comerte unos boquerones en vinagre, o unos mejillones de las Rías Bajas gallegas a “La Toledana”-* insistió la mujer.

-*¿La Toledana? ¡Pero bueno, si es el bar de Miguel y su socio Carmona!*- se llevó las manos a la cabeza Prendes al reconocer el lugar del que le hablaba, bajándose así del burro que constituía el discurso el cual le había soltado a la pobre mujer, quien lo había aguantado con más educación que estoicismo – *¡Claro que sí conozco a su hermana, y a su marido Miguel Sánchez, un tío cojonudo, además tan madridista como yo! Pues es una alegría porque es el sitio donde iba con mis colegas de Facultad, aparte que desde niño les conozco porque son mis vecinos. Tienen el mejor marisco de todo Madrid y las raciones colosales, ya le digo. Bueno y para llegar a la barra los sábados por la noche recuerdo que casi era necesario coger número-*

-*¡Ya le dije que seguro les conocería, hombre!*- respondió Manuela con una sonrisa.

-*¡Mire! ¡Mire!*- le respondió Prendes a la señora después de sacar su cartera y extraer un par de fotos de su interior que aquélla observó con detenimiento, en tanto Manolo Gabardino pensaba para sí cómo había transmutado de antipático urbanita a simpático provinciano en un abrir y cerrar de ojos y modificada su habitual circunspección por una jovialidad que le sorprendió, en particular por el derroche de emociones que aquel recuerdo había hecho aflorar de manera tan casual como súbita; lo que hablaba a su criterio de cierta añoranza que él mismo rehuía consciente mostrar.

*¿Lo ve?*- le preguntó Prendes sonriente, y con un punto de emoción en los ojos, a la señora -*¡Aquí estoy!*- le insistió señalando con el dedo índice el lugar que ocupaba en la foto -*¡Y fíjese quiénes están a mi lado!*-

-*Pues, hijo, no te puedo decir quiénes son. La verdad, no les conozco*- le respondió confusa.

-*¡Son Amancio y Pirri, los jugadores del Real Madrid! Van por “La Toledana” muchísimas veces ¿Sabe?*- le dijo Prendes con una sonrisa de oreja a oreja renovada la conmoción del recuerdo, sin que aquello tuviese el mismo resultado en la mujer a tenor de la frialdad de su expresión.

-*¡Y mire, señora!*- insistió el joven policía señalándose a sí mismo en la otra fotografía -*Éste que está a mi lado, seguro que sí sabe quién es*-

-*Nada, hijo. No tengo ni idea*- contestó la mujer.

*-¿No? Preguntó muy sorprendido Prendes. Es el matador Santiago Martín “El Viti” ¿Sabe? También estuvo allí unas cuantas veces y conseguí hacerme la foto con él. Además, es histórica porque al día siguiente salió por la Puerta Grande de Las Ventas-*

*-Pues no me extraña, hombre. Mi hermana me cuenta que no para de ir gente famosa-*

*-¡No se puede hacer una idea, señora! En cuanto vaya este verano a ver a mis padres voy a llegarme y contarles esta casualidad en medio de la carretera. Por cierto ¿Son ustedes...?-*

*-Perdona, hombre- le respondió el conductor, quien anduvo todo el rato enfrascado en el manejo del volante y que Prendes imaginó hubiese reconocido sin duda tanto a futbolistas como toreros pero no quiso arriesgarse a que apartara la vista de la carretera –Manuela Melo y Marcelo Garrote. Y no se te olvide dar recuerdos a mi cuñado y a Carmona-*

*-Descuide que se los daré de su parte y a ver qué me dicen, porque es una casualidad tan grande que ni yo mismo me la creo-*

*-Oiga ¿Y dice que son ustedes policías? ¿No serán civiles?-* preguntó el conductor a los dos.

## CAPÍTULO IV

*-No, por supuesto que no, Marcelo-* respondió Gabardino en esta oportunidad al conductor *-Policías, a secas. Nosotros nos encargamos del delito en las ciudades y nuestros colegas de la Guardia Civil tienen encomendadas las áreas rurales. Pero, bueno, al fin y al cabo somos todos policías aunque con una denominación bien distinta-*

*-O sea que de tráfico ustedes...-*

*-¿Tráfico? No, claro. No está entre nuestras funciones-* Prendes aclaró la pregunta, la cual no entendía demasiado bien.

*-Entonces ¿Ustedes no ponen multas?-* insistió en su enigmático interrogatorio Marcelo, sin dejar de conducir el Citroën cuando se atisbaban ya las primeras casas del pueblo tras coronar el Puerto de La Cruz que, señalado con su altitud sobre el nivel del mar, observaron-

*-Pierda cuidado, hombre. Sólo multamos, usted ya me entiende, a los criminales. Y no sé si sabe que a nosotros, por muy policía que seamos, también nos ponen multas los Guardias Civiles si nos las merecemos. Así que tranquilo, si eso le intimida-*

*-¡Chacho! ¡Pues, qué descanso!-* exclamó con gracejo Marcelo, dejando boquiabiertos y perplejos a los dos inspectores *-Verán ustedes, es que resulta que el carnet de conducir me parece que me lo he dejado en “El Santo”, que es la finca donde trabajo-* añadió luego sin que Prendes y Gabardino entendieran una palabra de su alborozo y que se pasara el dorso de la mano por la frente pero que, por si acaso, prefirieron pasar por alto y no saber que temía aquel buen hombre.

*-Marcelo, como es tarde y este muchacho tiene que llamar a su casa en Los Santos, ve directo a la tienda de Rufino Barragán-* dijo Manuela y éste asintió con la cabeza, sin que también ambos jóvenes comprendieran el verdadero sentido de lo que hablaban entre ellos. No obstante, todo quedó aclarado en cuanto, recorrido todo el pueblo, se detuvieron en la misma puerta de un establecimiento comercial y les indicaron que entraran junto a ellos.

*-¡Rufino!-* habló Manuela llamando la atención a éste, quien permanecía ordenando una de las estanterías atestadas de productos.

*-¡Hombre! Manuela, Marcelo, me alegro de verlos ¡Qué de tiempo! Anda que cada vez venís menos por aquí y veo que en coche como novedad. Bueno ¿Mucho trabajo en El Santo?-* les preguntó Rufino, quien mostraba esa impronta de hospitalidad y cercanía con que contaban su pareja de vecinos, clientes y

amigos. Por su parte, Prendes y Gabardino, tras ellos, se maravillaron al ver aquel hombre, aquejado de una minusvalía evidente en los miembros inferiores que, sin embargo, no parecía afectarle para nada en sus movimientos, más rápidos y gráciles que los de cualquier persona sin esa merma física. Apoyado en una sola muleta, Rufino cruzaba como un gamo el mostrador de lado a lado pareciendo literalmente correr escoltado por las estanterías, girando de manera sucesiva a izquierda o derecha con una velocidad pasmosa que dejó a los dos sin habla.

*-¿Trabajo en la finca? Cada día más, Rufino-* le respondió Marcelo.

*-Y que no falte-* añadió Manuela.

*-Bueno ¿Qué os preparo para llevaros? ¿Para ahora? ¿O vais a casa?-*

*-No, Rufino, tranquilo. Nos quedamos esta noche con mi suegra. Mañana nos llegamos, cargamos el coche y tiramos para el campo que los bichos no pueden estar mucho tiempo sin atención-* contestó Marcelo.

*-Hoy hemos venido a pedirte un favor para estos dos muchachos. Vienen de Sevilla y van de urgencia para ver al padre de él que está en el hospital-* señaló Manuela a Gabardino, tomando aquélla la iniciativa haciendo como suya la preocupación del joven policía *-El coche se les ha escarchado subiendo el Puerto de La Cruz y les hemos recogido. Por favor, Rufino, deja que llame a su casa, que está muy preocupado-*

*-¡Ni que decirlo!-* salto de inmediato Rufino *-¡Veniros para acá los dos!-* invitó a los jóvenes a cruzar el mostrador hasta una abertura plegable de éste *-Ahí tenéis el teléfono para lo que preciséis. Y no os preocupéis del coche que ahora mismo llamo al de la grúa, nada más terminéis vosotros, para que lo recoja y se lo lleve al taller-*

*-Gracias, gracias, muchas gracias a todos. No sabemos cómo...-* Prendes, casi abochornado por el despliegue de hospitalidad, no encontraba palabras para transmitir la gratitud.

*-¡Nada, hombre! Vamos, llamad que también estarán preocupados en vuestra casa-* Rufino les insistió para después dejarles solos y acudir al mostrador junto a Marcelo y Manuela. Allí observaron cómo marcaba Gabardino y luego obtenía respuesta al otro lado. Mientras tanto, cruzaron las lógicas preguntas los tres después de tanto tiempo sin pasar por el pueblo y, cómo no, de las inclemencias del tiempo, quien había puesto de su parte al arrancar la primavera y, en especial, durante la Semana Santa, donde había descargado tanta agua que los barrancos desbordados apenas le habían dejado a la pareja moverse de la finca donde residían y trabajaban, muy cerca de El Real de la Jara, en una zona propicia para la cría de ganado ovino.

*-¡Buenas noticias!-* exclamó Prendes con una sonrisa que hasta ese momento no se le había visto salvo hablando de sus ídolos futboleros, acercándose con Gabardino, éste con lágrimas en los ojos, hasta donde se encontraban tanto la pareja de benefactores como el mismo Rufino, apoyado en su muleta, todos con caras de expectación habiendo interrumpido la conversación que mantenían.

*-¡Gracias a Dios, sólo ha sido un ataque de ansiedad!-* reveló entrecortadas las palabras Gabardino, quien no pudo aguantar el sollozo impulsado por una alegría tan intensa; consolado con un abrazo por su compañero y amigo tanto en las duras como en las maduras.

*-¡Manolo, coño, ya te dije que no sería nada, hombre! ¡Venga, ese ánimo arriba!-* le dijo Prendes, quien no dejaba de darle palmadas, emocionado a la par que aquél.

*-¡Gracias a la Virgen de Tentudía, hijo. Bendita sea, Ella le ha echado su manto!-* dijo Manuela, quien se contagió de esa mezcla de temor y alegría y sus ojos claros se enrojecieron contemplando aquella escena.

*-¡Ya está avisada la grúa!-* dijo Rufino en voz alta desde la trastienda, quien se había deslizado en silencio hacia ésta y telefoneado indicando dónde se encontraba el coche tras detallárselo Marcelo *-Le he dicho que se dé prisa, a ver si os consigue hacer un apaño y así podáis seguir la ruta-*

*-Gracias por todo, Manuela, Marcelo y a usted, Rufino, por su amabilidad-* habló por fin Gabardino, superado hasta entonces por la preocupación y de nuevo en su estado natural *-Mientras se arregla, si Dios quiere y bien lo del coche, me gustaría que nos acompañaran a tomar donde ustedes prefieran una copa y así agradecerles...-*

*-El mejor agradecimiento es ver que todo ha salido bien para tu padre-* dijo Manuela *-Hijo, nosotros tenemos poco tiempo en el pueblo y mañana estamos*

*de vuelta en el trabajo, que Marcelo no puede dejar mucho sin cuidado al ganado, así que nos falta tiempo para hacer los recados y descansar algo antes de volver. Te lo agradecemos de corazón nosotros a ti-*

*-Por mi parte, ya me ves- habló Rufino a colación -De aquí no me muevo hasta que cierro la tienda y no te preocupes que con la satisfacción de saber cómo tu padre está fenómeno es suficiente. Y aquí me tenéis para lo que os haga falta. Por cierto, el taller mecánico está saliendo a mano derecha la segunda calle-*

*-Nada, Rufino, ahora yo les acerco- dijo Marcelo ofreciéndose -¡Venga, vamos para allá!- concluyó éste invitándoles a subir al vehículo, tras despedirse efusivamente de Rufino, y luego ya los cuatro en el Dos Caballos continuar calle abajo hasta el taller referido por el amable tendero.*

*-Bueno, ya mismo llega la grúa y espero que os puedan arreglar la avería hoy mismo- le dijo Marcelo a los dos, una vez habían abandonado el coche.*

*-Gracias una vez más y esperamos poder corresponderles algún día- respondió Prendes y asintiendo Gabardino, quienes despidieron a la pareja dándoles la mano.*

*-Nosotros vivimos ahí, muy cerquita- señaló Marcelo dónde en concreto - Aunque ahora vamos a casa de mi madre que está al otro lado del pueblo-*

*-Ahí tenéis vuestra casa para lo que necesitéis- añadió Manuela, justo antes de que Marcelo acelerara y se perdieran por una de las calles que ascendían hacia la*

zona céntrica de la población.

*-¡Oigan!-* escucharon ambos tras de ellos, volviéndose y comprobando resultaba ser uno de los mecánicos del taller *-¿Son ustedes los del 127 que se ha estropeado?-*

*-Así es ¿Hay noticias?-* preguntó Gabardino.

*-Ya han salido con la grúa para traerlo. De todas formas, mientras llega y le echamos un ojo pasará un buen rato-* contestó el mecánico, un hombre de edad avanzada pero aún con el mono azul encima y ágil para el trabajo conforme a su complejión.

*-De acuerdo. Vamos a tomar algo y díganos cuándo le parece oportuno que volvamos-* Prendes, planificador exhaustivo, preguntó.

*-Pues, chispa más o menos, media hora no hay quien se lo quite. Además, les advierto que si es una avería seria el coche tiene que dormir en el taller. Pronto es hora de cierre-*

*-Lo entendemos. Está bien. A ver si tenemos suerte y resucita ese trasto-* dijo Gabardino, aunque para sus adentros, y conociendo el género, supiera que poco podía hacer aquel hombre.

*-Muy bien, hasta dentro de esa media hora-* concluyó Prendes el parlamento y

los dos cruzaron la plaza rumbo al bar que había justo al frente, cuyo nombre en letras bien grandes con la leyenda “Puerta del Sol” llamó la atención a éste como madrileño de adopción. Entraron en éste y observaron cómo a esa hora de la tarde no se encontraban demasiados parroquianos. En la barra pidieron sendos cafés con leche, descafeinados dado lo avanzado de la jornada, y un par de vasos de agua que fueron recibidos aún mejor por sus gargantas secas no sólo por el viaje en sí, sino en mayor medida por la ansiedad de los momentos vividos con intensa emoción.

Si bien, a primera vista, les pareció un lugar tranquilo para aguardar el veredicto del hombre del mono azul y las manos llenas de grasa, cambió la opinión de los dos de improviso en el instante en el cual un tropel de individuos, con aspecto de estar alterados, comenzó a entrar por las dos puertas de acceso al bar.

Cuando apenas habían tomado un par de sorbos de los cafés, todavía con las cucharillas dentro de las tazas y diluyéndose los terrones de azúcar, un alboroto de espanto se instaló en la estancia, haciendo que las voces cruzadas de unos y de otros apenas les dejaran margen para entenderse entre ellos. Los dos se miraron y gesticularon con las manos, coincidiendo en sus respectivas perplejidades por aquel fenómeno que les pareció increíble; toda vez que había pasado de la más absoluta de las quietudes a un griterío ensordecedor impropio de un lugar tan sosegado como hasta hacía unos momentos había resultado ser.

-¡Oiga! ¡Oiga!- Alzó la voz lo que pudo Prendes, curioso y fisgón donde los hubiese, llamando la atención del joven camarero que les había atendido, el cual también se encontraba observando aquel tumulto.

-*¡Dígame!*- respondió el joven haciendo esfuerzos porque le entendieran.

-*¿Qué ocurre? ¿Qué es este follón del demonio?*- preguntó Prendes, aparte de curioso también quisquilloso.

-*¡Ni idea! ¡Pregunte al jefe!*- respondió el chaval y señaló con la mano en dirección a la puerta que daba a la cocina, donde observaron a un hombre de mediana edad, hablando con otro quien parecía alterado y pertenecía a uno de los grupos que habían entrado como ganado en estampida en el local. Tanto Prendes como Gabardino, ya este último también picado por la curiosidad, recorrieron la barra hasta llegar donde aquel hombre.

-*¡Disculpe, señor!*- tuvo Prendes que continuar haciendo un esfuerzo con la voz para que le escuchara, incluso más lejos de la zona donde se concentraba el grueso de la jauría de parroquianos parloteando.

-*¡Dígame! ¿Qué se le ofrece?*- contestó el hombre, colocándose la mano derecha en el oído de idéntico lugar de la cabeza con tal de captar mejor lo que le decían.

-*¿Qué es lo que ocurre?*- Prendes, sin hacer caso de aquel aserto antiguo que avisa cómo la curiosidad mató al gato, insistió en conocer el misterio.

-*¿Qué ocurre?*- repitió el dueño del bar esbozando un gesto de preocupación – *¡Vengan para acá adentro!*- les dijo, no sin antes despedirse del hombre con el que conversaba de igual forma a duras penas por aquel griterío, señalando a continuación la puerta que daba acceso a la cocina, hacia donde ambos le

siguieron y él cerró la puerta; lo cual les pareció algo muy cercano a una bendición.

*-Antes de nada, encantado de conocerles, señores-* con la debida cortesía les habló *–Me llamo Tomás Parra, y soy el propietario del bar-*

*-Pues, encantados igualmente, señor. Francisco Prendes y Manuel Gabardino-* a la recíproca respondió el primero, dando los dos la mano.

*-Verán, la que se ha liado en un momento es porque uno que bajaba de Tentudía ha soltado que este mediodía encontraron el cadáver de una chiquita de aquí, de Monesterio, y que la Guardia Civil tiene detenido a un fulano, pero de Cabeza La Vaca, según me acaba de comentar el vecino con el que hablaba-*

*-Bueno, Tomás, una pregunta un poco fuera de lugar pero no tengo más remedio que hacérsela-* dijo Prendes, como siempre hurgando.

*-Adelante, y a ver si le puedo responder-* contestó Tomás Parra, quien transmitía un carácter adusto, serio, cabal en suma, para el que le acompañaba una voz tan grave como profunda que inspiraba confianza.

*-La cuestión es que, si como dice, este mediodía tuvo lugar el hallazgo del cadáver ¿Cómo es que hasta ahora no han llegado las noticias?-*

*-Pues eso sí se lo puedo decir, porque me acaba de comentar mi vecino Juan*

*Bautista, que al hombre que encontró la chiquilla no se le ocurrió otra cosa que volverse andando a Cabeza La Vaca, precisamente desde donde había llegado, según él dice, cumpliendo una promesa a la Virgen de Tentudía. Al llegar a su pueblo, además bien cubierto de manchas de sangre, su propia mujer le preguntó y, por lo que me ha dicho también otro vecino que vive aquí al lado, que se llama Leocadio Pando, no acertaba a poner en pie lo que le había ocurrido. El caso es que, tras descansar un rato, y con la insistencia de su esposa, ya reaccionó, le contó lo sucedido y salió como loco para el cuartel de la Guardia Civil. Y luego, pues imagínense cómo corren esas noticias de casa en casa, de pueblo en pueblo. Ya se harán ustedes cargo. El caso es que, también lo comprenderán, los civiles que no se fían de nadie y menos de alguien que llega a un cuartel con manchas de sangre contando una historia así, pues lo primero que han hecho es detenerle, meterle en un cuarto y, bueno, para qué seguir-*

*-Entendemos lo que quiere decir-* respondió Gabardino.

*-Bueno, de todas formas el revuelo es porque la chiquita era hija de una familia muy conocida en el pueblo. Gente humilde, buenas personas, muy trabajadoras y sencillas. En fin, los tiempos que vivimos. Una locura y...-* paró Tomás Parra en seco sus palabras al escuchar cómo llamaban a la puerta y luego ver cómo asomaba la cabeza alguien conocido, aparte de él, por los dos jóvenes policías.

*-Muy buenas, señores-* les dijo el mecánico a la pareja policial en primer término *-Hola, Tomás ¡Chacho, vaya la que tienes montada en el bar!-* saludó luego al propietario, dejando testimonio de su asombro por el guirigay que había fuera, mientras entraba y cerraba la puerta.

*-Hombre, Jesús ¿Qué se te ofrece?-* respondió Parra, dando por sentado que conocía los motivos de sobra.

*-No vengo por nada especial, Tomás. Estos dos señores saben que es por ellos- contestó mirando a Prendes y Gabardino –Antes les he visto desde el taller cómo entraban aquí y he venido lo antes posible para darles malas noticias del coche-*

*-No se preocupe. Ya nos lo esperábamos. No tenía buena pinta el asunto nada más intenté arrancar la segunda vez. Además, si le soy sincero, el olor que desprendía el radiador daba mala espina-* contestó Gabardino resignado e intentando zafarse de la mirada de burla de Prendes, quien tantas veces insistía en que se desprendiese de aquella chatarra andante.

*-Y tanto. El radiador está hecho mixto. Vamos, diría que fundido del todo. Así que no hay otra solución que poner uno nuevo, si quieren seguir el viaje. De todas formas, les aviso que no tenemos repuesto para el 127 y, si me apuran, hasta mañana por la tarde dudo que llegue incluso cogiendo, si me dan su conformidad, el teléfono ahora mismo y pidiéndolo urgente-*

*-Sí, por supuesto. Adelante y solicite ese radiador nuevo-* contestó Gabardino sin dudar un instante.

*-Veo que están en un apuro serio y, bueno, la hora que es ya les advierto que no pasan autobuses de línea hacia Mérida o Badajoz-* intervino Tomás Parra, tras escuchar el cruce de palabras de los dos con el mecánico *-Aquí en el bar tenemos también habitaciones y a buen precio, muy limpias y cómodas. Ahora mismo*

*tengo vacantes unas cuantas-*

*-Pues nos quedamos-* no vaciló Gabardino en aceptar el tema *–Sobre todo porque no hay más opción ¿No, Paco?-*

*-Salvo que salgamos volando, me temo que nos toca esperar esa pieza. Será mejor que telefonees a tu casa y...-*

*-Ya, sí, Paco, eso pensaba hacer y comentarles que nos quedamos. Ahora no hay problema y mi padre está totalmente repuesto, así que estamos de vacaciones y podemos permitir quedarnos una noche-*

*-No se hable más-* dijo Parra *–ahora mismo mando les preparen...-* interrumpió éste sus palabras de nuevo al ver cómo la puerta volvía a abrirse y, en esta oportunidad, era el joven camarero que atendía la barra quien asomó la gaita con cara de llevar novedades.

*-¡Tomás, han llegado los civiles y el juez!-* dijo el muchacho, quien parecía estar aleccionado por aquél con tal de que le avisara nada más pusiesen los pies en su local las autoridades por el asunto de marras.

*-Ya me había advertido mi vecino Leocardio que venían para acá-* añadió Parra a la confianza del chaval, quien volvió a sus quehaceres.

*-¡Menudo sistema de información tienen ustedes por aquí!-* soltó Prendes con

esa acreditada forma de lanzar sus propios pensamientos sin que fuesen meditados una milésima de segundo, los cuales siempre cogían con el paso cambiado a todo ser viviente que estuviese a su lado.

*-Ya les dije que las noticias vuelan-* añadió Parra con una sonrisa que llevaba una notable carga de picardía.

*-Bueno, me marcho-* dijo el mecánico *-Voy rápido para hacer el pedido y mañana hablamos-*

*-Gracias, por aquí estaremos. Nos avisa en cuanto lo reciba-* pidió Gabardino.

*-¡Bueno, señores! Vamos para la barra todos, a ver si nos enteramos de más noticias frescas sobre ese asunto-* propuso Parra saliendo tras el mecánico, quien no estaba para cotilleos y abandonó el local de inmediato, seguido por los dos jóvenes, quienes se congratularon de que el jaleo que había con anterioridad en el bar se hubiera desvanecido y regresara esa calma que echaron de menos, estando tan sólo ocupado por tres guardias civiles y dos hombres de paisano, vueltos ambos de espaldas, y sentados todos en una de las mesas; momento el cual fue aprovechado por Garbardino para hacer uso del teléfono público, el cual encontró de manera providencial en un lateral del establecimiento, charlando de nuevo con su hermano y advirtiéndole del imprevisto del coche. Luego, con la tranquilidad de que su familia estuviera al tanto de lo ocurrido y del retraso en la llegada, al menos de un día, los dos regresaron a la barra donde los cafés tuvo que cambiarlos el camarero por otros en condiciones de ser consumidos al haberse quedado helados.

*-¡Paco! ¡Paco Prendes!-* escucharon tanto éste como Gabardino tras de ellos y, ya vueltos, observaron a uno de los individuos que acompañaban en la mesa a los guardias levantado y exclamando voz en grito.

*-¡Ricardo, coño! ¡Me cago en...! ¡Pero, si eres tú!-* Prendes dio dos zancadas para luego fundirse en un abrazo con aquel sujeto, de edad pareja a la suya aunque unos centímetros menos de estatura pero que compensaba con un cuerpo más atlético, cabello castaño claro de tono cercano al de sus ojos, luciendo una cuidadísima barba imperial con todos sus requerimientos estéticos, comenzando por un bigote largo acompañado de una perilla fina, tan alargada como puntiaguda, la cual le confería un aire de clasicismo y respetabilidad incrementado por la oscuridad de su atuendo, mucho menos casual que los de Prendes y Garbardino.

*-¡Joder, qué sorpresa, Paco, coño! Pero ¿Qué haces por aquí?-*

*-Eso te digo yo a ti, bribón ¡Cuánto tiempo desde la Facultad!-* respondió Prendes, todavía dándole palmadas cariñosas.

*-¡Parece que fue ayer que estábamos pasándonos apuntes! ¡Tempus fugit! Oye, Paco, te hacía en Asturias. Bueno, eso me dijo no sé quién-*

*-Nada de eso, chico. En Sevilla. Vivo y trabajo en Sevilla-* respondió Prendes – *Pero ven, hombre, que te voy a presentar a mi compañero Manolo Gabardino-*

*-¡Encantado, Manolo!-* dijo el amigo con una sonrisa y también efusividad –soy

*Ricardo Henestrosa-*

*-Lo mismo digo, Ricardo, un placer conocer a un amigo de este tarambana-*  
respondió con humor Gabardino, mirando de reojo a Prendes.

*-Y que lo digas, Manolo, menudo elemento es Prendes-* respondió Henestrosa sin dejar de sonreír *-Un personaje, ya te digo, y una fiera en Derecho Penal-*

*-Ricardo, no exageres que el número uno eras tú-* le dijo Prendes, hasta ruborizándose tras el comentario *-Bueno, dime ¿Y tu familia?-*

*-Cojonuda, macho. Todos bien ¿Y tus padres?-*

*-De fábula y de vuelta en Candás, porque mi padre se prejubiló y salió como alma que lleva el diablo para Asturias. Allí está mejor que quiere-*

*-Me alegro, Paco. Oye y ¿A qué te dedicas en Sevilla?-*

*-Policía-*

*-¿Policía?-* repitió Henestrosa la palabra poniendo cara de extrañeza.

*-Tal como lo oyes, Ricardo. Tanto Manolo como yo somos inspectores y llevamos juntos desde la academia-*

*-No me lo puedo creer, chico. Bueno, habíamos hablado de que tenías vocación, pero de ahí a que te echaras para adelante...-*

*-Me eché, Ricardo-* respondió Prendes con seriedad y añadiendo cierto aire ceremonioso a sus palabras *-No me arrepiento de haber decidido dar el paso y te confieso me apasiona mi trabajo. No lo cambiaría por nada del mundo. Bueno, ahora dime de una vez qué haces por aquí-*

*-Si te digo, Paco, que ejerzo de Juez en Zafra y tú eres policía, seguro que adivinas qué vengo a...-*

*-¡Levantamiento de cadáver!-* soltó Gabardino como un resorte.

*-Deducción lógica. Así es-*

*-En fin, Ricardo, no hay mérito que valga-* confesó Gabardino *-Acabamos de recibir una confidencia del dueño del bar, quien a su vez la había escuchado de un vecino del pueblo, sobre el hallazgo de una joven asesinada-*

*-¡Joder! Si es que tal vez tenga que hacer la investigación contando con ellos ¡Qué barbaridad! Saben más que nosotros mismos y sólo por el boca a boca-*

*-Veo, Ricardo, que tienes trabajos en tu oficio tan desagradables como nosotros-* apuntó Prendes.

*-¡No me hables, que bastante tengo! Y no creas que me acostumbro, macho. Lo llevo fatal y sé cómo muchos que me precedieron en el cargo, al segundo levantamiento de cadáver, salieron tomando las de Villadiego. En fin, chico, espero se me haga el cuerpo pronto porque si no este que está aquí va a salir por patas de un momento a otro. Encima, Paco, llevo un día de cojones, macho. Fíjate la hora que es y tengo a mis espaldas ya tres cadáveres ¡Y todo por la puta carretera esta! Acabo de llegar de Fuente de Cantos, donde un camión ha aplastado a un turismo y una pareja de ancianos que iban en su interior han quedado convertidos en fosfatina. Pero el más jodido el de esta mañana en las inmediaciones de Zafra, de los que te hacen sufrir pesadillas, donde he tenido que levantar el cadáver de un chaval después de que derrapara con el coche y se empotrara contra un árbol ¡Horrible, chico!-*

*-Pues sí, Ricardo. Nosotros bien que la hemos sufrido y hemos comentado que está fatal porque, además de peligrosa, no le echan un duro encima a esta carretera con tanto tránsito-*

*-¿Duro? ¡Ni una peseta!- respondió Henestrosa bien enfadado -Así está y además con el tráfico de camiones que soporta. Bueno, pasemos página y dime de una vez qué se os ha perdido aquí, hombre, que no hay forma de que sueltes prenda-*

*-Bueno, Ricardo, en esta oportunidad no es la carretera, aunque esté relacionada porque en ella hemos dado con nuestros huesos después que el coche de Manolo, un 127 del demonio, nos haya dejado tirados. Menos mal que hemos tenido la suerte de que una pareja amabilísima de vecinos de Monesterio*

*nos recogiera y hayamos podido llegar hasta aquí y así enderezar un poco el viaje, aunque ahora me temo tendremos que esperar varados aquí al menos hasta mañana por la tarde por cuestión de que tienen que cambiarle íntegro el radiador. Así que eso es todo, macho. Una casualidad detrás de la otra y de repente apareces con esa cara de juez que se te ha puesto y vestido de punta en blanco-*

*-Pues, Paco, es el uniforme, como yo digo. De todas formas es sólo apariencia, porque ya te digo que estoy mosqueado con el oficio y no sólo por lo que acabo de referir, sino porque me aburro soberanamente y es que llevo mal estar fuera de Madrid-*

*-Yo al contrario, Ricardo. Vivo en la Gloria en Sevilla, tío. Comparto piso con Manolo y vamos paseando a todos sitios. No quiero decir que no haya coches, ni atascos, ni gente malhumorada, pero ni el diez por ciento que en Madrid-*

*-Paco, es que yo soy uno de esos urbanitas masoquistas y necesito en vena inyecciones de gasoil, de polución, de ruidos. Me llevo toda la semana esperando el viernes para salir rumbo a Madrid y dejarme contaminar los pulmones ¡Y es que me aburro, tío! Echo de menos los atascos, la gente de un lado para otro como pollos sin cabeza, corriendo todo el día-*

*-¡Ni loco vuelvo, Ricardo! Te lo dejo todo para ti y hasta temiendo estamos que el ascenso a inspectores jefe nos llegue para jodernos y movernos de Sevilla-*

*-Bueno, Paco, no digas eso que un ascenso es un ascenso y también algo más de*

dinerito-

*-Sí, pero quedas a expensas de que te manden Dios sabe dónde y con la posibilidad de que te hagan un descosido obligándote a volver a la capital. Antes me pongo a hacer oposiciones otra vez para lo que sea ¡Pero en Sevilla!-*

*-Bueno, chicos, me vais a tener que perdonar pero debo volver con el comandante de puesto, el médico forense y los guardias-*

*-Ricardo, una pregunta indiscreta- dijo Gabardino –Si vienes a levantar ese cadáver ¿Qué hacéis en el bar?-*

*-Ahí no cabe deducción lógica ¿No es cierto, Manolo?- contestó el juez –Porque en esta ocasión existe una variable no capital en todo el asunto, pero sí muy doméstica que afecta a mi estómago-*

*-¡Avituallamiento!-* saltó Prendes con una sonrisa en los labios, para luego hacer un gesto evidente con la mano llevándosela a la boca una y otra vez.

*-Pues, Paco, rectifico y reconozco existía una deducción más que lógica, sobre todo si un juez como yo se despierta bien temprano y a la carrera levanta cadáveres a diestro y siniestro sin probar bocado. Por lo tanto, esa es la razón de haber parado en el “Puerta del Sol”, donde por cierto sirven un jamón de Monesterio que quita el sentido, así que no dejéis de saborearlo y de eso me encargo ahora mismo porque todo lo que toméis en el bar es por mi cuenta. Y si el jamón es soberbio, acompañadlo con el vino de la tierra que ya os advierto es*

*digno de mesas con manteles bordados. Bueno, chicos, tengo que cumplimentar a la autoridad, así que os dejo para reponer fuerzas junto a ellos que también llevan un día jodido. Ni que decir tiene que a la vuelta de Tentudía os veo y nos tomamos unas copas-*

*-Mil gracias, Ricardo. Tomamos buena nota de esas recomendaciones culinarias que nos están abriendo el apetito-* le respondió Gabardino.

*-¡Tomás!-* llamó Ricardo al propietario del local *-Ya sabes cómo atender a mis dos amigos-* añadió en cuanto llegó éste a su lado.

*-Nada, no te preocupes, Ricardo ¡Grana y oro!-* contestó Parra, entendiendo a la primera el deseo de agasajar a los dos forasteros recién llegados.

*-Gracias, Ricardo, otra vez. Pero antes de volver a la mesa con la comitiva oficial, cuéntanos algo de esa muchachita encontrada sin vida-* preguntó Prendes, comiéndole por dentro la curiosidad por deformación profesional radical, extremo al que le era imposible sustraerse incluso por encima de la debida discreción que, se suponía, tendría que observar alguien como un juez; a quien Gabardino pensó estaba poniendo su compañero en un aprieto valiéndose de su amistad.

*-Si te soy sincero, Paco, sé bien poco-* respondió el juez con total normalidad, sin que en ningún momento diese muestras de querer esquivar la pregunta *-Incluso os habrán llegado más noticias que a mí. Lo que sí os adelanto es que la persona quien le encontró está ahora mismo detenida en calidad de autor del*

*crimen-*

*-¿Así? ¿Sin más?-*

*-Bueno, macho, vosotros dos sois policías y ya conocéis a los civiles. Al menor indicio ¡Para adentro!-*

*-Pero ¿Qué indicio?-*

*-Hombre, Paco, no me digas que llegar con la ropa de sangre hasta arriba no es un indicio ¡También es torpe el sujeto, joder! Podría haberse cambiado de vestimenta, al menos antes de meterse en la boca del lobo-*

*-Nos hemos enterado que fue a pie hasta su pueblo...- intervino Gabardino, siguiendo la estela de curiosidad de su compañero y una vez bien comprobada la disposición de Henestrosa para comentarles cuanto conocía del tema.*

*-Vaya, chicos, veo que os han puesto al día- contestó Henestrosa sonriendo -¡No me extraña! En estos pueblos es así; y es que se enteran antes que nosotros. Bueno, pues os confirmo que el fulano en cuestión y, según insiste una y otra vez a los civiles, había ido en peregrinación al Monasterio de Tentudía andando desde Cabeza La Vaca, la cual es una población cercana aunque relativamente porque andando es un buen tiro. En coche es otro cantar, pero a pie y con una carretera empinadísima os aseguro es un suplicio. Así que, por lo visto, una vez alcanzada la cima del cerro y antes de entrar a rezar a la Virgen, encontró el cadáver. En fin, eso dice él pero la sangre por toda su indumentaria es*

*sospechosa cuando menos. El caso es que, ni corto ni perezoso sobre todo, y porque dice que perdió el conocimiento y se asustó, no se le ocurrió mejor cosa para hacer en cuanto salió del desmayo que dar la vuelta y desandar lo andado rumbo a su pueblo. Según me han dicho, también ha reconocido no recordaba nada de la impresión recibida y que de repente le vinieron las imágenes, marchando entonces directo al cuartelillo para explicar lo que le había sucedido y dónde estaba la chiquita. Bueno, machos, no me digáis que es para ponerle los grilletes por culpable o por lunático. O le falta un tornillo, o bien es un despiadado asesino-*

*-Pues, Ricardo, suena todo muy rocambolesco- dijo Prendes.*

*-Yo añadiría que demasiado rebuscado- añadió Gabardino.*

*-¿Rebuscado?-*

*-Quiero decir, Ricardo, que tanto lo parece que quizás sea la misma verdad-*

*-Pues no entiendo. Primero decís una cosa y luego otra y...-*

*-Verás, Ricardo, lo que quiere decir Manolo es que en estos casos la realidad supera a la ficción. Es una regla no escrita pero que siempre se cumple- intervino Prendes para clarificar el tono críptico de Gabardino.*

*-Bueno, me rindo, tíos. Veo que son cosas vuestras, de ese oficio que os encanta*

*como ya compruebo y la experiencia os hace descifrar detalles que para mí son transparentes-*

*-Tranquilo, hombre, sólo son conjeturas. En realidad, Manolo y yo es lo que hacemos durante todo el día y, si me apuras, toda la noche. Pero, te estamos entreteniendo demasiado y...-*

*-¡Conjeturas!- interrumpió Ricardo a su amigo Prendes, tocándose el mentón con la mirada perdida durante un tiempo indeterminado, en el cual ambos investigadores se miraron sin entender en qué reinaba –Eso es precisamente lo que me hace falta en este caso, muchachos ¡Conjeturas! ¡Diría que muchas conjeturas! Y creo voy a necesitar alguien que las formule...*

*-Ya, Ricardo, te entiendo. Verás, estamos aquí sólo de paso y...-*

*-¡Paco, joder! No me digas que no os gustaría echar un vistazo a este caso, cuando menos intrigante-*

*-Sin duda es muy...pero, oye, Ricardo, es jurisdicción de la Guardia Civil y...-*

*-¿Jurisdicción? ¿Qué Jurisdicción?-*

## CAPÍTULO V

La vida jamás le había sonreído a Concha Chaparro. Ni siquiera cuando aún la inocencia gobernaba su corta y austera existencia, ni siquiera cuando sus pequeños pies corrían por las calles polvorientas del arrabal del pueblo, donde sus ojos habían contemplado por primera vez la luz en una gélida mañana de enero, con la nieve cubriéndolo con un manto albino y el frío colándose por las rendijas de aquella misma destartada, desvencijada y minúscula casa donde la humildad pisaba sin recato la línea de la misma miseria.

No había tenido tregua esa vorágine de mal fario, ese remolino de infortunio injusto encadenado a sus días y noches, del alba al crepúsculo, de la luz a la oscuridad, asido como zarza a su alma cándida, aferrado tozudo clavando las zarpas de arpía en su espalda ajena a la amenaza constante arrastrando su devenir a un pozo nauseabundo de pesadumbre y desconsuelo sin conciencia de esa despiadada forma de tormento del destino que le había señalado, tal vez, al azar para jugar de manera caprichosa con ella impeliéndole hacia un constante e inhumano calvario; obligándole a cruzar esa suerte de Vía Dolorosa la cual constituía su propia vida, asaetada a cada paso que sus cansados pies daban por los dardos de la más cruel de las fatalidades que se precipitaban sin desmayo.

Fue justo el inicio de ese tránsito aflictivo al llegar el momento de tener uso de razón, lo cual para Concha supuso su primera daga hendida con crueldad en su aún infantil pecho. El doble filo de aquélla penetró sin resistencia en su pecho, dividiendo su joven y fuerte corazón en dos partes, casi deteniéndolo por la pena de observar cómo su padre cerraba para siempre sus ojos junto a ella, cómo su silencio tras la agonía, el rictus de sus labios luchando por un imposible, su mirada vítrea, paralizada su respiración, le anunciaba su muerte.

Lorenzo era su nombre y Concha le había visto un día de primavera llegar a la casa, terminado el tajo de sol a sol y quejarse de una pequeña pero punzante herida en el brazo producida por la espina de una Jara. Apenas un remedio casero y al día siguiente, y al otro, y al de más allá, y todos los que les sucedieron de manera inexorable, vuelta al trabajo a por ese jornal que procurase el sustento diario. Aunque uno de aquéllos, un día de tormenta y aguaceros, llegó antes de lo que acostumbraba y vio cómo la diminuta incisión en su brazo se había hecho enorme. Como un veneno cárdeno para su piel se le enroscaba por todo el brazo y su rostro aparecía macilento, las ojeras le avejentaban y la fiebre perlaba no sólo la frente sino cada trozo de piel de su cuerpo, en otro tiempo vigoroso y en ese momento -de malos presagios- flácido y descoordinado hasta el punto de dar tumbos de acá para allá hasta caer desmayado.

Concha, con sus ojos infantiles, atareada todavía en juegos y fantasías, no podía imaginar que aquella tétrica estampa de su padre tendido sobre el frío y áspero suelo de la casa, cual gigante vencido tal como ella misma le veía, constituía el principio del fin de aquél. Auxiliado por su madre, también por vecinos y amigos, fue atendido de inmediato aunque el diagnóstico estaba escrito en su mismo rostro al que la vida parecía aferrarse con un pequeño hilo. Ningún

remedio hizo efecto y una galopante septicemia inundó como ponzoña su sangre llevándola hasta sus órganos que, uno tras otro en una noche larga llena de suspiros, llantos y plegarias, claudicaron de manera irremisible ante el poder de ese veneno que corría veloz por sus venas.

Para Concha fue el fin rotundo, seco e impío de la infancia. Ya apenas hubo juegos, apenas risas y sí lloros injustificados, repentinos, llenos de una amargura que explotaba de manera cíclica por esa injusticia que, como guadaña, había cortado de raíz su inocencia empujándole a la antesala de ese mundo que le esperaba a la vuelta de la esquina de la edad y, de manera anticipada, quedaba al descubierto con toda su iniquidad.

Junto a ese dolor mayúsculo, a esa pena profunda, zaherida el alma, Concha comprendió muy pronto cómo le acompañaba la miseria más infame. Aquellas manos, todavía pequeñas, fueron poca cosa frente a la necesidad y trabajó duro por la subsistencia tanto de ella como su madre, a quien la angustia y el dolor de la ausencia del ser amado habían condenado a un camastro donde sus días se hicieron eternos, sin poder reaccionar ante el fuerte envite del destino. Así, Concha lo fue todo para las dos, sustento y ánimo para cruzar la madrugada y esperar el venturoso amanecer, esperanzada en un mañana libre de aquella carga, cuidando de ella y dándole esa compañía necesaria para superar la profunda melancolía que padecía.

Andando el tiempo, cuando ya su cuerpo mutaba en una eclosión de belleza, pleno de curvas y tersura en la piel, cuando su rostro mostraba la armonía de las facciones y sus ojos de color melífero brillaban con luz propia, Concha se hizo ilusiones de que aquel golpe funesto sería unívoco y la vida se convertiría en un jardín de rosas, esperándole bienaventuranzas y bendiciones de aquel humilde

nazareno clavado en un madero al que rezaba con fe inquebrantable, sabiendo que su sacrificio empequeñecía la pena propia por la ausencia paterna.

No fue, sin embargo, lo que le aguardaba tan indulgente como sus propias cábalas auguraban, presentidas a lomos del primer y único amor conocido, cuando la felicidad inundó su vida logrando que la sonrisa regresase a su rostro, cuando la ventura pareció tomar al asalto su cotidianidad, cuando los amaneceres le fueron propicios uno tras otro, cuando la vida por fin se rendía a sus pies y retozona le besaba en la boca.

Concha disfrutó aquellos días, tras jurar de blanco amor eterno en el altar a su compañero, bendecidos ya como marido y mujer, de un cúmulo de sensaciones placenteras, de alegrías encadenadas, de emociones prendidas a su pecho que erizaban su piel, gozando del cariño de un alma gemela dotada de idéntico candor, haciendo que cada día la esperanza brotara vigorosa en su ánimo.

Fueron días de vino y rosas; fueron madrugadas de blanco satén; fueron alboradas de caricias, de tibios abrazos, de cuerpos fundidos en el crisol del amor, de susurros en la quietud de la penumbra, de besos, de risas juguetonas, de ternura, de placer compartido, de pasión desenfrenada, de complicidad, de un amor aquilatado en el tiempo, de momentos en los que ese mundo terrenal áspero, arisco, injusto, opresivo, salvaje, les parecía por un instante difuminarse, diluirse, evaporarse como leve bruma mientras el éxtasis les inundaba.

Pero todo resultó flor de un día para Concha ya que, apenas habían transcurrido seis meses, cuando una atardecida de primavera, brotando encabritada la vida alrededor abriéndose paso desbocada en los prados, en los bosques, en los ríos,

en las charcas, cuando los días se alargaban y la noche llegaba cada vez más perezosa, la tragedia regresó a su vida de manera tan inesperada como fulminante.

Las lágrimas, la tristeza, la amargura, el quebranto, la aflicción volvieron a enroscarse en torno a ella al escuchar la noticia que le hizo añicos ese corazón entregado a su amado, a quien de manera tan vil como sin sentido un tractor había aplastado su musculoso cuerpo juvenil cercenando su vida, apartándole de su felicidad, de su futuro, y el de la vida que en su vientre latía de manera plácida, ajena a la desdicha de quien daba la suya por ella.

Concha sintió cómo ese mismo cielo propicio, ese azul Inmaculada de aquel día de benévolos presagios en la amanecida rumorosa, tornaba a otro donde los grises tomaban toda la bóveda y ennegrecían su existencia una vez más. Supo desde aquel instante, en el que la fría losa cerró el exiguo paso por la vida de su amado, cómo todo había sido una tregua en sus desgracias, a las que tenía que sumar a su madre, presa del delirio tras años de sufrimiento y penuria, su vientre creciendo sin pausa, y la pobreza cercándole una vez privada ya de ese jornal que les mantenía.

Ante aquel muro de adversidad, ante aquella pared de calamidad que debía afrontar sola, desamparada no sólo por una familia que miraba hacia otra parte sino por una sociedad egoísta y bárbara con los más débiles a los que condena al ostracismo, esa misma que alaba, encumbra y jalea a los ganadores, que por el contrario se jacta de machacar cuando no proscribir a los perdedores cuya culpa es su propia miseria, Concha tenía tan sólo dos manos y un cuerpo joven para sacar adelante tanto a su madre como a la vida en ciernes agazapada pateando con brío en su vientre.

Sin desmayo, sin desaliento, sin una queja ante el cansancio, sin un mal gesto, sin una lágrima en sus ojos lánguidos de la pesadumbre por la soledad, sin ni siquiera echar cuenta al dolor de su espalda o el más hiriente en sus pies, sin desistir de su empeño, sin dar nada por perdido, sin oír las palabras rastreras, sin dormir si falta hiciese, sin desfallecer ni un solo momento, sin una protesta ante el abuso del escaso jornal por el esfuerzo de su trabajo, Concha limpió, lavó, cosió, planchó hasta que aquel pequeño ser decidió abandonar su cómodo claustro y vislumbrar inocente ese pérfido mundo que le aguardaba sin prever sus arteras mañas.

Aquella personita, de nombre Lucía, creció pronto y siempre a su lado, incluso sin dejar Concha de buscar el sustento con el que poder subsistir un día; sólo un día más y así todos los de su existencia enredada en una maraña de precariedad pero que, pasando inexorable el calendario y gracias a su tesón de trabajadora tenaz, tuvo primero una infancia como ella misma no había disfrutado y al llegar a la adolescencia unos estudios que eran su obsesión para ella. No cejó en el empeño de continuar el esfuerzo, el cual su cuerpo evidenciaba cuando ya encanecida se miraba en el espejo y su piel, antes tersa, aparecía cruzada por decenas de profundos surcos que atestiguaban su ahínco diario, llevándolo al extremo de sus posibilidades, aunque se mostraba orgullosa de haber sacado adelante a Lucía y procurar con su sacrificio un futuro prometedor para ella.

No obstante, el infortunio que llevaba marcado a fuego como marchamo imborrable volvió a cernirse sobre la senda vital de Concha cuando las fuerzas, nunca extrañadas y siempre aliadas en su senda de arduo trabajo, sintió alarmada cómo se desentendían de sus músculos y éstos, tal si aprisionados, se negaban a responder a las taxativas órdenes de su cerebro, empeñado en un imposible con

ellos.

Primero fue una señal aquella desazón; días después una crisis ya crecida con su propio miedo; un mes más tarde la debacle de su cuerpo, inútil para seguir el ritmo que ella misma le exigía con dureza extrema desde que abría los ojos, ponía los pies en el suelo, enjaretaba su propio hogar y salía en pos del jornal que sumaba de casa en casa.

Concha supo ese día que el fin había llegado, aunque no se dio por vencida así como así y acudió a uno, dos, tres, incluso cuatro médicos, quienes repetían contumaces lo que sus oídos no querían escuchar. Cayó, entristecida, en la cuenta de que no podía comprar un diagnóstico que supusiese la esperanza. Su dinero, ganado con sangre, sudor y alguna que otra lágrima disimulada, era inútil frente a la realidad que los facultativos le advertían. Sus músculos se iban atrofiando lenta pero de manera inexorable y sus días caminando serían pronto un recuerdo para, más tarde, continuar la desconexión de su cuerpo por los brazos, las manos, y así hasta que los que controlaban los órganos depusiesen sus armas y cayeran presa del mal que le aquejaba, paralizándolos y dejándolos al albur de un final tan premioso como desolador.

Sin remedio, con apenas dos fármacos que aliviaban unas horas tan sólo, inútil su coraje innato para saltar los obstáculos de la vida, para atravesar esos campos preñados de minas por los que acostumbraba desde casi la infancia a transitar callada y concentrada en superarlos, apenas pudo volver al trabajo durante dos días en los cuales se convenció cómo era estéril su encono en obviar la enfermedad, aceptando la evidencia de que jamás podría reanudar su forma de vida; lo que le hizo sumergirse en un mar de aguas procelosas sintiéndose zarandeada por olas gigantescas, llevándole de nuevo hacia la sima de la

desventura donde sabía sería vapuleada por una ingente cohorte de sucesos de los que ya estaba acostumbrada.

Para Concha el dolor, la incapacidad para mantener a su madre, arrinconada por voluntad propia, sumida en la inconsciencia, apenas un guiñapo que necesitaba idénticos cuidados de un bebé, casi vegetando y sin sentido de lo que hacía, su misma fatiga sólo para andar unos metros para auxiliarle en lo que podía era una mínima parte del sufrimiento que le infringía la idea de que Lucía tomase su relevo en la búsqueda de un jornal que les mantuviese, que tuviera que abandonar los estudios en los que marchaba de manera brillante, siendo alabada por sus preceptores quienes le animaban a continuar hasta el nivel superior; cosa por otra parte fuera de su alcance pero que le gustaba escuchar al menos de aquéllos; incluso sabiendo con certeza cómo era un intangible inalcanzable para su depauperada economía, que rozaba la de guerra en puridad.

Concha había tenido días tristes, otros tristísimos, pero pocos como aquel en el cual no tuvo más opción que hablar cara a cara con Lucía, ya una jovencita con la impronta de su padre, mirada dulce pero de ojos vivarachos en un contrasentido que le hacía especial a quien le observase, encandilando a más de uno que andaba detrás de ella con sus recién cumplidos dieciséis años y su cuerpo, eclosionando en una silueta sinuosa, de piel acanelada y pelo cobrizo hasta la cintura.

No encontró Concha palabras, ni tampoco hicieron falta toda vez que Lucía tenía bien puestos los pies en el suelo y observaba cómo su madre apenas podía mantenerse firme y sus manos, la más de las veces contraídas por el intenso dolor, ni siquiera podía levantarse de la cama la mayor parte de los días en los que ni los calmantes podían aliviarle.

Concha quedó tranquila y bastaron unas miradas porque sabía cómo Lucía había heredado la templanza de su padre, también la tenacidad de su madre, el buen criterio y la medida en las cosas de su padre, también la bravura de su madre, la finura en el trato de su padre, también el nervio y la capacidad de trabajo de su madre, la simpatía de su padre, también el ardor de su madre, la infinita bondad de su padre, también el arrojo de su madre y por todo ello sabía que el Cielo, tan esquivo con ella, había decidido bendecirle con aquella jovencita que, de manera noble, aceptaba la carga recibida sin tan sólo una mueca de contrariedad.

Concha, a partir de ese día observó con lágrimas en los ojos, en tanto permanecía encallada en aquel casuco desvencijado que constituía desde siempre su hogar y doliéndole en lo más profundo de su ser sin poder remediarlo, cómo Lucía seguía su estela sin rechistar, sin que una palabra de reproche saliese de sus labios juveniles y, por el contrario, exhibiendo una sonrisa tan bonita como sincera sabiendo que hacía un bien infinito tanto para su madre como para su pobre abuela; ausente ésta de cuantas desgracias se sucedían.

La chiquilla, sin un lamento tácito o expreso, se adaptó a su nueva etapa, la cual tomó de buen grado incluso asumiendo la pérdida de la escuela y lo que ello suponía para su futuro. No obstante, demostraba con sus actos que su madre y su abuela estaban por encima de cualquier otra circunstancia y era primordial que cargara sobre sus espaldas el sustento de las tres, en espera de que una vuelta de tuerca del destino con un signo menos desfavorable abriese otra puerta por donde retomar esa vida que, tanto ella como su madre, habían imaginado sería el ideal soñado y, al menos, con un título bajo el brazo que propiciase un ascenso en esa escala social en la que, en ese instante, permanecían en su base con unos ingresos los cuales procuraban poco más que comida con la que llenar el

estómago.

Pero todo aquello fue como una ensoñación, una vaga ilusión, y en ese momento en el que la realidad llamaba a su puerta, Concha se negaba a admitirla. Antes le había permitido hacerse con su consciencia, pero esta vez se oponía con decisión, rebelada sacando fuerzas de flaqueza, hasta sintiendo aquéllas ausentes regresar por una milésima de segundo a sus músculos atrofiados.

Aferrada a un rosario de color negro entrelazado en sus dedos, cuyo tintineo cortaba como un cuchillo el silencio de la fría estancia, Concha, acompañada de los guardias, se resistía a dar por válida la última y más cruel jugada del destino, gritando con las pocas fuerzas que pudo reunir cómo aquella jovencita, aquella pobre niña -a la que alguien desconocido había arrebatado de manera cobarde su vida y que estaba sobre el gélido mármol tan blanco como su rostro- no era Lucía.

Mil veces quiso negarlo; mil veces quiso salir huyendo de ese tétrico lugar; mil veces quiso que la tierra se abriese bajo sus pies y le tragase; mil veces deseó ofrecerse en sacrificio porque todo aquello no fuese real, porque sabía que su pobre niña yacía sin vida, observándole aún con los ojos abiertos, como esperando una respuesta suya a un sufrimiento que no merecía.

Concha se llevó el rosario a sus labios, gruñó como animal enjaulado y lo mordió hasta que sus encías sangraron y las cuentas saltaron por toda la estancia rebotando aquí, allá y acullá, componiendo una disonante melodía de profunda tristeza. Antes de que la última culminara su camino al lado de una de las paredes alicatadas, Concha en silencio tomó la Cruz plateada, liberada de su

atadura, y la colocó después de besarla sobre los labios macilentos de Lucía.

Las palabras no fluyeron por sus labios, las lágrimas quedaron bañando los ojos, tímidas sosteniéndose de lado a lado de éstos sin querer despeñarse por las mejillas desprovistas de color de Concha, manteniendo en su interior un diálogo que ninguno de los presentes en aquel lugar podía adivinar. Ella se preguntaba y se respondía a la vez para sí, desquiciada por la profunda herida, la mayor que jamás imaginase y convirtiendo las anteriores en simples arañazos en su alma en comparación con el padecimiento que le producía contemplar el cuerpo de su amada pequeña, mientras las imágenes se agolpaban en esa mente horadada por el quebranto al entender cómo no habría un nuevo amanecer para ella, recordando cada momento, cada palabra, cada gesto, cada mueca, cada susurro, cada beso, cada silencio, cada llanto, cada grito, cada risa, cada uno de esos días felices de tenerle a su lado, de disfrutar de su presencia, viéndole crecer jornada a jornada, despertar a la vida, esa misma que le habían arrebatado robándole el futuro, el porvenir, desterrándole de las vivencias que señalarían su existencia, secuestrando su misma pasión por cruzar el páramo de la vida hasta alcanzar ese paraíso del que seguro ya disfrutaba, atraída por la Luz de la eternidad llamándole a su seno en una tan bella como silenciosa rapsodia surgida de la nada y sentida, no escuchada, percibida, no aprehendida, recogiendo su alma blanca y llevándola en volandas hasta ese Cielo merecido.

*-Concha, haga el favor-* escuchó ésta saliendo de aquella vorágine de sensaciones encontradas, por una parte supurando la herida por su pérdida, por otra la alegría de saber cómo Lucía recogía el fruto de su bondad imaginándole contemplando el rostro de Jesús, sintiendo la fuerza de su infinito amor.

*-Tenemos que salir. Lo siento de verdad, pero los doctores deben hacer su*

*trabajo. He de confesarle que si ha sido duro para usted, señora, no menos ha sido para todos nosotros y, en especial, para mí mismo. Le ruego acepte tanto mi más sincero pésame como nuestras disculpas por hacerle pasar este mal trago, pero entenderá tenía que llevarse a cabo la identificación y, al no encontrar otro familiar, hemos tenido que recurrir a usted misma-* insistió, sin poder evitar que la voz le temblara un tanto, Ricardo Henestrosa cariacontecido, siendo observado con gestos de comprensión por todos los que formaban aquel comité luctuoso y, en especial, por Prendes y Gabardino, quienes ocupaban un lugar discreto en el grupo dejando el protagonismo a las autoridades locales, observando ambos cómo Concha con la cabeza gacha, abandonaba aquel lugar siniestro donde los hubiese, de una frialdad que cortaba el cuerpo.

*-Concha-* tomó la palabra el comandante de puesto de la Guardia Civil *–Siento de corazón tu pérdida y confía en nosotros para que encontremos al culpable de esta salvajada con tu hija. Ahora regresa a casa y no tengo más remedio que decirte cómo dentro de un rato deberemos hacerte varias preguntas. Sé que no es el momento, pero entiende que necesitamos información para poder echarle el guante a ese desalmado-*

De igual manera que con las del juez, Concha recibió sin inmutarse las palabras del guardia al mando y su mirada así lo atestiguaba tanto como su expresión anodina.

*-¡Méndez! ¡Luzón!-* llamó el comandante de puesto a los guardias *–Llevad a la señora a su domicilio. Luego volvéis que me parece vamos a tener faena para rato-*

-¡Señora Chaparro!- se acercó el juez de nuevo a Concha antes de que saliera de la estancia, quien le observó con la mirada perdida –*No dude que el culpable estará pronto a buen recaudo pagando por lo que le ha hecho a su hija*- le habló así sin que aquélla mostrase empeño alguno por contestarle y ni siquiera su rostro se contrajese en un gesto, permaneciendo ausente de cuanto le decía.

-¡Fermín!- llamó Ricardo Henestrosa al comandante de puesto, quien se había unido a Prendes y Gabardino.

-*A sus órdenes, señor Juez*- respondió el agente, quien a su lado y dada la considerable altura del magistrado parecía empequeñecer; contrastando de igual modo su silueta donde los kilos de más, que evidenciaba su bien alimentada tripa, se oponía a la delgadez de aquél.

-*Fermín, déjate de lisonjas que estamos entre compañeros*- le soltó Ricardo con una sonrisa cómplice en presencia de Prendes y Gabardino, a quienes se unió.

-*De acuerdo, caballeros*- siguió hablando el juez –*Vamos a reunirnos si no os parece mal en el despacho del forense y así esperamos noticias de éste, lo cual espero sea pronto porque se nos echa encima la hora*-

-*Estupendo, Ricardo*- contestó el guardia civil –*Pero échale guindas al pavo. Ya sabes cómo es el médico, una cosa detrás de otra y nada de prisas*-

-*Bien, dejémosle hacer su trabajo, crucemos los dedos porque no se alargue demasiado y nos alumbre sobre el crimen de esa chiquilla*- respondió el juez

indicando tanto al agente como a Prendes y Garbardino, quienes continuaban sin decir ni pío, la estancia donde iban a tener el conciliábulo.

*-Antes de nada, Fermín-* se dirigió el juez de nuevo al agente, tras tomar asiento los cuatro en torno a la mesa del despacho del forense *–Y tal como te indiqué antes mientras levantábamos el cadáver en Tentudía, los inspectores Prendes y Gabardino colaboran en esta investigación a petición mía y su criterio te ruego tengas en cuenta. El hecho de que se encuentren hoy aquí es fruto de la casualidad y su presencia se limita a una invitación por mi parte mientras reanudan su camino hacia Los Santos de Maimona, donde el inspector Gabardino tiene a su familia-*

*-Entiendo, Ricardo-* contestó el agente sin que mostrara doblez ni en el tono ni en el gesto.

*-Quiero decir que la dirección de las pesquisas es, por supuesto, de tu incumbencia. Ellos tan sólo te asesorarán en aquello que estimen conveniente y espero sepas aprovechar su olfato, sus conocimientos y su experiencia a pesar de que puedan pasar por chavales recién salidos de la academia de policía-*

*-Nada que objetar. Además me parece de gran ayuda que ellos nos echen una mano, Ricardo. Si te digo la verdad, ahora mismo estoy perdido y no sé si por la impresión que me dio ver a esa chiquilla allí tirada o...-*

*-¡Calla! ¡Calla! Fermín, que llevo un día de órdago desde que desperté esta mañana. Con éste van tres cadáveres y cuál más horrendo. Aunque, si te digo la*

*verdad, allí arriba en Tentudía te juro que no he soltado lo que tomamos en el “Puerta del Sol” de milagro ¡Qué espanto! No me esperaba algo así, tan... tan...-*

*-Macabro- interrumpió Manolo Gabardino completando la frase del juez.*

*-Justo así, eso es. Os confieso es la primera vez que me toca un asunto tan macabro, como bien apuntas, Manolo. Ya casi tenía hecho el cuerpo a los accidentes, fuesen de tráfico o de trabajo, a las trifulcas domésticas que acaban con un disparo descerrajado a quemarropa, los ajustes de cuentas entre gitanos con navajas traperas por medio, pero una chiquita recién cumplidos los dieciséis con la garganta abierta de lado a lado...-*

*-Y un buen golpe en la cabeza, Ricardo-*

*-Sí, claro, Paco- respondió el juez al comentario de Prendes –Lo que ocurre es que ese tajo impresiona, joder-*

*-Lo que no entiendo es el motivo de las dos agresiones- intervino pensativo el comandante de puesto.*

*-No acababa de morir esa pobre niña-*

*-¿Qué? ¿Cómo?- unió las preguntas Fermín a un gesto de extrañeza, echándose para adelante en la mesa casi encarándose de manera sutil a Prendes.*

*-Pues, Fermín, es bastante evidente lo que ocurrió-*

*-Lo será para ti-* respondió algo mosqueado el guardia civil.

*-Paco, hombre, explícate que yo tampoco veo tan claro eso que dices-* se unió el juez al guardia civil, ambos tan intrigados como contrariados ante la suficiencia críptica de Prendes.

*-No es tan fácil acabar con la vida de una persona-* se coló Gabardino por medio de la conversación a tres bandas- *y más si ésta tiene dieciséis añitos recién estrenados, un corazón pleno de vigor, sus órganos casi impolutos y muchas ganas de vivir. Lo que Paco quiere apuntar es que su asesino tuvo que modificar sus planes-*

*-¿Ahora planes? ¿Qué planes?-*

*-Todo asesino tiene un plan preestablecido, aunque lo adapta según las circunstancias-* contestó de nuevo Gabardino *-Y en esta oportunidad precisamente éstas le obligaron a modificar el suyo-*

*-No entiendo nada, chico-* el juez habló con idéntica extrañeza que el guardia civil *-Lo que hemos visto, y sin que el médico nos corrija, está más claro que el agua. O sea, un corte y un golpe en la cabeza ¿Qué más plan para matarle?-*

*-Digamos que dos y sucesivos- por fin Prendes se decidió a tomar la palabra, dejando a conciencia que se enzarzaran un poco con Gabardino –Veréis, según estimo y también Manolo se unirá, el asesino de esa chiquilla previó realizar el crimen de manera muy violenta propinándole un fuerte golpe en la cabeza que, como ya habéis visto, le hundió el cráneo y hasta se podía ver con claridad la materia gris...-*

*-De acuerdo, Paco, pero no hay planes. El sujeto lo que hizo fue ensañarse con el cadáver y...-*

*-Me temo que no, Ricardo. Nada de ensañamiento y sí de tribulación. Nuestro asesino literalmente se acojonó al ver cómo ese golpe dado con todas sus fuerzas, y se ve que con muchas, hizo un gran daño en su cráneo hasta abrirlo con un serio boquete, pero eso no tuvo el efecto que él deseaba de una muerte súbita; inmediata quiero decir. Y ni mucho menos, sino que a la jovencita incluso le daría tiempo para volverse y hasta preguntarle el motivo de su asesinato. Alarmado por el hecho de que siguiera con vida, le asestaría un segundo golpe que sólo hizo agrandar la herida en la cabeza pero, con toda seguridad, al menos sus miembros continuaron con movimiento. Presa de la desesperación optó por una vía alternativa que, si me apuras, no deseaba bajo ningún concepto llevar a cabo-*

*-O sea, el degüello-*

*-Justo así, Fermín- habló Gabardino al guardia civil, tomando el relevo de su compañero –Está claro que no entraba en sus planes dejar demasiadas huellas e indicios. Y ya sabes cómo la sangre es la más delatora. Pero la necesidad le*

*llevó a empuñar el arma, fuese cuchillo, navaja, hoz o cualquiera con un filo cortante, para a continuación, y colocado detrás de ella, levantar el cuello de la chica y realizar un corte de oreja a oreja que tanto nos ha impresionado a todos-*

*-Conforme, tal como lo referís me parece lógico. No obstante, y me vais a permitir que haga de investigador en lugar de juez, me decanto por la opción que Fermín seguro también ha sopesado-*

*-Sin duda, Ricardo. Para mí, y perdonen ustedes dos caballeros- saltó el guardia civil nada más darle pie el juez- el asesino lo que hizo fue descargar su ira contra la muchacha, por eso primero el golpe, o los golpes como apuntáis vosotros, y luego para finalizar cortándole así el cuello como a un bicho cualquiera. Como si quisiese despreciarle-*

*-¿Humillarle?- preguntó Gabardino.*

*-Eso es. Me lo has quitado de los labios- contestó Fermín con una sonrisa y la satisfacción de haberle enmendado la plana a los dos jóvenes investigadores de la capital-*

*-No es mala hipótesis ¿Verdad, Paco?-*

*-Ya lo creo que no. Tan factible como la nuestra y, quizás, no incompatibles entre sí-*

*-Ahora sí que ya la has liado gorda, Paco-* deslizó el juez.

*-Hombre, Ricardo, sólo quiero decir que pudo haber en el asesino un deseo de ensañamiento, una descarga de animosidad, tal vez una venganza personal por algo que desconocemos entre los dos, pero también un giro a la hora de cometer el crimen-*

*-Bien, doy crédito a eso. Al fin y al cabo es un punto en común y menos complicado que las opciones y demás laberintos que decís-*

*-Firmemos la paz-* respondió Manolo Gabardino muy serio al soltar las palabras y luego esbozando una media sonrisa, la cual rompió por la mitad el ambiente casi monástico del encuentro entre los cuatro; momento en el cual ninguno se sustrajo de soltar una buena carcajada ante la maniobra de relajación de las formas iniciada por el jovencísimo inspector.

*-Bueno, caballeros, retrocedamos un poco y hablemos de la escena del crimen para poner sobre la mesa lo que cada uno de nosotros advirtió-*

*-Ricardo, en eso coincidiremos todos, lo primero es que el asesinato se produjo en otra localización. Eso está clarísimo. En segundo término, lo que llama la atención es el lugar-* abrió el turno de comentarios el agente *-Un sitio inhóspito, apartado, y de un solo acceso al menos con vehículo-*

*-¿No existen más carreteras para llegar?-*

*-Ninguna, Paco- contestó Ricardo Henestrosa –Salvo que Fermín, que es de aquí, sepa alguna otra-*

*-Pues, Ricardo, sólo hay vías pecuarias, senderos, aunque desde Cabeza La Vaca existe un ramal hasta Tentudía, si bien es apenas una sinuosa vía de montaña. De todas formas podemos descartarla puesto que está ahora mismo en obras y, por lo tanto, prohibida la circulación. Así que la única ruta en coche es a través de Calera de León-*

*-Animales-*

*-¿Cómo?- preguntó Fermín a Prendes.*

*-Pues que si existen vías alternativas, aunque sean pedestres, pudo el asesino transportar a la víctima a lomos de algún caballo, burro o mulo-*

*-En eso estamos de acuerdo- respondió el guardia civil –Sí que es verdad cómo así no sólo es más fácil sino también pasaría más desapercibido, bien ocultado claro está-*

*-Y más si nuestro asesino acostumbra a moverse de esa forma o bien dispone de tierras desde donde pueda acudir montado en bestias- deslizó Gabardino a colación, uniéndose a la hipótesis.*

*-En coche ¿Qué tal lo veis?- preguntó Ricardo a los dos.*

*-Mal, por mi parte- Prendes respondió el primero -No había huellas de neumáticos. Aunque bien es verdad cómo no es difícil, para alguien en forma, primero trasladar una veintena de metros el cadáver de una chiquilla, y segundo borrar las evidencias. De todas formas, me decanto por otras vías para dejar allí el cuerpo-*

*-Lo mismo digo- siguió Gabardino –Siendo la carretera el único punto de acceso, no le creo tan estúpido como para exponerse así a que le viesen-*

*-Bueno, depende la hora- añadió Fermín –Hay momentos en los que la carretera está solitaria y en Calera de León, que es el pueblo desde donde parte hacia el Cerro de Tentudía, tampoco existen demasiados testigos. Por lo tanto, no es de extrañar que al amparo de esa impunidad el asesino utilizase un vehículo-*

*-No descartemos entonces esa forma de deshacerse del cadáver- contestó Prendes.*

*-De acuerdo- Ricardo asintió –Pero no me negaréis que el fulano es torpe con ganas. Si no, cómo se explica que dejase el cadáver tan a la vista y casi al lado de la explanada del monasterio donde muchos visitantes aparcan sus vehículos-*

*-Prisa- soltó de esa forma tan suya Gabardino, sin dejar de pensar con la mirada perdida.*

*-Cojonudo, Manolo- Prendes, sin aguardar un momento, alabó el comentario entendiendo el sentido del dardo lanzado por su compañero –Fuese con un animal, fuese con un coche, el asesino tenía prisa por algún motivo y no fue precavido a la hora de esconder el cadáver-*

*-De nuevo digo que tenía opciones- dijo Gabardino.*

*-Ya estamos otra vez con las opciones-*

*-Entiéndelo, Ricardo- Gabardino se defendió –En el transcurso del traslado del cadáver algo se le torció a nuestro asesino. De ahí que el sitio previsto, que conocería bien, tuvo que modificarlo sobre la marcha y dejarlo de manera apresurada. Por ello esa forma tan inocente diría, tan de niño de parvulario, de colocarlo tan a la vista que la primera persona que pasó por allí lo descubrió-*

*-Por cierto, Fermín, imagino que habrás dado orden de poner en libertad a ese pobre hombre de Cabeza La Vaca-*

*-No te preocupes, Ricardo- respondió el agente, no con demasiada buena cara al magistrado- Ya hablé, siguiendo tus instrucciones, con el comandante de puesto y le soltó-*

*-Fermín, ya sé que no coincides conmigo, ni con Prendes ni con Gabardino- le habló serio el juez –Pero debes entender que ese hombre no pudo llevar a cabo*

*el asesinato. Sólo era quien avisó de que estaba allí. Lo encontró de pura casualidad y, la verdad, no comprendo ese afán por echarle la culpa cuando no hay un solo indicio de ello-*

*-Disculpa, Ricardo, pero no me gusta dejar en libertad alguien que llega a un cuartelillo lleno de sangre-*

*-Fermín, sólo es una transferencia-* se sumó Prendes a las palabras de su amigo Ricardo.

*-¿Transferencia? Iba hasta las trancas de sangre ese fulano-*

*-Y es lógico. Creyó que podía auxiliar a la muchacha y, en ese vano intento, se produjo el traspaso de sangre a sus ropas-* aclaró Prendes.

*-Pero, vamos a ver ¿Cómo se explican puños, pecho y hasta los pantalones con manchas?-*

*-Piensa en que, tal como declaró, se arrodilló y luego le zarandeo creyendo que estaba inconsciente-* apostilló Gabardino de manera gráfica gesticulando con sus brazos.

*-Fermín, no hay un motivo de peso para tener encerrado a ese pobre hombre. Además, me han llegado noticias de que se fue calentito del cuartel-*

*-Está bien, sí, Ricardo. Se les fue la mano y se llevó algún tortazo de más para apretarle las tuercas. Pero no es para tanto y...-*

*-No me gusta el trato así a los detenidos, Fermín. Espero que en tu cuartel no ocurra algo parecido...-*

*-¡Juez, coño! Que nos conocemos hace ya tiempo y...-*

*-Sí, claro, Fermín. Ya sé que tú no tienes la mano tan suelta como esos de Cabeza La Vaca, pero por si acaso te lo digo-*

*-No se hable más. Y, en fin, siempre podemos volver al arresto de ese tipo si vemos algo consistente contra él-* claudicó por fin Fermín, sólo en apariencia por no enfrentarse a Henestrosa, aunque a regañadientes y mosqueado con la insistencia del juez por evitar una violencia con los detenidos que él mismo, y así lo había puesto de manifiesto, consideraba improcedente.

*-Pero, hombre, Fermín, respóndeme ¿Cómo va a ser el culpable ese individuo?-* el juez le apretó viendo cómo dejaba alguna sombra sobre el detenido de manera injusta, habiendo sido maltratado a conciencia por sus colegas del otro pueblo donde dejaron en su rostro más de una cicatriz *-La declaración la has visto como nosotros y ni tiene vehículo propio y mucho menos animales, ya que los vendió para pagar un tratamiento costosísimo a su esposa quien, por lo visto, había estado a la muerte hace tan sólo unas jornadas y se salvó in extremis. No me extraña que el pobre hombre peregrinara andando hasta Tentudía. Sabes que eso no es nada excepcional y que mucha gente lo hace por una promesa al*

*recibir ese don pedido-*

*-Pues yo le hubiese dejado encerrado unos días más, por si acaso- dejó sin habla Fermín a los tres, boquiabiertos ante su contumacia en la posibilidad de que aquel hombre fuese culpable, y pareciendo de nuevo no rendirse ante las evidencias –Hasta ustedes lo han descrito de manera perfecta. Y les digo que, de una forma o de otra, tomando el coche de alguien, o hasta robándolo, pudo llegar hasta allí con la chiquilla y, al sacarle del vehículo en sus brazos, quedar la sangre como testigo de su acción-*

*-La verdad, Fermín, es que eso que dices pudo haber ocurrido-* inició su respuesta Gabardino a la teoría esbozada “grosso modo” por el agente, en primera instancia pareciéndole cogida con alfileres, si bien no del todo descabellada según él mismo calculó; dándole un escueto margen que merecía, en particular por conocer de manera concienzuda el ámbito donde se desenvolvía el sujeto.

*-¡Vaya, parecemos coincidir esta vez!-* el guardia pareció feliz ante la gesta de ganar un adepto a su causa.

*-Disculpa, Fermín-* Gabardino quiso poner los puntos sobre las íes, bajándole los humos al guardia aunque de buen grado –*Sólo bendecía tu punto de vista como mera posibilidad. Nada más. Con esto me ratifico en que ciertamente pudo ocurrir esa secuencia de hechos que comentabas, pero no a ese pobre hombre inocente sino, estimo seguro, al verdadero culpable quien actuó así con un vehículo a motor o un animal, quedando la sangre en sus ropas las cuales habrá hecho desaparecer sin duda-*

*-De cualquier manera, caballeros, debemos tener presente en ese tema cómo...-*  
interrumpió el juez su parrafada, con síntomas de estar bien argumentada, una vez la puerta del despacho se abrió y penetró en éste el médico forense, aún con la bata encima en silencio, dejando ver su rostro con gesto serio; lo cual fue el anticipo de las noticias que traía y cuyo semblante no varió una pizca mientras tomaba asiento en la mesa junto al guardia civil, esta vez más ansioso que nunca.

*-Felipe, es la primera vez que te veo salir de esa sala primero tan rápido y segundo con esa cara de palo-* Henestrosa fue sincero y sin rodeos escarbando en lo que se guardaba callado el médico quien, incluso con la picazón del comentario, se frotó las manos, luego se las pasó por las mejillas tan blancas como éstas y para terminar se las llevó a las sienes a las que masajeó durante unos segundos; manteniendo así en ascuas a los cuatro que le observaban con la boca esta vez sellada y, en especial, cuando vieron cómo por fin abría la suya mirando de manera sucesiva a todos.

*-Caballeros ¿Os importa que llame y pida café?-*

## CAPÍTULO VI

-Prendes y Gabardino se habían resistido como gatos panza arriba frente a la insistencia de sus anfitriones para que tomaran un café; aunque sí concedieron ambos que este fuese bien descafeinado dada la hora tan avanzada y teniendo en cuenta cómo lo que les hacía falta era rematar la jornada con una dosis de un poderoso psicoactivo, la cual les impidiese un descanso más que merecido tras la resolución de un caso peliagudo en Sevilla, la posterior noticia como jarro de agua fría de la enfermedad del padre de Gabardino, los nervios inherentes a la avería del 127 y, de rebote, la inmersión por el capricho del azar en otro caso que se las traía a cada paso que daban; si bien sólo en calidad de colaboradores para cumplimentar la debida cortesía al juez amigo de Prendes que, por la complicidad y cercanía mostrada entre ambos, a Gabardino le había parecido más un hermano de aquél.

En lo que los dos investigadores no consintieron, tras no pocos tiras y aflojas que les hicieron sonrojar, fue en el sitio donde tomarlo, pero por una cuestión más subjetiva que racional. Y esta tenía que ver con la sensación de aquel lugar en el que había tenido la reunión y justo al lado de la sala donde el forense había llevado a cabo su trabajo; habiéndose incorporado a la reunión todavía luciendo

la bata pinteada de sangre de la muchacha.

Al fin se rindieron y les concedieron abandonar el lugar, cruzar el pueblo y terminar en el bar “El Gallo”, el cual encontraron abierto y al que Gabardino identificó de inmediato nada más llegar como la parada de los autobuses de línea, que él llamaba “LEDA” y los parroquianos “La Sevillana”, en clara alusión al destino que tenía en la cercana capital andaluza rumbo al sur.

De tal modo que la reunión continuó, tras las objeciones de los dos inspectores en un lugar más acogedor aunque, incluso superando las diez de la noche, un poco más ruidoso puesto que muchos lugareños aún tomaban esa copa nocturna tras el duro trabajo, tal vez la más relajada del día y en compañía de correligionarios étlicos saboreando los excelentes caldos de Matanegra y la comarca de Los Barros, de los cuales Gabardino reiteraba a Prendes sus bondades en cualquier ocasión que surgía.

De tal suerte, los cinco se acomodaron justo al lado del ventanal que daba a la Avenida de Extremadura, en ese momento diáfana la entrada al detenerse el tráfico de viajeros y así pudiendo observar la calma que en el exterior se respiraba, sólo rota por el estruendo cíclico de algún camión renqueante cargado por encima de su tara máxima reduciendo marchas en la empinada vía buscando la salida hacia la Cruz del Puerto y, por ende, Santa Olalla del Cala, El Ronquillo y, finalmente, Sevilla como paso obligatorio para muchos transportistas que se dirigían bien a Cádiz por la autopista de peaje, o bien a los puertos onubenses tras superar la serpenteante carretera que cruza el Aljarafe hispalense.

-¡Cesáreo!- llamó Fermín al propietario del local, un hombre de notable estatura,

rubicundo, de piel muy blanca, peinado hacia atrás con gomina al estilo de los años cuarenta, vestido de manera impoluta con una camisa blanca, pantalón negro, andares ágiles que en un par de zancadas le permitieron llegar hasta la mesa junto a ellos y ofrecer una sonrisa tan discreta como cortés.

*-Buenas noches, señores. Ustedes dirán-*

*-Cesáreo, sírvenos tres cafés con leche y para estos dos jóvenes que sean muy descafeinados-* pidió Fermín, dejando ver su lado más guasón.

*-Muy bien, ahora mismo se los traigo-* respondió servicial Cesáreo, iniciando su vuelta a la barra para preparar las consumiciones.

*-¡Espera, espera, hombre!-* le frenó el guardia civil *-Aparte de eso te recuerdo que ayer tenía que jugar Manolo Velázquez en el Madrid ¿O no te acuerdas?-*

*-Pero, Fermín ¡Que tiene treinta y dos años!-* Cesáreo se revolvió sin perder la compostura y tampoco la sonrisa tras escuchar al picajoso agente, quien parecía dar muestras de ser su empecinado opositor en las tertulias futboleras.

*-¡Pues cojo y manco es mejor que los alemanes esos y también que Vicente del Bosque, digas tú lo que digas!-* se revolvió el guardia.

*-¡Hay que dar paso, Fermín!-* insistió Cesáreo.

*-Pues treinta años tiene Pirri y míralo, ya lleva marcados trece goles en lo que va de Liga-* Fermín echó mano de las estadísticas en su duelo incruento con más gracia que armas.

*-¡A ver, Fermín, veintitrés tiene Santillana y ya lleva doce. Así que...!-* replicó Cesáreo de inmediato con otra andanada dialéctica.

*-En lo que estamos de acuerdo, amigo Cesáreo, es en ese chaval que acaba de cumplir veinte añitos y ya tiene fijo el puesto de lateral. No me sale el nombre, ese que es un ciclón ¿Cómo se llama?-*

*-¡Camacho, José Antonio Camacho!-* le dijo Cesáreo, volviéndose y arrancando rumbo a sus dominios del bar para preparar los cafés que los demás aguardaban y quienes asistieron a ese encontronazo motivado por el balompié, sin dejar de asombrarse de los conocimientos de ambos y su afición que les salía por los cuatro costados; convirtiéndose aquella anécdota en un punto de inflexión en aquella noche, continuación de la tarde, que se había iniciado de forma tan trágica como macabra.

*-¡Bueno, caballeros, a lo nuestro! Vamos a ver, Felipe-* se dirigió Ricardo Henestrosa al galeno, quien ya parecía haber relajado la expresión y hasta se había permitido dar una colleja a Fermín en su afán polémico con Cesáreo *-Es hora de que nos pongas al día de tus análisis del cuerpo-*

*-Tienes razón, Ricardo-* contestó el médico tras dar las gracias a Cesáreo, quien se retiró a la barra de nuevo después de poner los cafés en la mesa *-No quiero*

*referiros nada sin que antes os pida disculpas por cómo me he comportado hace un rato-*

*-No tienes por qué...-*

*-Sí, sí, claro que sí debo pedir las, Fermín, y es que ni yo mismo me reconozco ahora. Lo achaco a que en muchos años de medicina, y no pocos de forense, no he visto algo tan brutal delante de mis ojos. Con tanta saña, con tanto primitivismo, con tamaña brutalidad. Un horror, resumiría las heridas de la muchachita. Y para colmo la conocía ¿Sabéis? Lo cual es lógico. Imagino ya os haréis cargo vosotros, quienes os acabáis de incorporar a este equipo-*

*-Ni que decir tiene, doctor...-*

*-¡Llamadme Felipe, hombre! Nada de formalismos. Aquí somos todos del mismo bando- contestó el médico al arranque verbal de Gabardino –Pues, como os decía, ese ha sido uno de los motivos que examinar su cadáver me haya estremecido más de lo acostumbrado. De tal forma os confirmo lo que a simple vista ya comenté, y vosotros asumisteis como propio, que la causa de la muerte es por degüello, aunque era evidente que con anterioridad había recibido de espaldas un ataque demoledor de...-*

*-¿Uno?- interrumpió Prendes, confuso al escuchar algo que ponía en duda.*

*-Bien, no había terminado-*

*-Eso me tranquiliza puesto que, incluso sin examinar a fondo el cráneo, tanto Gabardino como yo creemos que fueron dos impactos-*

*-Pues están ustedes en lo cierto y me uno a su criterio-* matizó el médico comprendiendo la vehemencia de los dos jóvenes investigadores, a los que se les salía por los poros las ansias por conocer más detalles y, en particular, confrontarlos con sus propias apreciaciones empíricas.

*-Tanto es así-* continuó el forense, quien añadió algunos gestos a sus palabras – *que he apreciado con claridad dos heridas inciso contusas, si bien es verdad que de mayor relevancia la segunda, la cual fue la que produjo más evisceraciones craneales. No obstante, la fuerza con la que se produjo y la insistencia en esos dos fuertes impactos no produjeron ni mucho menos el fallecimiento de la joven, y sí el posterior degüello-*

*-¿Hubo demora entre un ataque y otro?-* cuestionó Prendes esta vez esperando, según la respuesta, con otra pregunta más al filo de la lengua.

*-Mi criterio es que sí. Quiero decir que estimo cómo el asesino quedó aturdido ante la imposibilidad de acabar con la vida de la chica, máxime cuando las extremidades seguirían teniendo movimiento aunque la consciencia, como es lógico colegir, en la práctica ya no existía. Son tareas mecánicas que nuestro cerebro sigue realizando, incluso sin órdenes de aquélla. Por lo tanto, me reitero en que hubo un tiempo, no sabría decir si mucho ni poco, si segundos o minutos, en los cuales el asesino estuvo decidiendo su siguiente acción hasta dar con la definitiva y certera de la degollación íntegra, casi seccionando el mismo cuello*

*con la fuerza ejercida al hundir una navaja, la cual os confirmo fue lo que utilizó atendiendo al análisis de la curvatura, ángulo y profundidad de la incisión-*

*-¿Sin duda en lo de la navaja, Felipe?- preguntó Fermín, pareciendo querer por fin implicarse.*

*-Pongo la mano en el fuego y lo que debéis tener en cuenta, y esto os puede ayudar, es que es zurdo nuestro asesino, ya que hizo el corte de derecha a izquierda; esto es, al contrario de cómo lo haría una persona diestra- respondió el forense, de nuevo con un evidente gesto.*

*-Pues es buen detalle ese que apuntas de que las pruebas delatan que es zurdo, pero de cualquier forma la navaja me vais a permitir que os diga cómo complica el tema y mucho- añadió el agente rascándose la barbilla-*

*-¿A cuento de qué, Fermín?-*

*-Hombre, Ricardo ¿Por qué va a ser? Llevar una navaja en el pantalón es algo tan común como un paquete de tabaco. O sea que la mitad de la población de estos pagos, descontado el bando femenino, lleva siempre una y más teniendo en cuenta que son gente que suele trabajar en tareas agrícolas o ganaderas donde es un instrumento para la faena como puede ser una hoz o una guadaña-*

*-Recibido, alto y claro, Fermín. En cuanto a ti, Felipe, sigue dándonos más claves del tema-*

*-De acuerdo, Ricardo, y os diré cómo esa sensación de abatimiento que habéis podido ver en mí hace un rato tiene que ver, y os confieso con sinceridad que mucho, con lo descubierto al hacer en profundidad la autopsia en los órganos genitales-*

*-Violación-* Gabardino apuntó lo que su olfato ya le había dicho.

*-Y tanto que sí-* respondió el médico *-Aunque mejor será que os refiera más detalles, puesto que no es una típica violación al uso-*

*-¿Qué quieres decir?-*

*-En primer lugar, Fermín, que es lógico penséis cómo ese fue, y no otro, el móvil del asesinato. O sea, conseguir a la fuerza ese cuerpo juvenil a toda costa, incluso asesinando a la muchacha-*

*-Una obsesión-* comentó Prendes.

*-Exacto. Porque esa es la impresión que da al observar las laceraciones tan bestiales que aprecié a poco que el examen avanzaba. Y no es gratuito que haya tildado de salvaje el hecho, ya que hay un detalle importante que os puede alumbrar en todo esto-*

*-Felipe, habla o...-*

*-Aguarda, Fermín. No desesperes y guárdate esos nervios para cuando os diga que nuestro asesino no sólo le produjo una penetración vaginal sino también anal y, en este último caso, de una crueldad intolerable-*

*-¡Jesús!-* exclamó el juez llevándose las manos hacia la frente y mesándose el cabello cerrando los ojos *-Ni una palabra de esto a la madre ¿Entendido?-* dijo al instante abriéndolos y dirigiéndose uno a uno a sus compañeros de mesa.

*-Cuenta con ello, Ricardo-* el médico fue el primero en asentir de manera verbal y los demás moviendo la cabeza en sentido afirmativo, aunque en silencio dejando ver un gesto entre la preocupación y la sorpresa ante lo revelado por el médico.

*-Será mejor que siga, caballeros y...-*

*-Felipe ¡Me cago en...! ¿Qué más pudo hacerle ese hijoputa?-* Fermín perdió las formas y le salió la vena corajuda.

*-Estoy plenamente de acuerdo en asignarle ese calificativo, Fermín, y en particular porque ese mal nacido llevó a cabo la violación con un objeto romo, alargado y de un calibre incompatible con la vagina y, mucho menos, con el ano. Así que ya os imaginaréis cómo resultó la cuestión-*

*-¡Hijo de Satanás, me cago en...!-* Fermín parecía fuese a incendiarse de un

momento a otro y la cara comenzó a mostrar un alarmante tono rojo fuego.

*-Pues, Fermín, y también todos vosotros-* habló el forense con tono más relajado, oponiendo éste a la arrancada del guardia exasperado *-Debo deciros, para que al menos os calméis en cierta medida, cómo el sujeto en cuestión realizó su ritual sádico “post mortem”-*

*-O sea, Felipe, que ese cabronazo esperó a que expirara la chiquilla y después...-*

*-Tal cual, Ricardo-* contestó sobre la marcha el médico, presintiendo la pregunta que dejó perplejos a todos.

*-¿Semen?-* preguntó Gabardino, dando la impresión de que conocía la respuesta.

*-¡Cero! Sin exagerar. Ni eyaculación y ni siquiera una mísera traza de líquido prostático-* el médico respondió con seguridad y dejando en el aire la cuestión que ello podría suscitar.

*-¡Impotente!-* Prendes soltó, como siempre, la palabra que daba pie a que el médico se explayara.

*-Bravo, inspector-* Felipe esbozó por fin una sonrisa al escuchar la hipótesis correcta y que cuadraba con lo analizado sobre el cadáver *-Nuestro asesino no sólo acabó con su vida para copular con ella sino que, incapaz de tener una*

*erección, blandió ese objeto que os he descrito, cuya naturaleza y composición desconozco aunque sí sus dimensiones aproximadas con un diámetro de alrededor de ocho centímetros y una longitud entre treinta y treinta y cinco, con el cual perforó la vagina en su totalidad interesando los órganos internos de la muchacha y produciendo un feroz destrozo general de sus órganos reproductores-*

*-¿Tal vez alguna neurosis?-* Gabardino deslizó con la pregunta una hipótesis del perfil del asesino.

*-No sería muy descaminado, siendo el objetivo de su maniobra profundizar hasta los órganos propios de la mujer para la gestación-* contestó el forense uniendo sus palabras al movimiento afirmativo de su cabeza, dando a entender cómo participaba de aquella proyección que tenía visos de ser la correcta en cuanto al carácter y desviación del asesino a la hora de ejecutar su vil acción.

*-¿Y dices, Felipe, que en el momento de la penetración con ese objeto se encontraba cadáver la chica?-* Prendes hurgó más para cruzar sus propias teorías al respecto.

*-Absolutamente, joven. Puedo garantizar que había expirado y, gracias a Dios, no tuvo que soportar ese dolor terrible que, de haber tenido consciencia, le hubiese provocado-*

*-¡Somnofilia!-* Prendes lanzó una nueva carga de profundidad, sin dejar de dar vueltas a la taza de café con la cucharilla.

-¿Somnoqué?- saltó Fermín.

-A ver, Paco, aclárate con eso- se unió Henestrosa al agente, igual de despistado ante lo escuchado.

-Tengo que reconocer que no se me había ocurrido, joven- habló luego el médico –Pero, pensándolo bien, creo que puede estar en el camino adecuado al señalar esa teoría-

-Para mí, y suscribo su teoría, lo ha clavado- Gabardino dejó claro su criterio, rindiéndose ante la perspicacia de su compañero.

-¡Vaya, hombre! Si tanto os ha gustado, vamos a ver si nos ponéis al día- se dirigió Fermín tanto a Felipe como a Manolo Gabardino, quien se decidió a complacerle viendo que el médico se retraía y Prendes le cedía el turno de la elocuencia; permaneciendo él todavía absorto en sus pensamientos acerca de lo que había escuchado del galeno y sus análisis.

-De acuerdo, pues entonces voy yo a ilustrarles, con la venia tanto de Felipe como de Paco- Gabardino se arrancó de ese modo tan de estrado y tribunal – Aunque os parezca un palabro, la somnofilia es una parafilia más, o sea una práctica sexual de las muchas que existen, pero con una peculiaridad referida a la excitación de la persona observando a otra dormida. Por supuesto, existen rangos en ella y van desde la simple contemplación, en la cual se produce la masturbación, hasta el extremo de mantener relaciones sexuales. En este último

*caso, y como apunta Prendes, estaríamos ante el culmen de esta desviación sexual en la que el sujeto llega incluso al asesinato para luego copular con su víctima, aunque sea con un objeto extraño por incapacidad para tener una erección-*

*-Correcto, joven- el forense no quiso pasar la oportunidad de participar en la exposición, concisa pero sustanciosa, de Gabardino –Ese trastorno es el que también se le conoce como Síndrome de la Bella Durmiente, haciendo alusión al célebre cuento de Charles Perrault, y este vulgarismo en la acepción tiene que ver con la profunda atracción que el príncipe de la historia se ve incapaz de vencer por la joven dormida y de ahí surge la analogía con aquellos a los que excita sexualmente la visión de una persona en dicho estado de somnolencia-*

*-Añadiría que, en este caso, esa desviación produce en nuestro asesino una extrema pulsión- Prendes rompió su meditación y matizó la información que Henestrosa y Fermín digerían en silencio, con sorpresa y mostrando sin tapujos cierta expresión de asco en sus respectivos semblantes –Por lo cual, he deducido la padece en un grado en el cual le impele a llegar al mismo asesinato con tal de cumplir su deseo carnal-*

*-Pero, Paco, vamos a ver ¿Esto es la realidad? ¡Parece de película, joder!-*

*-Ni mucho menos, Ricardo- Prendes contestó a su amigo y juez sin tono académico –Manolo puede darte noticia de cómo hemos visto casos y cosas, referidos precisamente a este tema, en más de una oportunidad-*

*-Sin duda, Ricardo-* Gabardino continuó tomando como pie la afirmación de su compañero, decidido a ilustrar sus palabras *–Recuerdo en una ocasión a un individuo que llegó hasta el extremo de drogar con fármacos a su propia esposa y, una vez logrado que su cuerpo estuviese laxo y su consciencia anulada, le desvistió, le colocó ropa, la cual había elegido a conciencia con tal de elevar su excitación, para luego penetrarle durante horas-*

*-Vamos a ver, Paco y Manolo-* Fermín no veía claro el tema y se lanzó a por ellos, creyendo era todo fruto de su imaginación calenturienta *-¿Qué puede excitar eso? No lo entiendo...-*

*-Fermín, no es el hecho en sí lo que provoca esa excitación por la que preguntas y dices no entender-* se cruzó por medio de la conversación el forense *–Lo que en realidad les lleva a esos anormales al éxtasis, y también a realizar actos que nadie de su entorno puede imaginar, es la presunción, o mejor dicho el deseo de que la persona a quien penetran se despierte y descubra su acto-*

*-¡Qué barbaridad!-* Fermín no salía de su asombro.

*-Entonces, Felipe, si ese es el fin, nuestro asesino ¿Qué buscaba?-* inquirió Henestrosa sin entender el tema aún.

*-Todo estaba en su mente, Ricardo-* contestó el forense señalando su propia cabeza con el dedo índice de la mano derecha *–Y, claro está, una mente bien enferma, que no distingue en ese instante supremo la realidad de la fantasía sexual que, seguro durante tiempo, llevaba rumiando para sí y que, en ese justo*

*día, decidió convertir en algo tangible-*

*-Ricardo, en otras palabras- Prendes apostilló la respuesta del científico –Para el asesino, aunque acabara con la vida de la chiquita, su consciencia no discernía mientras le penetraba si vivía o era ya cadáver. Para él, en su delirio extremo, continuaba con el deseo de que abriese los ojos, despertase mientras introducía ese objeto descrito por Felipe y le sorprendiese. Ese es el núcleo de su parafilia, la piedra angular de su obsesión convertida, para desgracia de su víctima, en algo que tras mucho maquinarse en su cabeza hizo real-*

*-Con sinceridad os digo, y no quiero lo toméis a mal, cómo todo eso que decís no lo veo factible y me refiero a que no puedo darle crédito a tanta cuestión mental, psicológica o como sea- Henestrosa les habló en tono cordial, pero de igual modo manteniéndose firme en su opinión contraria al respecto de lo que había escuchado de los tres -A mí, y perdonadme la crudeza, me parece que es algo más bronco, más primitivo, y el motivo tiene que ver justo con eso, o sea un simple y llano abuso, violación o como queráis llamarlo-*

*-Estoy contigo, Ricardo- a Fermín le faltó tiempo para apuntarse al carro del juez, y de paso lanzar alguna puya a los jovencitos capitalinos –Todo eso que dicen ustedes son exageraciones y ese tipo es un puto violador impotente y se acabó-*

*-Fermín, hombre, en esa cuestión estamos todos de acuerdo- el médico suavizó la arrancada del guardia, poniendo medida en su tono y, más, en sus argumentos proclives a las supuestas de Prendes y Gabardino –De lo que se trata con estas hipótesis, lanzadas como punto de salida del trabajo para atrapar a ese sujeto,*

*es de elaborar un perfil identificable de éste, o para entendernos, un intento de acercarnos a su comportamiento para, desde ahí, movernos hasta dar con pistas que nos lleven hasta él-*

*-Es cuestión de no dar palos de ciego y centrarnos en ese perfil, el cual creemos se acerca mucho a la realidad y que las evidencias del cadáver apuntan de manera clara en esa dirección-* añadió Gabardino imitando el tono relajado, aunque en su interior no lo estaba tanto, del médico.

*-No tan clara diría yo, Manolo, pero reconozco como asumible lo que señaláis-* repuso Henestrosa emperrado en negar la tesis, aunque dando una oportunidad sin mucho convencimiento.

*-Conforme, tal vez el juez y nuestro agente de la autoridad no anden tan descaminados-* soltó de repente el forense dejando sorprendidos a los dos bandos, si bien por muy diferentes motivos.

*-Vaya, Felipe, me dejas frío. Hace un momento decías lo contrario-*

*-Nada de eso, Fermín. Reitero que doy verosimilitud a la teoría de Prendes y Gabardino, pero al mismo tiempo dispongo de un dato que introduce una variable inesperada en el asunto-* respondió el médico obteniendo lo que esperaba de todos, quienes quedaron a la espera de su siguiente revelación y la cual guardaba con tanto celo como mucha cazurrería.

*-¡Felipe, hombre! No nos hagas esperar que tenemos noche para rato-*

Henestrosa no pudo aguantar el bostezo, el cual contagi6 a todos, y apremi6 al m6dico quien fue el 6nico que se libr6 de abrir la boca y, por el contrario, mantenerla cerrada disfrutando de ese instante de expectaci6n con un punto de morbosidad vislumbrada en los rostros de sus compa1eros de mesa e investigaci6n.

*-Disculpad la maldad, caballeros, pero no me pude resistir-* confes6 el m6dico, dejando ver el cinismo en su media sonrisa *-Y hasta en un asunto tan serio como el que tenemos entre manos porque, al fin y al cabo, era para relajar un poco el ambiente. En fin, voy a lo mollar cumpliendo vuestros deseos y os revelar6 c6mo nuestra v6ctima escond6a en lo profundo de su vientre una nueva vida-*

*-¿Qu6 me dices, Felipe?-* Ferm6n fue el primero en saltar, tal como el mismo m6dico hab6a supuesto para s6 y tambi6n el tipo de expresi6n de asombro que mostrar6a, conoci6ndole bien.

*-Tal como lo oyes. He calculado que entre ocho y diez semanas de gesti6n-* precis6 el m6dico, ya con la expresi6n de gravedad acostumbrada y utilizando el tono acad6mico que le caracterizaba.

*-S6 que es una variable seria-* Prendes dej6 constancia con palabras de sus pensamientos mirando a los ojos a Gabardino, quien de igual forma parec6a ausente mientras su mente iniciaba un nuevo turno de c6balas.

*-¡Joder, Felipe! Esto s6 que es una noticia que vuelca todo lo hablado, pensado, dicho y hasta litigado, si me permit6s el t6rmino un tanto excesivo-*

*-Pues, Ricardo, si todos los litigios fuesen así. Nada, hombre, sólo son teorías que a unos les parecen lógicas y a otros disparatadas-* Fermín se mostró conciliador esta vez, máxime cuando lo conocido por boca del médico arrimaba el ascua a su sardina *-Aunque no me negaréis que estuviese preñada la joven no es un móvil más que convincente-*

*-En eso no hay disputa-* Gabardino intervino tras su silencio durante unos minutos *-Es bien consistente y, además, compatible con ese interés del asesino por destrozarle por dentro-*

*-Yo diría que no sólo consistente-* Henestrosa se mojó sumando su criterio *-sino acertado móvil para acabar con su vida. Y, perdonadme, pero más cercano a la realidad y plausible que achacarlo a filias o fobias de un maníaco descerebrado. Si me apuráis, veo más factible trabajar esa línea rastreando a posibles amantes de la chiquilla, de quien ya vemos su precocidad con el sexo-*

*-Ricardo, macho, no seas caduco-* Prendes no pudo reprimir el calificativo hacia su amigo, el juez *-Las cosas son ahora muy diferentes, hombre, y los jóvenes se inician en esas cuestiones mucho antes de lo que piensas. Así que no es extraño quedara preñada-*

*-Pues yo no me considero carca y me parece, también como al juez, que dieciséis recién cumplidos es una edad ínfima para que una jovencita se dedique a...-*

*-Un momento, Fermín-* se cruzó de nuevo el médico en la cuestión planteada -

*¿Quién te dice a ti que fue consentida la relación que la dejó encinta?-*

*-¡Coño, Felipe! Ahí me dejas descolocado-* le respondió el guardia rascándose la coronilla.

*-Bueno ¿Qué decís vosotros a eso?-* preguntó Henestrosa a Prendes y Gabardino, quienes parecían arrugados por primera vez.

*-Por mi parte-* habló Prendes *—diría que fue consentido. Aunque sólo es un palpito y confieso no tengo nada más para argumentar-*

*-Igual digo-* Gabardino se unió una vez más a su compañero *—Y yo me apoyo, para afirmarlo con más rotundidad que Prendes, en que tantas semanas señala la conformidad de la joven con su estado-*

*-¡Pues por eso insisto en que ese es el móvil y no otro!-* Fermín aprovechó esa cuasi rendición de los jóvenes investigadores para, de manera definitiva, asar su sardina.

*-Está bien, de cualquier forma debéis todos reconocer que contamos con algo para empezar la investigación y dos líneas claras por donde dirigirla-* medió el forense en esta oportunidad, asintiendo los demás.

*-Puede que haya una combinación de ambas líneas-* soltó Prendes, tras unos instantes meditabundo.

-*¡Ya empezamos...!*- Fermín pareció protestar con el comentario, viendo cómo algo nuevo y más absurdo para su criterio se le había ocurrido al joven inspector forastero.

-*Explícate, Paco*- le pidió Henestrosa.

-*Veréis, creo que son compatibles los móviles, o bien sería mejor decir los motivos para acercarlos a la realidad. Porque el asesinato es en sí tan sólo el efecto de esa causa, la cual podemos achacarla bien al hecho de que el asesino quiso deshacerse no sólo de la criatura que llevaba en su seno, sino también de quien la portaba. Y, además, cumplió una de sus fantasías materializándola de esa forma tan obsesiva-*

-*¿Te refieres a que aprovechó la coyuntura?*-

-*Así es, Ricardo*-

-*Un claro crimen de oportunidad*- añadió Gabardino.

-*¿Oportunidad?*-

-*Claro, Ricardo. En un solo acto nuestro asesino cumplió sus expectativas que pasaban primero por ocultar su relación con la víctima, cuya prueba se estaba haciendo cada día mayor en su vientre y pronto daría al traste con su vida en la*

*comunidad y, por otra, aprovechó la oportunidad para convertir su asesinato en un ritual de sexo imaginado en la intimidad-*

*-Ahora sí que la habéis liado. Eso no tiene ni pies ni cabeza-*

*-¡Alto ahí, Fermín!- Henestrosa pareció balancearse hacia el dueto llegado desde Sevilla –A mí me parece posible lo que esboza Paco, así que no debemos desechar esa idea de que coexistan los dos móviles, o causas, o motivos, o como queráis llamarles-*

*-Caballeros, me vais a permitir que de una nueva vuelta de tuerca al asunto- volvió a soltar el médico aquello como quien no quiere la cosa y percibiendo de nuevo el efecto deseado entre sus contertulios, quienes se echaron al unísono para adelante en la mesa y apoyaron los brazos a la espera de nuevos datos del científico; tan dado a desvelar sus descubrimientos con cuentagotas en un acto no exento de teatralidad.*

*-¡Felipe, que te conozco! Vamos, suelta lo que sea, que es para hoy- le urgió el juez.*

*-Pues allá va- respondió el médico sacando de su bolsillo un sobre para luego, con cuidado, extraer un puñado de cabellos de color grisáceo que colocó encima de aquél.*

*-¿Qué coño es esto, Felipe? ¿No será...?-*

-¡Tranquilo, Fermín, hombre!- le contestó el forense al guardia, viendo su expresión de asco –*¿No me creerás capaz de poner encima de la mesa vello púbico?*-

-*No sé, no sé, Felipe*- le respondió el guardia con cara de repugnancia, desconfiado de lo que sería aquello.

-*¿Qué exagerado eres, joder! ¿Cómo voy a hacer eso? Además, si salta a la vista lo que es*- le dijo el médico señalando el objeto en el centro de la mesa, mientras todos lo observaban sin soltar prenda.

-*¿Nada? ¿No dais con la tecla?*- insistió en su pregunta el médico sin obtener respuesta alguna –*Pues es bien fácil, caballeros, ya que se trata de pura lana de oveja*-

-*¡Coño, es verdad, Felipe!*- exclamó tan alto el guardia que los parroquianos, enfrascados en sus conversaciones, las pararon en seco volviendo la cabeza.

-*Desde luego, amigos, es asombrosa la mente ¿O no?*-

-*Ya lo creo, doctor*- habló Prendes –*Por simple analogía, por una mera cuestión de hechos encadenados en la conversación que mantenemos, todos hemos coincidido en nuestros adentros en pensar en algo común y referido al vello púbico y sin comprobar algo tan evidente como esa lana desprendida de alguna*

oveja-

*-Pues no es nada más, y nada menos, que lana de oveja o, mejor sería decir, ovejas porque hay varios cúmulos de diferentes tonos, unos más claros junto a otros más oscuros y, como podéis observar en el que tenéis ante vuestras narices también negro zaino diría, los cuales localicé en las ropas de la joven adheridos a éstas e incluso camuflados al teñirse de su sangre. Siempre hay una oveja negra ¿O no, Fermín?-*

*-Por descontado, Felipe. Aunque sea guardia entiendo de temas camperos y, además, ya sabes tengo un terrenito y algunas cabezas para entretenerme. Así que certifico que son de ovejas, como apuntas, y había una negra, bien negra-*

*-Luego es evidente que la muchacha entró en contacto con estos restos de lana en algún momento de su asesinato- señaló el forense.*

*-Más bien diría una vez asesinada- apuntó Gabardino.*

*-Cierto, Manolo, si nos atenemos a los pertenecientes a cúmulos que he encontrado ensangrentados- respondió el médico.*

*-La transferencia se produjo con toda probabilidad en dos momentos clave. El primero fue cuando recibió tanto los golpes como el posterior degüello. El segundo, por el que me decanto, sería en el transporte del cadáver del escenario donde tuvo lugar el crimen hasta el Cerro de Tentudía-*

*-Creo que no hay divergencia en eso que propone Paco ¿O sí, Fermín?-*  
preguntó el juez al guardia.

*-Ninguna, Ricardo y, además de aplaudir lo manifestado por Prendes, añadiría de mi cosecha que el transporte no se hizo sobre un animal sino en un vehículo donde el asesino, y por tareas relacionadas con su trabajo, de forma regular lleva ganado, en este caso ovino. Y os lo digo con conocimiento de causa ¿Sabéis? Antes os he confesado cómo tengo verdadera pasión por el campo y dispongo de algunas cabezas, por lo que más de una vez en el coche he llevado de aquí para allá animales y, sin falta, quedaban esparcidas por la moqueta multitud de lanas desprendidas-*

*-Pues, entonces, Fermín, si no te parece mal-* soltó el forense *-te incluiremos en la lista de sospechosos como uno más. Además, ya ves como dices entras en el perfil-*

*-El primero, si puede ser-* respondió con una carcajada el guardia.

*-Fuera de bromas, estamos contigo en esta oportunidad, Fermín-* en nombre de los dos investigadores asintió Gabardino *-Por lo que es una pista interesantísima y digna de un exhaustivo rastreo a destajo, claro que una vez delimitemos los sospechosos y dispongamos de sus respectivos vehículos ya que, sin ningún género de dudas, la clave de su culpabilidad se encuentra en éstos-*

*-Me alegro haya uniformidad de criterio gracias a este hallazgo providencial,*

*caballeros; aunque no es el único-* volvió por sus fueros el forense y también con la expresión despreocupada, esperando las preguntas como saetas punzantes de sus compañeros en el caso que, a cada momento, cobraba más interés y también complejidad a la vista de pistas dispares y, de algún modo, excluyentes entre sí.

*-Felipe ¿Te quedan más conejos en la chistera?-*

*-Pudiese ser, Ricardo. Pero, si te parece, centrémonos en éste-* contestó el médico, restando esta vez sentido dramático tanto a sus palabras como a los prolegómenos hasta que extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un nuevo sobre, el cual volvió a colocar sobre la mesa y donde se concentraron una vez más las miradas de todos, silenciosos y aguardando nuevas pistas sobre las que cavilar.

*-Me vais a permitir, Paco y Manolo, os pida nos pongáis al día de lo que voy a mostrar y que, a falta de un análisis farmacológico que tardaría una barbaridad, seguro vosotros que estáis en el mundo policial podréis aportar algo de luz-* habló el médico sacando seis pastillas de color anaranjado, las cuales dejó encima también del sobre que las contenía-

*-¡Vaya! ¡Vaya! ¿Esas tenemos?-* Fermín exclamó, con menos brío que hacía unos momentos, y también cogiendo con cuidado en sus manos uno de aquellos comprimidos para observarlo de cerca.

*-Aclárate, Fermín-* dijo el médico.

*-¡Ácido!- contestó Prendes antes de que reaccionara el guardia, mientras Gabardino tomaba otra pastilla y se la pasaba.*

*-¿Ácido? ¿Ácido de qué?- preguntó Ricardo con la misma cara de extrañeza que el doctor.*

*-Son anfetaminas, para que nos entendamos, y muy extendidas entre la gente joven hoy en día. No obstante, desconocía que en este pueblo...-*

*-¿Aquí? ¡Hombre, pues claro que circulan!- Fermín habló interrumpiendo a Prendes, pero en esta ocasión de buen talante para aclararle el tema referido a su pequeña comunidad -No es la primera vez que veo una de éstas y por eso lo he tenido tan claro. Hemos pillado a unos cuantos con estas golosinas y alguno hasta estuvo a la muerte por tomar más de la cuenta-*

*-Decidme ¿Cómo cuadra todo esto? Y me refiero a que la chica llevase encima esa droga-*

*-Ricardo, ten en cuenta cómo es muy alta la probabilidad de que nuestro asesino se la suministrase previo a su ataque-*

*-¿Te refieres, Felipe, a que se las dio para aturdirle?-*

*-Si no ¿Para qué? Ya lo creo que se las daría, tal vez con la bebida o...-*

*-O ella era adicta- deslizó Prendes en seco.*

*-¡Qué barbaridad! No me lo creo, tan joven y ya...-*

*-Un par de esas cosas bastan para producirte una necesidad a las pocas horas de sentir el placer químico que otorga su consumo- añadió Gabardino argumentos para apoyar a Prendes y frenando así a Fermín –Si no ¿Por qué creéis que se extiende ese veneno como mancha de aceite entre los jóvenes? Así que entra dentro de lo posible que ella fuese adicta y en cuanto al suministro caben dos posibilidades: la primera que las llevase encima y alguien ajeno se las facilitase previamente, y la segunda que nuestro asesino, aparte de acabar con su vida, fuera quien se las hiciese llegar conociendo su adicción-*

*-Lo cual pudo aprovechar para cometer el crimen- añadió Prendes como corolario, el cual dejó empantanados a los otros tres y, en especial, a Fermín, quien no entendía demasiado bien aquel galimatías con tantas posibilidades.*

*-Creo va siendo hora de levantar el campo, caballeros, y ponernos manos a la obra- cerró el turno de comentarios Henestrosa, haciendo uso de su autoridad como juez y también responsable de cuanto acontecía en torno al asesinato de la joven –Y más habiendo ya transcurrido un tiempo prudencial para que acudamos al domicilio de la madre de la víctima y, saltándonos en bien de la pronta detención del asesino la cortesía debida con alguien apenada y con un recientísimo golpe por su pérdida, le hagamos esas preguntas que tanto necesitamos para poner en marcha la investigación; aunque ésta, y gracias a nuestro avezado doctor y sus descubrimientos, parece coger vuelo de manera*

*anticipada-*

*-¡Un momento, señores!-* alzó la voz el forense, obligando a regresar a sus asientos a todos cuando ya se disponían a salir del bar.

*-Felipe ¿Más, por Dios?-*

*-¡Y por la Virgen María, bendita sea!-* respondió el médico con su comicidad a flor de piel *-Ricardo, me preguntaste y te contesté que pudiese ser que aparecieran más conejos en la chistera-*

*-Felipe, hombre, creí que a estas alturas era una de tus bromas. Pero, venga, a ver esta vez qué sacas y si tiene talla para la investigación-*

*-Ricardo, talla puedo asegurarte que la mínima-*

*-¿Entonces? ¿A qué viene tanto revuelo?-*

*-Bueno, una simple mota puede resolver un caso-* apuntó Gabardino.

*-No sé si lo que voy a mostraros resolverá éste, pero lo que tengo claro es que no tengo ni idea de lo que se trata. Por eso, incluso sin tener conexión quizás, he preferido mostrároslo-* respondió el médico extrayendo del bolsillo derecho de la chaqueta un nuevo sobre y luego, volcándolo, dejar caer sobre la mesa su contenido.

-¡Chacho! ¿Qué es eso?- preguntó el guardia, quien tuvo que echar mano de sus gafas de presbicia para observarlo de cerca dado su minúsculo tamaño.

-Creía que alguno de ustedes podría dar noticia de qué es- insistió el médico, señalando unas casi microscópicas motas de apariencia metálica, ya que brillaban algunas aunque otras aparecían más oscurecidas.

-Me rindo- dijo el juez.

-Ni idea de lo que pueda ser- apuntó Gabardino.

-Diría que es algo metálico y su procedencia no se me ocurre- añadió Prendes tomando una mota con sus manos –Pero me gustaría saber dónde se encontraban, si en el cuerpo o...-

-¿En el cuerpo?- interrumpió el médico –Diría mejor por toda la ropa, aunque esparcidas aquí y allá. No quiere decir esto que no encontrara en el cuerpo, pero menos. Donde sí hallé más restos, y esto sí es extraño, fue en la vagina y en mayor medida en el ano-

-¡Santo Dios!- dijo Fermín -¡Qué depravación!-

-Me guardaré unas cuantas, doctor- dijo Gabardino.

*-Están para eso-* respondió el forense ofreciéndole el sobre.

*-De acuerdo, caballeros, ahora sí nos vamos-* Ricardo dio por concluida la reunión y, levantados todos, tras liquidar él mismo la cuenta en la barra a Cesáreo y despedirse de éste, se dirigieron hacia el exterior.

*-Por cierto-* el médico de nuevo les llamó la atención y justo antes de entrar en los coches para dirigirse a la casa de la madre de Lucía *-Se me olvidó revelaros un par de detalles al respecto que, quizás, os puedan interesar. El primero me parece intrascendente a mí, pero vosotros podéis sacarle punta y es que en el dedo meñique de la niña, justo en el lateral, tiene un corte y serio. Con lo cual, sin duda tuvo un sangrado que dejaría evidencias donde hubiese estado. En cuanto a su naturaleza, pudo ser defensivo o bien un simple corte doméstico. Determinarlo es vuestra tarea. Y en segundo término, y esto sí que tiene migas, os advierto que esas motas que os acabo de indicar faltaban en dos prendas de la víctima-*

*-¿Cómo?-*

*-Lo que oyes, Fermín. Ni en las bragas, ni en el sujetador había rastro de ellas-*

*-¿Seguro, doctor?-* preguntó Prendes intrigado.

*-Segurísimo. Incluso examiné ambas prendas bajo el microscopio y estaban limpias-*

-*Limpias*- repitió Gabardino pensativo.

-*Demasiado limpias*- añadió de igual forma Prendes.

## CAPÍTULO VII

La escena parecía extraída de una de esas exquisitas, profundas e hiperrealistas historias transalpinas, plasmadas sobre celuloide por maestros de la talla de Rossellini, Fellini, Visconti, Passolini o De Sica y que a Paco Prendes, apasionado del cine italiano, no le pasó desapercibido. Por su parte, Manolo Gabardino atendía a lo que sus ojos contemplaban en el sentido estricto de lo material y, en evidente contraposición con su compañero, no tan etéreo, centrándose en la observación del interior de aquella humilde casa, si podía denominarse de esa benévola forma, donde la pobreza era su rasgo distintivo.

Justo en el lado opuesto de las sensaciones de Prendes, extasiado ante la similitud del entorno, a modo de decorado, con su mundo artístico rastreando escenas de sus admirados creadores de la época dorada del cine italiano, a Manolo Gabardino se le partía literalmente el corazón al contemplar aquella mujer rota por el dolor y, al fondo de la tan exigua como espartana estancia, postrada en la cama suspirando de vez en cuando, a la que supuso su propia madre y abuela de la joven asesinada de forma impía, aseada y cuidada si bien víctima de una enajenación mental que le puso los vellos de punta. En descargo de aquel pesar, Manolo pensó para sí cómo esa misma enfermedad hacía de

escudo frente a la noticia terrible que, de recibirla estando cuerda, le perforaría el alma como daga afilada hendiendo su anciano pecho.

Tanto uno como otro quedaron, una vez llegado el comité policial a la vivienda, al margen de lo hablado tanto por Ricardo Henestrosa, quien sacó a relucir su florida retórica de jurista a la hora de suavizar la situación ante tamaña empresa de conciliar el deber de investigar con la lógica concesión de un tiempo para superar el duelo de la mujer, así como Fermín, quien con algo más de rudeza pero un fondo en sus intenciones marcado por la bondad más sincera, se emplearon a conciencia para allanar el camino y permitir que en la segunda parte de aquella visita, y quizás la más agresiva por el ímpetu que todos tenían por atrapar al asesino, fuese disculpado éste a la hora de rastrear en la información que podía facilitarles la madre de Lucía y que, seguro, daría pie a unos avances que necesitaban en esas setenta y dos horas claves en todo asesinato.

*-Concha, ya sabe que cuenta con todo nuestro apoyo y disculpe una vez más esta impertinencia en momentos de tanto dolor-* Ricardo Henestrosa siguió empleándose a fondo bajo la mirada de sus conmlitones, babeantes ante la expectativa de comenzar un interrogatorio capital para detener al culpable de aquella salvajada en la persona de su hija *-Pero también es nuestro deber hacerle ciertas preguntas.*

*-Bien, bien, lo comprendo, señor juez. Díganme-* respondió Concha sumisa, sabiendo era un trámite doloroso pero de igual modo, juramentándose para sí, con la convicción de mostrarles el camino para encontrar al culpable.

*-Relátenos todo lo que recuerde de su hija, antes de que saliera esta mañana de*

*su casa-* abrió el turno el mismo Henestrosa, quizás más intrigado que todos en el caso el cual había asumido con más ahínco que muchos de los que era responsable en el juzgado para los que prefería delegar en subalternos, cuando no en la misma Guardia Civil que hacía y deshacía a su antojo.

*-Lo normal ¿Sabe usted?-* inició su respuesta Concha aguantándose las lágrimas y, por su parte, Henestrosa aguardando paciente se repusiera *-Perdone, señor, es que me acuerdo y, ya se imaginará la pena y...-*

*-Tranquila, Concha, tómate el tiempo que te haga falta. Estás entre amigos que quieren ayudarte-* Fermín, con un tono que rara vez se le escuchaba tan calmado y bajo, le habló de tal manera que obtuvo el resultado deseado al reponerse al instante la mujer.

*-Pues, eso quería decirles. Que fue una mañana como todas. Ella era muy puntual y se levantaba nada más sonaba el despertador. No le gustaba llegar tarde a ningún sitio y menos a trabajar. No sé si sabe, señor, que hace unos meses me quedé inútil y ella continuó trabajando en la casa donde yo lo hacía. ¡Qué dolor, cuando le dije que no había más remedio que ocupara mi sitio! La pensión de mi marido no nos llega ¿Sabe? Se me mató muy joven ¡Jesús, qué desgracia y ahora esto!-* la respuesta, que había tomado buen rumbo, se frenó de repente cuando regresaron las lágrimas y los lamentos, lógicos al recordar los infortunios enquistados en su vida que Concha percibía entonces como latigazos del destino; aunque ninguno tan fuerte como el acaecido aquel día con Lucía.

*-O sea que no observó comportamiento extraño en su hija ¿Es así?-* preguntó Henestrosa, una vez esperó calmado se repusiera de nuevo Concha.

*-Nada, señor, todo normal. Todo bien. Como siempre, ella era una sonaja ¿Sabe? Siempre contenta, siempre cantando. Era la alegría de esta casa, que ya ve hay pocas con mi madre con la cabeza perdida desde que mi padre murió de un pinchazo mal curado y yo, fíjese cómo estoy, que apenas puedo abrir las manos de dolor que tengo y los pies casi no me sujetan-*

*-Concha, dime ¿Fue dónde siempre?- preguntó Fermín.*

*-Claro, sí ¿Dónde iba a ir? Sólo tenía esa casa, la del ganadero-*

*-¿La de Barrero?- preguntó el forense.*

*-Sí, esa es-*

*-¿Todo bien con ellos, Concha?-*

*-Sí, Fermín. En fin, bueno, quiero decir conmigo antes y luego con mi niña-*

*-Concha, permítame le diga cómo noto algo extraño detrás de esa respuesta-  
Henestrosa decidió hurgar.*

*-Bueno, no me gusta hablar de nadie malamente-*

*-Sepa cómo lo que diga no saldrá de aquí, Concha. Eso está garantizado-*

*-Si es así, pues les diré que no tengo queja de ellos, ni a mi niña yo le escuché largar de si esto o de aquello. Pero sí es verdad que entre ellos dos no se llevan muy bien, porque hasta delante de mí se peleaban. A mí me daba vergüenza ajena escucharlos ¿Sabe usted? Pero, en fin, eran cosas suyas. Ahora bien, que con nosotras se portaban divinamente y la señora muy dadivosa conmigo y...-*

*-Concha, nos creará unos buenos cotillas, pero no tengo más opción que preguntarle si sabía el motivo de las disputas entre ambos- interrumpió el juez ese arranque de sinceridad de la mujer, en busca de algo con más sustancia que ayudase a las pesquisas.*

*-No sé si, quiero decir, señor, que no me parece bien...-*

*-Concha, mujer, que esto no es un patio de vecinos, ni un puesto de “El Barato”...- terció Fermín.*

*-¿”Barato”? ¿Qué es eso, Fermín?- el juez perdió el hilo de lo hablado entre Concha y el guardia.*

*-Perdona, Ricardo, es que en el pueblo se le llama así al mercadillo que se instala en la calle cada miércoles-*

*-Entiendo, Fermín- el juez quedó satisfecho y luego volvió a dirigirse a Concha.*

*-Como le dije, señora, no tiene que preocuparse por lo que nos cuente, aunque sean temas confidenciales-*

*-Bueno, de acuerdo, señor, la verdad es que ella está siempre echándole la bronca al marido porque éste desaparece dos o tres días y luego llega como si nada-*

*-¿Desaparece?-*

*-Sí, señor. Ella estaba harta de que él se fuera de juerga, que es lo que siempre escuchaba decirle a gritos. Yo, si le confieso la verdad, como la casa es bien grande, me quitaba de donde anduvieran peleando y hasta cerraba las puertas para no escucharles. Pero como hablaban tan fuerte, pues no había forma de que siempre terminaba enterándome a dónde iba y de dónde venía él-*

*-¿Mujeres?-*

*-Todas las que se pongan a su alcance, señor. Pero, pagando, y bien pagado como le dice su mujer en las broncas que son un día sí y otro también-*

*-Y dígame, Concha ¿Su hija le comentó que observaba lo mismo que usted?-*

*-Ya se imaginará que sí. La pobre lo pasaba peor que yo, además que últimamente me decía que le buscara otra casa-*

*-¿Por ese motivo?-*

*-Sí y no-*

*-No le entiendo, Concha-*

*-Pues que él no le daba buena espina, señor-*

*-¿Se sobrepasó en alguna ocasión con ella?-*

*-No, no, claro que no. Sólo me dijo que no le gustaba cómo le miraba y que andaba de un lado para otro de la casa tras de ella mientras hacía la faena-*

*-¿Se tomó en serio aquello, Concha?-*

*-Al principio pensé sería cosa suya, pero cuando se lo hizo más veces le dije que iba a preguntar en otras casas. La verdad es que ya no me fiaba y le advertí que la semana que viene sería la última allí, porque tenía ya otra apalabrada-*

*-¿Su hija comentó ese asunto a la señora, o bien al señor?-*

*-Sólo a ella. Al otro le huía y, nada más se le acercaba, salía de donde estuviese. En confianza, señor, el padrino de la niña me comentó cómo Barrero andaba*

*semana sí y semana también viajando a Sevilla a un sitio que se llama “La Marina”, al lado de la Plaza de Toros-*

*-Seguro que no irá a jugar al “Parchís”- deslizó el forense.*

*-Ni tampoco a “La Oca”- se sumó a la chanza Fermín guiñando un ojo al médico.*

*-¿La Marina?- el juez pareció estar fuera de juego.*

*-Ricardo, no lo has captado ¿Verdad?- el forense quiso ilustrarle sin dejar aquella expresión socarrona que sacaba a relucir en los momentos de relax –Es un sitio de mala nota, muy popular en Sevilla, en especial entre los caballeros que necesitan compañía femenina-*

*-Comprendo, sí. Algo supuse-*

*-Y no asequible- soltó Fermín –Pero con la cantidad de duros que tiene ese, se lo puede permitir-*

*-¿Y tú cómo sabes si es asequible o no?-*

*-¡Pues por lo mismo que tú, Felipe!- contestó Fermín, sin perder el buen humor, al médico, quien prefirió guardar esta vez silencio y sólo unirse a las carcajadas que les arrancó el comentario a los demás.*

*-Bueno, caballeros, continuemos- centró el tema de nuevo Henestrosa.*

*-Concha, antes has mencionado al padrino de tu hija- dijo Fermín, a quien no se le había pasado ese hecho.*

*-Sí, es Miguel, un primo de mi marido que en Gloria esté. Es el único de la familia que nos echa una mano de vez en cuando-*

*-Pero ¿Es del pueblo?-*

*-Qué va, Fermín. Él es de Montemolín, pero viene mucho por aquí y siempre con algo entre las manos. Además, cuando tenemos que ir al médico con mi madre le falta tiempo para ofrecerse. Ya te digo que es una buena persona y cariñoso con nosotros. Fíjate si lo es que le compraba los libros a la niña cada curso que empezaba. Temiendo estoy cuando le diga lo que le ha pasado-*

*-¿Ayer estuvo por aquí?-*

*-No, Fermín, que yo sepa. Hace dos o tres semanas que no aparece. Es que va y viene porque tiene un terrenito por Segura de León, que se lo dejó en herencia su tía, también que en paz descanse, y lo trabaja-*

*-¿Soltero?-*

*-Separado. No tuvo suerte con su matrimonio el pobre. A la mujer, después de tantos años casados, le pilló con un forastero en su misma cama. Lo pasó mal de verdad ¿Saben ustedes? Hasta anduvo de médicos en Sevilla y tomando pastillas para los nervios. Gracias a Dios, hace años que se puso bueno y ahora ni se acuerda de esa que anda por ahí tirada con unos y con otros ¡Qué asco!-*

*-De acuerdo, Concha-* el juez volvió a tomar las riendas del interrogatorio, el cual se escurría casi a una charla de mujeres sentadas a una mesa con un buen brasero *-Ahora díganos si le constaba que su hija tuviese novio o algo que se le pareciese-*

*-¿Mi Lucía? No, señor. Nada de novios. Y si se lo hubiese echado, me lo habría dicho porque ella me contaba todo-*

*-Pero, algún chiquillo andaría detrás de ella-* habló Fermín intentando tirarle un poco más de la lengua.

*-Bueno, Fermín, de esos había unos cuantos. Eran zagales a quienes les gustaba y es que tenía dieciséis pero, ya sabes tú mismo, aparentaba dieciocho o más-*

*-Y que lo digas, Concha. Guapísima ¡Qué lástima de niña!-* Fermín dejó ver sus ojos enrojecidos al mencionar a la joven y no pasó desapercibido para los demás, quienes tuvieron un gesto de comprensión hacia él, lo cual también provocó un largo sollozo repentino de Concha, incapaz de frenarlo.

*-Tómese su tiempo, señora. No hay prisa alguna-* dijo Henestrosa mintiendo

como un bellaco, dado que en su interior le hervía la sangre por saber más detalles y por adelantar lo más posible la tarea de sacarle información crucial para el caso.

*-Es verdad que había dos o tres que no le quitaban ojo-* volvió a la normalidad la mujer, quien se arrancó esta vez sola sin mediar pregunta *-Y uno, en particular, que hasta venía más de un día tirándole los tejos-*

*-¿Le conozco?-*

*-Claro, Fermín. Es el hijo de Pepe Ledo-*

*-Ya, sí, Concha-* respondió el guardia *-Pero, oye ¿No estaba haciendo ese la mili?-*

*-Sí, Fermín, lleva cuatro o cinco meses por ahí. No sé dónde, pero ni en Sevilla ni en Badajoz-*

*-O sea, Concha, que desde entonces su hija ni siquiera le ha visto-*

*-Qué va, señor-* respondió la mujer al juez negando con la cabeza *-Tendrá permisos, porque le he echado el ojo por ahí muchas veces y esta semana seguro que anda por Monesterio. Hasta le vi ayer sentado en un velador del Bar “El Cono” tomando un botellín con dos de los amigotes con los que siempre está-*

*-¿Amigotes?-*

*-Sí, Ricardo, es que Concha quiere decir que son cortados por la misma tijera que ese- aclaró Fermín -¡Menudos elementos están hechos! No dan un palo al agua y todo el día de bar en bar tomando cervezas, copas y fumando lo que no deben-*

*-Ya le advertí a Lucía que no me gustaba ese niño, pero ella me dijo que sólo estaba detrás de ella pero que se lo quitaba de encima siempre. Y ella nunca mentía ¿Sabe?-*

*-Sin duda, señora-* respondió el juez lanzando una mirada a Fermín, la cual éste entendió a la primera debía guardar silencio respecto a lo descubierto por el forense y, de manera muy especial, lo referido al estado de gravidez de la chiquilla.

*-Concha ¿Recuerdas algo fuera de lo común que nos pueda ser útil? Quiero decir si te comentó algo tu hija, o bien observaste algún comportamiento que...-* Fermín interrumpió su pregunta en el mismo momento que, de manera inesperada, sonó con fuerza alguien llamando a la puerta de la casa. Todos se miraron y Concha, con gran sacrificio para levantarse del asiento que ocupaba y andares torpes hasta el punto de que pensaron daría con sus huesos sobre el suelo, la abrió.

*-Concha ¡Me acabo de enterar! ¡Por Dios! ¿Cómo es posible?-* exclamó la persona que saludó a la mujer nada más entrar, acompañando con lágrimas en los

ojos sus palabras y luego besándole en las mejillas.

*-¡La vida, Don Ernesto, la vida que es así de dura e injusta!-* contestó Concha una vez más deshaciéndose en lágrimas, emergiendo éstas a borbotones de sus ojos ante la sola visión del visitante. Todos mantuvieron un silencio respetuoso y aguardaron el desahogo mutuo, lo cual duró unos minutos en el que tanto una como otro se cruzaron expresiones de dolor que no fueron vanas para el ánimo del grupo policial.

*-¡Pero, pase, Don Ernesto!-* dijo más calmada Concha al individuo, un hombre de mediana edad, mediana estatura y mediana corpulencia, exhibiendo una seria alopecia, con gafas de miopía, ademanes educados, vestido de forma austera, manos cuidadas y piel blanquecina que hablaba de su trabajo lejos tanto del sol como de las duras labores exigidas por el campo circundante.

*-Buenas noches, señores-*

*-Es un decir, Ernesto-* le enmendó la plana Fermín, aunque sin acritud, sabiendo de la educación de aquel hombre al que conocía bien.

*-Es el maestro de Lucía-* aclaró Concha - *Bueno, Fermín y Don Felipe ya le conocen, pero ustedes no ¿Verdad?-*

*-Compruebo cómo las noticias vuelan-* soltó Ricardo un tanto contrariado.

-Ya ve- respondió el maestro –Aquí ya se sabe cómo van las cosas de boca en boca. Aunque, si le digo la verdad, no ha sido por este motivo. Es que he tropezado con Méndez y Luzón, los guardias, y me han relatado lo de Lucía-

-Está bien, es lógico y además siendo usted su preceptor me parece correcto que hayan tenido esa deferencia- Henestrosa tiró un capote a los ayudantes de Fermín, quien no puso buena cara a la licencia tomada por sus hombres, toda vez que les había aleccionado al respecto de que guardasen discreción hasta que él la levantase en persona y siguiendo instrucciones precisas del propio juez.

-Me imagino que estarán ya investigando- dijo el maestro con un tono de voz tan apagado que hizo difícil le entendieran a la primera.

-Por supuesto, Ernesto. Es cuestión de horas que le echemos el lazo a ese desalmado- Fermín se lanzó, sin esperar a que los demás abriesen la boca, para augurar más un deseo que la propia realidad.

-¿Tienen ya algún sospechoso?- preguntó el maestro con avidez en la forma y acomodándose de manera torpe las gafas.

-Si te soy sincero, Ernesto, mejor sería decir tres-

-Me alegro, Fermín. Pero lo decía porque me gustaría comentarles el comportamiento de un vecino del pueblo para que le añadieran a la lista-

*-Tú dirás-* le animó Fermín sin dejar de mirar al juez, quien puso un gesto de prevención ante lo que iba a escuchar.

*-Pues se trata de Barrero, ya le conocen ustedes los del pueblo-*

*-Pues, Ernesto-* habló Fermín *–A ese le tenemos el primero de la lista. De todas formas, nos gustaría refirieras qué motivo tienes para señalarle como sospechoso-*

*-Muy fácil. La niña, no sé si os ha puesto al día Concha, dejó las clases hace unos meses...-*

*-Cierto y conocemos ese extremo. Continúa-*

*-El caso es que, Fermín, señores, durante muchos días, y digo muchos porque no fueron dos, tres o cuatro, sino un montón, ese Barrero se presentaba a la salida del colegio y no dejaba de decirle cosas a la chiquilla. Concha me va a perdonar porque no se lo comenté en su día, pero por un motivo muy sencillo y es que conocía cómo ella misma iba a trabajar a su casa. No quería liar el asunto y como veía que Lucía no le echaba cuenta y se lo quitaba de encima, preferí no levantar esa liebre ¿No sé si me entienden?-*

*-Sí, sí, por supuesto. Adelante y cuéntanos más sobre ese Barrero-* le animó el guardia.

*-Bueno, en una ocasión y viendo que había ido dos días seguidos a buscarle, me acerqué a ella y le pregunté por aquel comportamiento de Barrero, pero ella me tranquilizó diciéndome cómo eran sólo recados para su madre y nada más-*

*-¿Y era así?-*

*-¡Claro que no, Fermín! Yo le observaba cada día y a la niña se le cambiaba la cara cuando el ganadero le hablaba, además se tomaba muchas confianzas manoseándole-*

*-¿Manoseándole? ¿Allí mismo? ¿En público?-*

*-Aprovechaba cuando los zagales salían disparados y le retenía el tiempo suficiente para, como el que no quiere la cosa, toquetearle mientras le hablaba pegándose a sus oídos. Asqueroso era verlo, Fermín. Pero ya digo que no pasé de ahí y ahora, lo confieso, me arrepiento de no haber tomado otra decisión más drástica, incluso denunciándole ante ti que, tal vez, hubiese evitado esta desgracia-*

*-¿De verdad piensa que es él quien le asesinó?- preguntó Henestrosa, algo sorprendido de aquellas confidencias que percibió durísimas contra alguien tan cercano en su comunidad y siendo, de igual forma, una persona muy respetada quien las hacía-*

*-¡Por supuesto! ¡Ha sido él! Además, tiene fama de ser un obseso con las mujeres y anda de prostíbulo en prostíbulo-*

*-¿Algún hecho más que pueda servirnos?-*

*-Nada más, Fermín. Pensaba ir a verte nada más dar el pésame a Concha. Me alegro de haberte encontrado aquí y tener la posibilidad de soltar esta carga-*

*-Tomamos nota de cuanto dices, Ernesto, e investigaremos enseguida al respecto-* contentó Fermín al maestro, a quien se le veía ansioso aún.

*-En cuanto a ti, Concha-* se dirigió el docente a la mujer, quien había permanecido en silencio sin lanzar improperios para el sospechoso indicado por éste *-Te pido aquí, delante de estos señores, tu perdón por no haber movido un dedo y callar lo que vi. Me acompañará este pesar lo que me reste de vida-*

*-Don Ernesto, no se apure-* habló respondiendo Concha con gesto comprensivo *-Usted no tiene por qué preocuparse. Yo le digo que mi Lucía jamás se dejó poner una mano encima por ese Barrero, ni por nadie. Y si le dijo cualquier cosa, ella le mandaría a freír espárragos. Y si fue él quien le quitó la vida, fue porque ella se resistió con todas sus fuerzas-*

*-Gracias, Concha, de corazón-* respondió el maestro tras guardar unos segundos de silencio, respetado por todos, en los que de nuevo sus lágrimas, a primera vista sinceras, se dejaron ver en sus ojos enrojecidos por la emoción que apenas podía contener sin exteriorizarla para, finalmente, dar un abrazo a la mujer quien aceptó la muestra de solidaridad de un hombre roto por el dolor de la pérdida de Lucía.

*-Bien, debo irme ya. Siento haber interrumpido su reunión, señores-*

*-No hay problema, Ernesto-*

*-Gracias, Fermín ¡Una pena muy grande!-* habló el maestro tanto al guardia como a Concha, limpiándose luego con los puños de la camisa las lágrimas que aún resbalaban por sus mejillas.

*-¡Tome, señor!-* se acercó Gabardino al maestro, dando dos poderosas zancadas, dejando fuera de juego a todos los demás, y ofreciéndole a una distancia prudencial un pañuelo de papel que había extraído del paquete que mostraba cogido con la otra mano.

*-Muchas gracias, la verdad es que me hacía falta-* dijo el maestro ante el gesto de Gabardino *-Lamento ponerme así pero es que, aparte de alumna aventajada e inteligentísima, Lucía era la bondad echa persona, caballeros.*

Prendes fue el primero en darse cuenta de la maniobra de Gabardino, quien permanecía de pie ante el profesor, muy serio, observándole de cerca sin soltar palabra. Luego, a raíz de aquella actitud, Fermín pareció comprender la acción, para finalmente el médico y Henestrosa tomar conciencia del hecho.

*-Veo que es usted zurdo, señor-* dijo Gabardino con un tono grave y clavando sus ojos en la mano izquierda del maestro.

*-Sí, claro, es algo que no puedo evitar. En realidad me manejo con las dos manos, aunque siempre tiendo a utilizar la izquierda con preferencia sobre la derecha. Ya ve cómo el instinto ha hecho que reciba el pañuelo de esa forma-*

*-¿Dónde se encontraba usted esta mañana?-* lanzándole de manera tan cortante como insidiosa esa pregunta al tal Don Ernesto, Paco Prendes se unió a su compañero en la sospecha sobre dicho individuo, revestido de un aura de respetabilidad tan trasnochada como el aroma de alcanfor que dejaba a su paso, y quien al conocerle hacía instantes le había recordado a uno de esos personajes arquetípicos de tebeos infantiles que guardaba en sus tiempos de colegial, como alumno del “Ramiro de Maeztu” madrileño, dentro de una caja de cartón bajo su cama y hasta creyéndole dibujado por el mismísimo Ibáñez con las ridículas gruesas gafas que iban resbalando de manera lenta por su nariz aguileña. Aparte de esto, a Prendes le había parecido cómo el sujeto extremaba las poses compungidas y las muestras un tanto exageradas de dolor, las cuales él había percibido como meras argucias teatrales; más próximas a la comedia que a un sentimiento profundo de pesar.

*-¿Qué dice? ¿Por qué me pregunta eso? ¿Quiénes son ustedes dos y qué hacen aquí?-* el maestro se puso en guardia ante el cambio de actitud de los dos investigadores.

*-Ernesto-* habló Fermín utilizando un tono tan conciliador como apaciguador – *Ellos son forasteros de paso porque han tenido una avería en el coche, pero amigos del juez. Los dos son inspectores de policía y colaboran con nosotros. Son de confianza, hombre, y sólo querrán tener todo controlado de las personas*

*que conocían a la niña-*

*-¡Serán lo que sean, pero me ofenden con esas preguntas. Parece como si me acusaran...!-*

*-¡No, hombre, no!- Fermín se fajó con el maestro –Verás, el hecho de plantearte cuestiones sólo es por descartarte como posible sospechoso. No quiere decir que lo seas. Y, además, todas las personas del círculo tanto de Concha como de Lucía recibirán igual tratamiento. Es sólo una rutina policial, entiéndelo-*

*-Bien, Fermín, pero ¿A qué viene esto del pañuelo? Lo que, por cierto, me parece de muy mal gusto ¿Y esas preguntas con tanto descaro?-*

*-Señor, nuestro asesino es zurdo- respondió Prendes, decidiéndose por fin a tomar la palabra tras dejar al guardia con su táctica de calmar al profesor, lo cual apreció como un acierto para ponerle en suerte para él mismo –O bien se lo hace, lo cual no sería de extrañar para enmarañar el caso. No obstante, siéndolo usted, es lógico que cotejemos sus movimientos y mucho más si sumamos a ese hecho que conocía de cerca a Lucía-*

*-De acuerdo- se rindió de una vez el preceptor de la niña ante la lógica aplastante de los serios argumentos de Prendes, aunque dejando constancia en su rostro de la contrariedad que le suponía ser tratado de esa forma y señalado en su comunidad como posible autor del asesinato –Hoy precisamente no he ido a dar clase. Me encontraba regular por una lumbalgia que arrastro hace días y decidí quedarme en cama; lo cual me ha aliviado y he podido por la tarde rehacerme*

*para andar un poco-*

*-¿Tiene alguien que corrobore lo dicho?-*

*-Pues, pues, no, la verdad es que vivo solo y...-*

*-¿Algún vecino? ¿Amigo? ¿Tal vez un conocido?-* insistió Prendes, sin dejarle ni siquiera una milésima de segundo para recapacitar la respuesta.

*-¡Ni lo uno, ni lo otro, ni lo de más allá!-* respondió enfadado el maestro, dejando ver el agobio en sus facciones por la continua presión del investigador y exclamando un tanto fuera de sí *-¡Ya le digo que no convivo con nadie, soy soltero y la persona que me arregla la casa no iba hoy!-*

*-¿Tiene usted coche?-* Gabardino agarró el turno.

*-Pues, no-*

*-Ernesto, perdóname que te contradiga-* habló Fermín con decisión en su réplica, aunque sin perder las buenas formas y el tacto con aquel hombre al que parecía respetar sobremanera *-Pero recuerdo haberte visto conducir un coche por el pueblo y también un par de veces camino del campo-*

*-Sí, bueno, Fermín, claro está. Me han preguntado si tenía coche y es la verdad que no. Aunque sí carnet de conducir y en el que me has visto manejar es en el*

*de mi hermana, Sabina-*

*-¡Sí, sí, que vive al lado del pilar!-* recordó Fermín.

*-Eso es, tal cual. Bueno, pues eso es todo. De vez en cuando lo conduzco para acercarme con ella al terreno que tiene y así ayudarle en lo que puedo-*

*-¿Tiene su hermana cabezas de ganado?-* Gabardino volvió a la carga.

*-Sí, pocas pero tiene-*

*-¿Qué tipo de coche es?-* siguió arañando información.

*-Es una furgoneta Citroën-*

*-¿Hoy la ha utilizado?-* Prendes atacó.

*-No, ya les he dicho que he estado aquejado de la lumbalgia y conducir es malísimo. No hubiese podido ni siquiera sentarme en el asiento-*

*-¿No ha ido al médico?-* Gabardino apretó la tuerca.

*-Ya fui la semana pasada y me había mandado el tratamiento. El caso es que,*

*como estoy con exámenes, pues lo dejé y así me he visto hoy. Nada más le he hecho caso, me he puesto mejor-*

*-¿Con qué se ha hecho esos rasguños en el dorso de la mano izquierda?-  
Prendes le preguntó después de levantarse, acercarse a él y agacharse hasta tener la mano izquierda apenas a centímetros de sus ojos.*

*-¡Fermín, no me gustan estas formas...!- se quejó de nuevo el maestro ante las maneras agresivas de Prendes, a quien le traía sin cuidado la opinión del sujeto que para él era lo más parecido a un sospechoso de tomo y lomo.*

*-¡Ernesto, hombre, tranquilízate! ¡No seas tan susceptible, joder! Verás, el inspector sólo se ha acercado a comprobar esas heridas en tu mano- el guardia lo tuvo más difícil para evitar la sublevación del maestro –Ten en cuenta que cualquier indicio debemos investigarlo y para unas como esas, las cuales se distinguen de forma tan clara, debes dar una explicación convincente-*

*-¡Lo que me faltaba! Vengo a dar un pésame y me ponéis, de una manera que calificaría de lo más torticera, el “San Benito” de sospechoso ¿Habrase visto más desfachatez? ¡No pienso decir nada más y...!-*

*-Vamos, vamos, Ernesto- Fermín se acercó a él y le dio una palmada cariñosa -Te prometo que, una vez nos des cuenta del motivo de esas heridas, podrás marcharte con toda tranquilidad de que no te molestaremos más. Claro está, siempre que estimemos lógica tu explicación y tenga visos de verosimilitud-*

*-¡Pues claro que es lógica!*- respondió el maestro bastante alterado, en una reacción que ninguno esperaba de alguien de aspecto tan comedido y, en cierta medida, apocado *–Me he raspado la mano porque, con el dolor que tenía, no se me ocurrió otra cosa este mediodía que levantarme a coger un libro de la estantería y, del latigazo que me dio, me fui al suelo de lleno. Al caer, me desollé la mano. Eso es todo-*

*-Entiendo. Sí que tienen su por qué esas heridas-* el guardia asintió, tras escuchar las palabras del maestro *-Y como lo prometido es deuda, Ernesto, puedes marcharte y disculpa el mal rato que te hemos hecho pasar...-*

*-¡Un momento, Fermín!*- interrumpió Henestrosa con voz de mando en plaza, quedando aquél mudo al darse cuenta cómo había tomado una licencia que no debía, para luego dirigirse al docente *–Señor, tenga en cuenta que es preciso revisar el coche de su hermana-*

*-No hay inconveniente alguno por mi parte-* respondió Don Ernesto, y esta vez con más seguridad tanto en sus palabras como en el tono utilizado *-Salvo que ella se marchó esta tarde a Usagre para ver a su suegra, quien también está en cama, y le puedo asegurar porque acabo de pasar por su casa cómo todavía no ha llegado. Y de paso advierto a ustedes cómo muchas veces se queda allí y regresa al día siguiente-*

*-Bien, en ese caso le voy a rogar nos avise mañana en cuanto podamos hacer esa inspección en el vehículo-* el juez dio por válida la excusa, que a Prendes y Gabardino les pareció muy floja aunque guardaron silencio ambos al respecto *– Ahora puede marcharse pero tenga en cuenta que, aunque no está detenido, sí es*

*sospechoso hasta tanto verifiquemos cuanto nos ha dicho-*

*-¡No creo justo que...!-*

*-¡Crea lo que quiera, señor mío!-* el juez Henestrosa optó por ofrecer su lado más autoritario *–Tenga en cuenta cómo nuestro trabajo es sospechar y usted reúne sobre sí muchas interrogantes e indicios, evidentes incluso en su piel y una coartada tan débil que, en otras condiciones y si no contara con el aval de Fermín como comandante de puesto, le costaría pasar la noche en el cuartelillo. De tal forma que considere un privilegio regresar a su casa y descansar en su cama-*

*-¡No esperaba ese trato y tal vez tenga que llamar a un abogado!-* el maestro se puso bronco al escuchar las palabras del magistrado.

*-Puede hacer lo que desee-* Henestrosa, comprobando la resistencia numantina del individuo, prefirió optar por la serenidad en su respuesta *-Incluso pedir ayuda legal, aunque vuelvo a repetirle que no está acusado de nada. Mañana, en el hipotético caso de que encontremos indicios en el vehículo de su hermana, sí le aconsejaría la buscara a la carrera porque iría directo a prisión a la espera de juicio-*

*-¡No encontrarán nada que me incrimine en ese coche!-*

*-Mejor para usted, señor. Ahora, vuelva a su vida normal y no deje de avisar a Fermín en cuanto tenga noticia del regreso de su hermana-* bajó el pistón

Henestrosa, quien se había mostrado duro en la acusación al maestro y, quizás, por su negativa a colaborar al comienzo del interrogatorio al que, de manera improvisada y gracias a las dotes de observación de Manolo Garbadino, había sido sometido a tres bandas.

*-Cuenta con ello-* mostró mesura en la despedida el maestro, rebajando igual que Henestrosa su tono y también la tirantez mantenida; en particular cuando aquél enseñó los dientes de manera clara y su determinación para destripar su intimidad a toda costa y comprobar su participación, o no, en el crimen.

Tras el adiós de rigor del profesor a Concha, quedaron de nuevo todos solos ante la mujer y Ricardo Henestrosa se dirigió a ésta sin perder más tiempo.

*-Concha, creo que hemos llegado al final de la visita y, antes de marcharnos, quería en nombre de todos pedirle de nuevo perdón por todas las molestias, si bien le digo que este mal rato que, seguro, le hemos hecho pasar tendrá pronto un envés de satisfacción para usted cuando le traigamos esposado al asesino que ha sembrado su casa de dolor. No lo dude y confíe en nosotros, porque además nos lo tomamos como algo propio. De igual modo, esas disculpas las ampliamos ante el espectáculo, casi carpetovetónico, al que le hemos obligado a presenciar de manera involuntaria cuando nos hemos echado encima de alguien a quien, nos consta, estima y siente gran respeto. Frente a esto, tenga en consideración cómo nuestra tarea se basa en las sospechas, de todos y de todo, y eso incluye hasta las personas más apreciadas tanto por usted como por Lucía, que Dios la tenga a su lado por toda la eternidad. Ahora, le dejamos descansar y esperamos mañana darle alguna noticia positiva sobre el caso-* concluyó Henestrosa, cuyas palabras coincidieron todos en que recogían el sentir general y, despedidos de Concha dándole la mano de la manera más respetuosa

uno a uno y reiterándole sus condolencias, abandonaron la casa para luego subir a los dos coches que les esperaban fuera.

*-¡Fermín!- llamó Henestrosa al guardia a su lado, acomodado el juez ya en el vehículo oficial cuando también aquél se disponía a poner sus anchas posaderas en el Land Rover de la Guardia Civil –Escucha: vas a ordenar a tus hombres que se acerquen mañana muy temprano a casa de la hermana del maestro y aguarden la llegada de ésta para, nada más se baje, echar un buen ojo al coche-*

*-Eso estaba ya pensado, Ricardo. Ahora se lo digo a mis muchachos en el cuartelillo, para que no se les pase el tema-*

*-Bien, Fermín, vamos con la segunda. Manda a Méndez y Luzón a rastrear al chaval que andaba detrás de la niña-*

*-Cuenta con ello. Además, sé dónde para y está localizado sin problemas-*

*-Oye, otra cosa- bajo su tono de voz el juez, acercándose más al guardia – También a primera hora coge el teléfono, llama a Tomás Parra y le dices que la estancia de Paco y Manolo, y me refiero a comidas, bebidas, habitaciones, llamadas y demás, corren por cuenta del juzgado. Que te haga la factura y me la mandas a Zafra-*

*-Hecho, Ricardo. Mañana, sin falta, le llamo-*

*-Estupendo, Fermín. Ahora, vamos a hacer otra visita y ésta menos luctuosa pero, me temo, más desagradable si cabe a los Barrero-*

*-¡Pues, no lo sabes tú bien, Ricardo!-* respondió Fermín meneando la mano de arriba hacia abajo, en un gesto claro que entendió a la primera el juez-

*-¡Con la iglesia hemos topado, Sancho!-* soltó el forense, quien acomodado en el coche del magistrado escuchaba las instrucciones de éste al guardia, persignándose una y otra vez nada más conocer el nuevo destino del grupo de investigación.

## CAPÍTULO VIII

A Prendes, y mucho menos a Gabardino, no se les pasó por alto el hecho de que en un período de tiempo ínfimo y en una distancia aún más insignificante, les parecía haber cubierto un periplo de horas y también de kilómetros a tenor de las abismales diferencias del entorno en el que se encontraban.

De tal forma que atrás había quedado el arrabal, con casucas de puertas vencidas, de maderas putrefactas, carcomidas, de fachadas de cal desprendida por doquier, de churretes en sus bases donde se mezclaba la humedad y la obcecada suciedad incrustada, de calles polvorientas, salpicadas de charcos, de cantos rodados salteados incomodando a los viandantes el paso sobre ellos, de aceras reventadas por las raíces de árboles inocentes acusados por la fuerza de aquéllas buscando sustento en lo profundo de la tierra, de tristes bombillas cada muchos metros que apenas alumbraban un trozo de terreno donde la oscuridad vencía a la escasa irradiación, cuando no andaban fundidas y abandonadas a su suerte desprovistas de pantallas que las dejaban al albur de la lluvia y la humedad imperante en las noches serranas.

De aquella suerte de elementos que caracterizaban las afueras del pueblo, de esos extremos con una atmósfera de pobreza sobrevenida, estancada, enquistada en el tiempo, reiterada, atosigando por generaciones a sus humildes habitantes, en tan sólo esos minutos, esos cientos de metros más arriba, Prendes y Gabardino comprobaban el reverso con calles bien empedradas, cuando no ya asfaltadas, de fachadas impolutas, bien alumbradas las casas alineadas con mármoles dando la bienvenida a los visitantes, de puertas de madera noble y adornos de metal bien bruñidos, de azulejos con exquisito diseño y cocidos en los milenarios alfares trianeros, de artísticas cancelas con cerrajería artesana y elegantes cristales esmerilados, de sugerentes y coquetos recibidores con plantas guardando una exquisita armonía regalando sus aromas silvestres inundando así el aire de sus efluvios en la noche primaveral; dando fe del desequilibrio de una sociedad que, por pequeña, nada tenía que le diferenciara de las grandes urbes donde ellos ejercían su labor policial.

Confirmaban esos extremos, percibidos por ambos en su misma observación, cómo la desigualdad del extrarradio de aquéllas era denominador común fuera cual fuese el entorno, el número, o la cantidad de ciudades, pueblos o aldeas, dejando al descubierto un pecado mortal de los propios humanos incapaces de superar el ansia de acaparar riqueza, presumir de bienes materiales o someter a sus congéneres a un símil de esclavitud mediante la perpetuación sine die de unas reglas establecidas; señalando la adscripción de cada uno a clases sociales en base a la posesión del vil metal, creando barreras infranqueables, acotando sus privilegios y, en la mayor de las villanías, dejando a los más débiles desamparados sin sentido de la equidad y la justicia, en una sublimación del egoísmo y el amor por lo propio.

No se demoraron demasiado ambos investigadores en arrinconar la filosofía, el

pensamiento y la meditación acerca de la execrable condición humana, profundamente depredadora tal como ambos solían coincidir en calificarla, cuando penetraron en la casa de los Barrero, la cual era todo lo opuesto a la de Concha, lugar donde recordaban flotaba una atmósfera opresiva en la que se palpaba la tragedia mezclada con la pobreza incardinada, siendo la del ganadero un compendio de opulencia y, como también pensaron unánimes, del mal gusto en cuanto a decoración, donde elementos dispares y también de un coste disparatado tal como advertían sus materiales nobles de los que estaban hechos, daban un aire abigarrado al conjunto que chirriaba de una manera terrible, y donde sólo había dinero y sólo dinero en cada rincón, cada objeto o bien paredes y techos atestados de verdaderos adefesios y, como excepción, un óleo colgado sobre una enorme chimenea encendida en este instante y a tamaño natural de la bellísima mujer que tenían enfrente, esposa del propietario y señor feudal de aquel castillo tan deprimente como decadente, de nombre Esperanza, y quien les invitó a todos a tomar asiento.

Tras hacerlo, impresionados por las dimensiones del salón donde se encontraban, los dos jóvenes inspectores quedaron sorprendidos por tanta magnificencia, aunque fuera de mal gusto el sofá de color cereza madura sobre una alfombra legítima persa donde el verde pistacho predominaba en toda su extensión.

*-Señora- Henestrosa abrió la terna con su verbo fácil y sus modales de niño criado en colegio de pago –Permítame, en nombre tanto de mis compañeros como del mío propio, presentarle nuestros respetos y también solicitarle su comprensión ante esta visita tan extemporánea, la cual no tiene otro objeto que aclarar una serie de cuestiones en relación a la pobre Lucía Chaparro, de quien ya supongo habrá tenido tristes nuevas-*

*-¿Cómo no voy a tenerlas?- mientras no dejaba de secarse las lágrimas, que repentinas brotaron con fuerza inusitada de sus enormes ojos almendrados del color del lapislázuli, respondió Esperanza con esa pregunta, dejando entrever algo de coraje en su expresión y, para enfatizar su estado anímico, de igual manera en el tono tan áspero que había utilizado ex profeso -¡Una desgracia enorme! ¡Una niña buenísima! ¡Un ángel para mi marido y para mí, y no digamos su pobre madre, a la que tanto quiero y respeto! ¡Jesús, qué trago más amargo para Concha! Mañana mismo iré a verle y consolarle en lo que pueda. Además, mi marido y yo correremos con todos los gastos del sepelio en cuanto se autorice por usted, señor juez. Es lo menos que podíamos hacer por ella y, sobre todo, por su madre que ahora fíjese con su enfermedad ¡Dios qué mala suerte esa pobre mujer! De todas formas, cuente con que nosotros, a partir de ahora, estaremos al tanto de cuanto precise-*

*-Le alabo esa decisión de echar una mano a Concha. Si le digo la verdad, habíamos hablado nosotros de hacer una cuestación y...-*

*-¡No, no, señor Juez!- le interrumpió Esperanza con decisión y sin medias tintas en su criterio -Ya le digo e insisto cómo nosotros queremos hacernos cargo de todo. Aparte, si ustedes quieren entregarle alguna cantidad, seguro que a ella le vendrá bien ahora que no tiene a Lucía y sus ingresos imagínese cómo van a quedar. Pero, tampoco se preocupe que yo permaneceré siempre pendiente de ella y de lo que le haga falta. Se lo merece-*

*-Entonces no se hable más y le digo que ese gesto habla de su bondad y, sobre todo, humanidad, señora-*

*-Gracias, señor juez. Y ahora, dígame qué se les ofrece-*

*-Pues, verá, señora, no es fácil decirle cómo tenemos que hacerle pasar tanto a usted como a su marido un rato poco agradable, pero parte de la investigación requiere su respectiva colaboración-*

*-De acuerdo. Por mi parte, cuando usted quiera. Aunque mi marido se marchó esta mañana a Sevilla y aún no ha vuelto-*

*-¿A qué hora salió?- pregunto Fermín.*

*-Pues sobre las siete y media. Bueno, él duerme poco ¿Saben? Por eso se levanta tan temprano y la mayor parte de los días se va para la finca, pero hoy me dijo que salía para Sevilla a reunirse con unos tratantes de ganado. Es habitual que haga esas idas y venidas por temas del negocio de la finca-*

*-¿Más tarde le vio?- insistió el guardia.*

*-No, no, por supuesto que no. Una vez que se va, ya hasta la noche o algunas veces hasta el día siguiente no aparece. Incluso se desayuna en El Culebrín y sigue su camino-*

*-Señora, dígame si hoy llegó Lucía a entrar en su casa-*

*-Señor juez, si le digo la verdad pues no la vi. Pero sí estuvo y muy temprano*

*porque la escuché hablar con mi marido, nada más asearse él, y bajar a esta planta baja de la casa. Así que ya lo creo que anduvo por aquí-*

*-¿No la vio usted cuando se levantó?-*

*-No, Fermín. Por eso no puedo decir que la vi, sino que la oí. Pensé que algo le habría ocurrido y tuvo que salir de la casa y, bueno, no querría despertarme porque me volví a dormir luego-*

*-Esperanza- habló de nuevo el juez -¿No hizo por saber qué había pasado?-*

*-Pues, no voy a andarme con rodeos, juez. Le confieso con sinceridad que no ¿Quién iba a imaginar ese desenlace tan trágico? Pensé en una fiebre, un dolor que tuviese, o incluso se torciese una mano o un pie con la faena. Además, cuando llegué a la cocina tenía todo por medio, y hasta su rebeca sobre la silla, su bolso encima de la mesa, las llaves de su casa. En fin, todas sus pertenencias incluso sus zapatos, porque siempre se cambiaba y se ponía otros más cómodos para hacer el trabajo de casa-*

*-¿Por qué no fue a preguntar a su madre?-*

*-Pues, Fermín, ahora mismo te digo que lo pensé, pero también que, como había quedado en Sevilla con una amiga para ir de compras, pues me dije que al llegar me acercaría. Además, juro pensé en ese momento que se habría ausentado por algo momentáneo y regresaría más tarde. La verdad que sólo eso, sin alarmarme. Y es que no le di mayor importancia porque ella tenía toda mi*

*confianza para entrar, salir o lo que quisiese. De todas formas estaba yo tan aturrullada esta mañana que hasta se me pasó tenía cita con el médico, así que borré el tema de la cabeza porque estoy atareadísima estos últimos días por motivo de que tengo dos bodas ¿Saben? ¡Tal como les digo! ¡No una, sino dos! Así que háganse una idea en qué lío estoy metida con los trajes, los complementos, los zapatos, los...bueno, les aburro con estas...-*

*-No, no, no se preocupe y le entendemos. Son cosas de mujeres, y una boda es especial-*

*-Y tanto, señor juez-*

*-O sea que ha estado usted todo el día fuera de la casa- cuestionó de nuevo Fermín.*

*-Claro. Bueno, he llegado a las nueve de la noche y agotada, sobre todo porque la carretera está cada día peor, con un tráfico indecente de camiones y, para colmo, esos baches que no acaban de arreglar nunca. Así que se hace desesperante el viaje-*

*-Tienen, entonces, dos vehículos-*

*-No, señor juez, tres para ser exactos. Mi marido cuando va a Sevilla siempre conduce el Mercedes descapotable, en mi caso tengo un BMW pequeñito, más manejable, ya sabe, de tres puertas, y aparte tenemos para la finca un Land Rover enorme que soporta esos días de barro cuando llueve, y que son muchos*

*cuando llega el invierno-*

*-¿Cómo se ha enterado de lo de Lucía?-*

*-Señor juez ¡No se lo va a creer! Y le digo que la gente tiene unas ganas de que haya noticias así de duras para soltarlas sin venir a cuento. Ese es uno de los defectos de estos pueblos: las ganas de cotillear; que si esto, que si aquello. El caso es que me he enterado en la gasolinera a la salida del pueblo, porque he visto que el depósito estaba en reserva y no me gusta tenerlo nunca así. Bueno, pues fue todo parar el motor y el operario, casi sin bajar la ventanilla y decirle que llenara el depósito, me lo soltó de sopetón. Me dio casi un soponcio al escucharlo y el hombre al final tuvo que ir a por un vaso de agua de la impresión que me dio-*

*-Señora-* continuó en el uso de la palabra el juez, acaparando la atención de Esperanza y de quien sabía, por confidencias de Fermín, mediaba la cuarentena aunque no aparentaba ni siquiera treinta y cinco primaveras a tenor de la esbeltez que exhibía la figura con la cual contaba, sumado a un rostro sin un solo testimonio incómodo, y perverso también, del inexorable paso del tiempo y un cuidado tanto en su cabello como sus manos difícil de encontrar; con una estatura un tanto por encima de la media en las féminas y unas facciones tan pequeñas como equilibradas que le conferían una atractiva impronta de mujer madura con toda la clase y elegancia que le faltaba al lugar donde residía; por lo cual no dudó que el decorador fuese su marido y dueño de ella misma.

*-Usted dirá, señor juez-* respondió Esperanza con una sonrisa, tras quedar Henestrosa atrapado en la espinosa maraña de sus propios pensamientos y

también en la profundidad de sus ojos.

*-Disculpe, sí, claro, señora-* pareció despertar el magistrado tras unos instantes petrificado, regresando a la realidad tras ser cautivo de una suerte de vórtice recreado por su mente, el cual desembocaba vertiginoso en el rostro de aquella mujer, encandilado aún de su mirada magnética que destrozaba, tan silente como dulce, su concentración en el interrogatorio *–Pues, verá, quería preguntarle por un tema un tanto espinoso-*

*-Bien, no hace falta que siga. Me va a preguntar si mi marido y yo nos llevamos bien ¿No es eso?-*

*-Bueno, señora...-* Ricardo, confuso por la anticipación de Esperanza, apenas encontró palabras y, mucho menos, argumentos.

*-No se preocupe, hombre. Ya sé que es la comidilla de toda la vecindad ¡Qué digo! De todo el pueblo ¡Caramba! Si es que debemos estar en la portada del “Hola” de Monesterio. Y tienen toda la razón, señor, porque tenemos bronca día sí y día también. Pero el motivo es por ese carácter tan agrio y despectivo con todos y él conmigo no es una excepción ¿Sabe? Vamos, que se afana en tratarme igual que a sus peones, o aparceros, o lo que sean. Él es el amo y señor y tiene esa mala costumbre y yo, que soy de armas tomar y no paso por eso, le replico y ya la liamos. Pero, en confianza, perro ladrador poco mordedor. Quiero decir que se enfurece en un segundo y en otro se achanta. Y, aunque parezca lo contrario, las apariencias engañan y le aseguro somos un matrimonio bien avenido-*

*-Bien, entiendo, señora. De cualquier forma, no quisiera herirle con la pregunta que viene a continuación-*

*-No me hiere nada, señor juez. Son muchos años junto a él y le conozco. A veces le soporto y otras pierdo los nervios. Y también imagino que le habrán dicho que anda por ahí buscando malas compañías; femeninas se entiende ¿No es cierto?-*

*-Bueno, no quería decir que...-*

*-De acuerdo, señor juez. Es cierto. Pero no como se lo habrán pintado. Porque alguna vez le hayan visto en un sitio de esos, no quiere decir que siempre esté allí. No se crea todo lo que le dicen, porque hay quien presume de moralidad de manera falsa y va soltando calumnias para tapar sus devaneos. Y de esos hay en este pueblo unos cuantos que se dan golpes de pecho y no se imagina lo que hacen en cuanto ponen el pie fuera del término municipal. Así que tire la primera piedra quien esté libre de pecado-*

*-Comprendo, señora-* dijo Henestrosa, casi hipnotizado sin perder de vista los labios de Esperanza, ni tampoco su forma enérgica, y a la vez distinguida, de responder a sus preguntas o, más bien, sus conatos de éstas a tenor de la largura de ella en los temas que proponía casi de manera torpe *-Ahora, sí que debo pedirle disculpas de antemano por lo que voy a preguntarle-*

*-Ya le digo que muy poco, a estas alturas de la vida, me sorprende, señor juez. Pero, adelante-*

*-¿Vio usted, en alguna ocasión, insinuarse a su marido con Lucía?-*

*-¡Madre del Amor Hermoso! ¿Hasta ahí llega la cosa?-* exclamó Esperanza y esta vez alzando el tono y quedando de verdad sorprendida ante lo que escuchaba.

*-Siento incomodarla, señora...-*

*-¡No me incomoda usted, señor juez! ¡Lo que sí me fastidia y me guardo la palabra que le viene al pelo, es la capacidad de algunos, con muy malas entrañas, para lanzar infundios malintencionados! Y por supuesto que mi marido le decía cosas a Lucía ¿Qué hombre se resistiría ante esos dieciséis años, tan guapa y tan linda que era? Claro que le echaba algún piropo de vez en cuando, pero sin maldad, como se lo podía decir a otra por la calle. Es un hombre ¿O no? ¿Y no es eso lo que hacen los hombres? ¡Que se vayan al cuerno todos esos que van levantando calumnias!-*

*-Bien, sólo era una pregunta y ya hemos entendido el sentido de su respuesta y, al menos por mi criterio, considero suficiente para nuestra investigación-*

*-Gracias, señor juez, por sus buenos principios al no hacer caso a esos comentarios ¿Cree usted de verdad que en sus casas esos hombres, quienes ensucian el nombre de mi marido, no hacen lo mismo con sus criadas? ¡Todos lo hacen! Así que ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio-*

*-Bien, cerremos este tema, Esperanza. Ahora, si no es mucha molestia,*

*quisiéramos ver el interior de ese vehículo Land Rover que nos ha comentado-*

*-No hay problema. Está aparcado en el garaje. Si les parece, síganme y se lo abro-* respondió Esperanza con buen talante, levantándose y encaminando sus pasos, seguida por el equipo policial en pleno, hacia el exterior del salón para después transitar por dos pasillos amplísimos y decorados con tan mal gusto como el salón, hacer lo propio con dos cocinas, dos bodegas, un pequeño jardín bien alumbrado donde observaron el cuidado que tenía, otro pasillo jalonado de ventanas y, por fin el garaje que ella misma abrió invitándoles a pasar, donde en efecto se encontraba un coqueto BMW de color azul de Prusia reluciente y casi sacado del concesionario y más allá un Land Rover; éste con mucha más edad, aunque muy bien conservado.

*-Pues, señores, aquí tienen el vehículo. Resulta que está abierto según veo así que, si quieren, pueden ya observar su interior-* les invitó Esperanza, apartándose después un tanto para que todos pudieran acceder.

*-Muchas gracias, señora, procederemos-* contestó con una sonrisa casi cómplice Henestrosa, sin dejar de admirarle tan de cerca y contemplar aquellos rasgos perfectos y armoniosos que tenía en el rostro y, embriagado, oler el perfume que exhalaba su piel dejando a su paso una estela densa e inconfundible de Rosas de Bulgaria.

*-¿Abro yo?-* preguntó Fermín, a quien se le vio más decidido para pasar a la acción.

*-No te prives, hombre. Pero, oye, coge un pañuelo por si las moscas-* le advirtió Felipe y cosa que hizo de inmediato el guardia. Una vez de par en par la puerta trasera del Land Rover, uno por uno fueron escudriñando con la mirada el interior hasta que el forense señaló un punto.

*-¿Lo veis?-* preguntó Felipe a los demás.

*-Y tanto que lo vemos-* Fermín, acercándose al máximo, respondió el primero.

*-Es sangre seca; pero sangre al fin-* añadió Henestrosa.

*-Y, si os fijáis, observad que también hay lana pegada-* dijo indicándolo el médico.

*-Bien, habrá que analizarla ¿No?-* pregunto Fermín.

*-Sin duda-* contestó Felipe *-La verdad es que lo más probable es que sea de algún animal, pero también pudiese resultar humana y eso pondría las cosas muy feas a su propietario-*

*-Bueno, vamos a echar un ojo a la parte delantera-* dijo Ricardo, siendo seguido de nuevo por todos. Abrieron las puertas de piloto y copiloto, aunque no hallando cosa digna de mención.

*-Aquí poca cosa-* dijo Fermín.

*-Salvo que el microscopio entre en acción-* le rectificó Felipe.

*-De acuerdo. Primero la parte de atrás y luego la de delante, doctor y...-* el juez se quedó parado en sus instrucciones cuando irrumpió de pronto en el garaje Luciano Barrero, con aspecto y formas de elefante en una cacharrería a lo que añadía un gesto nada halagüeño.

*-¿Qué ocurre aquí? ¿Qué es todo esto?-* retumbaron en las paredes del garaje las palabras salidas de la boca del ganadero como si llevasen fuego, dejando ver la furia en sus rasgos, moviendo de manera amenazante sus brazos y quedando a centímetros de Gabardino, a quien observó por su altura casi pareja a la de Prendes como si fuese a aplastarle; siendo Fermín oportuno al interponerse en las intenciones de aquel energúmeno corpulento, de estómago prominente y gruesa papada, cuyo aliento delataba las muchas copas que habría ingerido.

*-¡Tranquilo, Luciano, hombre, que sólo estamos haciendo una comprobación y...!-*

*-¿Qué coño de comprobación? ¡Esta es mi casa y ustedes se van a ir ahora mismo! ¡Además! ¿Dónde está la orden judicial?-*

*-La tiene usted enfrente, señor-* contestó con la debida cachaza el juez, oponiendo ésta a la virulencia tanto en el lenguaje como en los gestos de Barrero.

*-Es el juez Ricardo Henestrosa, Luciano. Así que cálmate-* intervino su esposa acercándose a éste, si bien con resultado nulo a tenor de la expresión de enfado que le devolvió.

*-Luciano, verás, sólo es un momento y nos marchamos-* contemporizó Fermín, sin querer hacer uso de la autoridad conferida y pareció obviar las miradas tácitas de aquél, seguro en la confianza de que conseguiría aplacar los modos violentos del propietario de la casa y principal sospechoso.

*-¡Ni juez, ni leches! ¡Me cago en,...!-* fue la tan expresa como rotunda declaración de guerra de Barrero, quien se dio la vuelta, desanduvo los pasos que había dado para llegar hasta allí y luego desapareció jurando en arameo, voz en grito, por una portezuela al otro lado del garaje.

*-¡No se preocupen. Él es así. Ya les advertí!-* Esperanza habló así de vehemente al ver la reacción de su marido, por otra parte no muy desviada de la que a ella misma le hacía más de una vez y, calculaban todos, se reservaba *-Está enfurruñado y es mejor dejarle. Ahora regresará con menos humos y podrán ustedes charlar con él más relajado, una vez se le pasen los nervios. Es que no se puede controlar esos pronto que tiene de repente y...-*

*-Pues va a tener que tomarse algo, aunque me temo que en prisión-* interrumpió Gabardino hablando desde el otro lado del Land Rover, hacia donde se había escurrido mientras todos estaban pendientes de las bravatas del ganadero-

*-¿Cómo? ¿Qué pasa, Manolo?-* preguntó Henestrosa acercándose hasta donde

estaba aquél, seguido por todos e incluida Esperanza.

*-Si os fijáis en la pared, es evidente-* respondió Gabardino con suficiencia y, al mismo tiempo, señalando una serie de salpicaduras de color rojo-

*-No andas descaminado, Manolo-* dijo el forense una vez examinado de cerco el hallazgo *-Es sangre indudable-*

*-Esperanza ¿Tiene alguna explicación?-*

*-Señor juez, le juro que no tengo ni idea de cómo ha llegado esa sangre a la pared-* respondió sorprendida la mujer, mientras daba un paso hacia atrás de donde se encontraba y se mesaba el cabello en un gesto de nerviosismo que los investigadores no pasaron por alto; de manera especial Prendes, quien olisqueó algo indefinido pero que levantó sus orejas de sabueso.

*-¡Buenas noches!-* oyeron todos a sus espaldas y, vueltos hacia la entrada del garaje, observaron a otro individuo que acompañaba a Barrero, quien parecía más calmado y sin pronunciar palabra *-Soy Andrés Mata y, aparte de vecino, abogado de Don Luciano-*

*-Buenas noches, letrado-* contestó el juez *-Creo no puede llegar en mejor momento para que asista a su cliente. Me imagino estará al día del asesinato de Lucía Chaparro, quien prestaba servicio en esta casa-*

*-Señoría, el hecho de que la joven trabajara en el domicilio de mi cliente no tiene vinculación alguna con su asesinato. Por lo tanto, les ruego en su nombre abandonen el domicilio, ya que considero un atropello esta situación sin un motivo para tratarle como un vulgar sospechoso-*

*-Letrado, le rectifico. Le tratamos sólo como sospechoso, lo de vulgar tiene mucha razón y no es calificativo para su cliente dada su altanería cuando los indicios, una vez revisado este garaje, apuntan a su autoría-*

*-¿Qué coño dice?- saltó Barrero perdiendo de nuevo las formas y la educación a quien su abogado, que tendría año arriba, año abajo, la misma edad que él aunque no tan corpulento y por el contrario enjuto, nariz aguileña, perilla salpicada de canas y un tono cetrino de piel que le confería un inconfundible aire semítico, le rogó guardase silencio.*

*-Señoría, ante su aseveración, tanto mi cliente como yo mismo estamos confusos respecto a lo que quiere dar a entender-*

*-Pues, si se acercan aquí los dos, letrado, saldrán de dudas- respondió el juez, aplicando la mayor serenidad a su respuesta, y así logrando que tanto Barrero como su picapleitos de cabecera acudieran hasta donde estaban todos.*

*-Dígame, señor Barrero- preguntó Ricardo, nada más aquél estuvo a centímetros del indicio encontrado -¿A qué se deben estas salpicaduras de sangre en la pared, en primer término y, en segundo, los restos igualmente que puede observar en la parte trasera del Land Rover?-*

-¿Y para eso tanto jaleo? ¡Me voy a cargar en la p...!- Barrero inició un nuevo paréntesis despotricando, mientras el abogado gesticulaba en silencio sin que pudiese frenarle, aunque de repente pareció enmendarse el ganadero por sí solo y responder sin que fuese necesario su más que atribulado concurso –Mire usted, juez, el Land Rover si tiene sangre es porque me traje tres pollos que habíamos matado en la finca y es normal que algo se quedase ahí...-

-¿Y esa lana de oveja ensangrentada?- le interrumpió el juez señalando dos o tres cúmulos.

-¿Qué coño? ¡Pues de las ovejas que llevo de un sitio a otro! ¿O las voy a poner conmigo delante? ¡No te digo!-

-¿Y la sangre en la pared?- el juez continuó pinchando a Barrero, a quien su abogado pareció darle carrete viendo que se defendía de manera airosa.

-Eso lo vamos a resolver ahora mismo- contestó Barrero, en esta oportunidad más calmado y también añadiendo un sosiego inaudito para el temperamento chulesco que le caracterizaba, de lo cual había dado ya buena muestra a todos, si bien le duró poco la supuesta calma chicha de su ánimo al dirigirse a continuación a su esposa- ¡Esperanza, coño, muévete y trae a los perros enseguida!- ordenó a la mujer, sin una pizca de educación ni en el tono ni, mucho menos, en la forma.

-¿A los dos?- preguntó Esperanza, quien tenso todo su cuerpo se aguantó a duras

penas las ganas de devolverle una mirada despreciativa de la que su marido era justo merecedor, extrañada ante la petición de éste.

*-¡Que sí, coño!-* volvió por sus fueros el ganadero con su esposa, quien no fue ajena a la expresión de odio contenido por aquel sujeto aborrecible que, de manera tácita, le transmitieron los ojos de Henestrosa.

*-¿Estás seguro de que a los dos?-* insistió la mujer.

*-¡Pues claro, joder! ¡Si te digo los dos, son los dos! ¿O estás sorda?-*

*-Luciano, ya sabes cómo se llevan los dos-* advirtió de nuevo Esperanza, sin reaccionar ante el tan cobarde como insistente avasallamiento verbal de su marido delante de todos.

*-Eso es lo que quiero que vean esta gente ¡Me cago en la pu..! ¡Venga, coño, andando, tráelos ya y cierra el pico!-* dijo Barrero cerrando la porfía con su paciente cónyuge, quien una vez más se tragó, no sin esfuerzo, la forma tan grosera de tratarle en público con esa actitud rayana con la misma humillación; lo cual produjo en todos una sensación de vergüenza ajena ante el espectáculo tan deprimente de aquel tipo soez, malhablado y de un despreciable carácter colérico.

*-En tanto llegan hasta aquí esos dos testigos caninos propuestos por usted, con tanto interés para su defensa, señor Barrero, será mejor aprovechemos para que nos diga si vio esta mañana a Lucía-* le habló el juez con mesura, pero a la vez

mostrándole los dientes bien apretados y, en su interior, manteniendo a raya como podía sus intenciones de decirle algunas palabras poco elegantes, obviando a conciencia la corrección verbal de la que en cualquier ocasión solía alardear, acerca del ruin comportamiento mostrado con su esposa.

*-Pero bueno ¿Cómo no iba a verla?-* Barrero no dejaba su estilo desafiante contestando con preguntas *-¡Pues claro que la vi! Como todos los días. Me levanto muy temprano y más hoy que tenía que viajar a Sevilla-*

*-¿Recuerda si ella acababa de llegar?-*

*-¿Cómo voy a saberlo? ¡Vamos a ver, juez, entérese! Yo iba a lo mío y sólo crucé dos palabras cuando me puso sobre la mesa el café y las tostadas. Supongo que estaría allí hacía rato y es lo normal, porque siempre llegaba bien temprano-*

*-¿Le mencionó algo sobre si tenía que salir de la casa para algún asunto propio esta mañana?-*

*-¡Que no, coño! ¡Qué pesado! Ya le digo que fue buenos días y hasta luego. Además yo tenía prisa-*

*-Luciano, por favor, responde con corrección-* le llamó la atención su abogado con cara de circunstancias, aunque teniendo claro era caso perdido aquel tipo.

*-¿Es cierto que condujo el Mercedes hasta Sevilla, tal como nos ha confiado su*

*esposa?-*

*-Y dígame usted ¿Cómo voy a ir a Sevilla? ¿Con el Land Rover? ¡Vamos, hombre! Pues natural que fui en el Mercedes. Como siempre hago-*

*-¿Seguro que antes no arrancó el Land Rover?-*

*-Ya estamos otra vez ¡Que le digo que no, hombre! ¡Que no, coño! Vamos a ver ¿Cómo se lo digo? ¡Que sólo lo cojo para ir a la finca y punto!-*

*-¿A qué fue usted a Sevilla?-*

*-¿Y a usted qué le importa?-* respondió Barrero en el colmo del desaire al magistrado, lo que éste se tomó de manera deportiva permaneciendo inalterable sabedor de que, justa esa, resultaría ser la actitud más oportuna con semejante malencarado.

*-¡Luciano, así no! ¡Debes guardar un respeto al juez! Por favor, tranquilízate-* le reconvino su letrado de nuevo con evidentes muestras de desacuerdo hacia su conducta, tanto en su rostro como en su tono, al que añadió cierta severidad - *Responde como quieras, pero guarda las formas y sin faltar ¿Entendido?-*

*-Sólo fui a vender ganado-* pareció Barrero venirse abajo tras el tirón de orejas de su leguleyo de guardia en la casa de al lado, a quien buena papeleta le había tocado con su defensa - *Y digo yo, y dígame usted, juez ¿Qué malo tiene eso? Es*

*mi negocio y voy allí todas las semanas-*

*-¿Tiene quien confirme esa respuesta?-* siguió apretando Henestrosa.

*-¡Lo que me faltaba por oír! ¿Y usted para qué quiere saber con quién he andado y lo que he hecho?*

*-¡Luciano!-* exclamó esta vez su abogado de manera casi marcial, viendo cómo reincidía en su error con un trato desconsiderado al juez.

*-¡Si es que me sacan de quicio las preguntas tan tontas, joder y...!-* los ladridos y gruñidos de los perros, a quienes traía Esperanza aguantándoles los continuos tirones que le daban, incluso estando ambos canes bien amarrados y además esforzándose a cada momento por separarles, consiguieron frenar de manera momentánea la intención de Barrero para acordarse de la familia tanto del juez como de sus acólitos aquel día.

*-¡Trae para acá a esos dos!-* le ordenó a su esposa el ganadero, quien se hizo cargo de los perros y los acercó hacia la pared con restos de sangre; echándose para atrás todos dado que se trataba de dos mastines que llegaban por la cintura al grandullón de su dueño y con un carácter tan exaltado como él. No paraban de ladrar y gruñir y, en un momento, uno de ellos lanzó una dentellada al cuello del otro que, de no tener un collar dentado, le hubiese abierto un buen boquete, a lo que respondió el atacado con idéntica maniobra pero con más brío a la hora de morder.

-Bueno *¿Está usted viendo?*- Barrero preguntó al juez Henestrosa, quien guardó una distancia prudente por la virulencia de los ataques entre los dos canes y, en mayor medida, por las fauces babeantes que daban pavor sólo verlas –*Estos dos el otro día tuvieron aquí una buena pelea y se mordieron. La sangre de la pared es de eso y, si no, mire usted el rabo de éste y la pata del otro*- dijo el ganadero señalando los dos sitios donde eran muy claras las heridas y, además, con cierta profundidad de las respectivas dentelladas de dos animales que superaban con creces los sesenta kilos.

-*Espero esté claro el asunto, señoría, y dejen por fin a mi cliente*- añadió el abogado Andrés Mata, quien también acompañó con una sonrisa sus palabras sabiendo cómo era concluyente el argumento presentado.

-*Bien, de acuerdo, creo es suficiente por esta noche*- dio Henestrosa por cerrado el tema, sin oponer resistencia al letrado y su petición.

-*¡Pero, bueno! ¿Noche? ¡O sea, que los señoritos quieren también joderme el día de mañana!*- Barrero parecía querer subirse por las paredes tras escuchar el comentario tan poco clarificador del juez quien, en realidad, lo había lanzado en ese sentido con tal de ganar tiempo tanto para indagar como rastrear más pruebas concluyentes.

-*¡Señor Barrero, que usted diga, y así lo parezca, que la sangre de la pared es de estos perros no quiere decir que lo sea!*- respondió Henestrosa poniéndose más serio, a ver si así aquel patán entrado en carnes frenaba su aire de desafío y desprecio continuo.

*-Luciano, es necesario contrastar la sangre y dilucidar si es perruna o bien humana-* habló el Felipe el forense, quien había estado a expensas del juez y su firme criterio.

*-¡Iros todos a tomar por el culo! ¡Fuera de mi casa, coño, ya!-* Barrero entró en cólera y contagió ésta a los dos mastines que, en un despiste de éste con las correas, estuvieron a punto de dar una buena dentellada tanto a Henestrosa como al forense, quienes se encontraban a la vanguardia del grupo junto a la pared.

*-¡Luciano!-* le gritó su abogado, incapaz de contener la ira que salía por la boca de su defendido *-¡Retira los perros y guarda silencio, por favor!-*

*-¡Abogado!-* el juez se impuso sobre los ladridos y las voces de Barrero *-Haga ver a su cliente que mañana mismo, por las buenas o por las malas, procederemos a realizar los análisis oportunos para aclarar el origen de esas salpicaduras de sangre-*

*-¡Sobre mi cadáver!-* respondió aún más fuera de sí el ganadero, quien con descaro amagó con soltar a sus mastines y que éstos hiciesen el resto con los visitantes para así echarles de allí con sendas mordeduras; hasta el punto de que uno de ellos llegó justo hasta donde permanecía Ricardo Henestrosa, rozando con el hocico su brazo y sólo los reflejos de Manolo Gabardino, y de igual modo su espléndida forma física al apartarle en décimas de segundo, impidieron que el can se llevase entre sus colmillos un buen trozo de la extremidad del magistrado.

En medio del ataque y la trifulca, se oyó un disparo y a continuación un silencio

que incluyó a los dos perros; también aturdidos al resonar aquél en las paredes del garaje.

-¿Te encuentras bien, Ricardo?- preguntó Fermín, quien todavía permanecía con la pistola reglamentaria humeando en su mano derecha apuntando hacia el techo-

-Sí, Fermín. Pero, hombre, no hacía falta sacar la artillería- contestó Henestrosa, haciendo gala de un buen humor -Y tú, Manolo, gracias por ese empujón que me ha evitado un buen mordisco de ese chucho-

-¿Chucho? ¡Pero si es una mala bestia!- respondió Fermín.

-No es para tanto, hombre- insistió Ricardo.

-Pues a mí me ha faltado poco para escupir el corazón como si fuese un hueso de aceituna- soltó el guardia tirando de su gracejo natural, incluso en aquella lamentable situación.

-Señoría, siento de verdad...- habló, temblándole la voz, el abogado de Barrero.

-Vamos, letrado, no pasa nada. A cualquiera se le puede escapar el perro ¿O no es así, señor Barrero?- respondió el juez sin querer dar importancia al suceso y también ofreciéndole la oportunidad de relajar su postura al ganadero.

-¡Es que este pedazo de cabrón es muy inquieto!- contestó señalando Barrero a

uno de los perros, quien seguía observando con fijeza al juez en tanto gruñía como claro signo de advertencia.

*-De acuerdo, Barrero, mañana sin falta recuerde haremos esas pruebas y su abogado seguro le advertirá, nada más abandonemos esta casa, de las consecuencias de la manipulación o borrado de aquéllas-*

*-No se preocupe, señor juez, que estarán en su sitio y a su disposición-* contestó el letrado mirando a su cliente, quien esta vez se frenó manteniéndose callado y, así, por fin otorgando.

*-Bien, por ahora esto es todo. Señores, señora, hasta mañana entonces-* saludó finalmente Henestrosa tanto al propio Barrero y su letrado como a Esperanza para luego, acompañado del séquito policial, salir del garaje por la puerta que daba a la calle donde aguardaban los coches oficiales.

*-¡Fermín!*- habló Henestrosa al guardia, quien estaba justo para entrar en el Land Rover *-Antes de irte a descansar, y aparte de lo comentado en casa de Concha, te llegas al cuartel y da instrucciones para localizar al padrino de la niña a primerísima hora-*

*-Ya lo tenía pensado, Ricardo. No te preocupes que nada más llegue le dejo recado a los muchachos-* respondió Fermín acomodándose por fin en el coche, dejando ver el cansancio que acumulaba de todo el día al que se había unido la madrugada del siguiente.

*-Hoy sí que nos hemos ganado el jornal ¿No Fermín?- el juez le dio una palmada a éste en el hombro al verle bostezar.*

*-Pues tal como está el tema, Ricardo, aún nos queda faena y más con el ganado que tenemos detrás de esa puerta que se acaba de cerrar, a Dios gracias-*

*-No te apures que a éste fulano sí le domamos-*

*-Ricardo, no sabes los recursos y, sobre todo, la mala leche que tiene ese cabrón de Barrero-*

*-Bueno, Fermín, seamos optimistas y si Felipe nos confirma que es sangre humana le empitonamos-*

*-A ver si nos empitona él a nosotros y nos parte en dos la femoral y, de paso, la safena- saltó Felipe en tono de advertencia y bien serio -Ese bicho es de cuidado, Ricardo. Ya has visto cómo se las gasta él solito, sin echar mano de los gerifaltes de la Diputación Provincial o el Gobierno Civil que son de su cuerda y llevan el mismo emblema bordado en la camisa-*

*-Puro artificio, caballeros, sólo una pantalla. Nada más le apretemos con una prueba clara se nos derrumba y empieza a menear el rabo-*

*-¡Dios te oiga, Ricardo!- apostillo el médico –Y ahora, si no mandas otra cosa, éste que está aquí se va directo a la cama-*

*-Gracias, Felipe, Fermín. Y vosotros, Paco y Manolo- a colación se dirigió el juez a sus amigos –No sabéis lo que os agradezco vuestro esfuerzo, y mucho más sabiendo que estáis disfrutando de un merecido descanso-*

*-Nada, Ricardo, lo nuestro es pura afición- respondió Prendes -Ya te digo cómo lo que tenemos los dos con el tema del crimen es casi de psiquiatra y, sin que se entere el jefazo en Sevilla, pagaríamos por hacer este trabajo-*

*-¡Chitón, compañero!- exclamó Henestrosa guiñando un ojo a su amigo –Pero ahora es lógico tomemos un receso y nos vayamos a descansar como Dios manda. Mañana será otro día...-*

*-Así es, Ricardo, mañana será otro día ¡Y veremos al tuerto de los espárragos!- añadió con gracejo Fermín sin que ninguno, salvo Felipe, entendiera la indirecta.*

*-¡Amén!- deslizó el médico como colofón y con voz atiplada acorde a sus habituales maneras cómicas, donde no faltó una media sonrisa de pícaro.*

## CAPÍTULO IX

Manolo Gabardino, quien se confesaba hombre de costumbres, se había levantado siguiendo su cotidiano ritual matutino a eso de las siete de la mañana, momento en el cual abandonó el lecho que había disfrutado pocas pero muy provechosas horas en una habitación con las comodidades que no podía haber imaginado a su llegada, incluido el notable aislamiento de la carretera y del rugir de los motores de camiones que no cedían en su transitar en ambos sentidos de la ruta, la cual unía dos ciudades tan equidistantes como Sevilla y Gijón.

Minutos más tarde, y previo aseo, ducha caliente y oportuno afeitado, se presentó en el bar y en compañía de un nutrido grupo de hombres que apuraban sus cafés y carajillos, degustó un desayuno donde no faltó el exquisito jamón de Monesterio, que bien conocía y admiraba, potenciando su peculiar sabor ibérico el intenso aceite de la tierra, denso, aromático, dejando esa sensación placentera en el paladar.

Después y convencido de que Paco Prendes se solazaba más en brazos de Morfeo, Gabardino disfrutó del paseo por la Avenida de Extremadura, eje del

pueblo, ascendiendo hasta su centro neurálgico, dejando atrás el ajetreo del edificio de estilo regional de su Plaza de Abastos con la idiosincrasia propia a modo de diminuto y, al mismo tiempo, encantador mundo efímero que cada jornada, salvados los festivos y días de guardar, se levantaba ofreciendo a propios y extraños, parroquianos y forasteros, todos los productos de los fecundos huertos que regalan sus frutos variopintos y donde granjas adyacentes surten de la mejor carne de cerdo, de genuina raza ibérica, que pueda catalogarse; cuyos jamones, curándose premiosos, ocultos en la fría quietud de los secaderos, reciben ese aire puro superando energético las cotas míticas de la Sierra de Aracena, flirteando caprichoso luego con sus faldas y llegando en oleadas sucesivas cada pleamar desde las orillas onubenses, transportando en su vuelo inocente la humedad oceánica desde los confines del profundo Atlántico.

Bifurcada la avenida con calles repletas de bares y tiendas, Manolo localizó, callejeando entre estrecheces hacia el corazón de la población, lo que buscaba merced a su condición de historiador como era la Iglesia de San Pedro Apóstol; de la que había oído referencias infinidad de veces y no todas positivas, dado que conocía bien los sucesos que acaecieron justo en aquélla durante la guerra civil y los incendios provocados, en una contienda irracional entre hermanos, los cuales supusieron la pérdida de tesoros irremplazables que atesoraba el templo desde tiempos inmemoriales.

Miró el reloj y Manolo apenas pudo convenir consigo mismo, practicando en silencio por descifrar los hitos de tan peculiar templo al que, restando lo restaurado que saltaba a la vista, éste hundía sus raíces al menos en los albores del siglo XV, observando con claridad las huellas tanto góticas como mudéjares aquí y allá, pero de igual modo salpicadas con elementos de muy clara adscripción renacentista; fusión de estilos que pensó le daba un aire de

originalidad y prestancia, por un lado grácil en su estructura y por otra tan robusta como maciza en su construcción.

Antes de marchar de regreso al “Puerta del Sol”, calculando cómo Prendes ya estaría charlando con Tomas Parra, quien había entrado en la barra cuando él salía para su periplo por la población, y de igual modo andaría tomando un par de cafés para despertarse dada su lentitud en coger el pulso a cada día, no tuvo para más en la iglesia aunque sí para observar al menos, y también quedar gratamente sorprendido, de la espléndida bóveda de crucería que encontró en el retablo del Altar Mayor, sin dejar de lado cuando ya tomaba rumbo hacia el bar la torre cuadrangular, donde se encontraba el campanario, y también unos habituales huéspedes como son las cigüeñas y sus nidos; bellamente rematado aquél con arcos de medio punto.

Nada más alcanzar la avenida, tras un nuevo callejeo y dejada atrás la Casa Consistorial, observó la señal de desvío hacia la población cercana de Calera de León, lugar donde tenía previsto arrastrar, si fuese preciso, a Paco Prendes en cualquier oportunidad con tal de que conociese la poderosa huella de la Orden de Santiago, para lo cual, e incluso previendo se resistiría y desconociendo todavía de qué manera lograrlo, le haría entrar en la Conventual Santiaguista y, tras contemplar su magnificencia con la mescolanza gótica y renacentista que le caracterizaba de manera tan exclusiva, esperaba provocarle algo más que un indecente bostezo de indiferencia de aquellos que acostumbraba a soltar cuando abordaba asuntos históricos, a los que tenía algo muy cercano a una molesta alergia primaveral.

En ese empeño, el cual se le antojó ardua tarea salvo si tomaba de manera literal por las orejas a Paco, o bien prometiéndole alguna golosina para degustar en

Calera con forma de plato de jamón procedente de guarros negros atracados de bellotas, Manolo aceleró el paso para llegar en tan sólo unos minutos a la puerta del bar, donde ya encontró dispuestos para la faena tanto a Prendes, con mejor semblante al haberse dado un apurado en la barba, como a Fermín y Ricardo, todos sentados en el exterior y apurando un café antes de iniciarla.

*-Anda, Manolo, siéntate ¿No quieres un cafelito?-*

*-Gracias, Ricardo, ya lo he tomado-* respondió Gabardino al juez, colocándose al lado de Prendes.

*¿Te has caído del catre, Manolo?-*

*-Calla, calla, Ricardo, que no consigo dormir más allá de las siete de la mañana. Es la costumbre. Verás, en el instituto era la hora, en la Facultad también, en la academia incluso antes, y cuando empecé a trabajar lo mismo. O sea que estoy abonado a ese horario para abrir los ojos incluso, como ayer, que acabé en la cama al filo de la una y media de la madrugada. Pero, ya ves, estoy en forma y seguro que mi cuerpo no necesita más. Todo lo contrario que Paco-*

*-¡No me digas!-* se dirigió el juez a Prendes, con ganas de pincharle y hacerle saltar.

*-¿Cómo? Pues claro, Ricardo. Ya es suficiente que Manolo se levante tan temprano por los dos-* respondió Prendes mostrando cómo le había sentado bien el descanso y el humor parecía mejor que el día anterior, lleno de estrés,

problemas y nervios a flor de piel.

*-No me extraña, Paco. En el instituto igual, y en la Facultad no digamos-*

*-Déjalo estar, Ricardo-* añadió Prendes ruborizado.

*-Bueno, Fermín-* el juez tomó las riendas de la jornada hablando al guardia, quien acababa de zamparse en silencio su café con leche y dos colosales tostadas con aceite y jamón *-¿Qué me dices?-*

*-Pues, Ricardo, hace un rato, justo antes de salir para acá, me llamó el compañero de Montemolín y me advirtió que vendría para Monesterio el padrino de Lucía. Así que, calculo, ya andará por el cuartel esperándonos-*

*-Muy bien. Oye ¿Y el chaval ese?-*

*-Bueno, tengo que confesarte que ponerle la mano encima a ese cuesta más trabajo. Ya sabes que los jóvenes de hoy en día son como los vampiros, o sea que viven de noche y duermen de día. Así que tengo a Méndez y Luzón por ahí buscándole y, si no está todavía dando tumbos por algún bar después de la noche de farra, se presentarán en su casa y le sacarán de la cama si hace falta-*

*-Me parece estupendo. Pues, si no os parece mal, vamos a ver qué nos dice ese fulano de Montemolín-*

*-Ricardo, echo de menos a Felipe ¿Dónde anda?-* preguntó Prendes.

*-Nuestro forense está analizando las pruebas que tenemos contra ese Barrero. En cuanto tenga algo nos avisará enseguida y, de confirmarse el tema, podremos enchironar con todas las de la Ley al ganadero-*

*-Fenómeno, macho ¡Y qué ganas tengo!-*

*-No menos que las mías, o de Fermín, o de Manolo. Pero ya sabes cómo no basta tenga todo el perfil, sino que tenemos que demostrarlo-*

*-A ese cabrón te digo que, en otra situación, se hubiese pasado la noche entre rejas-*

*-Totalmente de acuerdo, Paco-* respondió Henestrosa *-Sin embargo, ten en cuenta dónde pisamos. No es este sitio una capital, donde todo es anónimo. Aquí das un paso y al mismo instante tiene unas consecuencias de gran calado para la comunidad, y te digo cómo no sólo inmediatas y comprometedoras sino, de igual modo, tremendas para quien se acuse hasta el punto de quedar ese hecho como sombra “sine die” sobre la persona en cuestión, incluso resultando “a posteriori” bien inocente. Permíteme que, por ello, haya sido más indulgente de lo que debería con Barrero porque, si lo llevo a detener, se hubiese liado una buena a estas horas. Así que vamos a tenerlas todas con nosotros, hacer las cosas bien hechas, tener en las manos el informe del forense y luego ir a por todas con él-*

*-Me quito el sombrero, Ricardo. Y recuérdame que no haga oposiciones a juez. Te confieso que no tengo maneras ni ese aguante tuyo-*

*-¡Venga, Paco! ¡Coño, no digas eso! Eras un fuera de serie en todo lo que hacías y, algún día si le echas ganas y te presentas a las pruebas, serías un número uno. Y lo de aguantarse las ganas de lo que le place a uno, pues se aprende con el paso del tiempo. Por lo tanto, te garantizo que no es problema-*

*-¡Antes me meto a monja, Ricardo!-*

*-No me digas, Paco. Pero, vamos a ver, siendo de este gremio, además hijo y nieto de Magistrados del Supremo ¿Tanta tirria tienes a este oficio legal?-*

*-A ese no, Ricardo, a todos los que acaban en legal-*

*-¡Jesús! ¡Si te oyese tu padre, macho!-*

*-¡Déjalo! ¡Déjalo! Ya se ha acostumbrado y, después de muchos años, ha dejado de darme la tabarra con eso. Ahora estará camino del puerto, en Candás, para ir de pesca-*

*-Bueno, vale de chácharas y vamos a ver si rematamos el caso hoy mismo- se rindió el juez y amigo ante la contumacia de Prendes en su criterio -Por cierto, Manolo ¿Has tenido noticias del arreglo del coche?-*

*-Nada, Ricardo-* respondió Gabardino con cara de mosqueado *–El mecánico me dejó razón al camarero de que hasta la seis de la tarde no llega el repuesto. Con lo cual, esto va para rato-*

*-Bien, pues de manera egoísta me alegro ¿Sabes?-*

*-De acuerdo, Ricardo, y que esto quede entre nosotros, Prendes y yo mismo también-*

*-Pues no se hable más. Todo el mundo a los coches-* concluyó Henestrosa, haciendo que todos subieran y los respectivos chóferes pusieran rumbo al cuartel de la Guardia Civil.

Minutos después, ya cruzado el pueblo cuyas calles comprobaron habían recuperado el trasiego cotidiano y, lo que era peor, también el incremento del incesante ir y venir de camiones por la carretera que lo cruzaba, los agentes indicaron a Fermín, nada más llegar la comitiva al cuartel, cómo y desde hacía rato permanecía aguardándoles, sentado en su despacho, el padrino de Lucía; quien, al parecer, había adelantado la hora de su llegada a la sede de la Benemérita procedente de Montemolín. Tras conocer de ello, sin más hacia allí se dirigieron, y fue el mismo Fermín quien se adelantó a todos para dar la bienvenida al hombre; no muy alto, grueso pero sin ser obeso, no mayor de cuarenta y cinco, vestido con mono azul de trabajo, manos callosas que hablaban de labores duras, pero de maneras y sonrisa afable que dedicó uno a uno a los presentes y a quienes saludó de manera cordial.

*-Me van a tener que perdonar ustedes, señores-* dijo el padrino de la niña, de nombre Miguel Sanabria tal como se presentó *–por llegar hasta aquí con esta facha. Vengo de Segura de León ¿Saben ustedes? Verán, es que tengo allí un terrenito que me dejó en herencia mi tía y lo tenía hecho un desastre, pero por mi culpa y lo confieso. Llevo un tiempo poniéndolo en condiciones y tengo ya hasta un pequeño huerto y, bueno, que vengo con el mono todavía de andar con la labranza-*

*-No se preocupe, hombre. Esto no es un acto social y sólo queremos molestarle para hacerle algunas preguntas-* matizó Henestrosa tranquilizándole.

*-Oiga, entonces ¿Se dedica usted en exclusiva al terreno ese?-* preguntó Gabardino, saltándose el turno del juez.

*-¡No, no, hombre! ¡Qué va! ¡Qué más quisiera yo! Se trata sólo, como les decía, de un trozo de tierra, pero no da como para dejar la carpintería, que es mi oficio, y me da de comer claro está. No sé si algún día, trabajándola a destajo y echándole tiempo, podría vivir de ella pero, de momento, ni pensarlo-*

*-¿Cómo va usted desde Montemolín a Segura de León?-* insistió en sus preguntas Gabardino, conociendo las distancias y el trazado de la comarca a la perfección y sin dar pie a Henestrosa, quien le echo una mirada sin que éste advirtiese de manera tácita su petición de turno.

*-Pues, hombre ¿Cómo voy a ir? Natural que en coche. ¡Como para ir andando o montado en un burro, un mulo, o incluso un caballo! No, no, ni mucho menos. Si*

*no fuera por el coche, no podría-*

*-¿Y en qué coche, si puede saberse?-*

*-Claro que sí. El que está aparcado ahí fuera. Un Renault 4 Latas-*

*-¿Suyo?- siguió insistente Gabardino.*

*-A mi nombre está, y las letras las he pagado todas- respondió con risas el padrino de Lucía.*

*-¿Tiene usted ovejas en ese terreno?-*

*-¿Ovejas? ¡Qué va! ¡No da para tanto! Hombre, si le digo la verdad, algunas si cabrían, pero no muchas. Aunque ahora ya le digo que no puedo permitírmelo. A lo mejor, más adelante quizás-*

*-¿Es usted de Montemolín?-*

*-De toda la vida. Allí nací, allí me casé, también me separé-*

*-¿Siempre ha vivido allí?- Gabardino no dejaba el hueso.*

*-Claro. Bueno, menos un verano que me fui a trabajar a Mallorca ¡Y no me quiero ni acordar! Me convenció un primo mío y cuando llevaba tres semanas le dije ¡Ahí te quedas!-*

*-No se aclimató, entonces-*

*-No sé qué es eso, pero yo no aguantaba más estar lejos de mi pueblo. Allí la gente habla raro y tienen muy mala idea. No son como nosotros ¿Sabe usted?-*

*-Bueno, habrá de todo, hombre- saltó Henestrosa.*

*-Pues a mí me tocó todo lo malo. Vamos, que no vuelvo allí ni regalado que me lo diesen-*

*-Miguel ¿Le importa que los guardias hagan un registro de su coche?-*

*-No faltaba más ¡Tome!- respondió el hombre sacando un llavero enorme con un par de solitarias llaves –Aquí tiene las llaves. Diga a los guardias que le den un porracito a la puerta primero para abrirla. Es que se queda pillada ¿Sabe usted? Pero, bueno, seguro que se abre así-*

*-Muchas gracias- respondió Gabardino, quien salió del despacho camino del pasillo.*

*-De acuerdo, Miguel- por fin tomó la palabra el juez –Antes de nada, quiero*

*agradecerle haya acudido tan pronto a nuestra llamada, incluso anticipándose a la hora prevista-*

*-Esa es mi obligación, señor-*

*-También quería, dado que era familiar directo de Lucía, mostrarle de manera expresa de igual modo mi profundo pesar y, en nombre de mis compañeros, nuestras más sinceras condolencias-*

*-¡Una tragedia, señor, una tragedia!-* respondió Miguel Sanabria cambiándole el semblante; de la cordialidad a la tristeza en un solo segundo al mencionar a Lucía, de lo festivo a lo sombrío, de las respuestas con gracejo y campechanía rústica a la voz grave y la emoción contenida a duras penas, dejando así ver el dolor que también le escocía en su interior con lágrimas que no tardaron en aparecer al recordar a la chiquilla.

*-¡Qué pena más grande! ¡Y siempre le toca a Concha! Con su padre, que murió tan jovencísimo, no les digo nada lo que sufrió. Con su madre, pues ya le habrán visto ustedes cómo se encuentra sin enterarse de nada, en la cama toda la vida. Con su marido, mi primo que en paz descanse, se le cayó el mundo cuando murió al poco de casarse. Luego con su enfermedad, para qué hablar. Y ahora, con esto de la niña es para pegarse un tiro y mandar todo a tomar por c...-*

*-Bueno, Miguel, deje esos comentarios para nosotros, pero no vaya a darle a ella ideas-* le frenó Henestrosa el acceso de ira.

*-¡No, por Dios, señor juez! Y Él que me libre de pensar en decirle algo así. La pobre, con lo que tiene encima ya es suficiente-*

*-Miguel, ahora dígame si ayer vio usted a Lucía-*

*-Pues mire, le confieso que sí pasé ayer por Monesterio y hasta llené el depósito del coche en la gasolinera, como le puede decir Paquito, el encargado que me conoce, pero nada más terminar me fui para Segura. Así que no tuve oportunidad de verle-*

*-¿No paró usted a la vuelta de Segura hacia Montemolín?- insistió Henestrosa.*

*-No, señor. Se me hizo tarde y seguí para mi pueblo- respondió el padrino de la niña, mientras Gabardino regresaba de sus pesquisas y tomaba asiento.*

*-¿Todo bien?- le preguntó el juez.*

*-Sí, Ricardo. Todo correcto en el coche de este hombre- informó Gabardino devolviéndole las llaves a Miguel.*

*-¿Han abierto la puerta a la primera?- le preguntó jocosamente Sanabria.*

*-Sí, sí, hombre, pero han tenido que darle ese toquecito mágico. Luego se ha abierto sin problemas- respondió Gabardino devolviendo una sonrisa.*

*-Miguel, continuemos- Henestrosa siguió en el turno de preguntas –Dígame ahora si conocía que la niña tuviese alguien acosándole-*

*-¿Acosándole? Hombre, yo no diría eso. Sí sé que ella se quejaba de Barrero. Pero, en fin, a mí Concha me preguntó y le dije que ese a todas se lo hacía. Ya le conocemos cómo es y hasta en mi pueblo tiene fama. Bueno, el caso es que también ella me habló de cómo iba a buscarle otra casa, por si las moscas. Es que el fulano no hacía más que tirarle los tejos, y ya sabe usted a lo que me refiero-*

*-Entendido, Miguel ¿Y novio?-*

*-Bueno, en eso sí que le puedo decir algo más. La verdad es que a Concha no quise darle más disgustos, pero yo había pillado a la niña más de una vez al pasar con el coche amartelada con un pinta bueno-*

*-¿Pinta?- preguntó Henestrosa-*

*-Un zagal de cuidado quiero decir. No me gusta un pelo y no porque tuviera dos o tres años más que ella, sino porque trapichea con grifa. Y se lo digo porque, lo mismo que lo hace en Monesterio, lo hace en Montemolín. Si pregunta en el cuartel de allí, verá como le conocen todos los guardias. En la última feria del pueblo le pillaron vendiendo, pero no sé qué trazas se da para salir corriendo y hacer desaparecer lo que lleva-*

*-Pero ¿La droga?-*

*-¡Qué va! A ese para cogérsela hay que ir al estanco y comprar un timbre. Es joven, fuerte y corre como una liebre. Cuando le ponen siempre la mano encima ya no tiene nada. Le digo, señor juez, que no me gustaba y me sigue sin gustar. Pero ¿Qué iba a hacer? Estaba atado de pies y manos. Por una parte, ya sabe usted cómo es la juventud, así que si le decía algo a la niña, pues seguro más rebelde se ponía viendo a ese niño. Y si se lo soltaba a Concha pues disgusto para ella y, al final, enfado con la niña y todo lo que vendría después. Ahora que ha pasado lo que ha pasado, señor juez, estoy arrepentido de no haberle dicho lo que veía y con quién andaba y ¡Me cago en...!-*

*-De acuerdo, Miguel-* Ricardo observó cómo el interrogado era presa de una profunda melancolía mezclada con esa especie de ira provocada por la impotencia y, como fruto de ello, regresaron tanto las lágrimas como la expresión de pesar a su rostro, el cual escondió avergonzado con ambas manos ocupando todo su contorno durante unos momentos en los cuales guardaron un respetuoso silencio, roto por Ricardo, tras dejarle ese escueto plazo de introspección y desahogo interior, diciéndole: *-Entiendo la difícil disyuntiva que se le presentó y, le digo con sinceridad lo que pienso, no debe hacerse daño a sí mismo por dudar de la decisión que tomó en aquellos momentos. Así que no se culpe en exceso-*

*-Gracias, señor juez, pero siempre tendré que soportar la comezón por dentro. Y no se imagina lo terrible de esa sensación que tengo a cada instante y no hago más que pensar una y otra vez, sin poder quitármelo de la cabeza, cómo volver atrás y rectificar lo que hice-*

*-Bien, Miguel, es mejor cerremos ese doloroso tema viendo cómo le produce tanta desazón. Tranquilícese ahora y deje a un lado por fin algo que, por mucho que lo intente, no logrará revertir. Si no, pregúntele a Concha, quien se encuentra en su misma tesitura pero viviendo esta adversidad con una herida mucho más profunda que la suya- Henestrosa, utilizando un tono cercano para hablar a Sanabria, dejó de esta forma ver su lado más comprensivo compadeciéndose de aquel hombre abatido, desarmado por el ingente y pertinaz peso de la duda -Si le parece, vamos ahora con otro asunto escabroso y dígame qué piensa del maestro de la niña-*

*-¿Don Ernesto? Pues, señor juez ¿Qué le voy a contar de él? Un pedazo de pan, una persona de verdad buena donde las haya- pareció repuesto Sanabria y su tono de voz volvió a ser el de antes -Además, preocupado por la niña para que, nada más se enderezase un poco la cosa en la casa, volviera a estudiar. Porque la niña era un portento ¿Sabe usted? Salía a mi primo, porque yo le digo que si su padre hubiese tenido perras habría llegado a ingeniero. Sin saber de nada y se daba maña para arreglar cualquier cacharro. Hasta tractores hacía andar. Bueno, tanto es así que uno terminó aplastándole al pobre. En fin, señor juez, Don Ernesto es una bendición y siempre ha estado para ayudar tanto a Concha como a su hija. Mire, yo le daba un dinerito para los libros todos los años, pero que sepa cómo él, sin que Concha lo supiese, le compraba todo lo que hacía falta en la escuela y hasta le pagaba ropa, uniformes y todo eso de los chiquillos-*

*-Y en todo este tiempo ¿Jamás Lucía le comentó algo de él? Quiero decir, negativo. Ya me entiende-*

*-¡Nunca, señor juez! ¡Por Dios, claro que no! ¡Todo lo contrario! A la chiquilla le faltaba tiempo para decirme siempre que le ayudaba en todo lo que hacía y hasta me llegó a confesar, en una ocasión al terminar uno de los cursos y pidiéndome con insistencia guardara el secreto, que le daba muchísima vergüenza cómo en los mismos exámenes Don Ernesto le ponía más nota de la que ella creía se merecía-*

*-¿Inflaba sus notas?-*

*-Bueno, no sé qué es eso, pero siempre sacaba matrículas de honor y le daban becas-*

*-De acuerdo, Miguel, muy clarificadoras sus palabras-*

*-Aparte de estas personas ¿Conocía usted alguien más, quien tuviese interés en Lucía?- Paco Prendes, ansioso, tomó por fin el turno de preguntas, agazapado detrás del grupo a conciencia, sin perder detalle y observando con fijeza felina hasta el levísimo movimiento de una pestaña de aquel sujeto.*

*-Que yo sepa, no. Ella era de su trabajo a su casa, en estos meses últimos. Y de su casa a la escuela, y de la escuela a su casa cuando Concha aún podía ir a trabajar-*

*-¿No tenía más familia que usted?- cuestionó Gabardino en esta ocasión, de igual manera que Prendes pendiente de los gestos, los tics, las sonrisas, las lágrimas, así como de cualquier movimiento por mecánico que resultara de aquel*

tipo, sin dejar que nada pasase desapercibido para su fino olfato.

*-Claro que la tienen. Viven en Usagre unos y en Azuaga, otros. Pero se han desentendido de ellas ¿Sabe usted? Cuando Concha se casó con mi primo, todos le dieron de lado. Así ha sido hasta ahora-*

*-¿También los padres de su primo?-*

*-Mis tíos se mataron en un accidente de tren, hace muchísimos años. Él se quedó huérfano y se crió con una tía nuestra en Usagre, de donde era. Luego vivió con otra en Azuaga, pero le digo que en cuanto se echó de novia a Concha y se casaron al poco tiempo ya, en ese mismo momento, como si no hubiese existido-*

*-¿A qué venía eso?- preguntó Prendes intrigado.*

*-Son cosas de los pueblos, hombre. En todas las familias hay problemas de esos y mis tías se emperraron en que mi primo se casara con alguna de sus hijas, que lo quería para ella. Y ahí se lió todo ¿Sabe usted? Luego él se mató con lo del tractor y, desde entonces, esa familia como si nada para Concha y Lucía-*

*-Nos dijo que era usted separado- habló Prendes de nuevo.*

*-Hace ya muchos años que lo estoy. En realidad, para que no echen cuenta a lo que les digan, fue mi mujer quien se fue con otro-*

-¿Sabe dónde está ahora?- Gabardino siguió.

-¡Ni lo sé, ni me importa! Pero, bueno, me dijeron hace unos años que andaba por Bilbao y que estaba viviendo a lo grande. Y yo digo que con su pan se lo coma-

-Oiga, díganos ¿Y desde entonces ha estado sólo?- A dúo con su compañero, Prendes continuó la indagación.

-Mejor que mal acompañado, señor. Vivo en las glorias benditas- tiró de sinceridad Sanabria, sin cortarse en la respuesta tan rápida como sincera a tenor de su seguridad al pronunciarla.

-Miguel, ahora vamos a hablar del día de ayer- Prendes no quiso dar paso a los demás y siguió a lo suyo, adivinando Gabardino que las reiteradas respuestas de Sanabria sobre su estado civil le importaban un pimiento y cómo a lo que de verdad iba era a pesquisar en la dirección que apuntaba la pregunta lanzada de manera repentina; dando así un volantazo brusco al interrogatorio y cuya estrategia se la había pisado a él mismo, lo cual asumió de buen grado conociéndole bien.

-Pero, bueno, si ya se lo he dicho antes ¿O no?- respondió Sanabria en esta ocasión más incómodo y algo contrariado, lo que fue evidente en su forma de decirlo y más en sus facciones, las cuales cantaron con claridad su verdadero estado anímico ante aquel empujón de Prendes.

*-Bien, de acuerdo, Miguel, pero quiero nos haga ahora un detalle pormenorizado de cuanto ocurrió en el día de ayer en el transcurso de toda la jornada- metió Prendes presión a Sanabria, quien pareció por primera vez cansado de tanta pregunta a la que no encontraba sentido alguno y menos las referidas a si estaba o no casado, si su mujer vivía cerca o lejos, o si sus tías se habían olvidado de su sobrina Lucía.*

*-Pues, como dije antes- se decidió Sanabria a colaborar aceptando la pregunta del inspector, en particular porque tenía claro no había otra opción que esa y más observando cómo éste, colocado tras los demás, le daba una sensación de extrema severidad que le cortaba el cuerpo -me levanté temprano, cogí el coche, conduje hasta Monesterio desde Montemolín, llegué aquí y paré en la gasolinera, Paquito me llenó el depósito, me limpió el parabrisas que estaba hecho un asco de los mosquitos que andan por ahí por los calores de estos días, charlamos un momento como cada vez que vengo, me quiso invitar a un café pero ya lo había tomado y además tenía mucha prisa porque quería terminar la faena en el terreno, conduje hasta Calera de León, luego me desvié hacia Segura de León, llegué allí, me llevé trabajando duro todo el día y por la tarde, nada más bajó el sol, hice el camino de regreso hacia Montemolín. Y nada más-*

*-¿A qué hora pasó de vuelta por Monesterio?- continuó Prendes.*

*-Serían las ocho y media, aproximadamente-*

*-De acuerdo, Miguel, ahora dígame ¿Le importa mostrarme su carnet de conducir?-*

-¿Mi carnet? Está al día ¿Para qué?- preguntó alarmado Sanabria.

-¡Haga lo que le dice el inspector!- el juez se puso serio, dejando de lado la cordialidad exhibida hasta entonces aunque, como masculló para sí mismo, estaba igual de despistado que el propio interrogado.

-Sí, claro. Enseguida, señor juez- dijo Sanabria, mientras sacaba con su mano derecha el documento de la cartera, la cual llevaba en el interior del bolsillo de idéntico lado en el mono de trabajo que vestía lleno de lamparones y restos de grasa seca y luego, bien sumiso pero todavía extrañado de aquella rarísima actitud de Prendes, hacía ademán de entregárselo.

-Está bien, eso es suficiente. Puede guardarlo ya- le dijo Prendes sobre la marcha y sin que llegase él mismo siquiera a echarle un ojo.

-¿No quiere comprobarlo?- le preguntó Sanabria confuso a Prendes, por obligarle a sacar el documento y luego, sin mirarlo, decirle que lo guardara.

-Lo renové hace muy poco ¿Sabe?- insistió el hombre en probar su total inocencia en cualquier infracción que se insinuase por parte de los policías –Y nunca me han puesto una multa. Pueden preguntar en el cuartel de mi pueblo-

-Bien, no se preocupe, Sanabria. Todo está correcto en ese punto- le animó el juez, hablando más relajado y volviendo al trato inicial dado al sujeto, habiéndose dado cuenta de que Prendes sólo buscaba observar con qué mano le daba el carnet; comprobando cómo había superado con buena nota esa prueba al

ser diestro sin duda.

*-¡Menos mal. Ya me veía sacando cuartos de la Caja de Ahorros para pagar la multa!*- comentó con una sonrisa el hombre, a quien no le llegaba la camisa al cuello del susto que le había dado Prendes con aquella cara inquisitorial, rastreando su reacción al pedirle el documento.

*-Oiga, observo cómo lleva una tirita bajo el dedo índice-* Gabardino, quien no había quitado ojo a las manos de Sanabria, cuestionó aquel extremo sobresaliente en su aspecto.

*-Pues sí que es verdad. Sólo es un rasguño que me hice hace poco con una cerca al levantarla para pasar de un lado a otro, y todo porque mi vecino del terreno le dio por ponerla dentro de lo que me corresponde. Así que se la eché para su sitio, con la mala suerte que me di un pinchonazo. La verdad es que era poca cosa, pero como el padre de Concha se murió por algo parecido pero con la espina de un jara, pues me obsesioné con que se iba a infectar y cogí, me lo lavé bien, me puse mercromina y luego la tirita por si las moscas. La verdad es que está casi bueno, pero como me llevo todo el día ahora con el huerto pues me lo he dejado hasta que se cierre la herida del todo y...-*

*-¿Tiene usted alguna navaja, Miguel?*- preguntó de manera cortante Prendes, sin perder la concentración en él y mirando una y otra vez hacia la herida en cuestión.

*-¿Que si tengo navaja? ¿Y quién no tiene navaja? ¡Pues claro que la tengo,*

*hombre! Aunque ahora mismo no la llevo encima. Pero cuento con una, por supuesto que sí. Si no ¿Cómo iba a trabajar?-* contestó algo alterado Sanabria, si bien sin perder las formas todavía; aunque con Prendes al mando de las preguntas, en forma de saetas afiladas, sería probable aguantase poco.

*-Bien y dígame ¿Por qué motivo no la lleva encima? ¿O es que todo el mundo tiene navaja y no la lleva encima?-* Prendes rizó el rizo una vez más a conciencia.

*-Le digo una cosa, señor; me está usted liando-* respondió Sanabria con tono serio enseñando, por primera vez en su rostro, las líneas del enfado *-No la llevo encima porque, como antes le he comentado, me he puesto el mono de trabajo para ir al terreno y me la he dejado en el bolsillo del otro que tengo para la carpintería-*

*-Oiga ¿Por qué no trabajó ni ayer ni hoy mismo en la carpintería y, como veo, anda de acá para allá?-* Prendes, una vez mordida, era difícil soltase a su víctima.

*-Señor juez, no entiendo las preguntas; esa es la verdad. Estoy hecho un lío y ¿Cómo que de aquí para allá?-* se quejó Sanabria también por primera vez y Henestrosa, confiando en Prendes y su criterio, se limitó a levantar los brazos indicándole sin soltar palabra que debía contestar-

*-Vamos a ver si yo se lo aclaro ¡Ayer, y hoy también, son fiestas en Montemolín, hombre! ¿Cómo voy a ir a trabajar al taller? Así que aprovecho para dedicar*

*tiempo al terreno. Nada más ¿Eso es malo?-*

*-Disculpe, tiene razón- Prendes se bajó de inmediato del burro de la sospecha- desconocía ese detalle-*

*-¡Chacho, menos mal, que me tenía usted frito! Oiga ¿Habría un poco de agua?*  
*- pidió Sanabria al guardia con cara de agotamiento tras el rifirrafe con Prendes.*

*-Puede beber la que quiera porque se puede marchar, Miguel- contestó Henestrosa levantándose y dándole la mano.*

*-Pues, muchísimas gracias, señor juez- contestó Miguel Sanabria relajado, ya con su natural cordialidad y buen talante -Si no les importa a ustedes voy a tirar para Segura ¿Saben? Tengo faena para rato hoy y mañana se me acabaron las vacaciones. Así que de vuelta a la carpintería y, hasta el fin de semana próximo, nada de huerto-*

*-Muy bien, Miguel. Lo que sí voy a pedirle es que deje el número de teléfono de su taller, por si tenemos que localizarle o bien para alguna preguntilla que surja en la investigación-*

*-Claro que sí, señor juez, ahora mismo se lo dejo al guardia que está hoy de puerta. Él me conoce bien ¿Sabe? Le gusta la caza como a mí y nos vemos pegando muchas veces tiros por los cotos-*

-Sin problemas, Miguel. Hasta pronto- le despidió el juez y aquél abandonó el despacho, para luego quedar éste a solas con Prendes, Gabardino y Fermín.

-¿Qué os parece, caballeros, el tal Sanabria?- preguntó el juez tomando de nuevo asiento.

-Tan culpable como los demás- soltó de sopetón Prendes, con esa forma cortante que sólo él podía dejar ver en sus aceradas diatribas.

-¿No sería mejor decir inocente?- preguntó el guardia en claro desacuerdo.

-Insisto en culpable o, mejor dicho, culpables- reiteró el joven policía -Y eso sin haber interrogado a ese jovencito, al que vamos a tener que exprimir bien-

-Oye, Prendes ¿Cómo puedes tildar así de culpables a todos, si no tenemos ni una sola evidencia?-

-Bueno, Fermín, al menos hay una bien clara todavía en el aire- apuntó Henestrosa refiriéndose a Barrero.

-Porque todos tuvieron una oportunidad de ser el asesino, en lo que incluyo al supuesto noviete grifota- apuntó su criterio Prendes de nuevo.

-¿Oportunidad?- Fermín no lo veía claro aún.

*-Yo estoy con Paco-* habló tajante Gabardino, dirigiéndose tanto a Fermín como a Ricardo *–Y no por adulación ni capricho, caballeros, sino porque es evidente, y más tras las primeras pesquisas, de qué manera todos tuvieron opciones para acercarse a la chiquita lo suficiente y así estar a solas con ella sin ningún problema-*

*-De todas formas, se echa de menos alguien en esa lista de sospechosos que barajamos ya como segura de contar entre sus miembros con el verdadero culpable-* añadió Prendes enigmático frotándose la oreja derecha.

*-Por supuesto, Paco, que está incompleta y sin duda, yo apuesto por Esperanza, la esposa, y añadiría también mártir, de Barrero-* intervino enseguida Gabardino, aunque ni Fermín ni el juez hicieron nada por tomarle ventaja permaneciendo ambos en silencio.

*-¡Diana!*- exclamó Prendes señalando a su amigo con el dedo índice y acompañando el gesto con una amplia sonrisa cómplice.

*-¿Esperanza? ¿Cómo? ¿Qué decís? ¡Imposible! No la veo de sospechosa y, mucho menos, de asesina. Más bien, Manolo y Paco, os digo debemos compadecernos de ella viéndole soportar a ese tipejo obsceno que tiene por marido; y no sé por qué no le manda al car...quiero decir a freír espárragos de una vez-* contestó Ricardo Henestrosa, la verdad que tan extrañado como decepcionado con la suposición de sus amigos policías y faltándole tanto palabras como argumentos para defender a la esposa del ganadero.

*-Ya sé, Ricardo, cómo te gusta esa señora-* Prendes modificó por un momento su impronta de serio sabueso por la de cómico de salón, añadiendo hasta ciertos gestos amanerados *-Y mucho, por cierto ¡Que si Esperanza por aquí, que si Esperanza por allá! Y es que, a la vista de cómo te fijas en ella y ella hace lo propio contigo, es que no me extraña. En cuanto os miráis el uno al otro me parece escuchar la alegría de “La primavera”, de Antonio Vivaldi, y cuando os despedís la melancolía del “Adagio” de Tomaso Albinoni. La verdad, macho ¿Qué quieres que te diga? Hasta veo en ese cruce de miradas una especie de chispitas luminosas, a modo de micro fuegos artificiales, revoloteando por vuestras respectivas cabezas-*

*-¡Coño, Paco, no digas esas cosas!-*

*-¡Ricardo, hombre, no quieras escurrir el bulto, joder!-* Prendes continuó mortificando de manera algo sádica a su amigo, pasando de la comedia bufa a la misma admonición decimonónica *-No es nada malo que te guste tantísimo una mujer madura. A mí, personalmente, no; pero sí reconozco que es muy, pero que muy atractiva y para su edad está fenomenal. Y que ella se fije en ti, pues entra dentro de la normalidad teniendo en cuenta cómo eres al menos diez años más joven, tampoco mal parecido y tu nivel de conquistas, que yo recuerde en la Facultad, era de diez sobre diez, tío; o sea que...-*

*-Bueno, Paco, pero eso no tiene nada que...-*

*-Tiene que ver, Ricardo, en que creo cómo ella es una candidata de primera magnitud para ser nuestra asesina implacable, fría, calculadora, sanguinaria y*

*muy, pero que muy lista- Prendes abandonó cualquier rastro de comicidad, tanto en el fondo como en la forma, y se enfrentó a su amigo con las cartas boca arriba -Tanto es así que los demás sospechosos se quedan a la altura del betún ante su astucia, su capacidad de disimulo, su forma de manipularnos, de llevarnos a su terreno, de tratar de enfocar las cosas tal como ella quiere que las veamos. Una artista, escapista añadiría, una estrella de la comedia y, además, bellísima ¡Un diez, coño!-*

*-Paco ¡Qué exagerado eres! Tampoco es para tanto. Ella no tiene motivo, al menos aparente-*

*-¿Motivo? Ricardo, no te chupes el dedo ¿No ves motivo suficiente en los celos? ¿Has observado bien a ese sujeto que tiene por marido? Un cerdo baboso todo el día detrás de la niña, tal vez hasta metiéndole mano, diciéndole asquerosidades al oído y tu admirada Esperanza a pocos metros escuchándolo o, si me apuras como calculo, siendo testigo presenciándolo y aguantándose la ira-*

*-No lo entiendo, Paco. Y lo haría si me dijese que la niña sucumbió al marcaje de Barrero y se fue con él a la cama-*

*-¿De verdad, Ricardo, piensas que esa no es una opción creíble?-*

*-¡Claro que no, Paco! ¡Qué mente más calenturienta tienes, joder! Eso sería contra natura. No creo que jamás eso llegase a ocurrir ¡Hasta me dan arcadas de pensarlo, macho!-*

*-Te equivocas, Ricardo. Y te digo cómo no debemos descartar esa posibilidad, que ya sé es extrema pero no imposible y llevara, como creo, a Esperanza hacia la decisión límite de terminar con el problema asesinando a Lucía-*

*-Es un crimen de hombre, se ve la fuerza y...-*

*-Recuerda, Ricardo, cómo fueron dos golpes- Gabardino salió en defensa de la tesis de Prendes -Y un cuello se rebana apenas con un corte seco, para lo cual una mujer es tan capaz como un hombre-*

*-De acuerdo, Manolo, sí; pero no me puedo ni siquiera imaginar esa escena tan terrible-*

*-Nuestro trabajo, Ricardo, es imaginar eso que dices, por muy horripilante que parezca. Soñamos, hacemos cábalas, fantaseamos con lo que un asesino puede llegar a hacer. Y siempre, digo siempre, la realidad supera a la ficción y, te aseguro por experiencia cómo mucho más, a lo que nosotros podamos elucubrar de sus ladinas intenciones-*

*-Manolo, Paco, os pregunto ¿Y la dura tarea de mover el cuerpo? ¿Subirlo a un coche? ¿Sacarlo? ¿Abandonarlo? ¡No puede ser una mujer!-*

*-Pero ¿En qué mundo vives, Ricardo?- Prendes contestó por los dos -¿De verdad piensas que una mujer decidida no puede hacer cuanto dices? Te equivocas*

*rotundo, macho, porque lograría llevar a cabo todo eso y mucho más. Son fuertes, y no me refiero a sus músculos, sino su mente que planifica y ejecuta con precisión, y las fuerzas las sacan de donde haga falta hasta lograr su propósito-*

*-Me descolocas, Paco- Henestrosa se rascó de manera insistente la nuca para luego pasarse los dedos por los arcos superciliares del rostro, intentando concentrarse ante los nuevos argumentos que tanto uno como otro exponían, dejando así a cero el contador de sus propias teorías acerca de lo ocurrido a la muchacha –¡Pero, vamos a ver! ¿En qué quedamos? ¿No era una violación en toda regla? ¿No era un típico y tópico ataque sexual? ¿Cómo va una mujer a...?*

*-*

*-¡Pues esa es la cuestión, Ricardo!- le paró Prendes sin contemplaciones –Tienes que barajar las opciones y una de ellas, la que te vuelvo a repetir no puedes descartar bajo concepto alguno, es que Esperanza simulase una acción plena de elementos varoniles para desdibujar su autoría. Es una posibilidad tan válida como las que hemos puesto sobre la mesa y, en particular, es la que veo en estos momentos más probable-*

*-¡No, Paco, no lo veo!-*

*-Ricardo, olvida lo que hemos hablado hasta ahora- Manolo Gabardino continuó en idéntica línea a la de Prendes –Haz un esfuerzo y abstráete de todo lo apuntando al principio de la investigación: que si “Somnofilia, que si parafilias y bla, bla, bla que son, a simple vista, el perfil de este asesinato. Sin embargo, si le damos la vuelta a la escena del crimen, vemos cómo hay elementos que nos hacen decantarnos porque no haya sido hombre sino mujer y,*

*en concreto, ese detalle capital y muy significativo que señala en ese sentido como es no sólo la ausencia de semen, que pudiese ser evitada con un preservativo, sino que ni siquiera se haya encontrado alguna traza de líquido prostático ni en el cuerpo ni en las ropas, donde se produce la transferencia en los prolegómenos de los ataques sexuales: algo, Ricardo, que te garantizo inédito en estos casos de libro, por lo que me uno a Paco y coloco a Esperanza como candidata aventajada en la lista de sospechosos y con un alto grado de probabilidad de que sea quien buscamos-*

*-¡De acuerdo, está bien, chicos, me rindo!- Henestrosa entregó al fin sus armas, apabullado por los argumentos de los dos investigadores -¿Y tú qué dices, Fermín?- preguntó al guardia, quien se había mantenido al margen de la polémica.*

*-Ricardo, si me llegas a preguntar hace un rato te digo que ese hijoputa de Barrero tenía toda la pinta de ser nuestro hombre, pero también te confieso ahora que, al escuchar a Paco y Manolo, te digo que hasta desconfiaría de mí mismo-*

*-¿Qué dices, hombre?-*

*-¡Que sí, Ricardo! Que cualquiera puede haber hecho eso y te digo que Esperanza no me parece mal que le tengamos en cuenta-*

*-Sigo sin verle como...-*

-¿Que no las ves, Ricardo?- insistió Fermín y esta vez de manera clara pasándose al campo de Prendes y Gabardino tras haber escuchado sus tesis plagadas de fundamentos serios y con visos de certeza en la dirección que apuntaban hacia la mujer –*Pues te voy a decir una cosa y es que no descarto que Barrero dejase preñada a Lucía, Esperanza se enterase de algún modo, y no me preguntéis por eso porque no alcanzo hasta ahí, que ella luego decidiese que podía permitir a su marido tuviera deslices, que se desahogara en tugurios en Sevilla, pero no hasta ese punto de que una criada anduviera con un hijo suyo en el vientre y así comprometiese su hacienda, que ya sabéis es cuantiosa, y sobre todo una posición social de primer orden; luego quitar de la circulación a la joven Lucía no era mala opción y, de paso, disfrazar el crimen como una simple violación me parece más que lógico para escurrirse e irse de rositas-*

-Hasta, incluso, inculpar a su marido- soltó, como siempre rotundo, Prendes.

-¿Cómo?-

-La sangre- sumó Gabardino su argumento en esa línea.

-O sea que pensáis que ella...-

-Así es, Ricardo- Prendes continuó clarificando su teoría al alimón con Gabardino, lanzada sobre la marcha y conforme a la explicación más que notable, tal como le pareció, de Fermín –*Es muy probable que ella colocase las pruebas que apuntaran a la autoría de su marido y así matar dos pájaros de un tiro. Y no es descabellado, hombre. Piensa en el trato que le da, las*

*humillaciones a las que le somete incluso delante de nosotros y, me imagino, de todos los habitantes de esta pequeña comunidad. Sí, Ricardo, convéncete porque ella tiene motivos de sobra para tomar una decisión tan drástica respecto a la amante de su marido, encima preñada de éste, y contra él mismo, a quien imagino odiará con todas sus fuerzas; aunque su cuenta corriente le dicte lo contrario para permanecer a su lado aguantándole. Y te digo cómo el asesinato es una vía de escape peligrosa pero que, si sale bien, el resultado para ella sería apoteósico-*

*-¡Coño! Prendes, no lo hubiese dicho mejor- dijo Fermín.*

*-Añadiría un detalle, Ricardo, a lo expuesto por Paco- habló Gabardino –Y es que esa forma de abandonar la casa por parte de la chiquilla, quiero decir dejando sus pertenencias personales, incluso íntimas, habla de que fue una causa que le hizo olvidarse de éstas o bien, tal como yo mismo imagino ocurrió, fue Esperanza quien colocó aquéllas con tal que apareciesen como elementos significativos en la investigación ulterior, desviando así la posibilidad de que fuese en el interior de la casa donde se consumase el crimen-*

*-Y ahora, Ricardo- Prendes tomó turno -concluyamos con otra cuestión más que encajaría en el perfil de Esperanza, como es la forma de abandonar el cadáver y el lugar elegido. Y no es baladí esta cuestión, por cuanto no fue improvisado sino meditado ya que, si recordáis, se encontraba al final de una pendiente pronunciada que se iniciaba en el mirador occidental del cerro de Tentudía, donde era más fácil arrastrar a Lucía-*

*-No había huellas de arrastre, Paco- argumentó Henestrosa en contra.*

*-Tampoco de pisadas, salvo de ese pobre hombre de Cabeza La Vaca, luego está claro cómo ambas se borraron con extremo cuidado. Sin duda, para una mujer, era el sitio ideal por la economía de esfuerzo para abandonar el cuerpo al que apenas hacía falta sacar del coche, dejar caer al asfalto y luego empujar ladera abajo hasta quedar frenado por la peña junto a la que se encontró-*

*-Todo eso lo admito, Paco, pero sigo sin ver claro el lugar donde abandonar el cuerpo. Me parece ilógico-*

*-No tanto, Ricardo- habló Gabardino –Ten en cuenta cómo es un lugar aislado pero, a la vez, frecuentado por el tema de que es un lugar emblemático y visitado tanto por turistas como también por devotos-*

*-No entiendo, Manolo, dónde quieres llegar-*

*-Pues, Ricardo, que la intención era que apareciese-*

*-Menos entiendo el tema-*

*-Era cuestión de que nuestra, más que probable, asesina no deseaba ocultar el cuerpo sino que fuese localizado lo antes posible por una cuestión práctica-*

*-¿Práctica?-*

*-Si no me equivoco- Prendes habló –por el simple hecho de cómo le convenía a sus intereses que los tramos horarios barajados “a posteriori” por nosotros inculpasen a otra persona. De ahí ese empeño en colocar el cuerpo en un lugar al que creeríamos ajustado a la lógica porque estaba aislado. Sin embargo, favorecía a sus planes ya que es continuo el trasiego de gentes justo en un punto donde immortalizan su visita con una foto panorámica de la sierra, justo al lado de donde se encontraba el cadáver.*

*-Bueno, Paco, Manolo, Fermín, de acuerdo con todo eso pero no tiene por qué ser Esperanza. Podría otro cualquiera haber realizado esa acción y con ese fin-*

*-Conforme, Ricardo- puntualizo Fermín –Pero, no me niegues cómo todo apunta más a ella que a los otros, teniendo en cuenta que las demás evidencias nos empujan a pensar en su marido, sobre el que parece querer desviar la atención para salir airosa y...- interrumpió el guardia sus argumentos cuando escuchó abrirse la puerta del despacho y, tras ésta, aparecer la cabeza de Méndez.*

*-¿Novedades?- le preguntó Fermín.*

*-Jefe, por fin hemos localizado al hijo de Pepe Ledo-*

*-Ya era hora ¿Dónde le tenéis?-*

*-Bueno, tener, tener, lo que se dice tener, pues no le tenemos- respondió el agente.*

*-¿Qué? ¡Coño, Méndez, aclárate!-*

*-Bueno, jefe, que se ha metido ese niñato en la iglesia con el cura, a quien ya sabe usted cómo hay que echar de comer aparte, y no hay coj...quiero decir no hay quien le saque de allí-*

*-¿Lo ves, Ricardo? Y lo que nos faltaba ahora, joder, el cura de por medio ¡Me cago en...!-* se dirigió muy cabreado Fermín al juez.

*-Ya, ya, Fermín, conozco el paño-* respondió jocoso el juez añadiendo a su comentario unas palmadas cariñosas al guardia, quien no dejaba de resoplar tras las noticias de Méndez *-Tenía razón nuestro forense de cabecera y es cierto que ¡Con la iglesia hemos topado!*

## CAPÍTULO X

*-¡Ya le he dicho, Fermín, que estamos en Sagrado y nada de armas en la Casa de Dios! ¿Entendido?-* le soltó adusto Don Fulgencio, a la sazón cura párroco, al guardia y colocado aquél justo delante de la sacristía de su iglesia de San Pedro Apóstol, cuya imagen presidía el frontispicio de la estancia y con la que tenía cierto parecido el prelado, si bien la barriga de éste pareciese a las claras mejor cebada *-¡Y a ustedes les digo lo mismo, sean jueces, policías o ministros!-* les arengó de igual modo con un gesto poco piadoso a Ricardo, Paco y Manolo, quienes guardaron un silencio que Fermín les había pedido antes de poner los pies en aquel lugar Santo; conociendo, y muy bien por experiencia, el percal.

*-No se preocupe, Don Fulgencio, que ya me cuidaré yo de que no entren mis hombres. Tan sólo me acompañan el juez, su señoría Don Ricardo Henestrosa, y dos de sus asesores inspectores de policía-*

*-¿Y todo este comité para un zagal?-* preguntó el cura sin moverse un solo centímetro, impidiendo la entrada con su bien prominente estómago.

*-No le discuto que sea un chiquillo, pero es sospechoso del asesinato de Lucía Chaparro y, como ya sabe usted, padre, nuestra obligación es interrogarle-* argumentó Fermín.

*-¿Cómo va a ser un asesino? ¡Anda y que os den morcilla! ¡Sólo es un niño, caramba!*- le soltó el cura con maneras muy alejadas de su ministerio.

*-Padre, verá usted, no decimos que lo sea, sino que puede serlo. Y es que por ese motivo, necesitamos hacerle ciertas preguntas y así verificar su posible coartada, la cual imaginamos tendrá. Ya le digo cómo sólo se trata de hablar con él y le prometo cómo luego nos marcharemos-* suavizó Fermín lo que pudo su tono y también midió sus palabras para convencer al cura, quien se mantenía firme en sus trece.

*-Fermín, os voy a dejar entrar...-* se arrancó el eclesiástico, pero sin desplazar su envergadura un palmo aún.

*-No esperaba menos de usted, Don Fulgencio y...-* Fermín, interrumpiéndole, parecía frotarse las manos creyendo que ya le había ablandado.

*-¡Déjame terminar, hombre, Fermín!*- respondió el cura, y esta vez con maneras aún más bravías *-Pero voy a estar presente y como se os escape un quantazo al chaval os vais a enterar de lo que vale un peine ¿Entendido? En ese momento llamo al Palacio Arzobispal, al Gobierno Civil, al Pardo si hace falta, y se armará la de Dios-*

*-Usted tranquilo, padre, que no harán falta esas llamadas. Confíe en nosotros-*

*-Eso me dijiste, Fermín, la última vez y luego me llegó aquel fulano que os llevasteis con un moretón en el ojo que casi lo pierde-*

*-En fin, bueno, verá, padre, es que Luzón tropezó y, sin querer claro está, le dio en el ojo y...-*

*-Esta vez, Fermín, no te lo vas a llevar. Así que pregunta lo que quieras, pero el zagal se queda conmigo-*

*-Conforme, padre y...-*

*-¡Y como vea a menos de dos metros a ese Luzón, os echo a todos a patadas!-*

*-Nada, padre, lo que usted diga-* respondió Fermín tal si transmutase en un tierno corderito.

*-¡Venga! Vamos, pasen todos ustedes ¡Y recuerden que les estoy vigilando!-* advirtió de nuevo Don Fulgencio sin perder en momento alguno esa misma postura casi desafiante, aunque apartándose hasta dejar sitio para que penetraran todos en la habitación dedicada a los enseres eclesiales, donde observaron sentado y en riguroso silencio al muchacho en un lateral.

*-A Dios rogando y con el mazo dando-* les dijo Prendes, en voz muy baja, tanto a

Manolo como a Ricardo quienes iban entrando en aquel lugar a su lado, una vez habían dejado al cura unos metros atrás considerados suficientes para que no pudiera escucharle, por lo que tuvieron que aguantarse la carcajada.

-¿Has dicho algo, Paco?- preguntó Fermín, quien iba más atrás, después de escuchar el murmullo, casi de patio de colegio, de los tres.

-Nada, nada, Fermín, decía que muy bien conservada la sacristía ¿Verdad, Ricardo?-

-Y tanto ¡Un orgullo para todo el pueblo este templo, sí, señor!- se zafó el juez como pudo sin dejar de sonreír a Prendes y Gabardino, quienes tomaron asiento delante del chaval, así como luego Fermín con el cura a unos metros detrás sin perder éste comba de lo que acontecía.

-Bien, jovencito- se dirigió Fermín al chaval -Espero no te vayas por la tangente y nos digas la verdad en el asunto de Lucía Chaparro-

-¡Que yo no sé nada, hombre, y que me dejen ustedes en paz!- respondió aquel chavalillo añadiendo un gesto muy feo con las manos, dejando ver de manera palmaria la poca educación que tenía.

-Sí, claro, en cuanto nos digas qué hiciste ayer-

-¿Ayer? Pues, guardia ¿Qué voy a hacer? Estoy de permiso- respondió el joven,

pelado casi al cero, rubio, ojos azules muy claros, delgado y con una cicatriz en el cuello que delataba habría tenido una buena trifulca-

*-¿Te has hecho esos rasguños en la cara de maniobras con tu compañía?-*

*-No, que va. El otro día en la discoteca me lie a guantazos con uno. Pero aunque me vea así, a ese le di fuerte y ya no se mete más conmigo-*

*-¿Acostumbras a solventar así las cosas?-*

*-Me estaba vacilando-*

*-Entiendo, o sea que a quien te vacila le endiñas-*

*-Normal. Ellos se lo buscan-*

*¿Dónde estás sirviendo?-*

*-En Cádiz-*

*-Infantería de Marina, entonces-*

*-Así es-*

-¿Seguro que estás de permiso? ¿O has desertado?-

-Claro que no he desertado. Es que trabajo de jardinero en la casa del capitán de la compañía y me gano permisos. Por eso estoy en el pueblo casi todas las semanas. Pero mañana me voy de vuelta-

-¿Qué nos puedes decir de Lucía? - Henestrosa relevó a Fermín en el turno.

-Pues que la ha matado algún cabronazo-

-¡Antonio, esa lengua!- le soltó enfadado el cura al chaval, sin moverse éste una micra desde su puesto tras el equipo policial.

-Dime si la viste ayer-

-Qué va. Fue anteayer, por la noche. Por la mañana imposible verle. Es que yo me acostaba cuando ella se levantaba-

-¿Te había comentado ella algo especial?-

-¿Especial?-

-Quiero decir alguna noticia que te causó impresión-

*-¿Impresión? Pues no ¿Qué me iba a impresionar?-*

*¿Tienes coche?-*

*-Sí ¿Qué pasa? ¿Es malo tener coche?-*

*-¿Tu padre te lo ha comprado?-*

*-¿Mi viejo? ¡Qué va, hombre! Me lo he comprado yo solito. Mi padre para eso no me suelta un duro, incluso si lo tuviese de sobra-*

*-La pregunta es obvia si no tienes trabajo ¿Cómo has podido comprarlo?-*

*-Lo pago a plazos y ya le he dicho que trabajo en lo que puedo y saco mis cuartos hasta haciendo la mili ¿Sabe? Me salen chapuzas y nunca me falta la guita-*

*-Fermín nos ha revelado cómo ese dinero que dices sale de otra actividad, digamos, menos legal-*

*-El guardia puede decir Misa...-*

*-¡Antonio, no blasfemes!- el cura se hizo notar de nuevo y el chaval pareció*

hacerle caso.

*-Quiero decir que puede hablar lo que le salga de las pel...bueno que lo que quiera él, pero yo no hago nada malo. Nunca me han pillado con nada-*

*-A la velocidad que corres no me extraña-* Fermín matizó con ironía al chaval.

*-Corro porque no me fío de ustedes. Y además no me gustan los guantazos y menos sin motivo sólo porque haya gente en la discoteca que vaya diciendo por ahí que les he vendido droga-*

*-Pues son legión, chaval-* insistió Fermín.

*-Yo sólo me fumo un porro de vez en cuando y punto-*

*-¿Sólo uno?-*

*-Es un decir. Pero que no vendo, hombre, y que me dejen en paz-*

*-¿Desde cuándo salías con Lucía?-* continuó Henestrosa.

*-Hará cosa de unos meses. Ella siempre me había gustado y hasta que no conseguí que me echase cuenta no paré-*

*-No te veo muy apenado-* Fermín atacó.

*-¿Y usted qué sabe?-*

*-Vaya, pues no aparentas sufrir mucho y ayer te vieron tomando copas por ahí-*

*-Lo mío va por dentro. Además que sé quién le hizo eso-*

*-¡Hombre, a ver si compartes con nosotros a quién te refieres!-* Fermín siguió tirando de la ironía.

*-¿Quién va a ser? Pues Barrero ¡No te digo! Ya me lo había dicho que estaba encima de ella todo el día y que aprovechaba cuando la mujer nada más salía para andar persiguiéndole por toda la casa. Hace una semana me comentó cómo su madre le iba a buscar otra, porque ya no podía aguantar más la pobre a ese hijoputa...quiero decir, sinvergüenza y perdóneme padre-*

*-Estás perdonado, hijo. No obstante, en lo sucesivo debes moderarte en tus expresiones-* respondió el cura de una forma que dejó planchados a todos, viendo cómo tomaba de manera tácita partido y dejaba al pie de los caballos al ganadero; dándole, por tanto, crédito al chaval y sus palabras señalándole como el culpable del asesinato de Lucía.

*-¿Algún gesto tuvo ese tipo con ella? Quiero decir de mal gusto ¿O bien te consta que se propasara?-* Henestrosa continuó interrogando sereno pero con

rigor dispuesto a sacar algo en claro de aquel chaval, a quien veía fluctuar entre la sinceridad y la impostura, balanceándose de manera relajada entre las estrechas líneas que separan la verdad de la sucia mentira.

*-Propasarse me dijo que a lo más que llegó fue a decirle alguna guarrada, pero meterle mano sí que no se atrevió porque ella le amenazó con decírselo a Esperanza. Lucía no tragaba, ya le digo que era muy legal. Y el tío no hacía más que decirle que le iba a llenar los bolsillos de duros ¿Sabe? Y que a su madre y a su abuela no les iba a faltar de nada-*

*-¿Qué coche tienes?-*

*-Un Renault 5-*

*-¿GTL?-*

*-¿GTL? Eso es para carrozas, hombre. El mío es un TS con 1.289 centímetros cúbicos, tiene 64 caballos y doble carburador. Un bicharraco en la carretera y en la autopista de Sevilla a Cádiz lo pongo a tope-*

*-Y un precio serio-*

*-Lo puedo pagar. Además tenía unos ahorrillos y todo lo que gano me lo gasto en la letra de la financiera-*

*-Me parece que tiene portón trasero-*

*-Claro, y un maletero que cabe un guarro gordo-*

*-Me imagino que al cerro de Tentudía subirá como una bala-* cebó Henestrosa la pregunta buscando la complicidad del joven, tocando así su punto débil.

*-Si no tuviera que atravesar Calera de León, llegaría en apenas diez minutos desde Monesterio. Pero hay que cruzar ese pueblo y se pierde tiempo-*

*-Lo habrás hecho más de una vez-*

*-Y más de diez también-*

*-¿Y ayer?-*

*-¡No, claro que no! ¡Ayer no!-* respondió el joven cambiando no sólo el tono, sino también su semblante emocionado hasta ese instante hablando de su coche.

*-Me ha comentado Fermín que te han visto de permiso este mes tres veces-* Henestrosa tomó otro camino en el interrogatorio que puso en guardia aún más al chaval, quien se dedicó a volver la cara para otro lado como queriendo eludir la mirada de aquél, así como la de Fermín y los dos investigadores llegados desde Sevilla.

*-Bueno, antes le he dicho el motivo bien claro ¿O no?-*

*-¿Tu capitán es así de generoso?-*

*-Si se lo pido yo, pues claro. Menudo chollo tiene conmigo en su casa-*

*-Eso no lo pongo en duda, chaval, pero sí que vengas tres veces-*

*-Pues llame usted al cuartel y pregunte. Tengo todo firmado y salgo siempre legal ¿Sabe?-*

*-De acuerdo, conforme, pero a lo que me refiero es que esa frecuencia está motivada por algo extraordinario; algo que estimo se sale de lo común-*

*-Tenía ganas de venir para acá. Y el capitán me dejó, así que por eso he venido tantas veces y ya está-*

*-¿No sería Lucía quien te hacía venir?-*

*-¡No!-*

*-¿Seguro, chaval?-*

*-¡Que no!-*

*-¿Tal vez por un motivo que afectaba a los dos?-*

*-¿Qué quiere decirme? No le entiendo-*

*-Sí me entiendes-*

*-¡Vengo cuando me da la gana, joder!-*

*-Antonio, contrólate, guarda las palabrotas para la calle y contesta con educación-* el cura esta vez le dio el tirón de orejas al chaval, incluso viéndole acorralado por el juez.

*-De acuerdo, será mejor ir directos al grano en este asunto y por ello te voy a decir a la cara ahora mismo lo que pienso, chavalote-* Henestrosa, contrariado de manera visible aunque respetando el sitio donde se encontraba y sin abandonar las buenas formas, se dispuso a tirarse a la piscina sin más remilgos ni circunloquios; y con más motivo si cabe observando la actitud evasiva que había decidido adoptar el muchacho, con tal de escabullirse del cerco al que era sometido *-Escúchame bien, tengo claro cómo Lucía te llamó al cuartel hace bien poco y no te habló para nada de Barrero, y no pongo en duda lo que nos has contado que a su vez ella te refirió en alguna oportunidad sobre el trato tan lascivo que le daba, sino que lo hizo de su propio cuerpo y de la vida que crecía*

*en su interior-*

*-Pero ¿Qué dice?-*

*-¡Vamos, muchacho, confiesa que te hizo saber que estaba preñada y de dos meses largos. Te rogó que vinieras y que hablarais!-* Ricardo decidió ir con todo sobre el chaval.

*-¡Anda, hombre, sólo salíamos y...!-*

*-¡No te hagas el nuevo y dinos la verdad! Lucía te pidió que regresaras, que hablaras, que hicierais planes de algún tipo; los cuales desconozco y no alcanzo a imaginar. Lo mismo te digo respecto a que ella te presionó para que consiguieras convencer a tu capitán, y así te firmara tres pases seguidos sin que nadie dijese nada al respecto en el cuartel-*

*-¡Que no, que no!-*

*-¡Vamos, chaval! Sabes cómo tarde o temprano tendremos los resultados de los análisis de Lucía y...-*

*-¡Bueno, sí, coño, dejadme ya en paz, joder, me cago en...!-* saltó como una fiera el joven, levantándose y haciendo amago de salir corriendo, lo cual fue impedido de manera sorpresiva por la corpulencia del cura, quien se interpuso con decisión y le hizo volver a sentarse.

*-¡Antonio, en primer lugar no vuelvas a decir esas palabras delante de mí!- el párroco enseguida enjaretó una buena regañina -En segundo, compórtate como un hombre y no como un niño y, en tercero, di la verdad y así todo quedará aclarado-*

*-Sí, padre. Perdóneme. No quería...- pareció venirse abajo el muchacho y las palabras del cura constituyeron auténtica “Mano de Santo”; nunca mejor dicho.*

*-Te aprovechas, hijo, porque sabes que te perdonaré, pero esta vez lo haré en cuanto escuche de tus labios una respuesta veraz a las preguntas que te han hecho-*

*-Bueno, sí, sí, padre, es cierto que Lucía me llamó al cuartel hace un tiempo. Estuve bien jodido cuando me dijo lo de que estaba preñada, y ella mucho más. Así que me las avié para que el capitán tragase con dejarme venir más a menudo, diciéndole que mi viejo se había puesto malo. Y volvía porque ella no hacía más que llamarme y es que estaba asustada ante lo que se le venía encima. Ayer habíamos hablado de vernos por la tarde, cuando saliese de la casa de Barrero, pero nunca llegó donde quedamos. Luego me enteré de lo que le había pasado y se me vino el mundo encima. No se me ocurrió otra cosa que ponerme ciego de hachís y tomarme veinte cubatas o más. Me aguanté las ganas de ir a casa de Barrero y machacarle gracias a que Don Fulgencio me encontró dando tumbos por la calle y me convenció esperara a que ustedes encontrasen al culpable; que no soy yo, por supuesto. Sólo soy tan víctima como Lucía y ese hijo que venía en camino. Les juro que habíamos quedado para luego ir a ver a su madre y decirle que estaba embarazada, pero que no se preocupase porque*

*nos íbamos a casar. Si no, Don Fulgencio puede decirles si es mentira. Él también me convenció para hacerlo así; quiero decir, casarnos y vivir juntos cuando terminase la mili-*

*-¿Es tan difícil decir la verdad, muchacho?- le preguntó Fermín.*

*-No quería que nadie supiese que ella y yo, bueno, usted guardia sabe cómo es el pueblo y, en fin, que no me parecía bien que su madre se enterase de que Lucía, ya sabe...-*

*-Desde luego, chaval ¡Qué poco nos conoces! ¿De verdad piensas que iríamos por ahí pregonando ese tema? ¿Nos crees capaces de algo así? Lo que nos dices, aquí queda y de aquí no sale-*

*-Cuenta siempre con eso, chico- añadió Henestrosa –Y te digo que jamás nadie sabrá que Lucía esperaba un hijo y menos de ti. La confidencialidad de nuestros actos es tan férrea como la Don Fulgencio con su secreto de confesión. Nuestros labios están sellados y espero apuestes por rectificar cuanto antes esa vida que llevas y el sacrificio de Lucía sea un aldabonazo que te haga volver al redil y no andar por ahí con gentuza metida en la droga que, al final, acabará con tu futuro tarde o temprano...-*

*-¡Alto ahí!-* escucharon todos exclamar con su vozarrón al cura, quien había recorrido con agilidad a pesar de su peso la estancia e impedía la entrada al agente Méndez.

-*¡No se preocupe, Don Fulgencio!*- le dijo el guardia tranquilizándole al ver lo que hacía, taponando de manera literal la entrada a uno de sus hombres.

-*¡De aquí no pasa, Fermín. Ya puedes ponerte en Cruz!*- el párroco insistió en su negativa.

-*Bueno, Méndez, dime ¿Qué ocurre?*- Fermín pidió a éste hablara en voz alta desde el exterior como mal menor, aceptando la norma pétrea de Don Fulgencio, e intrigado por las noticias que la cara de su pupilo advertían.

-*¡Se trata...de...Barrero, jefe!*- alzando la voz le respondió el agente de manera entrecortada, intentando asomar la cabeza por entre la silueta tan cuadrada como hercúlea del cura; sin conseguirlo por supuesto ante sus maniobras.

-*Muy bien ¿Ha confesado?*- preguntó Fermín.

-*Bueno, sí, pero a su manera*- respondió Méndez en mejor tesitura al haberse relajado el párroco en su postura, más atento a lo que el agente decía que a impedirle de nuevo asomarse.

-*Bien, algo es algo*- Fermín pareció congratularse ante aquella información -*Y cuéntame ¿Cómo lo ha hecho?*-

-*Pues, la verdad, no ha hecho falta que tomásemos nota, jefe. Se acaba de levantar la tapa de los sesos*- respondió Méndez cachazudo, sin dar la mínima

importancia al suceso que acababa de referir con tanta frialdad como sincera parsimonia; lo que provocó algo muy parecido a un terremoto frente a él y hasta el cura pegó un respingo que casi logró saliese por la techumbre del templo, camino de acabar empotrado en el campanario haciendo compañía a las mismísimas cigüeñas, enfrascadas en esos momentos en sus placenteras tareas reproductivas.

-¿Cómo? ¿Qué?- puestos en pie todos, salvando al chico, prorrumpieron en preguntas a Méndez que éste apenas daba abasto a responder, hasta que Henestrosa decidió dar por concluida la reunión, expresar su agradecimiento a Don Fulgencio, también en cierta medida al joven, y luego dirigirse en tropel junto a los demás investigadores hacia el domicilio de Barrero, el cual se encontraba a escasos cuarenta metros al salir de la iglesia.

-¡Por favor, por favor!- pedían Méndez y Fermín dejasen paso la gente que, arremolinada en torno a la puerta de la casa de los Barrero, permanecía anhelante ante las noticias que, como no podía faltar, habían cruzado a una velocidad cercana a la de la luz toda la población y, como siempre, los agentes de la Ley y hasta la judicatura pasaban por ser los últimos en enterarse del suceso que ponía el acento en la culpabilidad tácita del ganadero, al no soportar la presión de la investigación que se llevaba a cabo contra él por los indicios aparecidos, los cuales de manera clara y ya sumados los testimonios recabados, le señalaban como pintiparado chivo expiatorio.

Superado el reto de vencer a la masa de vecinos que taponaban la entrada, los cuatro junto a Méndez lograron acceder a la casa de Barrero y fue Felipe, el forense en persona, quien les abrió la puerta y luego les condujo hasta la escena que todos esperaban tras las palabras del agente en la sacristía.

Observaron en silencio cómo Esperanza se encontraba sentada en un lateral de la enorme estancia, sin un solo sollozo, callada y junto a ella otra mujer de mayor edad, vestida de riguroso luto, lo que les hizo suponer se trataba de alguien de su familia.

En el lado opuesto, flanqueado por Luzón y otra guardia, se encontraba el cadáver de Barrero, que observaron sentado en el sofá, con el tronco tumbado hacia su derecha y la cabeza sobre el brazo de dicho lado.

*-Me imagino que no habréis tocado nada-* habló Fermín a sus hombres, mientras los demás se dedicaban a mirar de aquí para allá guardando silencio.

*-Nada, jefe, está tal cual lo encontramos cuando la señora nos avisó-* respondió Luzón.

*-De acuerdo, ya nos encargamos nosotros, así que id los dos para la puerta de la casa y echáis una mano a los muchachos, a quienes les falta poco para que se los coman los de ahí fuera-* ordenó Fermín, quedando el grupo policial a solas frente al cuerpo del finado.

*-Bueno, Ricardo-* siguió Fermín hablando pero esta vez al juez *-Una confesión en toda la regla-*

*-Un tanto “sui generis”, si me permites un nuevo latinajo Fermín, y demasiado*

*cruel a mi modo de entender. Se mire como se mire, es un despropósito y a Barrero le bastaba una declaración solemne de culpabilidad sentado en el juzgado con un escribiente al lado y, tras un juicio con todas las garantías procesales, recibir un castigo ejemplar-* respondió Henestrosa.

*-Ya, Ricardo, pero más bien parece que Barrero decidió aplicarse él mismo el correctivo y de una sola vez-*

*-¿Qué decís vosotros, chicos?-* preguntó el juez a Prendes y Gabardino, quienes no hacían más que dar vueltas de un lado al otro del sofá, agacharse, husmear y todas esas acciones que a él mismo le ponían la piel de gallina frente a un cadáver con sangre por todos lados.

*-Enseguida nos pronunciamos, Ricardo-* respondió Prendes abstraído en sus pensamientos.

*-Lo mismo digo-* le siguió Gabardino arrodillado en la alfombra y escudriñando por toda la parte baja del sofá.

*-Nada, nada, lo que los señores gusten-* Ricardo les respondió con un gesto lisonjero que le confirió un aire dieciochesco y hasta hizo la reverencia de rigor, sin que lograra sacar de sus respectivos ensimismamientos a los dos inspectores; quienes más bien semejaban dos comadreas hambrientas hurgando en algún nido.

*-Felipe, ya sé que me vas a decir que Barrero está bien frito, pero me gustaría*

*comentaras si tus conclusiones también avalan esta confesión de Barrero, “motu proprio”, en forma de balacera-* Ricardo cambió el tercio, ante la imposibilidad de rescatar de sus cábalas a Prendes y Gabardino, tomándola a renglón seguido con el forense.

*-Avalan y certifican, Ricardo-*

*-“Deo gratias”, Felipe-* le respondió el juez mirando hacia arriba, tal si lanzara una sentida plegaria al Cielo con los brazos abiertos de manera teatral.

*-Más que gracias, Ricardo, Bendito sea por toda la eternidad-* dijo por su parte Fermín, quien se mostró feliz y agradecido porque todo hubiera concluido de una vez por todas. En particular porque había llegado un punto, mediatizado por los dos inspectores forasteros, que hasta sus propios muchachos le parecían sospechosos y él mismo entró en pánico alarmado cuando elucubró de manera inconsciente en que hasta el mismísimo Don Fulgencio, de arriba abajo ensotonado, era el culpable del asesinato de la muchacha; lo cual le había hecho dudar hasta de su propio juicio.

*-Todo apunta a que Barrero es o, mejor dicho, era nuestro hombre-*

*-¿Evidencias, Felipe?-*

*-Todas-* contestó sin dudarle el forense a Henestrosa.

-¿Concluyentes?-

-Ricardo, te cuento y no exagero- le habló el médico mostrándose firme en su convicción, adoptando un aire académico que satisfizo al juez y comprobando éste como había aparcado, aunque fuera sólo por un momento, su tradicional retranca meridional –*La sangre de la pared en efecto era perruna...*-

-Pero, bueno, Felipe ¿No me has dicho...?-

-¡Para, para, hombre, que no he terminado aún!- Felipe tuvo que tranquilizar a Ricardo, una vez comprobó su impaciencia cuando tan sólo había mencionado el escueto enunciado de su alegato –*Digo perruna porque lo era, aunque a su lado también había sangre humana-*

-¿Mezclada?- preguntó Prendes desde el sofá.

-Así es, Paco-

-¿Proporción?- también Gabardino hizo lo propio con su pregunta, dejando de momento sus quehaceres con el cadáver.

-Más perruna que humana, Manolo-

-De acuerdo- añadieron ambos inspectores agachando a colación sus respectivas cabezas hacia el cadáver, al que trasteaban de manera inmisericorde siguiendo

como si nada a lo suyo.

*-Continua, Felipe-* animó el juez al médico.

*-Pues, Ricardo, los restos en la parte trasera del vehículo te confirmo son idénticos a los encontrados en el cuerpo de Lucía y, atención a este dato, los cabellos que también hemos localizado en el asiento del copiloto de igual modo pertenecían a ella. Blanco y en botella, caballeros-*

*-¡Bravo, Felipe!*- A Ricardo sólo le faltó dar un salto de la alegría que sentía, aunque se contuvo las ganas por mor de su cargo.

*-Mil gracias, Ricardo-* el médico, halagado, respondió añadiendo una sonrisa de oreja a oreja *-Personalmente creo que el caso está resuelto con pruebas físicas y evidencias incontestables las cuales, añadiendo para rematarlo el cadáver del mismo culpable suicidado, ponen de manifiesto cómo fue Barrero quien llevó a cabo el asesinato de Lucía Chaparro. Punto final-*

*-¡Chacho! ¡Qué peso me quitas de encima!*- insistió Fermín en sus comentarios de alborozo hablando al galeno, hasta pasándose el dorso de la mano por la frente *-No te rías, Felipe, pero ya veía culpable a todos con los que me cruzaba por la calle y, no me riñas, hasta en ti pensé anoche mientras no podía coger el sueño-*

*-No te apures, Fermín-* contestó el médico de aquella sutil forma de hablar, despreocupada a veces para soltar sus darditos *-Yo hizo lo mismo contigo entre*

*sábanas-*

*-¡Qué pillo estás hecho, Felipe, siempre tan bromista!-* dijo el guardia, quien parecía haber recuperado el buen humor y hasta la frente dejó de perlárselo nada más escuchar el dictamen científico de su compañero forense.

*-Bueno, caballeros, esto se merece una celebración de categoría, con copa y puro ¡Como Dios manda!-*

*-Eso por descontado, Ricardo-* Felipe se apuntó el primero al ágape sugerido por la autoridad judicial.

*-¡Esto está ya finiquitado, compañeros! En cuanto hagamos el papeleo nos vamos de farra-* añadió festivo Fermín, desabrochándose el botón del cuello de la camisa y aligerándose la corbata reglamentaria.

*-¡Ricardo, disculpa!-* habló llamándole la atención Paco Prendes, a quien aquél había visto cambiar impresiones en voz baja con Gabardino, señalando ambos de manera sucesiva el cadáver de Barrero así como diversas partes del sofá donde permanecía.

*-Dime, Paco-* respondió solícito y relajado Henestrosa.

*-Oye, verás ¿Te importaría acercarte a Esperanza y decirle una cosa?-* pidió Prendes llegando hasta su lado.

*-¡Lo que haga falta, hombre!-*

*-Pues, si no tienes inconveniente, Ricardo-* hizo Prendes una pequeña pausa para rascarse, de manera leve con el dedo índice, su ceja izquierda *-Haz el favor de comentarle que está detenida por el asesinato de su marido-*

## CAPÍTULO XI

*-¡Señoría, creo tengo derecho a llamar a mi abogado!-*

*-Por supuesto, lleva toda la razón, señora-* respondió subyugado Ricardo, utilizando para ello incluso en aquella dramática circunstancia un tono en su voz aterciopelado, y mirándole Esperanza de esa forma que le turbaba; hasta el punto de que no podía creer el motivo del empeño tanto de Prendes como Gabardino por demostrar cómo era culpable de un asesinato, tal como ellos insistían obstinados en catalogar de manera rotunda el suicidio de su marido *-Sin embargo, le recuerdo cómo no tiene usted ahora mismo la condición de detenida, hasta tanto escuche junto a mí las pruebas incriminatorias que dicen tener los inspectores. En el momento en el que esto sea así, no dude le permitiré telefonar a su letrado para que le defienda tal como manda el ordenamiento jurídico. Entre tanto, cuenta con todas las garantías legales que como juez instructor debo concederle-*

*-Me alegra escucharle, señorita, y estoy segura de poder salir bien parada de este atropello de esos dos policías que ni siquiera son del pueblo-*

*-Bien, Esperanza, permítame rompa una lanza por ellos. Verá, es cierto que son forasteros, pero a fin de cuentas han tenido suficiente tiempo para sopesar todas las claves tanto del asesinato de Lucía como del suicidio de su marido, y al menos yo mismo lo califico así hasta escuchar los argumentos sobre los que asientan su criterio-*

*-Gracias, Ricardo-* acompañado de una caída de ojos que embelesó a éste, Esperanza pronunció su nombre por primera vez con una dulzura que logró erizar su piel *-Es usted una buena persona y no sé cómo agradecerle que me trate tan bien y...-*

*-Es mi obligación, Esperanza, y no tema porque creo de manera incondicional en su total inocencia-* le faltó tiempo a Ricardo para lanzar la respuesta y casi postrarse a sus pies, dejando clara su incapacidad para sustraerse al encanto de aquella mujer, devolviéndole el gesto de pronunciar su nombre haciendo él lo propio y casi susurrándolo *-Y ahora, si no le importa, voy a pedir a los inspectores nos pongan al día de sus conclusiones que tanto le afectan de manera negativa-*

*-Estamos encantados de poder arrojar luz a este asunto y, discúlpenos usted, Esperanza, no piense tenemos nada en contra suya sino a favor de la justicia-* comenzó Prendes, emulando a su amigo magistrado en la verborrea.

*-Ricardo, vamos a intentar haceros comprender en primer lugar qué ha ocurrido en esta misma estancia hace unas horas y, una vez aclarado, rebobinaremos para dar las claves de lo que ocurrió ayer mañana y, de esta forma, cerrar el*

*círculo y permitir que la acción de la justicia castigue como se merece a la señora, aquí presente-* Gabardino hizo un esfuerzo por acercarse a las formas del juez, aunque le faltó empaque.

*-¡Es usted un grosero señor!-* Esperanza no se reprimió en dar el primer mandoble en su defensa, aunque el efecto en el inspector fue en vano y tan sólo arrancó una sonrisa sardónica en éste; lo cual le enfureció aún más.

*-Bien, comencemos por nuestro opulento ganadero, quien yace en este sofá a modo de sudario postrero tras ser asesinado de manera tan taimada como refinada-* continuó Prendes en esta ocasión caminando en torno a Esperanza, quien prefirió permanecer en silencio riguroso, al menos hasta escuchar lo que Prendes relataba contra ella *–Y disculpad los términos, que hasta a mí mismo me parecen un tanto irrespetuosos y mucho más teniéndole de cuerpo presente. De cualquier forma, para Barrero, perdonados quedan ya sus pecados, su cólera por absurdas afrentas, sus vejaciones crueles, sus desprecios a todos los que se relacionaban de una u otra forma con su persona, a quienes exigía un trato servil para con él, abusando de éstos con la más despiadada vesania que hablaba de su natural inhumanidad cimentada sobre la posición social de la que alardeaba y, en especial tal como comprobamos ayer, a su paciente esposa. Y recalco lo de paciente puesto que lo pienso de manera absoluta, sin exagerar por supuesto. Aunque también me vais a permitir afirmar cómo esa misma paciencia llegó a un límite poco soportable, el cual le llevó a maquinarse un plan para el que ruego levantéis vuestros sombreros y acompañéis el gesto con una elogiosa reverencia, dado el nivel de precisión, de virtuosismo y de control de los nervios que ha mostrado nuestra encausada hasta, inclusive, en estos momentos cuando ha dedicado a nuestro juez la mirada más deliciosa que recuerdo haya visto jamás-*

*-¿Tengo que aguantar esto, Ricardo?-*

*-Cálmese, se lo ruego, Esperanza- Henestrosa tuvo que intervenir, a su pesar, dirigiéndose a Prendes -Por favor, Paco, cíñete a tus argumentos en su contra pero no mezcles valoraciones personales-*

*-Pido disculpas e iré al grano con tal de que modifiques esa actitud de benevolencia- Prendes aceptó la reprimenda verbal de su amigo, si bien continuó con su exposición tan seguro de sí, e incluso más hablando a todos -Por lo tanto, os pido contempléis con atención el cadáver de Barrero, donde apreciaréis un boquete serio encima de la oreja izquierda, lo que sugiere que se disparó a sí mismo con la mano también de idéntico lugar del cuerpo-*

*-Y, de la misma forma- continuó Gabardino -Os rogamos observéis cómo existe la evidencia de un segundo disparo que, rozando su nariz por la parte inferior de ésta, dio en el borde del cojín que está situado bajo su cabeza tal como quedó al caer ya cadáver-*

*-Si os fijáis, la bala primera, o sea la que acabó con su vida, no traspasó el cráneo, sino que quedó alojada en su interior. Sin embargo, la otra, como veréis, ha quedado incrustada en una de las patas de madera de la mesita donde Barrero tenía encima un vaso con whisky, por cierto buena elección y de doce años- siguió Prendes en esta ocasión con la exposición, añadiendo la puntillita jocosamente sobre el licor lo cual era en él marca de la casa -Por lo que inferimos cómo el supuesto suicidio tuvo lugar en dos momentos. O sea, una bala de prueba, o bien una decisión truncada por él mismo que provocó esa herida*

*superficial; para luego dispararse ya la definitiva encima de la oreja-*

*-Bien, caballeros, avancemos- Gabardino tomó de nuevo el testigo –Si os fijáis bien, podréis ver cómo en el interior de la mano izquierda existen restos de sangre. Y, seguro, os preguntaréis cómo llegaron hasta allí-*

*-Si aún no os habéis percatado del tema- le tocó a Prendes continuar -Os ayudaremos diciendo que esa sangre es imposible que estuviese ahí, a menos que alguien la pusiese. Si te disparas con una pistola, la dispersión de la sangre se efectuará hacia todos lados menos, como es lógico, hacia el interior de la mano parapetada por la culata y el gatillo-*

*-Y si reparáis con detenimiento en la parte inferior del sofá, veréis cómo hay manchas de sangre- apostilló Gabardino.*

*-Sangre que obviamente no pudo llegar ahí con el disparo, ya que está en el frontal del sofá y el disparo se hizo arriba y con proyección de la sangre hacia la izquierda de donde estaba Barrero- Prendes habló señalando el punto exacto.*

*-Y lo curioso es que la sangre se encuentra en el ángulo inverso de cómo debería haber estado, en el improbable caso de haber llegado salpicada, o sea, de derecha a izquierda. Luego esa imprimación es posterior al, teórico, suicidio- apuntó Gabardino señalando uno a uno los hitos sobre los que comentaba.*

*-Bien, caballeros, llegados a este punto- Prendes enseñó los dientes de nuevo con más argumentos –Os vamos a aclarar a qué vino ese segundo disparo. La*

*verdad, si lo pensáis, un tanto incomprensible. De acuerdo que pudo ser por inseguridad a la hora de saber si el arma funcionaba, pero de cualquier forma algo burdo eso de hacerlo con herida incluida y dando en el cojín-*

*-No cuadra ¿Verdad?- siguió Gabardino –Y no es así porque no era ese el motivo y mucho menos que Barrero lo llevase a cabo. Fue Esperanza la que detonó el arma, en una maniobra de despiste, por cuanto quería dejar las oportunas marcas de pólvora en la mano de su marido, que el forense advertiría como válidas al hacer la prueba de rigor en aquélla. Sólo ese era el fin y el disparo, por lo tanto, fue realizado a posteriori; o sea, cuando Barrero ya era cadáver-*

*-Creo que mejor será explicarles a todos cómo Esperanza, a quien presento mis respetos por su puesta en escena, su audacia y su sigilo para burlarnos, aunque haya tenido mala fortuna en esta oportunidad- comenzó Prendes pareciendo disfrutar a lo grande, en tanto desgranaba el crimen y sus detalles más escabrosos, dejando también hueco para la sincera alabanza hacia la mujer a quien desenmascaraba con exquisita finura pero implacabilidad y siempre en compañía de su inseparable colega Gabardino, turnándose ambos con oficio – Para ello, os diré cómo nuestra acusada hace muy poco rato esperó paciente a que su marido, estando solos ambos en la casa al no haber servicio tras la desaparición de Lucía, le pidiese preparara un whisky, tal como él acaso haría cada jornada en uno de sus habituales gestos humillantes hacia ella tan comunes incluso en público como fuimos testigos y, obedeciéndole, a continuación de poner el vaso sobre la mesa baja a su lado, rodeó de manera felina el sofá mientras estaba distraído Barrero, tomó su pistola que estaría en algún cajón cercano sabiendo de sobra su exacta ubicación y, en un instante, colocó con frialdad la bocacha del arma encima de la oreja izquierda y apretó el*

*gatillo-*

*-Por supuesto que el efecto fue fulminante, cruzando la bala todo el cerebro y provocando de manera irremisible una muerte instantánea; cayendo sin vida Barrero hacia su derecha- siguió Manolo Gabardino con aquella exhaustiva exposición de la compleja secuencia del crimen, señalando cuanto iba desvelando para mayor comprensión sobre el cuerpo exánime del ganadero –A renglón seguido Esperanza se puso delante del cadáver, tomó su mano izquierda, le colocó la pistola con la doble intención de imprimarla con sus huellas, en primer término, y de realizar un segundo disparo con el cual el forense más tarde certificase contaba con restos de pólvora en aquélla. El retroceso del arma no lo tuvo en cuenta, estando de frente al cadáver y con evidente menor sujeción por su parte, por lo que la bala llegó a rozar la base de la nariz de su marido, para quedar luego incrustada en la pata de madera de la mesa-*

*-No obstante y en una traviesa jugada del destino, este imprevisto de última hora tuvo sus consecuencias y, os confieso, cómo ha sido clave para poner al descubierto su sanguinario plan criminal- tomó Prendes de nuevo la palabra –Y es que nuestra asesina, aún no confesa, comprobó cómo esa leve herida en la nariz de Barrero había provocado el salpicado de sangre que fue a parar a su mano derecha y, con el instinto de quitársela, la movió agitándola con brío. Para que os hagáis una idea, lo llevó a cabo como cuando tienes algo asqueroso pegado en la mano e intentas deshacerte de ello moviéndola de un lado a otro de forma enérgica; quedando por tanto la prueba de su acción en el frontal del sofá, tal como podéis comprobar y, para incriminarle aún más, lo hizo en el sentido contrario al que la sangre debía haber tomado en el improbable caso de que hubiese llegado hasta allí-*

*-Esperanza, no tiene usted escapatoria y, si ese detalle es revelador, aún lo es más cómo la mano izquierda de su marido tiene restos de salpicaduras de sangre. Fue usted quien, al dispararle, provocó que la expulsada tanto por su boca como por su nariz quedaran adheridas a su mano. Es esa la razón y no otra. Nadie que se dispara a sí mismo con un arma tiene sangre con la mano que lo ha ejecutado-* concluyó Gabardino acercándose al cadáver y señalando con su dedo índice lo que decía.

*-Caballeros- Prendes pareció sentenciar -Estamos ante un crimen de oportunidad o bien, si lo preferís, de oportunista-*

*-¿A qué te refieres, Paco?-* Henestrosa, sumido todo el rato en un profundo silencio expectante y, tras la prolija exposición de hechos, abrumado por las evidencias mostradas “in situ” de manera brillante por sus dos amigos, decidió intervenir aunque fuera con una pregunta más de compromiso que de curiosidad; palpitando aún en su corazón la inocencia de Esperanza.

*-Ricardo, desengáñate amigo, este asesinato disfrazado de suicidio fue de todo punto improvisado-*

*-¿Cómo se puede improvisar...?-* Ricardo, tan perplejo como confiado en que algún argumento resquebrajase la férrea determinación de sus amigos para acusar a Esperanza, preguntó sin tener claro hacia dónde se dirigía Prendes con aquella nueva hipótesis.

*-Fácil, Ricardo, porque nuestra asesina, a quien veo con gesto firme de no*

*querer confesarse por fin culpable, vio una ventana para quedarse libre de una atadura que ya estaba cansada de aguantar en la persona de su marido. Su fortuna fue lo que le impidió levantar el vuelo, pero supo esperar el momento idóneo. Y éste lo era-*

*-Ayer tarde, en el momento de regresar a Monesterio desde Sevilla- siguió Gabardino –Se abrió de par en par esa ventana en cuanto Esperanza tuvo noticias del asesinato de Lucía. Ella supo a la primera que había sido Barrero. Conocía su obsesión por ella, le había observado día tras día cómo iba a por la chiquilla, hasta le había oído ofrecerle cosas que a ella ni se le pasaban por la cabeza, tal vez incluso una promesa de acabar de alguna forma con su matrimonio, vayan ustedes a saber si de manera tan drástica como ella misma lo ha hecho con un balazo, y eso le despertó el intelecto que atesora sólo que para hacer una jugada poco lícita que le traerá secuelas terribles ahora; una vez hemos descubierto su bien trazado plan para disfrutar de las posesiones de su marido, sin tener que aguantarle ni sus babas, ni su carácter avinagrado y, en mayor medida, sus escarnios como maltratador-*

*-De tal forma que Esperanza- siguió Prendes y esta vez se preocupó de ponerse justo al frente de Ricardo, muy cerca con tal de que tomara buena nota de a quién estaba concediendo un crédito que no merecía sobre la base de una mera atracción –Se guardó celosa para sí la información que ponía en el disparadero a su marido, intuyendo no pudo soportar más éste la negativa a gozar del cuerpo de Lucía, quien se le resistiría a duras penas, y en el mismo garaje llevó a cabo primero el asesinato, precedido por un más que probable abuso por tocamientos, y luego la profanación del cadáver de la joven. Fue ella quien advirtió cómo era su marido el asesino puesto que era la única persona que conocía, aparte de las mujeres que a cambio de buenos dineros le dejaban*

*disfrutar de ellas en los prostíbulos, cómo Barrero era impotente. Ese detalle, surgido en la investigación del crimen por nuestra parte, llegó a su conocimiento tal como corren los bulos por esta pequeña comunidad, diría al instante, y ató cabos. Supo que era él y también que el tren pasaba sólo una vez por la estación de la libertad.*

*-Justo reaccionó Esperanza con el tiempo suficiente ayer para colocar las evidencias que le incriminarían sin duda y nos ayudarían, cuando ella dispusiese, a concretar que era su marido el asesino de Lucía- Gabardino habló tras su compañero y esta vez acercándose a Lucía, quien le ofreció una mirada cargada de odio que nada le afectó, acostumbrado como estaba a semejantes desprecios de los malvados contra los que se enfrentaba día tras día –Con ese fin, y también tengo que felicitarle, poco antes de que nosotros llegásemos colocó cabellos extraídos del cepillo que aún permanecía en la casa de la chiquilla y, sobre todo, salpicó con sangre la pared junto al vehículo que utilizaba su marido y donde transportó a Lucía hasta el cerro de Tentudía, llegando incluso a buscar restos de lana, imagino que en el corral que aún disponen aquí en la parte trasera de la casa, y poniéndolos sanguinolentos los añadió a la lista de evidencias en la parte trasera del vehículo. Y ese detalle fue algo digno de mención puesto que era cierto, tal como refirió su marido, que había tenido lugar una pelea de perros y la sangre había salpicado como dijo. Fue fácil ¿Verdad, Esperanza? En particular porque Lucía, qué curioso de manera casual, estamos convencidos cómo ayer por la mañana se hizo un corte con el cuchillo de cocina, de cuya herida nuestro forense advirtió en su meñique derecho y también la profundidad a la que llegó la hoja, lo cual produciría una fuerte hemorragia y más que suficiente para, más tarde, usted misma tomar la sangre de la joven, la cual imaginamos quedó sobre la encimera de la cocina, y a continuación salpicar con ésta la pared del garaje añadiéndola a la de los perros; actuando de igual forma al impregnar la parte trasera del Land Rover*

*para añadir argumentos al forense, quien sabía sin duda encontraría de manera clara esa sangre de Lucía que señalaría de manera contundente la autoría del crimen por su marido. Tras poner en claro su maquinación, señora, creo mejor retirar tanta felicitación que le he expresado ya que, como verá, le hemos pillado por partida doble-*

*-Esperanza, por mi parte le rogaría se confesase culpable en este mismo instante. Tenemos prisa tanto Manolo como yo mismo y su rendición incondicional nos ahorraría más análisis y comprobaciones que, tarde o temprano, dejarían constancia tanto de su autoría en el asesinato de su marido como de la manifiesta manipulación de pruebas que llevó a cabo para lograr su incriminación; aunque éste de verdad fuera nuestro perverso homicida. Además, seguro que Ricardo, que de esto sabe un rato y tiene por usted un aprecio, digamos, especial, le buscará buenos atenuantes que rebajen, y mucho, su condena y así se pueda librar de un castigo que, me temo, haría que saliese con los pies por delante del penal sin mediar, claro está, ese pequeño acto de contrición pública que le pedimos para cerrar por fin este caso-*

Concluyó así Paco Prendes el alegato, con esa sutil forma de presionar a los acusados, pronunciado al alimón con su compañero Gabardino, y se hizo un silencio tan denso que podría haber sido cortado por la mitad con una hoja de afeitar. Fermín y Felipe, quienes habían asistido todo el rato con una actitud respetuosa hacia los dos inspectores, permaneciendo tan callados como concentrados en sus conclusiones tras la investigación realizada en el cadáver, se miraron el uno al otro sin pronunciar palabra para luego observar cómo Esperanza, conservando su altanería y dejando ver un gesto duro en sus bellísimas facciones, sin perder la calma en esta oportunidad se levantó de su asiento muy despacio para, a continuación, mirar cara a cara a Ricardo.

-Señor juez- dijo Esperanza a éste con el tono de voz firme y la barbilla bien levantada –*Será mejor que haga venir a mi abogado-*

-*De inmediato, señora-* contestó Ricardo apenado y sin disimular su sentimiento al verle derrumbada, aunque ella mantuviera tanto en su rostro como en su pose una actitud cercana a la misma soberbia –*Pero tenga en cuenta cómo, y sin perjuicio de que en sede judicial se le tome la debida declaración, debo rogarle nos relate los acontecimientos que le han llevado ante esta situación tan embarazosa-*

Con aquellas palabras, pronunciadas en tanto mantenían a escasos centímetros ambos las miradas, continuó el juez sin variar un ápice su forma de tratar a Esperanza con quien, hasta sabedor del acto abyecto cometido con singular premeditación, mantenía su nexo de atracción y de igual forma respeto, por cuanto para sí mismo le consideraba digna de compasión por la larga vida de amargura sufrida junto a su marido; en esos momentos un guiñapo sanguinolento sobre el sofá, cortada por la guadaña justiciera su indignidad.

-*¿No se lo imagina? ¡No podía aguantar más, Ricardo!*- respondió Esperanza, esta vez perdiendo la compostura, dejándose caer de nuevo sobre el asiento, agachando la cabeza para no dejar que vieran cómo sus ojos, por primera vez, se inundaban de lágrimas y sus manos comenzaban un tembleque que Prendes y Gabardino habían echado en falta cuando sus revelaciones apenas le afectaban hacía tan sólo unos instantes; comprendiendo entonces la fortaleza mental de aquella mujer, en cierta medida, admirable.

*-¡Es que estaba al límite de mi paciencia con él!-* continuó Esperanza hablando entre sollozos mientras, en silencio, le escuchaban todos *–No había sido siempre así ¿Saben ustedes? Durante los primeros años de matrimonio era un hombre como los demás, y conmigo ni mucho menos tal cual ustedes comprobaron ayer. Nada de eso. Había cariño y, sobre todo, respeto. Ese mismo que me perdió de un día para otro sin una causa justificable, comenzando desde ese momento a comportarse como un ser despreciable tal cual le conocieron ustedes. Le juro, Ricardo, que no pasó nunca por mi cabeza hacerle daño, sin embargo el ver cómo se comportaba con Lucía, su obsesión por ella, incluso delante de mis narices, consiguió lo que nunca y es que le deseé lo peor. Verá, ayer le observé cómo se levantaba nada más escuchar que se abría la puerta y Lucía entraba en esta casa. Él creyó que seguía dormida pero le seguí hasta la cocina y miré, tras la puerta que da a la salita, cómo le manoseaba de una manera que hasta ese día no se había atrevido. Lucía intentó quitárselo de encima, lo que fue inútil por su corpulencia pero más por la obcecación enfermiza que sentía. Después le retuvo abrazado a ella y empezó a besuquearle el cuello y tocarle sus pechos, momento en el que no pude contenerme y entré en la cocina. Eso hizo que dejara a Lucía, a quien por cierto le tapó la boca todo el rato, y ella se vino corriendo junto a mí. Ya se imaginará la escena que tuvimos a continuación, con Lucía a mi espalda temblando todavía, y él fuera de sí hasta tal punto que me empujó e intentó de nuevo abalanzarse sobre la niña. No sé cómo, porque no lo recuerdo, conseguí que abandonara la fijación por echarle mano a ella y, como siempre, dando gritos y patadas a lo que se ponía por delante, mi marido dio un portazo y se marchó de la casa. Después, señor juez, confieso cometí un error imperdonable al pedirle a Lucía que no se marchase y, de igual forma, no tuviese temor por mi marido, que era uno de sus arranques y saldría de viaje hacia Sevilla no regresando hasta la noche; cosa que confirmamos las dos al ver cómo condujo de estampida con el Mercedes hacia la calle desde el garaje. La muchacha, que era un pedazo de pan, me contestó que terminaría la faena lo antes posible y después se marcharía para no volver jamás a mi casa,*

*diciéndome que su madre ya le había encontrado otro trabajo y que sabía el motivo; decisión que comprendí y le pedí perdón por lo ocurrido, dándole también las gracias por su bondad. Así que ella continuó sus quehaceres y por mi parte, tranquila al haber visto cómo mi marido se había marchado, al rato también abandoné la casa y seguí con lo que tenía previsto hacer aquel día. Por la noche, al conocer la triste noticia del asesinato, no tardé en atar cabos y comprender que él había regresado a la casa. Lo demás, no hace falta que me extienda, porque los inspectores ya lo han dicho todo. Y sí, Ricardo, le maté ¡Y le mataría cien veces más!-*

*-¡Fermín!-* dijo el juez en voz alta y firme, nada más concluir su confesión Esperanza, apartándose de donde estaba a su lado para volverse luego hacia el guardia.

*-¡A tus órdenes, Ricardo!-* exclamó cuadrándose Fermín, sabiendo de antemano la orden que iba a recibir-

*-Desde este momento, la señora tiene la condición de detenida-* dijo lacónico Ricardo, recuperado ya el rigor del cargo *-Haz el favor de llamar a su abogado. Le va a hacer falta-*

## CAPÍTULO XII

La escena no tenía precio y más cuando un sujeto de casi dos metros de envergadura tenía que limpiarse las lágrimas al ver a su mejor amigo fundirse en un abrazo con su padre. Paco Prendes tuvo que dar un paso atrás y hacer un esfuerzo por no llorar a moco tendido después de que Manolo Gabardino, con un nudo en la garganta e incapaz de articular palabras, eligiese esa forma tan tácita como sobrecogedora de decirle a su progenitor cómo le quería por encima de todas las cosas, que le respetaba y le echaba de menos cada minuto vivido alejado de su hogar.

Menos mal para Paco que todo continuó, concluida la parte melancólica de ese feliz encuentro del cual había sido testigo preferente y también emocionado, de una manera más festiva que incluyeron abrazos, y alguna que otra palmada, propinada de la manera más cariñosa que recordara, uno por uno de todos los miembros de una familia tan extensa como variopinta en edades y sexos; si bien en este último caso y, en vez de abrazos, los besos fueron mucho mejor recibidos por el joven inspector -en especial de algunas de las primas de Manolo- para quienes se les fueron los ojos sin poder disimular la intención, extremo que Manolo no se le escapó observar y luego recordárselo todo el rato que

permanecieron sentados a la mesa degustando los manjares de la tierra y, en particular, un vino excelso de “Matanegra”, envejecido en las célebres “Bodegas Toribio” de la cercana localidad de La Puebla de Sancho Pérez, al cual Gabardino amante de los caldos y después de libar unas cuantas copas servidas de manera generosa por Prendes, quien muy cuco se reservó para sí en exclusiva una botella, se lanzó a componerle una oda encendida, alabando su profundo color cereza, el intenso aroma especiado con el que contaba y las inconfundibles notas de roble cremoso, donde se advertía la impronta de la frambuesa y el caramelo de violetas; lo cual arrancó hasta un aplauso de todos mientras el sublime vino hacía las delicias de los comensales, que eran muchos y bien avenidos.

Para Paco y Manolo, era el colofón de unas jornadas vividas a tope, cuyo corolario había sido la confesión de culpabilidad de Esperanza y los laureles que Ricardo, Fermín y Felipe les concedieron con palabras que les llegaron al corazón. Las prisas por llegar a Los Santos de Maimona y, en particular, que el vehículo estaba ya reparado, impidieron que ambos no tuviesen tiempo de más celebraciones y habían quedado para otra oportunidad con menos obligaciones y también compromisos.

Por su parte, Ricardo, sin que ellos lo supiesen, había escrito casi un canto prosaico con pinceladas poéticas al jefazo en Sevilla, ensalzándoles hasta el punto de que, no sabían cómo, la prensa hispalense se había hecho eco y dedicado en la edición del domingo una reseña sobre sus logros detectivescos que, a su vez, había sido recogido por otros medios ajenos a la ciudad. Aquello confesaban ambos cómo les avergonzaba un tanto, pero también les motivaba a continuar incluso con la empecinada supervisión del comisario, al que apreciaban incluso disculpándole los tirones de orejas que les daba de vez en

cuando por su compartida impaciencia a la hora de abordar las investigaciones.

Cubillana precisamente no dejó de telefonarles a casa de Gabardino para, en primer término y tras interesarse por la salud de su padre, felicitarles y, en segundo, hacerles una pregunta incómoda que removió sus conciencias. Y es que, por pura deformación profesional, el comisario les cuestionó si habían apuntalado bien la investigación y si las evidencias cuadraban a la manera que él les exigía; o sea, a la perfección. Por supuesto, ambos aseguraron que al cien por cien, aunque para sus adentros respectivos eso no era del todo cierto.

La verdad es que, en el camino de ida hacia la casa de Gabardino desde Monesterio, los dos habían cruzado ciertas reticencias al respecto de cómo Esperanza había logrado enjaretar las sospechas sobre su marido. Y había un detalle que les incomodaba y bastante, pero no porque no creyeran a Barrero como asesino, sino por la impotencia de no encajar las idas y venidas hasta Tentudía de éste y, lo que les sacaba de quicio a los dos, el tema de las bragas tan immaculadas que llevaba Lucía. De cualquier forma, ya era insignificante todo aquello después de que Esperanza, desarmada por completo tras el recital de ambos frente al cadáver de su marido, de cuyo asesinato se confesó culpable apabullada y sin una justificación que le permitiese escapatoria, reconociera una vez en presencia de su letrado y también en sede judicial con todas las garantías procesales, cómo había tenido la certeza de que su marido había asesinado de manera cruel a Lucía Chaparro.

Había sido emocionante escucharle dar carta de naturaleza a todo cuanto ellos habían pormenorizado frente al cadáver de Barrero, y cómo ella reconocía punto por punto la forma de ejecutar el asesinato y luego cómo colocó las evidencias una a una, en especial las referidas en primer lugar a la sangre, que la fortuna de

la herida de la joven por la mañana le brindó al contar con aquélla aún fresca para dejar indicios tanto en la pared como en la parte trasera del vehículo y, en segundo a los cabellos, obtenidos del cepillo que utilizaba la joven en la casa antes de concluir cada jornada y salir de regreso a su casa.

De todas formas, a los dos lo que más les enorgulleció fue escuchar cómo reconocía Esperanza que había intentado desprenderse de la sangre de su marido moviendo la mano tras dispararle y, de esa forma al manchar la parte frontal del sofá, permitirles tirar de ese hilo hasta dar con el ovillo en forma de asesinato calculado de manera milimétrica.

*-¡Oye, Manolo!-* le llamó la atención uno de sus muchos primos, mientras servía tanto a él como a Prendes otra copa de vino, la cual no despreciaron *-Escucha, el otro día tuve que llevar un cargamento a Sevilla con el camión y ¿A que no te imaginas a quien me encontré?-*

*-Tú dirás-* respondió Gabardino.

*-¡Con Manolo Cuéllar, macho! Ya sabes, que era vecino tuyo cuando vivía en Los Santos antes de irse para Sevilla-*

*-Sí, hombre, vecino y amigo. Yo me lo encuentro mucho en Sevilla, justo en la Plaza de la Encarnación ¿Sabes? Es que trabaja en la Caja San Fernando, que tiene allí la central en la misma esquina con la calle Imagen; bueno y más de una vez hemos tomado café juntos en el Bar Spala, donde él suele desayunar todos los días-*

*-Es chófer del director, me parece ¿No, primo?-*

*-Sí, sí, lleva ya unos cuantos años con él. Oye y también le veo más de una vez con su esposa, Pepita se llama, quien precisamente es de Cala-*

*-Claro, le di recuerdos para ella-*

*-Primo, yo es que no paro ¿Sabes? Estoy todo el día de un lado a otro-*

*-Carretera arriba, carretera abajo con el camión ¿No?-*

*-¡Y que no falte, macho! Si no ¿De qué iba a vivir? Y la carretera tiene más peligros que una caja de bombas. Fíjate que el otro día hubo un accidente horroroso en la de Cabeza La Vaca, en una de esas curvas que tú también conoces nada más salir de Calera de León-*

*-¿Sí? No me digas. Cuenta, primo –le animó Gabardino, mientras Prendes, quien jugueteaba con una de las riquísimas aceitunas machacadas que se estaba zampando desde que se sentó a la mesa, se puso tenso.*

*-Pues, chico, no puedes hacerte una idea cómo derrapó un camión y se estampó contra el muro de piedra de una de las fincas. Vamos que se quedó atravesado y tuvieron que venir bomberos de toda la comarca para sacar al conductor. Oye y luego hasta tuvieron que traer una grúa enorme desde Sevilla porque no había*

*forma de apartar el camión tan grandísimo de la carretera, incluso sacando la mercancía, Fíjate cómo fue la cosa, primo, que hasta las diez de la noche estuvo cortada por completo-*

*-¿Desde Sevilla?- preguntó Prendes, a quien le había cambiado la expresión relajada hasta entonces por otra que Gabardino conocía, en especial porque él mismo también la lucía de igual forma, a tenor de lo que acababan de escuchar ambos.*

*-Bueno, normal, hombre. Por esa zona, y menos por ésta, no hay un cacharro tan grande y tan potente para mover un camión así-*

*-Primo, por cierto ¿Qué día ocurrió eso que cuentas?- le preguntó Gabardino mosqueado.*

*-Pues, fue, fue, fue- repitió pensativo el primo de Gabardino y los dos investigadores con los músculos en tensión, concentrando toda su atención en el dato que no acababan de conocer –¡Fue hace dos días, eso es! Me acuerdo porque tenía que llevar a Cabeza La Vaca un pedido de...pero, pero ¿Dónde vais los dos?- preguntó extrañado el primo de Gabardino mientras éste y Prendes, con las caras desencajadas, salían disparados dejando la mesa y a todos los comensales plantados, dirigiéndose hacia el salón de la casa donde se encontraba un aparato telefónico. Justo a su lado estaba la guía telefónica y Prendes se abalanzó sobre ella hojeándola nervioso hasta, tras muchas idas y venidas, encontrar la página que ansiaba localizar. Luego, señalándole el número a Gabardino, éste lo marcó uno a uno en el dial esperando, ávidos los dos, respuesta al otro lado.*

*-Juzgado de Zafra, dígame-* oyeron ambos a través del auricular.

*-¡Señorita, póngame urgentemente con el juez Ricardo Henestrosa!*- habló Manolo Gabardino, mientras Prendes se mordía las uñas.

*-Creo que está en una vista, señor-* respondió la operadora al otro lado.

*-¡Pues mande alguien a darle aviso! Ya le digo que es un tema muy urgente que afecta al juzgado-* insistió Manolo, viendo el poco efecto que había hecho en la joven lo dicho.

*-Lo siento, señor, pero tengo instrucciones de no molestar al juez-* contestó segura de lo que decía la joven una vez más, haciendo que Gabardino y Prendes parecieran fuesen a explotar de un momento a otro a tenor del color de sus respectivos rostros, cercanos al rojo fuego.

*-¡Oiga, haga el favor de pasarme con la secretaría del juez!*- se le ocurrió pedir con vehemencia a Manolo.

*-Un momento, por favor-* contestó la operadora, en esta oportunidad sin sacar alguna otra objeción, cortando unos instantes la comunicación.

*-Secretaría del juez Henestrosa, dígame-* escucharon otra voz femenina, al cabo de un largo minuto de espera.

*-¡Por favor, señorita, necesito hablar urgentemente con el juez Henestrosa!- volvió con la cantinela Manolo.*

*-Perdone, señor, pero ahora mismo es imposible molestarle puesto que se encuentra en una vista y...-*

*-¡Oiga, ya he escuchado eso!- le interrumpió Paco Prendes arrebatando el teléfono a Gabardino, colocándoselo en su oído y alzando el tono de voz –¡Soy el inspector de policía Francisco Prendes, así que haga el favor de entrar en la sala y decirle que nos atienda. Tenga en cuenta, señorita, que la vida de alguien corre peligro cada minuto que pasa y necesitamos hablar con él!-*

*-Un momento, se lo ruego, inspector- habló, tras unos segundos de indecisión, la joven al otro lado y los dos escucharon primero su taconeo al levantarse y dirigirse seguro hacia donde estaba el juez, luego la apertura de una vetusta puerta mal engrasada, más tarde unos minutos de incertidumbre sin sonidos identificables y, al fin, la voz de Ricardo.*

*-¿Paco? ¿Manolo?- le oyeron con claridad a través del auricular, colocado por Prendes en medio de ambos.*

*-¡Ricardo! Aquí estamos, macho, en casa de Manolo y con un ataque de nervios del que no te puedes hacer una idea-*

*-¿Qué pasa, hombre, Paco? Me habéis sacado de...-*

*-Ya, sí, sí, Ricardo, hombre, discúlpanos pero no teníamos más remedio que hablar contigo para un tema realmente grave-*

*-¡Coño, Paco! ¿Qué me dices?-*

*-Verás, Ricardo, una vez que escuches lo que tenemos que decirte, te pedimos que empieces a dar órdenes, aparte de coger el teléfono, llamar a Monesterio, hablar con Fermín y decirle que dentro de tres horas a partir de este instante os recogeremos en el cuartel y que se encargue él mismo de llamar a Felipe para que nos acompañe-*

*-Paco, bueno ¡Pues venga, cuéntame!-* contestó al otro lado Henestrosa, a quien tanto Prendes como Gabardino le habían contagiado la nerviosera sólo de escuchar el tono de intriga que había utilizado su amigo.

Como siempre hacían, los dos inspectores se turnaron de manera sucesiva para relatar a Ricardo lo que una, tan intrascendente como casual, conversación de sobremesa con el primo de Manolo había destapado del caso que, de manera inocente por parte de todos, habían creído cerrado. Y estaba claro que no, tal como la exposición que hicieron conjunta a Ricardo lo demostró de manera diáfana. Al otro lado del hilo telefónico, Henestrosa casi salió disparado hacia arriba y perforó el techo al escuchar todas y cada de las inesperadas revelaciones; teniendo que tomar asiento para asumir lo que le participaban.

*-¡Oídme todos, Paco y yo nos tenemos que marchar!-* les advirtió Manolo, en voz alta y en medio del comedor, a toda su familia y en especial a sus padres una vez colgaron el teléfono tras dejar haciendo sus tareas, que no eran pocas, a Henestrosa, quien se había quedado mudo al escuchar de cabo a rabo una historia bien diferente sobre el caso, el cual creía sin reserva alguna abrochado en su totalidad gracias a la perspicacia de ambos investigadores y también amigos *-Nos ha surgido un asunto urgente y regresamos a Monesterio. Pero sólo es una escapada ¿De acuerdo? Tranquilos que, en cuanto cerremos el tema, nos volvemos para acá y seguimos la juerga-*

*-¡Tened cuidado que la carretera está fatal!-* oyeron ambos decir al primo de Gabardino, quien sin sospecharlo había levantado la liebre, mientras salían disparados de la casa hacia el coche, arrancaban éste y, sin advertir a nadie de sus intenciones antes de ponerse en camino hacia el sur, condujeron hasta el Cuartel de la Benemérita en Los Santos de Maimona, donde llegaron apenas en unos minutos y, tras identificarse al oficial que se encontraba al mando, de inmediato y conocidos los motivos de su presencia repentina, les permitió acceder tanto a los teléfonos como a la información que necesitaban; llegando incluso a pedir ayuda a unos cuantos de sus hombres, quienes rastrearon cuanto ambos investigadores pidieron tras confiarles argumentos de peso sobre lo que buscaban.

Por una parte, Paco se encargó de unas llamadas y, por otra, Manolo de otras. Aunque como denominador común era el rastreo de una pista que, tirando, les llevaría de lleno sobre una nueva hipótesis de trabajo que daba al traste con todo lo supuesto por ambos respecto al final de Lucía. Después de siete, ocho o quizás nueve llamadas, también de conocer los datos recabados por los guardias, ambos se despidieron dando las gracias a todos y, regresando al vehículo, pusieron

rumbo hacia Monesterio y, esta vez, también al final de un caso cerrado en falso.

## CAPÍTULO XIII

El tiempo había dado un bandazo serio. De días con cielos azul inmaculada, desterradas las nubes hacia el Atlántico por la fuerza del viento solano, aquél parecía querer vengarse por tamaña afrenta reclutando en lo profundo de sus dominios, más allá de las Azores, poderosos vendavales que, tras varios escarceos en los días que habían antecedido, por fin lograron primero arrinconar y luego expulsar de las estribaciones de Sierra Morena al invasor llegado de oriente.

La consecuencia primera era la temperatura, desplomada varios grados y, sobre todo, la avanzadilla de lo que aquellas nubes forjadas sobre la inmensidad marina gris azulada traían; lo cual no era otra cosa que una fina lluvia que humedecía todo a su paso. Los prados recibieron aquel maná del cielo en todo su esplendor, las encinas de las dehesas saludaron gráciles movido su follaje por el viento cargado de humedad empapándoles de manera desprendida, si bien quien más festejó la victoria occidental fueron los pastizales, deseosos del inmarcesible regalo acuoso llenándoles de vigor, concediendo a la tierra que les daba abrigo el preciado don de la vida, hundiéndose esa fuente inagotable de ésta en las profundidades donde conseguirían gracias a su ayuda superar el estío venidero

atisbado ya cerca; anunciando así una lucha encarnizada a campo abierto contra un enemigo poderoso y recalcitrante en su trato tan grosero como obstinado.

Esa misma fina lámina de agua, casi imperceptible, recibió silenciosa pero decidida en su tarea al equipo policial que tanto éxito había tenido hacía apenas una jornada, a cuyo frente encabezando la terna se encontraba el juez Henestrosa, flanqueado por Fermín, su fiel y noble escudero, Felipe, tan hombre de ciencia como de chascarrillos y, tras ellos, elucubrando en la sombra, dos jovencísimos inspectores de policía cuyas mentes parecían estar a pleno rendimiento en cualquier ocasión en la que una intriga se pudiese a su alcance; presas ambos de una pulsión casi enfermiza que les impedía sustraerse a resolverla.

Fue el juez, al frente como abanderado de un regimiento en este caso exiguo pero a la vez robusto y dotado de una cohesión difícil de vencer, quien tuvo el placer de descerrar el cerrojo de la verja, el cual se adivinaba había tenido mejores días que atestiguaban restos de pintura verde pero descascarillada y ofreciendo un aspecto herrumbroso, que daba acceso a las tierras de Miguel Sanabria, a la sazón padrino y tan desinteresado como generoso benefactor de Lucía Chaparro a decir de todos, las cuales apreciaron no eran tan humildes tal como su dueño les había descrito en un ejercicio de simulación, también de cierta mimetización camaleónica, que calificaron de notable al comprobar nada más avanzar sobre el terreno cómo su extensión ocupaba una de las laderas de la carretera de acceso a la población de Segura de León y, por otra, cómo un buen número de cabezas de ganado ovino pastaban al otro lado de donde se encontraban.

Amén de esos detalles y para rematar el cuadro, que no se correspondía en nada

con lo referido por su propietario tras recibirlo como herencia, contaba con una casa de labranza de buen aspecto y una amplia extensión donde no faltaba ni siquiera un garaje anexo, sumando un granero de tanta altura como la construcción principal. No hicieron falta más paseos para advertir cómo no se ajustaba a la realidad lo declarado por su dueño.

*-Pero, bueno ¡Qué sorpresa más grande, señores!-* salió a recibirles Miguel Sanabria, quien se encontraba en plena faena dentro de un huerto que ocupaba todo el lateral del terreno que lindaba con la carretera.

*-Sí que es cierto, Miguel, y muy bien dicho por su parte dado que es una sorpresa lo que venimos a darle-* le contestó Henestrosa sin dejar de darle la mano, para después hacer lo mismo sus acompañantes, decididos a no perder las formas ni siquiera en esos momentos.

*-Perdóneme, no le entiendo, señor juez. Verá, para mí sí que lo es y además cuando tenía tantísimas ganas de darles las gracias a usted y a todos ellos por haber resuelto lo de mi Lucía ¡Qué alegría! Ya me hacía cuenta que se iba a escapar ese animal-*

*-Ya ve, Miguel, cómo los malvados creen que todo les saldrá bien. Sin embargo, tarde o temprano pagan por sus crímenes-* Henestrosa contestó mirando a sus compañeros y éstos, en silencio, mostrando una silenciosa conformidad.

*-¡Gracias a Dios y a la Virgen de Tentudía, bendita sea!-*

*-Claro, Miguel, estoy plenamente de acuerdo contigo. Tan es así que no estaría mal le rezaras-* respondió el juez.

*-¡Siempre, señor! A cada momento estoy rezándole y más ahora que nos ha concedido lo que le pedimos tanto Concha como yo. Por fin podemos dormir tranquilos sabiendo que jamás hará daño a nadie ese Barrero-*

*-¿Sabes, Miguel?-* habló Henestrosa, volviéndose hacia Paco Prendes y Manolo Gabardino *-Nuestros inspectores también me han confesado que, lo mismo que Pelayo Pérez Correa en su lucha contra los sarracenos, han pedido con todas sus fuerzas a nuestra adorada Virgen que detenga una vez más este día-*

*-¡Todo lo que le pidan, si lo sienten de corazón, se lo concederá!-* exclamó, hasta con cierta emoción en la voz para luego santiguarse, el padrino de Lucía en un tono solemne y con un dramatismo que estuvo a punto de hacer saltar las carcajadas de todos y, en especial, de Felipe quien incluso empezó a toser para disimular algo sus intenciones.

*-Miguel, veo que tienes cuajo-* le soltó Fermín.

*-¿Qué dices? No te entiendo-* contestó dando un paso atrás Sanabria y, al mismo tiempo, correspondiéndole el guardia con un paso hacia adelante.

*-De manera que rezos y Avemarías ¡Me cago en...!-*

*-¡Alto, Fermín!-* le frenó Henestrosa, a tiempo tomándole del brazo y tirando hacia sí.

*-¡Oiga, señor juez! ¿A qué viene esto?-*

*-Miguel, veo que lee entre líneas pero se reserva para usted el mensaje que seguro ha entendido. A estas alturas, ya debe saber que venimos para ajustar cuentas. Pero no se apure; no se trata de un ajuste al estilo romaní. Más bien a la ancestral usanza de los caballeros que acompañaban aquel memorable ocase a Pelayo en Tentudía, con la misma nobleza y sabiendo que era justa su causa-*

*-¡Yo no he hecho nada!-* respondió dando otro paso atrás el sujeto, quien ofrecía un aspecto patético.

*-¿Nada? Mejor será que nuestros dos inspectores le refresquen la memoria-* contestó Henestrosa, quien decidió pasar el testigo a sus amigos.

*-No sabe, Miguel-* se arrancó Paco Prendes *-la alegría que nos da verle ahí, cagándose de miedo porque desde aquí nos llega ese aroma inconfundible de la cobardía, pero también de la villanía, de un ser tan despreciable como infame que ha condenado a un infierno en vida a tantas familias, arrebatándoles la suya a víctimas inocentes con un colofón muy propio de un ser rayano con la naturaleza de bestias del inframundo; quizás superando las proezas maléficas de súcubos e íncubos, ganándose por méritos propios un sitio al lado del rey de ese lugar que será muy pronto su morada por toda la eternidad. Y ahora, Sanabria, ¡Rece! Rece mucho pero a su señor, ese que le espera con los brazos*

*abiertos para achicharrarle por los siglos de los siglos-*

*-¡Se ha vuelto loco, señor juez! ¡No sé de qué me habla!-* insistió Sanabria en librarse, por supuesto sin éxito, del arrinconamiento fatigoso al que estaba siendo sometido-

*-Curioso que la carretera desde Calera de León hasta Cabeza La Vaca estuviera cortada el día del asesinato de Lucía ¿No cree, Sanabria?-* tomó el turno Gabardino, después de permitir se dirigiera aquél a Ricardo, casi mostrando un vergonzoso puchero pueril en su cara *–Y así, fruto de una casualidad, de una charla intrascendente entre amigos y familiares, poner en marcha una investigación que ha llegado tarde, pero ha llegado, tirando de uno de los embustes que nos largó guardando una calma que ahora veo ha perdido.*

*-Porque nos dijo con claridad que había venido hasta este mismo lugar ese día, cuando en realidad eso fue imposible por el corte de tráfico, el cual duró hasta bien entrada la noche-* atacó Prendes *-¿Dónde fue, Sanabria? ¿Dónde anduvo? ¿Qué hizo? Me temo que se verá incapaz de responder a estas, y luego más, preguntas que intentará esquivar pero no la acción de la justicia que va a caer sobre usted como Espada de Damocles. Si no ¿Qué le parece que nosotros vayamos respondiendo esas cuestiones? ¿Sí? Pues vamos allá, Manolo-*

*-Lo mejor para ello será que viajemos en el tiempo hasta el día de autos, o sea el día que Lucía dejó de existir-* turno para Gabardino, en un nuevo mano a mano *-¿Recuerda, Sanabria? Su ahijada, una belleza de dieciséis años, una muchacha ejemplar, lo más cercano a la perfección que pueda encontrarse. Pero comencemos por ese momento en el que usted, habiendo planificado todo con*

*precisión, arrancó su vehículo, y no ese que nos llevó a Monesterio, al que había que darle un porracito para que se abriera la puertecita ¿Verdad? Todo muy teatral, muy campechano, pero que escondía cómo condujo hasta allí el primero de los días que tenía de descanso en su trabajo cotidiano, y allí acechó conociendo con exactitud los movimientos de la niña aguardando paciente a que tanto Barrero como su esposa, por diferentes motivos y con la suerte de que ésta última adelantó su salida, abandonaran la casa-*

*-Ahora, Sanabria, viene la piedra angular de este caso del cual usted ha estado a una micra de salir indemne y, con toda probabilidad, más jóvenes como Lucía no tanto. Pero vayamos por partes- siguió Prendes –y situémosnos justo en el instante que, confiada en que Barrero no volverá a la casa al ver cómo éste salía hacia su cita en Sevilla, Lucía continua con las faenas. De pronto, se da cuenta que alguien, imaginamos que por la parte trasera de la casa, llama al portón. La joven, sabiéndose sola, seguro se lo pensó pero, al final, decidió ir a ver quién era. Una vez se asomó por la mirilla que tiene la puerta, enseguida y confiada le abrió a usted, Sanabria ¿Cómo no le iba a abrir a su padrino? Al fin y al cabo usted era su mentor, aquel que le demostraba todo el cariño que su familia jamás había manifestado a la chiquilla ni por activa ni por pasiva, abandonándole a su suerte en un depauperado estado de precariedad con su madre, viuda, y su abuela, de igual modo y además con una terrible enfermedad mental ¿A que no voy descaminado, Sanabria?-*

*-Contestaré yo mismo, Paco, por este sujeto- Gabardino continuó –Y ya lo creo que Lucía le franqueó el paso e incluso le llevó hasta la cocina, donde seguiría con sus tareas siendo una trabajadora seria y leal a los propietarios de la casa. No obstante, nos preguntamos en su momento cómo usted, Sanabria, logró sacarla de allí; porque le sacó y de manera brusca. La solución la hemos*

*encontrado por pura asociación de ideas y, en particular, porque conocemos la psicología de las mujeres. Y Lucía, siendo una tan joven, era una mujer hecha y derecha con las reacciones propias de aquéllas. Y porque usted, con esa fachada falsa de patán que muestra, rozando el paletismo más trasnochado como disfraz para engañarnos, también conocía esa clave que le permitió arrancarla de allí, abandonando Lucía de repente la casa convenciéndole para que subiese a su vehículo; por cierto Sanabria, a ese Land Rover que tiene usted aparcado ahí mismo y que luego cobrará protagonismo. Y esa clave es la reacción directa y fulminante que produce en una mujer una noticia que afecte a sus hijos y si, como es el caso, no los tiene, a su madre ¿Verdad, Miguel?-*

*-Esa es la cuestión- turno para Prendes –Y no insignificante en este rompecabezas, puesto que usted sabiendo ésta, de manera sorpresiva dijo a Lucía que su madre, imaginamos algo así, se habría encontrado mal y de urgencia habían tenido que llamar a la ambulancia para hospitalizarla. Tal vez, relacionado con su enfermedad, que era lo lógico, o quizás se atrevería con otra trola la cual hizo efecto inmediato hasta el punto de que la muchacha, como cualquier mujer ante una noticia de ese calibre, salió con lo puesto, dejando atrás todas las pertenencias personales, contando el bolso, los zapatos que se había cambiado, la ropa de calle que hacía lo propio y ni siquiera las llaves de su propia casa que dejó sobre la encimera de la cocina. De ahí que encontráramos todo tal cual estaba en ese momento de la noticia falsa, pero desgarradora para ella, que propició su abandono del domicilio de los Barrero dejando hasta el portón trasero abierto de par en par y que usted permitió para dar mayor dramatismo al asunto; seguro de que jamás pensaríamos en su autoría en este crimen abominable-*

*-El pececillo había mordido el anzuelo ¿No, Sanabria? Su plan cubría la*

*primera etapa con nota- le tocó a Gabardino ofrecer la secuencia del crimen, cuyos principales hitos conocían tanto Henestrosa, como Fermín y Felipe, aunque muchos puntos concretos creaban en ellos tanta sorpresa como en el rostro de aquel individuo, en ese momento ya ausente de color –De tal modo que soltaría más infundios a Lucía para justificar que, en vez de dirigirse con el coche hacia el hospital, pasarían por su casa en Montemolín, calculamos que para recoger un hipotético documento o algo de ese tenor para que la chiquilla se lo tragase-*

*-Una vez llegaron a su pueblo, no tuvo más que pedirle a Lucía que bajase del vehículo y entrase en su casa, en cuya parte de atrás cuenta con un taller. Y tenemos aquí la segunda de las claves de este caso- le tocó a Prendes desvelarlo –Si no, Sanabria, observe esta pequeña mota que pongo en la palma de mi mano ¿Qué me dice? ¿Nada? Bien, lo entiendo porque a nosotros tampoco; aunque hace un rato escaso tomó otro sentido este casi microscópico objeto, al que permítame reconocer con humildad tendríamos que erigir un monumento en su memoria. Usted ya sabe a qué me refiero. Pero esa cara que pone dice cómo espera todavía no hayamos dado con su procedencia. Se equivoca, Sanabria, sobre todo porque telefoneamos a su pueblo, hablamos con los agentes de allí y nos dieron de inmediato el quid de la cuestión. Porque usted sí es carpintero, como nos dijo, pero no añadió que era metálico. Y que tiene un taller de esa especialidad, por lo cual los cabos se ataron sobre la marcha. Esta pequeña mota es una de las decenas que Lucía tenía en todo su cuerpo, incluidos los genitales tras su barbarie con ella, que usted dejó al llevar puesto el mono de faena y, además, su cuerpo arrastró hacia sí todas las partículas que había en el suelo donde cayó abatida por usted. Nos preguntamos una y otra vez cómo no caímos en ese detalle, no tan difícil de identificar la mota metálica que, al rozar el torno a gran velocidad y producirse las chispas -éstas ya enfriadas- se esparcen tanto por quien efectúa el trabajo como su entorno cercano-*

*-Pero antes de entrar en lo mollar del caso, y con gran tristeza desgranar cómo fue el atroz fin de Lucía, rindamos culto todos a esta mota de metal diminuta pero colosal por lo que ha significado en nuestras pesquisas, auténtico hilo que nos ha llevado al ovillo de Miguel Sanabria, pronto reo confeso en cuanto escuche cómo sabemos su trayectoria de cruel asesino en serie desde que llegó como un quinto más del Servicio Militar a su pueblo y a esta misma zona del sur de Extremadura- Gabardino, con decisión, tomó las riendas –Pero no ha sido nada fácil y han hecho falta multitud de llamadas hasta encontrar el hilo conductor que, de manera providencial, hayamos al recordar como él mismo había despoticado de Mallorca, donde trabajó en una fecha concreta. De tal modo que, rastreando ésta, y con la ayuda inestimable del Servicio de Informática de nuestro Cuerpo en la capital de España, a quien pondremos velas sin faltar, levantamos la liebre que faltaba, conociendo cómo usted, Sanabria, fue reconocido en una rueda de sospechosos que tuvo lugar en la comisaría central de Palma de Mallorca, a raíz de la aparición en la playa del cadáver de una turista alemana con idéntico patrón que Lucía, por la compañera de viaje de ésta. Si bien con la fortuna que, tras el careo al que fue sometida la muchacha se retractó y usted resultó sin cargos y de inmediato puesto en libertad-*

*-No fue eso de que era incapaz de acostumbrarse a las islas y que en su pueblo usted aseguraba vivía mejor ¿Verdad, Sanabria? - Prendes retomó la palabra, sin dejar un instante de observar el temblor de las manos de éste cada vez más evidente –Sino que salió de la isla por patas tras sentir en su nuca el aliento de la Ley, la cual estuvo a punto de ensartarle. Por chiripa la burló, y de aquellos polvos tenemos estos tristes lodos ¿Y sabe por qué estamos seguros de lo que afirmamos con rotundidad sobre su autoría? Por otro detalle que, como no podía ser, se le escapó, pero no porque no lo calculase, sino porque las*

*circunstancias hicieron que no pudiese rectificar su plan inicial. Y me refiero a las bragas. Sí, Sanabria, las bragas de la turista alemana, limpias, blancas, imaculadas. Usted se quedó con las de la muchacha y le puso aquellas otras con las que apareció el cadáver tras cumplir su ritual, el cual incluye un insano fetichismo. Con Lucía idéntico patrón y también, lo mismo que en Mallorca donde el mar devolvió el cuerpo, en Tentudía tuvo que dejarlo sin opción a quitarle la prenda que utilizaba en su puerca ceremonia sangrienta-*

*-Tras aquel contratiempo, burlado el peligro de ser acusado gracias a la indecisión en su identificación de la muchacha amiga de la turista asesinada, regresó a Montemolín y continuó su derrotero sangriento, pero en su territorio al que conocía bien y donde se desenvolvía a la perfección. Tanto fue así, Miguel, que en Mallorca sólo hizo una continuación de sus fechorías, las cuales había iniciado nada más llegar del Servicio Militar- Gabardino siguió acorralando al sujeto, quien en esta ocasión mostró aún más sorpresa ante el dato insinuado por el inspector –No ha hecho falta más que tirar de documentación y comprobar cómo una tras otra eran sus víctimas jóvenes desaparecidas en el entorno más cercano a donde residía. Así, Sanabria, recordará cómo abrió la cuenta con la primera en su propio pueblo: Antonia era su nombre, dieciocho años, desaparecida, jamás encontrada. Un año después, en Usagre, Josefa, diecisiete años, ni rastro de ella, nunca se supo nada de la joven. Dos años después, en Bienvenida, Paqui, veinte años, una noche iba para la feria de su pueblo y nadie volvió a verle. Tres años después, Fregenal de la Sierra, María Teresa, quince añitos, regresaba del colegio y nunca llegó a su casa, siendo ésta penúltima de la lista que completa Lucía-*

*-No es mal currículum ¿Verdad, Sanabria? Y en sus planes entraba, hasta hace un rato por supuesto, incrementar sus méritos como asesino- atacó Prendes –*

*Aunque me temo a partir de ahora no tendrá opciones de patrullar su territorio en busca de más víctimas, una vez quitado de circulación gracias a esas pequeñas cosas que el más avezado criminal siempre no prevé; como no previó que la lógica nos dirigiría a este lugar que, si no me corrige, se ha convertido en auténtico camposanto para esas chiquillas y que, por muy poco, no lo fue para Lucía-*

*-Sólo basta mirar ese huerto, Sanabria, e imaginarle cavando paciente, sin prisas, y una a una preparar esas tumbas, últimas moradas de sus jovencísimas víctimas a las que dio sepultura durante todos estos años y, tal como su mente calculadora proyectaría, iba ampliando conforme completaba sus planes- Gabardino señaló el lugar y Sanabria retrocedió unos pasos –Ahí está el testimonio de sus crímenes, a dos metros bajo tierra, pudriéndose lenta e inexorablemente esos cuerpos juveniles que disfrutó unos segundos tan sólo, mancillados por su enfermiza obsesión, como lo hubiese sido el de Lucía sin mediar la casualidad-*

*-¡No quería hacerlo! ¡Créame, se lo juro!- exclamó, por fin desarmado, Sanabria tapándose la cara con ambas manos, haciendo que el patetismo de su acción rozara el mismo bochorno –¡Pero, ellas están bien! ¡Les di sepultura y recé, recé y recé! ¿Sabe, señor juez? ¡Les pedí perdón por lo que les había hecho! Porque, juro, que no quería, pero, pero, era superior a mis fuerzas, ellas me llamaban, me decían ¡Miguel ven aquí, cógeme, tómame, y yo iba, no podía negarme! ¿Lo entiende? ¡Ellas me provocaban! Y yo no quería, créame ¡Y después ellas me despreciaban, gritaban, y yo tenía que callarles, y entonces...!-*

*-Entonces acababa con sus vidas para su mayor gloria, para excitarse con su cuerpo inerme ¿No es así, Sanabria? Porque eso es lo que de verdad le excita,*

*sus cuerpos desnudos a su merced-* Prendes continuó, ya el asesino confeso – *Siempre idéntico comportamiento con todas sus víctimas y, por supuesto, Lucía no iba a ser una excepción. Porque ese caramelo, ese bomboncito saboreado en sus momentos íntimos, observándole día a día cómo se transformaba de niña en mujer, era algo que le martirizaba. Pero bastaba el nexo familiar para que frenase la pulsión por hacerse con ella; hasta que un día, imaginamos fruto también de la casualidad, conduciendo por Monesterio le vio con el hijo de Ledo y esa imagen, de Lucía hecha mujer, besándose, abrazándose con aquel muchacho, quebró su voluntad por fin y le empujó a una vorágine de fantasías donde replicaba ese ritual de sexo y muerte con ella-*

*-¡Era mi niña! ¡Mi niña! ¿Lo entienden? ¡No quería hacerlo! ¡Sólo tocarle, acariciarle, pero ella hizo como todas, gritó, me insultó! ¡Sólo quise callarle! ¡Sólo eso!-* Sanabria, de rodillas en el suelo tras la contundencia de las palabras escuchadas, exclamó aquellas frases huecas sin que nadie de los presentes se inmutase.

*-Sigue haciendo teatro, Sanabria, o mejor sería decir comedia bufa-* retomó Prendes la palabra –*Tenemos que reconocer que es usted un actor de primera, yo diría con futuro si éste no pasase por una celda fría y oscura. Seamos claros, y deje de hacer ese papelón, ahí en el suelo, de rodillas, casi suplicando, con lágrimas de cocodrilo y gestos de damisela. Porque nada de nada de lo que dice se corresponde con la realidad y sólo persigue maquillar tanto su maldad intrínseca como los obtusos deseos de asesino, los cuales deja patentes en cada uno de sus actos con esas niñas. Para demostrarle que es así, regresemos al momento en el que aquella mañana llegaron hasta su casa y logró que Lucía accediera con usted hasta el taller, sin duda con otra de sus excusas que la inocencia de ella dio por buena teniendo su total confianza en quien era lo más*

*parecido a un padre que había conocido durante su corta existencia, agradecida por sus atenciones, únicas de la familia, por lo que le tenía en un pedestal sin adivinar su verdadera naturaleza criminal y la amenaza que se cernía sobre ella, sola, desamparada ante un monstruo con una engañosa coraza de falsa bondad donde en su interior moraba la más execrable condición, larvada en lo más recóndito de una mente sumida en una patológica morbosidad. De esta suerte y una vez allí, Sanabria, su ahijada no podía esperar lo que estaba a punto de ocurrir y cómo su vida quedaría rota por su tan incontenible como oculta ansia-*

*-¿Sabe, Miguel?- turno para Gabardino, a quien Fermín había dado una bolsa de la que extrajo dos objetos enfundados en sendas bolsas de plástico transparente que luego mostró a Sanabria y éste dejó la posición de rodillas, poniéndose en pie con el temor en sus facciones ante la visión de aquéllos –Hace un rato hemos estado en su taller y seguro que reconoce, a tenor de su cara, lo que le muestro. No es extraño, dado que con este martillo realizó un primer golpe en el cráneo de la niña pero, al ver que apenas había tenido efecto su acción, dio un segundo y más certero que se lo hundió sin miramientos. No obstante, Lucía no se moría ¿Verdad? Es palmario cómo, incluso con la masa encefálica desparramada por el taller, su cerebro aún mandaba órdenes y hasta se volvería hacia usted y le miraría implorante, incluso calculamos que logró articular alguna palabra de compasión, misericordia, ayuda que usted, desesperado ante la fuerza de la vida en su cuerpo atajó volviéndole de nuevo de espaldas, tomando su navaja y cortándole el cuello hasta que su corazón dejó de latir tras desangrarse ante sus ojos. Era algo que quería evitar a toda costa, sabiendo que la sangre es difícil de borrar su huella en todo aquello donde se agarra como testigo de las acciones de los malvados como usted. Pero tenía muchos recursos y más cuando contaba con la ventaja primero del tiempo y segundo de tener un lugar cerrado al abrigo de miradas indiscretas. Con Lucía a su merced, despojada de su vida,*

*aún con las manos manchadas de su sangre, y también de la suya propia puesto que se hirió al hacer el profundo tajo en la garganta de la niña, se regocijaría al fin cumpliendo sus fantasías que le habían atormentado durante días, planeando en la intimidad del lecho, en la soledad de la noche, en el amanecer mientras la boca se le hacía agua pensando en ese cuerpo que tenía ya frente a sí dispuesto al sacrificio en la pira del deseo. Por fin hizo realidad aquel ritual, ejecutado tantas veces con éxito y siempre impune, cuando comenzó a desnudar a Lucía, prenda a prenda, despacio, disfrutando del momento, hasta dejarle desnuda por completo. Necesitaba que estuviera quieta, sin resistencia, entregada sólo para usted, como las otras ofreciéndose en silencio, aún con los ojos abiertos observándole y hasta su mente escucharía cómo le decía ¡Tómame, Miguel, tómame! ¿Verdad, Sanabria? ¿Era eso no? Claro que sí, le hablaba, le animaba, pero usted era incapaz de satisfacerle ¡Ni a ella ni a nadie! Su impotencia se lo impedía, aunque siempre tenía otra opción para cumplir esos deseos de ellas que su mente recreaba como ciertos-*

*-Y esa opción la tiene usted aquí, Sanabria-* continuó Prendes, tomando la otra bolsa que Gabardino le pasó, y extrayendo un cilindro metálico rematado con una borla para luego mostrárselo al acusado –*Con este objeto, alentado por esas voces de Lucía que escuchaba en su cabeza martilleándola insistentes, al fin pudo satisfacerle penetrándole una y otra vez, con todas sus fuerzas, en una orgía de sensaciones amplificadas con la sangre brotando de sus entrañas y salpicando su propio cuerpo tenso, acariciando cada vez que este objeto alcanzaba su objetivo el mismo éxtasis inundando de placer cada poro de su piel, gimiendo en la soledad, aullando como lobo en celo en la noche de plenilunio, alcanzado ese clímax que le haría aborrecerse a sí mismo una vez que, desecho, vuelta la consciencia a su mente, le produciría contemplar a Lucía sobre un charco de sangre y vísceras-*

*-Hasta tendría un momento de lucidez y le hablaría, le rogaría su perdón, incluso derramaría sobre la sangre tibia aún manando de su vientre mancillado algunas lágrimas que se fundirían en ese mar de color rojo vetado del gris de su masa encefálica, amalgamados en un tétrico espectáculo que, durante unos momentos tan sólo, le haría odiarse a sí mismo- turno para Gabardino, quien avanzó junto a los demás unos pasos hasta quedar a poca distancia de Sanabria y éste, de inmediato, comenzó a retroceder –Pero sólo fue un fugaz instante, puesto que el lado oscuro de su mente, ese enrevesado rincón que ordena y manda intransigente imponiéndose a cada una de sus acciones, le tranquilizó y también le hizo ver debía seguir el protocolo marcado en sus maquinaciones previas a otro de sus viles crímenes. Por lo tanto, comenzó el ritual a la inversa, primero lavando con cuidado a Lucía, luego colocándole las prendas una a una, salvo las bragas y el sujetador que conservó por puro e insano fetichismo como hizo con las demás, puesto de manifiesto en la víctima de Mallorca que, de manera imprevisible para usted, el mar devolvió para dejar constancia de su forma de actuar. Y aquí están esas prendas- Fermín sacó otra bolsa, extrajo tanto el sujetador como las bragas ensangrentadas y se las mostró –Para nuestra suerte, esa imposibilidad de deshacerse de ellas nos ha permitido encontrarlas en el taller, curiosamente casi en el mismo sitio donde se las quitó y luego le colocó las otras que, como siempre, tenía preparadas. Un acto por otra parte lleno de esa morbosidad que ampara sus acciones y no es de extrañar que le fuese imposible sustraerse a éstas, además con la convicción de que, enterrando el cadáver, no habría constancia alguna de su manera tan peculiar de hacerlo. Sin embargo, en esta ocasión todo se torció y comenzó cuando, ya preparado el cuerpo sin vida, colocaría el Land Rover en el portón del taller, que es interior, y lo cargaría hasta su parte trasera, cubriéndolo con alguna manta o similar, no sin antes limpiar el local con lejía, que aún olía hace un rato. Después, con tiempo suficiente, se dirigió sin levantar sospechas hacia Monesterio, tomando el desvío hacia Calera de León para luego, de ahí, acceder en poco tiempo hasta este lugar en el que nos encontramos, donde como en sus anteriores gestas*

*tendría ya cavada la fosa donde enterrar el cadáver de Lucía; ni que decir tiene que en ese huerto que tanto le gusta cuidar-*

*-De acuerdo, Sanabria, nos quitamos el sombrero por su perfecto plan, bien sincronizado, pero no tuvo en cuenta que en todo crimen se cruzan variables inexplicables, sucesos paralelos surgidos por fuerzas que no controlamos que están ahí, ocultas, pero a la mano y que se confabulan para frustrar a los malvados, siendo usted uno de los más degenerados que haya conocido y, seguro, conoceré en el futuro- Prendes quiso poner la guinda con ese estilo propio –Justo esos influjos, angelicales me atrevería a decir, movieron los hilos invisibles para que, llegando usted a Calera de León, la carretera estuviera cortada y, además, llena de guardias que recordarían, sin duda, su Land Rover y a usted mismo nada más se acercase. Le imagino en ese momento, sintiéndose cercado y con dos opciones sabiendo que el tiempo ya corría en su contra y que volver a Monesterio sería letal para sus intereses y, mucho menos, a su pequeño cubil en Montemolín donde no podría mantener el cadáver más que un día, al ser festivo local sólo el siguiente. De repente, comprendió cómo la única salida satisfactoria era subir, además por lo temprano de la hora, hasta el cerro de Tentudía, pero con la precaución calculamos no hubiese testigos que le vieses ascender la carretera. Adentrado en ella y comprobada la soledad en la que se encontraba, pensó cómo la bajada en el regreso sería un nuevo riesgo, por lo que el abandono del cadáver de Lucía decidió efectuarlo sin más contemplaciones y obviando adentrarse en la espesura circundante; eligiendo, por tanto, el lugar más cercano al mirador para hacer rodar el cuerpo por donde la bajada hasta unas peñas era más pronunciada y así ahorrar tanto tiempo como esfuerzo y, como propina, no tener que borrar huellas de pisadas en el terreno al que ni siquiera accedió. De esa forma, todo salió tal cual había previsto y tan sólo tuvo un pequeño escozor al dejar un fleco, como ha resultado ser la ropa interior de Lucía. De cualquier manera no era algo tan preocupante*

*en ese momento y, la posibilidad de que le viesen por esa carretera, le hizo continuar el camino y alcanzar sin novedad ni testigo alguno Calera de León donde, sin más peligros presentidos, regresó vía Monesterio hasta Montemolín y, por enésima vez, a la normalidad en la certeza de que nada conduciría hasta su autoría, ni del asesinato de Lucía, ni de todos los que en su trayectoria como criminal había llevado a cabo. Punto final, Sanabria, o sería mejor decir punto y seguido ya que Fermín tiene algo para usted; por cierto, también metálico-*

El guardia, nada más escuchar el final del brillante alegato de los dos jovencísimos inspectores, tomó las esposas de la parte lateral de su cinto y se dirigió con decisión hacia Sanabria, aunque éste, quien permanecía en silencio tras el vapuleo verbal y, de igual manera, letal propinado de manera sucesiva por Prendes y Gabardino, dio media vuelta con agilidad y comenzó una carrera con todas sus fuerzas hacia la casa de labranza y, tras rebasarla con grandes zancadas, desaparecer tras unos cien metros donde le vieron saltar un murete de piedra de la finca cercana.

*-¿Qué te dije, Ricardo?- preguntó Fermín, sin dejar de sonreír, al juez.*

*-Macho, desde luego es que lo has clavado- le dijo Henestrosa con una carcajada a continuación –Dijiste que, nada más le enseñases las esposas, saldría cagando leches-*

*-Aparte de todo eso que han dicho los inspectores, Ricardo, ese tío es un cobardica, un gallina, un cagón; ahí lo tienes, corriendo como si fuese un parvulito asustado- añadió Fermín, señalando a lo lejos cómo Sanabria tomaba buena distancia.*

-Oye, Fermín- le insistió el juez -¿Seguro que Méndez y Luzón están advertidos?

-

-Claro, Ricardo. Y no te preocupes que, si no calculo mal, ya le habrán echado el guante a ese cabronazo- respondió ufano el guardia.

-Bueno, una cosa- volvió Henestrosa a dirigirse a Fermín, quien relajado guardaba todos los objetos incriminatorios contra Sanabria en ese momento –  
*Verás, a tus chicos suele írseles las manos con mucha facilidad-*

-Nada, hombre, tranquilo. Ya les he dicho que sólo acaricien a ese hijoputa; vamos, un inocente achuchón y nada más- soltó con ironía Fermín guiñando el ojo a Felipe, quien asistía mudo a la conversación entre los dos.

-Lo malo, Ricardo, es que Luzón es un patoso compulsivo y suele tropezar bastante y, como siempre, frena su caída en algún ojo de los detenidos. Oye, y me parece que por donde están hay muchas piedras-

-¿Piedras? Fermín, pues hasta me parece divisar desde aquí algún peñasco. Seguro que tiene más de un tropezón hoy- contestó con una sonrisa cómplice el juez-

## EPÍLOGO

Muy temprano -aún la luz tenue de la tímida amanecida velada por densas nubes entrando por la cristalera del Bar Puerta del Sol- Paco Prendes y Manolo Gabardino, tras desayunarse como es menester echando al colete sendas tostadas regadas con aceite de oliva de la tierra que hollaban y aquel jamón de rezarle dos Padrenuestros y tres Avemarías con las rodillas bien clavadas en un reclinatorio, una vez saludado y despedido a la vez Tomás Parra, permanente en la barra y atento a sus demandas por encargo de Ricardo Henestrosa, abandonaron el local teniendo que guarecerse al poco de salir durante unos momentos bajo el soportal de aquél ya que la lluvia, que hasta ese momento había sido un simple chispeo primaveral, se había convertido en un aguacero y ponía en riesgo no sólo sus cabellos recién lavados en una placentera ducha matutina sino, lo que no querían ambos, su recién puesta ropa de los domingos -Prendes dixit- lista para acudir a la segunda parte de la recepción, con almuerzo pantagruélico incluido, que la muy extensa familia de Gabardino había preparado en compensación por su salida imprevista de la anterior.

En tanto aguardaban unos instantes que cesara el ímpetu de la lluvia, ambos rememoraron tanto las copas que regaron la alegría del cierre del caso la noche

anterior y luego las despedidas emocionantes de Ricardo, quien les había prometido visitarles en Sevilla cualquier fin de semana en cuanto regresasen, Fermín, a quien vestido de paisano le vieron la panza aún mayor y de igual forma su cariño y admiración por ellos, forjados en tan sólo horas aunque muy intensas y vividas en la linde del desaliento pero con un final apoteósico y para quien ellos mismos regalaron parte de esa consecución como mérito propio para su persona, así como el abrazo y las palabras, siempre con segundas intenciones llenas de ironía, de Felipe.

-*“La Sevillana” está a punto de llegar-* escucharon ambos a sus espaldas, volviéndose y viendo a una anciana de luto riguroso –*Si no se dan prisa para llegar al Bar El Gallo, pierden el autobús-* les advirtió.

-*Gracias, señora-* contestó Prendes –*Tenemos el coche al otro lado de la plaza. Sólo esperamos que escampe un poco-*

-*Perdona, hijo. Creía que estabais para “La Sevillana”-* respondió atribulada la anciana.

-*Todo lo contrario-* respondió Gabardino –*Por cierto, señora ¿Mayo siempre es así en Monesterio? ¿Tanta agua?-*

-*Veréis, este año ha salido así y la primavera ha sido muy calurosa, sobre todo en marzo y abril. Además, ni una gota ha caído casi desde febrero. Los barrancos estaban secos. Y ya lo dice el refrán ¿Saben ustedes? Cuando marzo mayea, mayo marcea-*

*-Pues no puede acertar más eso que dice-* le dijo Prendes, sin dejar de sonreír al igual que su compañero tras el derroche de sabiduría popular de la señora-

*-¿Quieren ustedes que les traiga un paraguas? Vivo aquí muy cerquita-* preguntó ella haciendo amago de salir hacia su hogar y prestarles ayuda.

*-No, no, muchísimas gracias, señora, no se preocupe ¿Cómo se llama usted?-*

*-Dolores Fermina, hijo-*

*-Encantado, Dolores, él es Manuel Gabardino y quien le habla Francisco Prendes. Y no se apure por nosotros que ya parece va a menos la lluvia. Así que enseguida damos una carrerita y nos metemos en el coche-*

*-Pues hoy tendremos agua para dar y regalar, hijos. Aquí, en el pueblo, tenemos un dicho que nada más nos levantamos de la cama, miramos por la ventana y en cuanto vemos las montañas cubiertas de nubes decimos “Cuando la Sierra de la Cruz se pone la toca, Monesterio se pone hecho una sopa”-*

*-Pues aún más certero que el otro, porque la verdad es que esa toca que se divisa desde aquí mismo es bien seria-* comentó Gabardino de igual manera sorprendido junto a Prendes de lo oído de labios de aquella mujer, quien les dejó patente no sólo lo sabia que era sino también la amabilidad que atesoraba quien, nada más escampar y despedirse con una exquisita educación, que incluyó una

bendición, le vieron cómo, con una agilidad impropia de la edad que aparentaba, se encaminó hacia la parte alta del pueblo.

Minutos después, ya sentados en el coche, arrancó Manolo Gabardino y, una vez incorporados a la carretera, tomaron dirección norte hacia Fuente de Cantos, Zafra y Los Santos de Maimona, donde la segunda parte del ágape ya les aguardaba. Pronto rebasaron el campo de fútbol del Club Polideportivo Monesterio, tal como rezaba la leyenda en el frontispicio de su portón de acceso, rodeado de una legión de altísimos eucaliptos guardando enhiestos su perímetro reglamentario -salvo la grada que en ese momento permanecía solitaria y empapada por el aguacero- y cuyo aroma característico inundaba el aire, percibido con nitidez al penetrar por las rejillas de aireación del vehículo.

Gabardino conducía concentrado no sólo en el mismo coche sino en la carretera salteada de pequeños pero incómodos baches, los cuales provocaban a veces un vaivén por la deformación del asfalto debida a los camiones de gran tonelaje que la transitaban sin descanso cada día, además en otras ocasiones el típico sobresalto de la carrocería y, por extensión, de ellos mismos en el habitáculo.

Justo después de caer una de las ruedas en los muchos que había, su compañero, colega y mejor amigo, Paco Prendes, se giró al elevarse la carretera y, a través del cristal trasero tuvo, a modo de instantánea natural, una panorámica de Monesterio que, durante poco tiempo aunque de gran intensidad éste por las vivencias tenidas por ambos, se había transmutado en un hogar transitorio, donde reconoció para sí con gratitud la bondad, sencillez e inusitada educación de sus gentes, también la calidez de su trato, la noble acogida tal si les conociesen de toda la vida, la familiaridad con que todas las puertas y, sobre todo, los enormes corazones se abrieron para ellos, dejándoles un recuerdo

inolvidable, tal si se tratase de un sello de bonhomía perdurable en el tiempo; como llevando a sus respectivos paladares un regusto tan dulce como la miel extraída de los panales de abejas que laboraban para fabricarla en el vergel que, a modo de frontera natural, da cobijo a ese pequeño edén entre montañas, plácido, acurrucado silente entre las colosales moles, nacidas de fuerzas telúricas en los lejanos días del violento amanecer del planeta, protegiéndolo de la invisible amenaza del despiadado paso del tiempo, tan cruel como inflexible en sus mandatos con los mortales, cuajadas aquéllas desde tiempo inmemorial por árboles centenarios, vigorosos, orgullosos en su estampa desafiante, reinando en una quietud que transmite tanto gozo como sosiego en las dehesas donde imponen su ley.

Un momento antes de que la estampa idílica que Paco Prendes contemplaba se deshiciese al alejarse por la carretera, observó durante un pequeño instante la postal que componía aquel día de cielos nublados, de luz cenicienta velando los colores que, días atrás, se inflamaban con el sol en todo lo alto de la bóveda celeste, reverberando en la cal de las fachadas, en los ocres de los tejados, haciendo contraste con cielos límpidos, de un rabioso azul cuyo resplandor inundaba de alegría sus calles y plazas.

No obstante, agradeció la oportunidad de disfrutar de la melancolía que el brusco cambio de aires había provocado y la lluvia, calmada y vuelta al redil de la sierra, permitía contemplar la belleza que del mismo modo bajo el agua ofrecía aquel reducto serrano rodeado por riachuelos y manantiales de aguas prístinas serpenteando raudas desde las cotas adyacentes, protegidos por hileras de esbeltos chopos, mecidos con suavidad por los vientos dominantes, o zarzas dispuestas en toda su extensión como coraza salvadora de intrusos que buscan mancillar sus corrientes imperecederas.

Paco, como fotograma final repleto de nostalgia, contempló pensativo en la lejanía los tejados cuyos colores aparecían difuminados por la neblina insistente, con sus chimeneas humeantes que le hablaron del trasiego de sus moradores en la aventura cotidiana de la vida, y también cómo la luz, rendida, exhausta tal como se le antojó, se hizo difusa y envolvió todo a su alcance en un mágico manto; tan misterioso como subyugante.

*-Paco ¿Qué haces ahí tan callado? No paras de mirar para atrás-* le sacó Gabardino de manera áspera de la ensoñación.

*-Eso hacía, Manolo. Mirar y pensar-* contestó Prendes por fin vuelto y acomodándose en el asiento siguiendo el sentido de la marcha.

*-¿Se puede saber en qué?-* le preguntó Manolo intrigado y más viéndole tan circunspecto, o mejor dicho, más de lo que solía estar a menudo cuando su mente se concentraba en algo de su interés.

*-Pues en que debemos volver a Monesterio algún otro día ¿No te parece? Pero, ojo, sin que haya algún maníaco por ahí suelto y podamos disfrutar de un lugar tan maravilloso-*

*-Eso está hecho, Paco. Oye, por cierto, macho, vaya tela los ojos que les echaste a mis primas-* le soltó Gabardino sin dejar de mirar la carretera, pero como una carga de profundidad conociendo la timidez recalcitrante de su amigo.

*-Manolo, déjame ¿De acuerdo? ¡Qué pesado eres!-* le contestó Prendes volviendo a su estado natural.

*-Paco, dime-* otra vez se puso a la carga Gabardino *-¿Cuál te gusta más? ¿La morenita del pelo hasta la cintura, o la rubita con muchas curvas?-*

*-¡Anda! Conduce y calla-*

*-Después, tío, nada más llegemos te presento a las dos y tú eliges ¿Qué te parece?-* Gabardino le pinchó fuerte *-Se entiende que para charlar; o sea, cambiar impresiones-*

*-Pero, Manolo ¿Me quieres dejar ya?-* le soltó Prendes, mientras su amigo no hacía más que reírse viéndole colorado como un tomate.

*-Oye, Manolo-* fue Prendes quien abrió la boca-

*-Dime, Paco-*

*-¿No hueles nada?-*

*-¿Oler? Pues, no-*

*-¿Seguro, Manolo?-*

-*¡Bueno, sí!*- contestó Gabardino, a quien se le cambió la cara cuando sus pituitarias recibieron el efluvio con nitidez.

-*Ya te lo decía, Manolo, joder, que te compraras un Renault-*

-*¿Es humo?*- preguntó Gabardino a Prendes, en tanto la camisa no le llegaba al cuello.

-*Sí, Manolo. Justo es el que está saliendo por el capó-* dijo con cachaza Prendes, señalando con el dedo más allá del parabrisas.

-*¿Cómo? ¡Fuego, Paco! ¡Coño, haz algo...!*-

---